



Por el H.^o Inco. del Espiritu S.^o
Asumió el hábito de novicia en este con-
vento el día 20. de abril de 1895.

COLECCIÓN DE OBRAS

del Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Sinaloa

D. FRAY JOSÉ MARÍA DE JESÚS PORTUGAL

II

EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS

Patzenaro. Convento de Religiosas
Dominicas de N.^{ra} S.^{ra} de la Salud.

OBRAS PUBLICADAS



EL GRAN MISTERIO

DE LA

SANTÍSIMA TRINIDAD

EJERCICIO DE PERFECCION
Y
VIRTUDES CRISTIANAS

POR EL

V. P. ALONSO RODRÍGUEZ

COMPENDIADO POR EL

ILMO. Y RMO. SR. D. FR. JOSÉ M. PORTUGAL

Obispo de Sinaloa.



SEGUNDA EDICIÓN

REVISADA POR EL SR. D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA, CATEDRÁTICO
DE METAFÍSICA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



MÉXICO
LIBRERÍA RELIGIOSA
HERRERO HERMANOS
1.ª calle de San José el Real, núm. 3.
1894

Es propiedad de los Editores. Queda hecho el depósito que marca la ley.

INDICE

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESSEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

	<u>Págs.</u>
<i>Capítulo primero.</i> —Preciosidad y belleza de los bienes espirituales.—Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos.....	1
<i>Cap. II.</i> —El no ir delante es volver atrás.—Medios para adquirir la perfección.....	9
<i>Cap. III.</i> —Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana	18

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

<i>Capítulo primero.</i> —Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse.....	27
<i>Cap. II.</i> —Daños de la vanagloria y sus remedios.....	36

TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

<i>Capítulo primero.</i> —Excelencia y necesidad de esta virtud.—Cómo debe ser.—Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla.....	47
<i>Cap. II.</i> —Cómo nos hemos de haber en las diferencias que tengamos con el prójimo.—Gravedad de los juicios temerarios.—Sus causas y remedios	58
<i>Cap. III.</i> —De la corrección fraterna.—Es prueba de amor.—Bienes que trae consigo.—Por qué no se re-	

	<u>Págs.</u>
cibe como es conveniente. — Cómo la debemos recibir.—Ejemplos.—Avisos	64

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

<i>Capítulo primero.</i> —Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla.—De la meditación.—De los afectos de la voluntad	78
<i>Cap. II.</i> — Concluye el anterior.— Medios para tener buena oración. — De las distracciones y sus remedios.....	84
<i>Cap. III.</i> — Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año	98

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA CONCIENCIA

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios.—Grandes bienes de esta presencia, y en qué consiste.....	99
<i>Cap. II.</i> — Del examen de conciencia.— Su importancia.—Su materia y modo de hacerlo	104
<i>Cap. III.</i> — De la claridad de la conciencia que se ha de tener con el director espiritual.— Importancia y necesidad de esta claridad.— Grandes bienes que trae consigo.....	112
<i>Cap. IV.</i> — Dificultades que ofrece la claridad de la conciencia.—Su resolución.....	117

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

<i>Capítulo primero.</i> — Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto.— Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad.—Ejemplos.....	125
<i>Cap. II.</i> — De la confianza filial que debemos tener en	

	<u>Págs.</u>
la divina Providencia. — Conformidad con la voluntad del Señor. — Ejemplos.....	134
<i>Cap. III.</i> —De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades.—Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconuelos que tenemos en la oración.....	143
<i>Cap. IV.</i> —Concluye el anterior — Conformidad con la voluntad de Dios en las virtudes y dones sobrenaturales que hemos recibido de su mano.....	153

TRATADO VII

DE LA MORTIFICACIÓN

<i>Capítulo primero.</i> — Debemos unir la mortificación con la oración.....	163
<i>Cap. II.</i> —Importancia y práctica de la mortificación.....	174
<i>Cap. III.</i> —Medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación.....	182

TRATADO VIII

DE LA MODESTIA Y SILENCIO

<i>Capítulo primero.</i> — Necesidad de la modestia cristiana.....	189
<i>Cap. II.</i> —Del silencio y sus ventajas espirituales.—Reglas que debemos guardar en el hablar.....	192
<i>Cap. III.</i> —De la murmuración.....	198

TRATADO IX

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia y necesidad de la humildad. — Es el fundamento de las otras virtudes. — Sus grados. — El propio conocimiento. — Su práctica. — Falsa humildad. — Bienes del propio conocimiento. — Males que hay en no conocerlos. — Ejemplos de los santos. — Cómo debemos ocuparnos durante la	
--	--

	<u>Págs.</u>
oración en el propio conocimiento.—Á quiénes conviene.....	205
<i>Cap. II.</i> —Del segundo grado de la humildad y de la manera de adelantar en él.—Medios para alcanzar su perfección.—Motivos para ser humildes.—Sus ventajas.—Desgracias que suelen venir contra los soberbios.....	219
<i>Cap. III.</i> —Práctica de la humildad.....	232
<i>Cap. IV.</i> —Del tercer grado de humildad.—Su práctica.—Ejemplos de los santos.....	238
<i>Cap. V.</i> —Bienes de la humildad.—Favores que Dios hace á los humildes.—La humildad, tabla de salvación para los pecadores.....	248

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

<i>Capítulo primero.</i> —De las tentaciones en general.—Tiempos en que Dios las manda.—Bienes que hay en ellas.—Remedios contra las mismas.....	253
<i>Cap. II.</i> —Concluye el anterior.—Remedios contra las tentaciones.....	262
<i>Cap. III.</i> —Concluye la materia del anterior.—Avisos para el tiempo de la tentación.....	270

TRATADO XI

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

<i>Capítulo único.</i> —Daños que ocasiona la tristeza.—Sus raíces.—Sus remedios.—Tristeza buena y santa.—Bienes que produce la alegría en el servicio del Señor.....	277
---	-----

TRATADO XII

DE LAS RIQUEZAS Y TESOROS ENCERRADOS EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

<i>Capítulo único.</i> —De los grandes bienes y riquezas que tenemos en Jesucristo.—Es muy agradable al Señor meditar en su sagrada Pasión.—Modo de hacerlo provechosamente.....	283
--	-----

TRATADO XIII

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL SANTO SACRIFICIO
DE LA MISA

	<u>Págs.</u>
<i>Capítulo primero.</i> — Inestimable beneficio y grande amor que el Señor nos mostró al instituir el divino sacramento de la Eucaristía. — Enseñanza de la fe. — Disposiciones para recibir la sagrada Comunión.	299
<i>Cap. II.</i> — Concluye el anterior. — Del hacimiento de gracias. — Frutos de la sagrada comunión	307
<i>Cap. III.</i> — Del santo sacrificio de la Misa. — Su excelencia. — Cómo debemos oírla. — Ejemplos.	315

TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

<i>Capítulo primero.</i> — Necesidad de la pobreza espiritual. — Males que trae consigo la avaricia. — Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen.....	325
<i>Cap. II.</i> — Medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual.....	331

TRATADO XV

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Medios para conservarla. — Remedios contra las tentaciones deshonestas.....	337
<i>Cap. II.</i> — Nuevos remedios contra las tentaciones. — Ventajas del santo temor de Dios.....	346

TRATADO XVI

DE LA OBEDIENCIA

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Su materia. — Á quiénes tenemos que obedecer.....	353
<i>Cap. II.</i> — Razones y medios para obedecer. — Castigos de la desobediencia	359

AL ILMO. Y RMO.

SR. ARZOBISPO DE MÉXICO

DR. D. PELAGIO ANTONIO LABASTIDA

En testimonio de nuestro profundo respeto y singular aprecio.

El Autor.

LICENCIA

DEL SUPERIOR GOBIERNO ECLESIAÍSTICO DE GUADALAJARA

Asientos, Abril 8 de 1885.

Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza.

GUADALAJARA.

Ilmo. Sr., á quien mucho amo y venero: El Rdo. Padre Fray José María Portugal, por mi orden, ha formado un compendio de la nunca bien ponderada obra **EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS**, por el P. Alonso Rodríguez, adaptándolo en su estilo á la época presente, y omitiendo algunas cosas que ha parecido prudente omitir y sustituyéndolas con otras de más actualidad; en lo que llevo leído de dicho compendio veo que el autor ha llenado perfectamente mis deseos y que su doctrina está enteramente conforme con la del P. Alonso. Mas deseando que cuanto antes se imprima para gloria de nuestro Señor y bien de las almas, suplico á V. S. I., si así fuere de su superior agrado, se sirva concederme la correspondiente licencia para proceder á la impresión y publicación del mencionado compendio. En lo que recibiré gracia.

Tengo la honra de repetirme de V. S. I. R. humilde, atento, seguro servidor y capellán que respetuosamente besa su mano, = *Fray Teófilo G. Sancho.*

GUADALAJARA, Abril 14 de 1835.

En vista del dictamen del muy Rdo. P. Comisario general de Franciscanos, Fray Teófilo G. Sancho, expresado en el ocurso que antecede, acerca de lo que había leído del compendio de la obra del P. Alonso Rodríguez, intitulado EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS, escrito por el Rdo. P. Fray José María Portugal, y siempre que acerca de lo restante de dicho compendio forme el mismo favorable concepto, concedemos nuestra licencia para su impresión, como S. P. M. R. lo solicita; debiéndose publicar al principio de la obra tanto el ocurso mencionado como este decreto. El Ilmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo así lo decretó y firmó. =M—
El Arzobispo. =JACINTO LÓPEZ, Secretario ¹.

¹ Hoy arzobispo de Linares.

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

CAPÍTULO PRIMERO

Preciosidad y belleza de los bienes espirituales. — Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos.

§ I

Vo deseé la inteligencia, y me fué concedida: invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió; y la preferí á los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas; ni comparé con ellas las piedras preciosas; porque todo el oro respecto de ella no es más que menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo ¹. » Así estimaba y deseaba Salomón la sabiduría, y así ha de ser también nuestro aprecio y deseo de la perfección y de todo lo que sirve para conseguirla. En su comparación lo demás nos ha de parecer un poco de arena, de lodo y basura. « Todas las

¹ Sap., VII, 7-9.

cosas tengo por basura, — decía el Apóstol, — con tal que gane á Cristo ¹. »

2. He aquí un gran medio para alcanzar la perfección: el aprecio que hagamos de ella; porque si éste fuere muy grande, así también será nuestro aprovechamiento, supuesto que la voluntad es potencia ciega y sigue lo que el entendimiento le propone; y por lo mismo, si éste le presenta la perfección cristiana como lo más amable y excelente, la deseará la voluntad con toda su fuerza, y nacerán de tal deseo las grandes resoluciones de dejar el pecado, el poner en práctica los medios más oportunos para seguir el camino del Señor y continuar en él llenos de diligencia y alegría.

3. Somos negociadores del reino de los cielos; y como la grandeza de los bienes que encierra es la mayor que podemos concebir y su excelencia con nada es comparable, debemos estimarlos sobre todos los bienes de la tierra. La tierra con todos sus encantos y bellezas debe ser para nosotros, cuando vemos el cielo, como triste páramo donde sólo tenemos que llorar. Para David era un desierto sin agua y sin camino, y para el gran Ignacio de Loyola una mansión de dolor.

4. Tengamos, pues, en nuestro corazón un aprecio muy grande á los bienes espirituales;

¹ Philip., III, 8.

y para que veamos hasta dónde debe levantarse semejante aprecio, recordemos lo que nuestro Señor Jesucristo contestó á sus discípulos cuando volvían de su misión llenos de gozo. « Señor, — le dijeron, — hasta los demonios se nos sujetan por la virtud de tu nombre. — En esto no os gocéis, — les dijo Jesús, — porque los espíritus os están sujetos; antes gozaos porque vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos ¹. » En adquirir, pues, y ganar el reino de los cielos hemos de poner nuestro contento y alegría; porque, de otra suerte, no nos aprovechará ganar todo el mundo si perdemos nuestra alma.

5. La virtud, la perfección cristiana tengan, pues; en nuestra estimación un lugar preferente sobre todos los intereses y bienes de este mundo; y por lo mismo, nunca dejemos nuestros ejercicios espirituales, ya que su práctica es la que nos conserva y adelanta en la santidad; y si alguna vez llegamos á omitirlos, la gran voluntad que tenemos de servir á Dios háganos suplir de algún modo aquella triste omisión, que de esta suerte no nos dañará.

¡ Oh mi amable y buen Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Disipad las tinieblas de mi alma, mostradme la preciosidad y la hermosura de los

¹ Luc., X.

bienes espirituales y haced que los estime en toda su importancia.

§ II

6. Debemos apreciar en gran manera la virtud y perfección cristiana; pero esto no es todo: es también indispensable desearlas vivamente. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*; esto es, de la virtud y perfección. No basta cualquier deseo, sino es necesario que éste sea tan grande que llegue á producir el hambre y la sed espiritual, de tal suerte que podamos decir con David: « De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á Ti, Dios mío ».¹»

7. Semejante deseo es de suma importancia, pues bien sabemos que el principio para alcanzar la sabiduría, que es el conocimiento y amor de Dios, en lo cual consiste nuestra perfección, es un deseo verdadero y muy grande de ella misma ² porque en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar, y cuanto más grandes

¹ Psalm. XLI, 2.

² Sap., VI, 6.

son aquel amor y este deseo, mayores son también nuestro cuidado y diligencia en alcanzar el fin que nos hemos propuesto.

8. Si nuestra conducta es buena por el respeto humano ó el temor de los castigos, no hay que esperar que adelantemos mucho en el camino de Dios, ni que duremos en él por mucho tiempo. Hay diferencia muy grande entre las cosas que se mueven por un impulso violento y exterior, y las otras que lo tienen natural; las primeras, cuanto más adelantan pierden más de su fuerza, sucediendo lo contrario en las segundas: tirad la piedra hacia arriba, y cuanto más suba, más perderá de su fuerza; pero al descender, cuanto más bajare, más se aumentará su fuerza y ligereza.

9. Si queremos, pues, adelantar en el camino de Dios, es necesario que el deseo de la virtud sea muy grande y sincero y enteramente voluntario; porque á nadie violenta el Señor para que sea perfecto, y si en realidad no queremos la perfección, serán inútiles todos los medios exteriores que practiquemos para conseguirla.

10. «¿Cómo podré salvarme?»—preguntó á Santo Tomás de Aquino una hermana suya; y el Santo la respondió: «Queriendo.» Si queremos, pues, aprovecharemos, seremos perfectos y nos salvaremos; pero nuestra voluntad debe ser sincera, y nuestro deseo muy grande y

constante; que Dios por su parte no nos faltará.

11. Semejante deseo nos hará diligentes y llenos de cuidado en todas nuestras obras, y hará muy fáciles y suaves aun las cosas de suyo muy dificultosas y pesadas.

12. Los grandes deseos de la virtud y perfección agradan mucho al Señor, que colma de sus bienes á los que tienen hambre; porque El mismo inspira esos deseos, y lleno de amor espera que le abramos nuestras almas. « Yo estoy á la puerta y llamo », nos dice en el *Apocalipsis*; y en los *Cantares* había dicho el Amado á su hermana: « Abreme, hermana mía. » Y si le abrimos, lo hallaremos sentado á nuestra puerta. Está esperando; y ¿ qué espera el Señor? Nuestro corazón para usar con nosotros de misericordia. Y quiere que sean muy grandes los deseos que tengamos de servirlo, para que sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa los deseos con que se digne después enriquecernos. Deseos muy grandes, sinceros y eficaces, pues de otra suerte serian veleidades más bien que deseos, y entonces podrían decírsenos estas palabras: « Los deseos matan al perezoso, porque sus manos no quieren trabajar poco ni mucho; todo el día codicia y desea; el justo, empero, nunca está sin obrar ¹. »

¹ *Prov.*, XXI, 25-26.

13. « Si, pues, buscamos al Señor, busquémosle, — decía Isaias, — y con deseos verdaderos, eficaces y perseverantes. Lo que nos pide el Señor es que obremos con justicia, y amemos la misericordia, y caminemos con solicitud y diligencia en el divino servicio ¹. »

14. De estos deseos que Dios nos ha cumplido, su divina Majestad nos dice : « Los que de mí comen, tienen más hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben ². » Porque los bienes espirituales, cuanto más los poseemos y gustamos, otro tanto vamos descubriendo en ellos un valor y una preciosidad inestimables, y sus delicias, en vez de fastidiarnos, aumentan los deseos que de ellas teníamos, y seguimos gustando sin fastidio las nuevas dulzuras que nos traen consigo.

15. *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán bartos.* Dios nos da lo que deseamos, y quedamos satisfechos; mas, con todo, el hambre no cesa, ni se extingue la sed que tenemos; pero esa hambre no da pena, sino contento, y esa sed no fatiga, sino recrea y nos llena de un gozo muy grande.

16. Si nuestro corazón está lleno de los deseos de la virtud, tenemos una gran señal de estar en gracia de Dios; « porque no hay mayor

1 Mich., VI, 8.

2 Eccl., XXIV, 29.

señal ni más cierto testimonio de la presencia del Señor en el alma, — dice San Bernardo, — que tener un gran deseo de más virtud, más gracia y perfección ¹ »; porque el mismo Dios pone en ella el hambre y la sed que tiene, y la lleva tras sí, como corriendo al olor de los perfumes; mas si no la tenemos temamos, no sea que la ausencia de Dios nos haya dejado sin esa hambre y esa sed de que hablamos.

17. Ignora el hombre si es digno de amor ó de odio. Terrible incertidumbre, tristísima ignorancia. Y aunque durante la vida no podemos tener seguridad de hallarnos en la gracia de Dios sin una particular revelación, sin embargo, podemos tener algunas conjeturas que nos lo indiquen; y una de ellas, y muy principal, es andar con hambre y deseo de aprovechar y de ir cada día creciendo más y más en virtud y perfección; pues la senda de los justos es como la luz brillante que va en aumento y crece hasta el perfecto día; y, al contrario, el camino de los impíos está lleno de tinieblas, ni advierten el precipicio en que van á caer ². El justo nunca dice basta, porque camina de virtud en virtud; el tibio va siempre descendiendo, y su luz se va debilitando hasta quedar envuelto en las profundas tinieblas del pecado.

1 Serm. 2, S. *Andreas*.

2 *Prov.*, VI.

18. ¡ Oh buen Señor ! Ahora no os pedimos solamente pan, sino también hambre y sed de justicia, para que después de esta vida quedemos satisfechos con la abundancia de los bienes celestiales.

CAPÍTULO II

El no ir adelante es volver atrás.— Medios para adquirir la perfección.

§ I

EN el camino de Dios, el no ir adelante es volver atrás. Lo dicho es sentencia común de los santos; oigamos por todos á San Bernardo, que hablando con un tibio se expresaba en estos términos : « ¿ No queréis ir adelante ? — No. — ¿ Luego queréis volver atrás ? — Tampoco. — ¿ Pues qué queréis ? — Permanecer donde estoy : ni adelantar ni retroceder. — Queréis lo que no es posible ; porque nada permanece en este mundo, y del hombre está escrito : « Huye como la sombra, y nunca » permanece en el mismo estado. » Del divino Jesús está escrito que adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres ; y por lo mismo, si queremos permanecer en El, tenemos que andar como El ; y si El camina y nosotros nos paramos, cada vez

nos veremos más lejos de su divina Majestad. »

2. En el camino de la virtud no hay medio entre el subir y el bajar, entre ir adelante y volver atrás; ese camino es como la escala de Jacob, en la cual no se paraban ni se detenían los ángeles, sino que bajaban ó subían por ella.

3. Si hallándonos en medio de un río caudaloso quisiéramos estar parados, sin ningún esfuerzo nos llevaría la corriente; ¿y no estamos durante la vida en medio de impetuosas y terribles pasiones, cuyo vencimiento exige de nosotros constantes y grandes esfuerzos? El reino del cielo padece fuerza, y los esforzados lo arrebatan.

4. Un criado que no es ladrón, ni jugador, ni tiene otro vicio, pero se está sentado sin hacer lo que le corresponde, digno es de ser castigado, pues no hace lo que debe. Un labrador, hombre de bien en todo lo demás, pero que no quisiese sembrar, ni arar, ni cultivar la viña, por la misma razón digno sería de ser reprendido. ¿Qué mayor mal queremos en una tierra que el ser estéril, especialmente si es bien labrada y cultivada? Pues nuestra alma ha sido cultivada por la mano de Dios, regada con las gracias de los cielos y calentada con los rayos del Sol de justicia; si después de esto permanece estéril, ¿no será criminal delante de Dios y no podrá temer sus terribles castigos?

5. La calma en el mar es muy peligrosa

para el navegante, porque le hace consumir sus provisiones sin llevarlo al puerto, y lo mismo nos sucede cuando hacemos calma en la virtud; consumimos lo que hemos adquirido en perfección y santidad, y después nos hallamos sin nada en medio de las olas y tempestades y tentaciones que se levantan y de ocasiones que se ofrecen, para cuyo vencimiento teníamos necesidad de más virtud; pero ésta se ha consumido en la calma, y nosotros nos hallamos en los mayores peligros de perdernos.

§ II

6. ¿Qué haremos para evitar estos peligros y adelantar en la virtud y perfección? He aquí los medios que nos proponen los santos:

7. El primero es de San Pablo, y consiste en olvidar el bien que hemos hecho y poner los ojos en lo que nos falta ¹. No debemos ver el bien pasado, porque esto serviría de ocasionarnos soberbia creyendonos algo y de preferirnos á los demás, como lo hizo el fariseo, que recordando sus buenas obras se prefirió al publicano, que sólo pedía misericordia de sus faltas, y del cual dijo Jesucristo, y no del otro, que había salido justificado del templo.

¹ Philip., III.

8. El recordar lo que hemos hecho en el camino de Dios nos dará ocasión de descuidarnos y andar con tibieza y flojedad, pareciéndonos que hemos trabajado mucho y que ya es tiempo de irnos al descanso. Los caminantes, cuando empiezan á cansarse, vuelven los ojos atrás para ver lo que han andado; y así también nosotros, cuando nos cansamos y nos entra la tibieza, vemos nuestras obras pasadas, y esto hace que nos contentemos con ellas y nos quedemos de asiento en nuestra flojedad. Para evitar estos males veamos lo que nos hace falta, así como el deudor que ha abonado su cuenta piensa en lo que aún le queda por pagar, y esto le inquieta y lo trae con gran cuidado. Nosotros pensemos también en lo mucho que nos falta que pagar á Dios: he aquí nuestro cuidado y la espina que siempre hemos de traer atravesada en el corazón.

9. Poco aprovecha al caminante haber andado mucho si no llega por fin al lugar adonde va. Así también, el que corre en el estadio no consigue el premio, por más que comience á correr con ligereza, si se cansa y se detiene antes de llegar al término de la carrera. Corramos, pues, de tal manera que logremos el premio, reflexionando que un largo camino nos queda todavía que andar: muchas pasiones tenemos que vencer; y en cuanto á las virtudes, ¿cuáles son las que hemos adquirido?

10. Los comerciantes cuidan con toda diligencia de aumentar su caudal y no hacen caso de lo que han ganado; así debemos hacerlo nosotros: de qué manera seremos más humildes y mortificados, y cómo aumentaremos nuestra caridad y todas las virtudes; he aquí el grande objeto y la santa ocupación de nuestras almas. Trabajemos, pues, en ésto mientras viene el Señor.

11. Los comerciantes no pierden punto ni dejan pasar ocasión en que puedan aumentar su capital; hagamos nosotros lo mismo; sacando provecho de la palabrilla picante que se nos diga y de lo que se nos mande contra nuestra voluntad, de la ocasión que se nos ofrezca de humillarnos, recibiendo todo esto con acción de gracias y alabanzas al Señor.

12. Los comerciantes no piensan más que en sus ganancias, y en todos sus negocios discurren sobre la manera mejor de conseguir las; ¡oh, si así también buscáramos la virtud y perfección cristiana! sin duda pronto daríamos con ellas; y, sin embargo, ¿qué son las ganancias temporales comparadas con los bienes de que hablamos y con agradar á Dios en nuestras obras?

13. * ¡ Ay de mí ! — exclamaba el abad Pambo al ver á una mujer mundana que iba muy compuesta. — ¡ Ay miserable de mí ! que esa mujer pone más cuidado en agradar á los

hombres y llevarlos á su perdición, que yo en agradar á Dios y llevarlos al cielo ! » Con más razón que aquel santo avergoncémonos nosotros viendo que los hijos de este siglo son más prudentes en sus negocios que nosotros en los negocios de la salvación de nuestras almas.

14. El segundo medio para aprovechar es también de San Pablo, y consiste en poner los ojos en cosas altas y de gran perfección¹, porque es necesario pasar muy adelante con nuestros deseos para llegar siquiera con la obra al punto que es indispensable. Cuando un arco está flojo, debe apuntarse más alto para dar en el blanco; ahora bien: nosotros, por el pecado, quedamos como el arco flojo y cuéstanos gran trabajo el cumplimiento del deber; y por lo mismo, para no faltar nos es indispensable pasar con los deseos muy adelante. Para animarnos á esto recordemos que el Señor nos ha dicho: « Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial. » Pongamos los ojos en nuestro Hermano primogénito, Jesucristo, y si tan alto ejemplo nos deslumbra, contemplemos á nuestros hermanos, tan flacos como nosotros y llenos de pasiones, tentaciones y malas inclinaciones, que han sabido vencer con su virtud. Su ejemplo debe animarnos, y al ver nuestra vida y la suya andaremos confundidos y humi-

1 I Cor., XII.

llados, considerando cuán lejos estamos de llegar á lo que ellos llegaron. « ¡ Ay de mí, que falsamente tengo el nombre de religioso! — decía San Antonio Abad después de haber visto á San Pablo ermitaño. » ¡ Ay de nosotros, que falsamente tenemos el nombre de cristianos, pues no cumplimos como muchos otros cumplen los deberes del Cristianismo, y no cuidamos de adelantar en la virtud!

15. El tercer medio que tenemos para nuestro aprovechamiento, consiste en hacer caso de cosas pequeñas y no menospreciarlas: que quien las desprecia, poco á poco vendrá á caer. Es de suma importancia este medio, pues por faltas muy pequeñas comienzan los justos, que caen después en males muy grandes. Ninguno se hace de repente muy malo ni muy bueno, y como las enfermedades del cuerpo, las del alma por lo común se engendran también poco á poco.

16. Las casas no se caen de improviso, sino que primero comienzan las goteras, después se pudren las vigas, se debilitan las paredes, llega el mal á los cimientos y, por fin, la casa viene á tierra. Así comienzan nuestras pasiones: penetran poco á poco, debilitan insensiblemente las virtudes, hasta dejarlas sin vida.

17. He aquí el terrible mal que hay en menospreciar las faltas pequeñas; las grandes culpas se conocen más bien y nos mueven á evi-

tarlas con mayor empeño; no así las pequeñas, que por serlo no nos dan cuidado. Por esto decía San Crisóstomo que en algunas ocasiones es menester poner más diligencia en evitar las faltas pequeñas que las grandes, las cuales de suyo, por su gran fealdad, nos mueven á evitarlas. De pequeñas gotas de agua multiplicadas se forman avenidas capaces de arruinar grandes edificios. Por un pequeño agujero en un navio puede entrar el agua en tanta cantidad que lo sumerja; y ¿qué adelantaremos al perdersenos, si esto sucede, no en virtud de terribles y grandes pasiones, sino á consecuencia de faltas pequeñas, que poco á poco nos llevaron á grandes extravíos, y por último á perder el alma?

18. Si negamos á Dios todo lo que podemos sin culpa grave; si no somos generosos con su divina Majestad, todavía nos dará sus auxilios generales para que no caigamos; pero tal vez no aquellos especiales y eficaces que acostumbra á dar á los que nada le niegan, sino que son liberales con El, procurando agradarle en lo mucho y en lo poco, en las obras de obligación y en las de consejo. Siendo, por lo mismo, escasos con Dios, merecemos que Dios lo sea con nosotros, y mucho hay que temer que el Señor no nos dé sus auxilios eficaces y vengamos á caer en el pecado.

19. «El demonio,—dice San Crisóstomo,—

es un terrible enemigo que tenemos, que no duerme ni descansa, y contra el cual es necesario que estemos siempre con gran cuidado para no ser vencidos, y para esto el único medio será tener granjeado el auxilio especial de Dios por medio de una vida arreglada y perfecta ¹. »

20. El que teme á Dios nada desprecia, porque sabe que las cosas pequeñas lo pueden traer á las más grandes, y teme que si él no es liberal y generoso con Dios, tampoco lo será con él su divina Majestad.

21. ¡ Oh Dios mío, es mi corazón tan miserable y tan pequeño, y todavía lo quiero dividir entre Vos y las criaturas! ¡ Ser Vos tan amable y lleno de bondad para conmigo, llenando mi alma á cada instante de gracias y favores, y yo no querer entregaros todos mis afectos! Dadme vuestra gracia para romper los lazos que me unen con el mundo, para vencer con fortaleza mis pasiones y servirlos con toda perfección.

1 Homil. 90, in *Genes*.

CAPÍTULO III

Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana.

§ I

EL gran negocio de nuestro aprovechamiento espiritual no debemos tomarlo en común, sino en particular y muy despacio, ocupándonos con preferencia en combatir el vicio ó la pasión que más nos domine y que sea la causa más frecuente de todas nuestras faltas; de otra suerte nuestros esfuerzos no producirán todos los efectos de que son capaces, y nosotros no conoceremos el verdadero origen de nuestras miserias.

2. Notemos de paso que debemos poner por obra los propósitos y santos deseos que el Señor nos inspire, para que su divina Majestad aumente sus favores; pues quien usa bien de lo que conoce, alcanzará luz para lo que no conoce. El maná se deshacía cuando le daba el primer rayo del sol, y no era ya de provecho; « para que entendiesen todos, — dice la Escritura, — que conviene ser diligentes en aprovecharnos de las mercedes que el Señor nos hace, y á las cuales Dios agregará otras nuevas ».

3. Esta diligencia en usar luego de las gra-

cias recibidas debe ser continua, y cuando nada hayamos hecho en el divino servicio, digamos muy entristecidos : Hoy no he dado paso ninguno en la virtud, ni me he mortificado en cosa alguna, ni he aprovechado las ocasiones de humillarme ; pero no será de esta suerte mañana con la gracia del Señor.

4. ¿Queremos adelantar en la virtud? No cometamos de propósito ninguna falta, por más ligera que sea. Hay culpas veniales que proceden de flaqueza, de ignorancia ó inadvertencia: éstas no producen amargura en los siervos de Dios, sino humildad, la cual los dispone á recibir nuevos favores y gracias del cielo. Otras culpas hay que se cometen de propósito, y son las que nos impiden recibir los grandes bienes que el Señor sin duda nos dispensaría si no las cometiésemos ; éstas son las que no nos dejan adelantar en la virtud. Es, pues, indispensable el evitarlas, procurando no detenernos en las sendas de la perfección cual si quisiéramos descansar un poco, pues no lograríamos tal descanso. En el camino de la vida espiritual, quien más se para siente mayor cansancio. El cuerpo mientras más trabaja, más se fatiga y desfallece; pero el espíritu mientras más se ejercita, más aumenta sus fuerzas y adquiere nuevo aliento, Y así, cuando sintamos que decae nuestro fervor, procuremos luego reanimarnos, sin dejar que la frialdad endurezca nuestro corazón. El

herrero saca el hierro ardiendo de la fragua para que esté blando á los golpes del martillo, y antes que se enfrie lo vuelve á meter en ella, y luego sin trabajo se vuelve á calentar y enrojecer; así nosotros no dejemos que se acabe en nuestras almas al calor de la santa devoción, pues de otra suerte con gran dificultad volveremos al fervor primitivo.

5. Pongamos los ojos en las personas más virtuosas para imitarlas. Este es otro medio que tenemos para adelantar en las sendas de Dios. Decía San Antonio Abad que debíamos ser como las abejas, que toman la miel de las mejores flores, procurando imitar las virtudes en que más resplandece cada uno de nuestros hermanos: de uno la modestia, de otro la humildad, de otro la obediencia, y así de los demás. Y ésta sea la santa emulación que traigamos siempre con nosotros, adelantar en la virtud, aprender de los otros y á la vez edificarlos con nuestros ejemplos.

6. Para obtener lo que hemos dicho con mayor facilidad, es un medio muy provechoso considerarnos siempre como el primer día en que verdaderamente nos convertimos al Señor. En ese día lloramos con gran dolor nuestros pecados, nuestros propósitos eran muy firmes, y muy grandes los deseos que teníamos de servir á Dios; queríamos desagraciarlo á toda costa y nos sentíamos llenos de fervor. Pues recor-

demos y renovemos tan hermoso día, y esto nos será de gran provecho. Los buenos criados, por mucho que hayan servido á sus amos, no dejan de hacer lo que de nuevo se ofrece, que antes que todo lo ejecutan con gran voluntad y más bien que al principio. Digamos, pues, con David: « Ahora comienzo », y llenos de fervor trabajemos en el divino servicio; y así como los que cavan en busca de un tesoro, cuanto más se acercan á él trabajan con mayor diligencia, nosotros cuanto más adelantemos en la virtud y perfección y más nos acerquemos al Señor, procuremos también trabajar con mayor diligencia y empeño.

7. ¿Para qué nos ha llamado el Señor al Cristianismo? Esta pregunta que con frecuencia nos hagamos á nosotros mismos, será un buen medio para reanimar la devoción si hemos caído en la tibieza, ó para tomar de nuevo el buen camino si acaso nos hemos extraviado. Dios nos tiene en el seno de su Iglesia para que le amemos y sirvamos, y logremos así la salvación. No estamos en el Cristianismo con el fin de trabajar por las riquezas, ni para gozar de los placeres de la tierra, ni para obtener dignidades y grandezas, pues nada nos aprovechará que ganemos todo el mundo perdiendo nuestras almas. Si el Hijo de Dios no tuvo otro negocio en la tierra que entender en amarnos y buscar nuestro provecho, y muy á costa suya, ¿qué

mucho que nosotros no nos ocupemos sino en amar y agradar más á Dios, y en buscar y procurar su mayor gloria? Y así como el caminante que se ha dormido mucho y ve muy lejos á sus compañeros se da gran prisa con objeto de alcanzarlos, nosotros, cuando veamos que muchos de nuestros hermanos se nos han adelantado en el camino de Dios, corramos con gran diligencia por esa misma senda, y la pasada tardanza sirvanos de espuela que aligere y vio-lente nuestra marcha hasta llegar al monte de la perfección y de la gloria.

§ II

8. « Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, — nos dijo el divino Salvador. « Acá en la tierra, los padres se alegran en tener hijos semejantes á sí mismos: ¿cuál será el gozo que damos á Dios, nosotros sus hijos adoptivos, si procuramos parecernos á su divina Majestad con una vida irreprochable y santa? Y nosotros mismos tendremos un contento indecible cuando el Señor no tenga que decirnos: « He criado y exaltado hijos, y ellos me han despreciado », supuesto que en todas nuestras obras tratemos de glorificarlo. Dar contento á Dios: ¿no es esto, por ventura; un gran motivo para procurar con decidido empeño ha-

cernos santos ? ; Oh, que yo agrado á Dios cumpliendo su divina ley ! ¿ Cómo no tratar de vencer mis pasiones, de humillar mi soberbia, de huir los placeres y amar los desprecios, á fin de alcanzar aquella gloria que los mismos ángeles, si fueran capaces de envidia, pudieran envidiarme ?

9. Ser hijos parecidos al mejor de los Padres, que está en el cielo, es una dignidad muy grande, que nos da una nobleza que no podemos comprender; obremos, pues, como hijos de quien somos, y no desdigamos ni degeneremos de los altos y hermosos pensamientos de hijos del Señor.

10. La santidad de Dios es infinita, y con todo, Jesucristo nos dice que seamos perfectos como nuestro Padre celestial; trabajemos por lo mismo sin descanso para adquirir la perfección; que cuanto más avancemos en ella, más cercanos estaremos al Señor. Pero no debemos olvidar que es indispensable este trabajo hasta el fin de nuestra vida, porque no será coronado sino el que legitimamente pelear, esto es, con perseverancia hasta el fin. Comenzar es de muchos, perseverar es de pocos. Muchos israelitas salieron de Egipto, y de todos ellos sólo dos entraron en la tierra prometida. Y no es el trabajo del que edifica echar los cimientos, sino concluir el edificio. Consideremos no tanto nuestros principios como

nuestro fin. San Pablo comenzó mal y acabó bien, y, al contrario, Judas comenzó bien y acabó mal. Reflexionemos que es necesario seguir el camino de la virtud hasta la muerte, donde únicamente se asegura el premio. Dè otra suerte, tenemos que recordar estas palabras del Señor: « El que echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. » Acordémonos de la mujer de Lot, convertida en estatua de sal. La sal sazona y preserva de la corrupción; así también ese recuerdo nos haga advertidos y nos conserve en el camino del bien; escarmentemos en cabeza ajena y no sirvamos para otros de escarmiento.

11. Para alcanzar ésta perseverancia procuremos fundarnos muy bien en la virtud y en la mortificación. Las manzanas dañadas son las que presto se caen y no llegan á la sazón, pero las buenas son las que duran en el árbol; así nosotros, si no tenemos sólida virtud, si es vano nuestro corazón y en lo interior conservamos la soberbia, la presunción, la impaciencia ó alguna otra afición desordenada, nuestra perseverancia se halla en gran peligro.

12. Otro medio para adelantar en el camino del Señor es el escuchar como debemos la divina palabra, y he aquí las principales reglas para hacerlo con provecho :

13. Oigamos los sermones, no por costumbre, sino con verdadero deseo de aprovechar-

ños. No vayamos á ellos por curiosidad, atendiendo al modo y gracias del predicador ó á las flores de su elocuencia; atendamos á la substancia del discurso. No seamos como la criba, que despide el grano y la flor de la harina, y se queda con la paja y el salvado.

14. Reflexionemos que el objeto de los sermones y pláticas espirituales no es decirnos cosas nuevas y extraordinarias, sino traernos á la memoria lo que ya sabemos, para disipar nuestra tibieza y animarnos al cumplimiento de nuestros deberes. Así el Apostol decía á los filipenses que les escribía lo mismo que ya les había manifestado.

15. En los sermones y pláticas espirituales debemos tomar para nosotros mismos lo que allí se diga, y no aplicarlo á los demás. « El hombre prudente, — dice el Espiritu Santo, — aplica á si mismo las palabras provechosas; mas el vicioso y vano se desagrada de ellas y las echa á sus espaldas. Y aplicarlas á los demás y no á nosotros, seria ver la paja en el ojo de nuestro vecino y no ver la viga en el nuestro. »

16. Finalmente, debemos conservar en nuestro corazón las sentencias y los afectos que más nos hayan movido para que lleguen á fructificar en el tiempo conveniente, acordándonos de estas palabras del Señor: « La semilla que cae en buena tierra, denota á aquellos que con un corazón bueno y sano oyen la palabra de Dios

y la conservan en su corazón. » Y de estas otras de David : « Escondi tus palabras en mi corazón para no pecar, para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfección ¹. » ¡ Cuántas veces, en efecto, el recuerdo de lo que hemos oído en los sermones, y los sentimientos que en ellos el Señor nos ha inspirado, nos llenan de valor y fuerza en el combate, haciéndonos triunfar de todos nuestros enemigos ! No dejemos, pues, que las aves del cielo, los demonios, nos roben la buena semilla que el Señor ha sembrado en nuestros corazones por medio de su divina palabra.

¹ Luc., VIII. — Psalm. CXVIII.



TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

CAPÍTULO PRIMERO

Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse.

§ I

Lo que es bueno y justo, — dice el Señor — hacedlo bien ¹. » Todo nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como El quiere que lo hagamos. Lo primero lo tenemos en cumplir la ley de Dios y de la Iglesia y las obligaciones de nuestro estado, y lo segundo en cumplir bien esas obligaciones, porque de esta manera quiere Dios que las cumplamos; esto es, en hacer, por ejemplo, la oración bien hecha, nuestro examen con recogimiento; en oír la Misa ó decir la como

¹ *Deut.*, XVI, 10.

debemos; en rezar el Oficio, el Rosario y las otras oraciones con reverencia y atención; en ejercitarnos en la mortificación y penitencia, y en cumplir nuestros deberes con exactitud. Si hacemos estas obras con perfección, seremos perfectos; y si no las hacemos así, seremos imperfectos; pues hay muchos que sobre el fundamento de la fe ponen heno y paja, trabajando por vanidad, por respetos humanos ó por agradar á los hombres; todo lo cual evitaremos procurando edificar con oro y plata y piedras preciosas, esto es, con buenas obras bien ejecutadas.

2. Para animarnos á esto reflexionemos que para ser perfectos no se nos piden cosas extraordinarias y de gran trabajo, como ayunar á pan y agua, disciplinarnos diariamente, andar siempre ceñidos de cilicio, sino que hagamos bien las obras que ejecutamos diariamente. « Este mandamiento que yo te intimo, — decía el Señor á su pueblo en otro tiempo, — no está sobre ti ni lejos de tu alcance; no está en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿ Quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos lo traiga, y lo oigamos y pongamos por obra? Ni está en la otra parte del mar para que te excuses y digas: ¿ Quién de nosotros podrá atravesar los mares y traerlo de allá para que podamos oír y hacer lo que se nos manda? Este mandamiento está muy cerca de ti. Está en tu

ooca y en tu corazón, para que lo cumplas ¹.»

3. «Los griegos—decía San Antonio Abad— para aprender Filosofía hacen grandes jornadas y navegaciones; mas nosotros para alcanzar la perfección no tenemos que salir ni aun de casa, pues está en ejecutar bien las obras ordinarias y que hacemos diariamente. »

4. Esta facilidad para adquirir la virtud, que tanto debe animarnos, aumenta con la costumbre de hacer bien todas nuestras obras, porque semejante costumbre quita la dificultad que al principio tenemos en ellas, hallando después en las mismas alegría y consuelo. Cuando hayamos entrado en el camino de la justicia no se verán nuestros pies en caminos estrechos, ni hallaremos tropiezos en nuestras sendas ². Ciertamente es que toda disciplina y todo buen ejercicio por de pronto parece que no trae gozo, sino pena; empero después, con el uso, no sólo se hace fácil, sino muy suave y gustosa ³. David no podía pelear con las armas de Saúl, porque no tenía costumbre; mas después que la adquirió, peleaba muy bien con armas como aquéllas; así nosotros tendremos dificultad á los principios; pero después, el mismo ejercicio de la virtud nos hará su práctica muy fácil y agradable.

1 *Deut.*, XXX, 11 et seq.

2 *Prov.*, IV.

3 *H. br.*, XII, 11.

5. Mas ¿cuáles son los medios de que podemos servirnos para hacer con perfección las obras ordinarias de la vida? He aquí los principales.

6. Primero, hacerlas puramente por Dios. Procuraremos que nuestra intención sea recta, no haciendo nada por vanidad, amor propio, respeto humano ú otros fines semejantes. Y no nos ha de bastar la buena intención, sino que es necesario al practicarlas hacer todo lo que está de nuestra parte á fin de que salgan bien hechas.

7. Segundo. Procuremos conservarnos en la presencia de Dios, pues semejante pensamiento mantendrá en nosotros el respeto y la atención, disipará nuestra tibieza y excitará en el alma grandes afectos de devoción y piedad; estaremos sobre nosotros mismos para no faltar en lo más mínimo, y como aquellos animales misteriosos del *Apocalipsis* que estaban llenos de ojos, examinaremos nuestras intenciones, palabras, obras y toda nuestra conducta para no desagradar á nuestro Dios.

8. Tercero. Pensemos que la obra que ejecutamos al presente es la única que entonces tenemos que hacer. ¿Quién va tras de nosotros? En la oración no pensemos en el estudio, ni en el oficio, ni en el negocio, pues todas las cosas tienen su tiempo. Mientras los sacerdotes paganos sacrificaban, un pregonero les decía en alta

voz: *Hoc age, boc age*: haz lo que haces, atiende á lo que haces. Así nosotros procuremos estar enteramente en lo que hacemos, dejando todo lo demás y poniendo todo cuidado en hacer bien lo que tenemos entre manos.

9. Pensemos que la obra que estamos haciendo es la última de nuestra vida. Este es el cuarto medio que nos ayudará á la perfección de nuestras obras. « Así te has de ordenar en todo como si luego hubieses de morir, — dice el autor de la *Imitación*. — Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche ; y cuando de noche, no oses prometerte la mañana, porque muchos mueren de repente. » ¡ Qué oración tan fervorosa sería la nuestra si supiéramos que había de ser la última ! Pues reflexionemos que ignoramos la hora de nuestra muerte, y que la muerte vendrá, como viene el ladrón, de noche ; el ladrón no avisa: antes aguarda á que todos estén descuidados y aun dormidos. Es por lo mismo indispensable en todas nuestras obras pensar en la muerte para que ésta no nos halle prevenidos, y su temor nos haga diligentes y perfectos en todo.

10. Si pensásemos que habíamos de durar muchos años mortificando siempre nuestras pasiones, negando nuestro gusto, quebrantando nuestra voluntad en todas las cosas y teniendo que guardar por largos años la modestia y el recogimiento, se nos haría muy penoso el ca-

mino de la virtud y sentiríamos que el corazón desfallecía; para evitar tan gran inconveniente no pensemos en el día de mañana, sino solamente en el de hoy; en este día, podemos decirnos á nosotros mismos, en estè día tengo que reprimir mis pasiones y servir á Dios con toda exactitud; hoy tendré paciencia, andaré con modestia y vigilancia sobre mí mismo. Por un día, ¿quién no se animará á vivir bien y á procurar que todas sus obras sean bien hechas? Y esto mismo diremos todos los días de nuestra vida.

§ II

11. Lo dicho hasta aquí nos manifiesta que habiendo emprendido el camino de la virtud es sobremanera importante evitar la tibieza, procurando mantenernos en el fervor primitivo, pues de lo contrario muy grandes serian nuestras pérdidas y muy difícil nos seria después repararlas. Y por esto también debemos procurar desde el mismo principio de nuestra conversión servir á Dios con todo fervor y diligencia, pues de esta suerte evitaremos con más facilidad desfallecer en la virtud. La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, ésa misma seguirá también cuando sea ya viejo ¹.

1 *Prov.*, XXII, 6.

Si en los primeros días de nuestra conversión hemos sido fervorosos y en todo cumplidos, así seguiremos en los demás; y, por el contrario, si la tibieza y el descuido se han apoderado desde luego de nosotros, seremos siempre tibios y descuidados en el divino servicio; semejante tibieza y descuido son indicios manifiestos de caídas venideras.

12. El fervor desde los primeros días de nuestra conversión trae consigo otra ventaja, y es que aquellos días constituyen el tiempo en que podemos allegar grandes ganancias para nuestras almas: son la juventud, la primavera de la vida espiritual; y si entonces no procuramos juntar las verdaderas riquezas de las buenas obras, ¿cómo las juntaremos en la vejez ?

13. Después de los medios para hacer perfección las obras ordinarias de la vida, señalaremos los males que debemos huir, y que las harían muy defectuosas y culpables.

14. Evitemos con gran diligencia en nuestras buenas obras la vanagloria, porque este vicio es un ladrón muy astuto, que entra con disimulo, y muchas veces nos roba y despoja casi sin nosotros sentirlo.

15. Consiste la malicia de este vicio en que el hombre se quiere alzar con la gloria y honra propias de Dios, pervirtiendo el orden que el

1 *Eccl.*, XXV, 5.

mismo Dios puso en las buenas obras, ó sea queriendo y procurando el hombre para sí el honor, la gloria y alabanza que pertenecen á Dios.

16. Se conocerá más bien la malicia de la vanagloria con esta comparación: si una mujer casada se compusiese y adornase para agradar á otro que no sea su marido, le haría á éste una injuria muy grave. Ahora bien: las buenas obras son los adornos y la compostura de nuestra alma, que es la esposa de Dios; y por lo mismo, si las practicamos por agradar á otro que no sea el Señor, haremos á su divina Majestad una injuria muy indigna de nosotros y muy sensible al Señor.

17. ¿Y qué diríamos de un vasallo que quisiera gloriarse y ser elogiado por algún pequeño trabajo emprendido por su rey, el cual hubiera antes sufrido por aquel vasallo grandes afrentas y fatigas, y más todavía si el rey le hubiera ayudado con su favor y animado con sus promesas? Pues apliquémonos todo esto para no envanecernos por nuestras buenas obras, sino antes para humillarnos y confundirnos, porque es vergüenza lo poco bueno que hacemos comparado con lo que ha hecho Dios por nosotros.

CAPÍTULO II

Daños de la vanagloria, y sus remedios.

§ I

MIRAD no hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos y alabados de ellos, pues de esta manera no tendréis premio ninguno en los cielos. No seáis como los hipócritas, que todo lo hacen por ser vistos y alabados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su premio ¹. Estas palabras del divino Maestro nos descubren la insensatez y miseria de los que trabajan por obtener las alabanzas humanas.

2. Tres son los daños principales que causa en nosotros el vicio de la vanagloria. El primero es cansar y afligir nuestro cuerpo con trabajos y buenas obras; el segundo hacernos perder el mérito de esas obras y trabajos. Semejante al corsario que roba la nave que sale del puerto cargada de ricas mercancías, la vanagloria nos despoja de las riquezas de las buenas obras, robándonos el premio que sin ella hubieran alcanzado.

3. El tercer daño de la vanagloria es que por

¹ M.tth., VI.

ella el bien se convierte en mal, y la virtud en vicio por el fin vano y malo que nos proponemos, recogiendo de esta suerte de la buena semilla sólo abrojos y espinas. Pero este vicio entra en nuestro corazón con tanta suavidad que no sólo no sentimos perder lo que perdemos, sino que estamos muy contentos y como encantados por el gran deseo de obtener las alabanzas de los hombres. Es la vanagloria un enemigo muy amable; pero con todo, sus heridas llegan hasta el corazón, y por lo mismo debemos huirla con toda diligencia; y tanto más cuanto que ella sabe acometer, no sólo á los que comienzan, sino también á los que van muy adelante en la virtud, pues á estos últimos los halaga diciéndoles que ya han llorado mucho sus pecados, y que sus buenas obras les están adquiriendo un tesoro de gracias y divinas bendiciones, con lo cual les hace perder la humildad y el bien que hayan obrado.

4. Tanto más debemos temer la vanagloria cuanto seamos superiores á nuestros hermanos por los distintos cargos que nos hubiere confiado el Señor; y así, para evitar los daños de este vicio en todo lo que hagamos por Dios, imitemos la conducta de Joab, quien estando para tomar la ciudad de Rabat, envió á decir á David que juntase el resto del pueblo y pusiese sitio á aquella ciudad y la tomase, añadiendo: «No sea que después de haber destruido yo la ciu-

dad se atribuya á mi nombre la victoria ¹.» Así nosotros demos al Señor la gloria en todas nuestras obras, aun las más pequeñas, para que esto nos facilite hacer lo mismo en las mayores.

5. He aquí los principales remedios contra este detestable vicio. Consideremos con detenimiento que la estimación de los hombres es un poco de viento y vanidad. Ni sus alabanzas nos hacen mejores, ni sus desprecios rebajan nuestro mérito. Nada somos, en verdad, sino lo que somos delante de Dios. Ni hay que incomodarse y perder la paz si dicen mal de nosotros; porque si es cierto lo que hablan, no es mucho que se atrevan á decir lo que nosotros nos atrevimos hacer; y si es falso, el sufrimiento y la paciencia curarán la oculta soberbia que acaso tengamos.

6. Evitemos con mucho cuidado elogiarnos á nosotros mismos, y guardemos cuanto sea posible el más inviolable secreto en las buenas obras que practicamos, pues el Señor nos dijo: «Cuando hubieres de orar entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora en silencio á tu Padre; y tu Padre, que ve lo más secreto, te premiará ².» La misma reserva debemos tener en cuanto á la limosna, el ayuno y demás obras de piedad y penitencia. El rey Ezequías enseñó

¹ Reg., XXII, 28.

² Matth., VI, 6.

todos sus tesoros á los enviados del rey de Babilonia, después de lo cual Isaías le dijo: «Vendrán días en que todas las cosas que hay en tu casa, y que han atesorado tus padres hasta este día, serán transportadas á Babilonia; no quedará cosa alguna¹.» Ocultemos, pues, nuestros tesoros espirituales en la humildad y el secreto para tenerlos en lugar seguro.

7. San Hilarión, viendo que todos le estimaban por los milagros que hacía, andaba muy triste, pareciéndole que Dios premiaba todas sus obras en esta vida con la estimación de los hombres. He aquí otro remedio muy bueno de que podemos servirnos contra la vanidad: no queramos ni procuremos ser estimados de los hombres, no sea que Dios nos pague aquí lo que hayamos hecho por servirle, y que algún día se nos diga: «Hijo, acuérdate que recibiste bienes en tu vida.»

§ II

8. Si en nuestras obras, después de haber rectificado la intención y levantado el corazón á Dios, ofreciendo y dirigiendo á su divina Majestad todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, viene la vanagloria, digámosle: «Tar-

¹ IV Reg., XX.

de llegaste, que ya todo está dado al Señor. » Y también: «Ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré»; pues las buenas obras no se han de omitir por temor de este vicio, sino que es necesario mirarlo con desprecio.

9. He aquí, finalmente, otro medio para evitar la vanagloria: nuestro propio conocimiento. Procuremos conocernos á fondo, y descubriremos en nosotros un abismo profundísimo de miserias y debilidades; veamos la multitud y gravedad de nuestros pecados; examine-mos nuestras buenas obras, y aun en éstas hallaremos muchas faltas. ¿De qué, pues, nos viene la vanagloria? Abracemos más bien la confusión y la vergüenza, y humillemos con sinceridad nuestro espíritu delante del Señor.

10. Pero hagamos por destruir aquel vicio en su mismo principio, lo cual obtendremos mediante la rectitud y pureza de nuestra intención. Al levantarnos por la mañana hemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, pidiéndole que todo sea para honra y gloria suya. Renovemos esta intención al principio de cada una de nuestras obras. El albañil que levanta una pared, echa la plomada á cada piedra ó ladrillo que sienta, y la vuelve á echar una y otra vez hasta que las piedras quedan bien sentadas. Así nosotros, en cada obra que hagamos y mientras ésta dure, refiramos una y otra vez nuestra intención á

Dios, diciéndole: «Señormio, lo hago por Vos, porque Vos me lo mandáis y lo queréis, y lo ofrezco á vuestra mayor gloria y al cumplimiento de vuestra santa voluntad.»

11. Para obtener esta rectitud y pureza de intención pongamos los ojos, no en la misma obra que hacemos, sino en cumplir la voluntad de Dios, porque todas nuestras buenas obras deben tener ese fin: la voluntad de nuestro Padre celestial y su divina gloria.

12. Fatigado Jesucristo del camino, se sentó junto al pozo de Jacob, y viniendo sus discipulos le ofrecian de comer, y el Señor les contestó: «Yo tengo un manjar que comer que vosotros no sabéis... Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió.» He aquí también cuál ha de ser nuestro manjar en todo lo que hagamos, al cumplir nuestro oficio, en el estudio, en el trabajo y en el descanso. Y nuestro contento y alegría serán porque cumplimos entonces la voluntad de Dios. Y debemos practicar de tal manera nuestras obras que estemos en ellas actualmente amando á Dios y gozándonos en cumplir su santa voluntad. ¡Oh, si llegásemos á practicarlas de esta suerte! ¡Oh, si descubriésemos este tesoro escondido, cuán espirituales é interiores y aprovechados seríamos!

13. Procuremos por lo mismo en todas las obras conservar este espíritu y esta rectitud

de intención. Quebreemos la nuez, que no se come lo de fuera, sino lo de dentro; no parando en lo exterior de la obra, que eso sería quebrantar el cuerpo y secar el espíritu, sino penetremos en su interior; que los que tratan de espíritu y de oración tienen mucho cuidado en ocuparse en las obras exteriores, de tal manera que no ahoguen el espíritu ni apaguen la devoción. Así Santa Catalina de Sena, á quien sus padres no concedían un lugar apartado en su casa para que se recogiese, sino antes bien la cargaban de trabajos y todo el día la tenían ocupada, por medio de ese espíritu de recogimiento, y viendo á Dios en todas sus obras, adquirió una santidad eminente; abrió en su propio corazón una estancia secreta donde siempre vivía con su amado Jesús. Pues hagámoslo así nosotros, y los trabajos y ocupaciones exteriores, en vez de disiparnos, nos ayudarán para andar muy recogidos.

14. De esta manera nuestras obras serán llenas delante de Dios y no vacías, como son las de aquellos que no piensan en cumplir la voluntad divina.

15. Declarando más en particular cuál debe ser la rectitud de intención, decimos que es necesario poner principalmente nuestra mira, no en el fruto ó resultado de lo que hacemos, sino en cumplir lo que Dios quiere de nosotros. Plantar y regar, esto es, trabajar por Dios,

es lo que nos toca, y al Señor dar el incremento.

16. Los ángeles de la guarda avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno; pero si los que les están encomendados usan mal de su libertad y se pierden, aquellos ángeles no se afligen ni entristecen, ni pierden la dicha que gozan en Dios; así nosotros, habiendo cumplido nuestras obras, si éstas no tienen resultado, conservemos empero la paz y el gozo en el Señor. Su divina Majestad no nos pedirá cuenta del fruto que hayamos ó no alcanzado, sino del cumplimiento de su voluntad, y nos premiará según nuestro trabajo y la grandeza y sinceridad de nuestro amor.

17. Pero ¿en qué conoceremos que obramos puramente por Dios? He aquí algunas señales para esto. Si nos alegramos igualmente de la gloria de Dios, ya sea que ésta se obtenga por nosotros mismos ó por nuestros prójimos, muy buena señal tenemos de la pureza de nuestra intención. A Josué, que quería resistir á unos que profetizaban, le dijo Moisés: «¿Qué celos son éstos? Pluguiese á Dios que todos fuesen profetas!» Y cuando Juan dijo á su divino Maestro que habían visto á uno que lanzaba á los demonios en el nombre del Señor y se lo habían prohibido, Jesús dijo que no se lo pro-

hibieran ¹. Y San Pablo nos dijo también que algunos predicaban á Cristo por espíritu de envidia, mientras otros lo hacían con buena intención, y añadió: « Mas ¿ qué importa? Con tal que de cualquier modo sea Cristo anunciado, en esto me gozo y siempre me gozaré. »

18. Aun en nuestro aprovechamiento personal tiene lugar esta regla, pues no hay que entristecernos porque otros nos aventajen en la virtud; porque si bien es cierto que debemos tener gran dolor por no servir á nuestro Dios como corresponde, no hay para qué dar lugar á una envidia secreta por la virtud de los otros, sino antes debemos gozarnos en que ellos sirvan de veras al Señor.

19. Cuando recibimos con el mismo agrado las ocupaciones y negocios que nos manda la divina Providencia, ya sean aquéllas humildes ó elevadas, y los negocios de grande ó de importancia, eso nos descubre que trabajamos verdaderamente por Dios. « Si Dios fuese la causa de nuestro deseo, — dice el libro de la *Imitación*, — nos alegraríamos de cualquier manera que su divina Majestad lo ordenase. »

20. La rectitud y pureza de intención tiene diferentes grados. El primero es obrar bien por el temor de Dios, recordando la severidad de sus juicios y la eternidad de las penas del infierno.

1 Lucas IX.

El segundo consiste en servir á su divina Majestad por la esperanza de la gloria. « Incliné mi corazón, — decía David, — á cumplir tu santa ley por el premio que me tienes prometido. » El tercer grado está puesto en servir á Dios por sí mismo, por ser quien es, infinita bondad, y este grado es muy superior y diferente de los anteriores, como es diferente el servicio del esclavo, del del criado y del del hijo; pues el primero sirve por miedo del castigo, el segundo por la paga, y el tercero por puro amor. Y ya que el Señor nos ha hecho hijos suyos, amémosle y sirvámosle como hijos, por puro amor, por dar contento á nuestro Padre celestial, y no por el premio; pues si supiésemos qué bien tan grande es agradarle, ya no buscaríamos otro galardón; porque ¿cuál puede haber comparable con servirle y agradarle? Y si Dios nos amó sin interés y tan á costa suya, pues que murió por darnos vida, amémosle también así nosotros, y deseemos las virtudes y dones sobrenaturales, no tanto por nuestro provecho, como por tener con qué agradarle más y más, y aun la misma gloria debemos desearla, finalmente, por glorificar á Dios.

21. Un santo que hacía mucha oración y penitencia, fué tentado por el diablo, el cual le dijo que no se salvaría, y que por lo mismo era inútil que se fatigara tanto; mas aquél le respondió: « Yo no sirvo á Dios por la glo-

ria , sino por ser quien es , bondad infinita. »

22. Aunque este servicio de amor no se hace por el premio , no por esto lo habremos de perder ; antes bien será el premio tanto mayor cuanto menos se piense en él , porque entonces serán más perfectas nuestras obras , pues están desnudas de todo interés , y Dios nos pagará como á hijos que heredan los tesoros de su padre .

23. Procuremos buscar solamente la gloria de Dios , y olvidando todo lo demás tengamos todo nuestro gozo en cumplir su santa voluntad ; porque si aún tenemos alegría y consuelo en alguna criatura , no es del todo puro nuestro amor . Y olvidemos , no sólo las cosas exteriores , sino también á nosotros mismos , amándonos por Dios , en Dios y para Dios , y de tal manera que no tanto atendamos á que Dios se agrada de nosotros , como á nosotros agradarle y darle gloria en todas nuestras obras ; y así como una gota de agua puesta en un barril de vino pierde todas sus propiedades , y como el hierro encendido y hecho ascua en la fragua no parece sino fuego , y como el aire con los rayos del sol queda iluminado , así procuremos nosotros transformarnos en Dios . Y si bien acá en la vida no es dable llegar á tanta perfección , pensemos no obstante en ésta , procurando adelantarse más y más en la virtud , yendo de claridad en claridad , llevados del Espíritu divino , con alegre y esforzado aliento .

TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

CAPÍTULO PRIMERO

**Excelencia y necesidad de esta virtud.— Cómo debe ser.
Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla.**

§ I

DOS mandamientos tenemos acerca de la caridad: el primero y principal, amar á Dios sobre todas las cosas; el segundo, amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos; este mandamiento es semejante al primero.

2. Estas últimas palabras manifiestan la excelencia del amor al prójimo; porque distando Dios infinitamente de nosotros, y teniendo nosotros que amarle sobre todas las cosas, todavía quiere que amemos al prójimo con un amor semejante al que tenemos á su divina Majestad.

3. El Señor nos dijo antes de morir: « Os doy un nuevo mandamiento: que os améis mutuamente como yo os he amado. » Su divina Majestad nos amó por Dios y para Dios, y he

aquí cómo debemos amar á nuestros prójimos. Es un nuevo mandamiento, porque es nuevo el amor que se nos pide, no de carne y sangre, sino espiritual y sobrenatural, y que nazca del mismo amor de caridad con que amamos á Dios. « Esto os mando, que os améis mutuamente, — añadió el divino Redentor. » Tal mandato nos lo deja como en testamento, para que veamos cuánto quería que quedase impreso en nuestras almas por lo mucho que su cumplimiento nos importa, pues quien ama al prójimo cumple la ley.

4. San Juan Evangelista repetía con frecuencia estas palabras: « Hijitos, amaos unos á otros »; y sus discípulos, enfadados de estar oyendo continuamente la misma sentencia, le dijeron que por qué siempre les decía lo mismo, y él les contestó: « Porque es mandamiento del Señor, y si lo cumplis esto sólo basta. »

5. Si tanta es la excelencia de la caridad fraternal, también es muy grande la necesidad que de ella tenemos, pues San Pablo nos ha dicho que sobre todas las cosas tengamos caridad, la cual es vínculo de perfección ¹; y San Pedro se expresa en estos términos: « Ante todas cosas os encomiendo la caridad y unión continua de unos con otros. » Ante todas y sobre todas las cosas, de manera que siempre ha-

¹ Colos., III.

gamos de esto más caso que de todo lo restante. ¿Qué religión sería la nuestra si los cristianos no estuviésemos unidos unos con otros por medio de la caridad ?

6. Si Dios así nos ha amado, nosotros debemos amarnos mutuamente. Es, por tanto, muy grande la necesidad y excelencia del amor del prójimo, y estima Dios en gran manera estos amores, el de Dios y el del prójimo, que son como dos anillos unidos entre si y puestos en el dedo, que no puede quitarse el uno sin sacar el otro ; por esto nos dice San Juan : « Si nós amamos mutuamente, Dios habita en nosotros y su caridad es consumada en nosotros... Si alguno dice: «Yo amo á Dios» y aborrece á su hermano, es un embustero. » Tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama á Dios, ame también á su hermano.

7. Dios se pone delante del prójimo, por decirlo así, de suerte que no podamos ofender á éste sin ofender á Dios; y por otra parte, Jesucristo recibe como si hubiere sido hecho á El mismo el bien que hacemos á los hombres sus hermanos.

§ II

8. El amor al prójimo no ha de ser de palabra y de lengua, sino de obra y de verdad. Somos miembros del cuerpo de la Iglesia, y Je-

sús es la cabeza de ese cuerpo ¹. Ahora bien: los miembros del cuerpo tienen solicitud unos de otros; si un miembro padece, todos los demás miembros padecen con él; si un miembro es honrado, todos ellos se regocijan con él. Están unidos entre sí y se ayudan mutuamente. Pues de esta manera debemos portarnos con nuestros hermanos, mirando los unos por los otros como por sí mismos, alegrándonos de su bien y sintiendo sus desgracias como si fuesen propias.

9. Los miembros del cuerpo tienen distintos oficios, y unos son superiores á los otros; y con todo, hay entre ellos la más perfecta unión, sin que los unos envidien el oficio de los otros, sino todos ellos se ayudan y se guardan en todo lo que pueden. Pues hagámoslo así también nosotros, sirviéndonos mutuamente movidos por la caridad ².

10. Declaremos esto más en particular. San Pablo dice que la caridad es paciente y benigna. Estas dos cosas son muy necesarias para conservar el amor que debemos á nuestros hermanos; porque, como todos estamos llenos de defectos, tenemos mucho que nos sufran los demás; y siendo tan miserables como somos, necesitamos de que nos ayuden y nos hagan bien.

1. I Cor., XII

2. I Cor., XII.

Llevemos los unos las cargas de los otros, y así cumpliremos la ley de Cristo, soportándonos mutuamente con caridad, siendo solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz; porque la caridad todo lo sufre, á todo se acomoda y lo sobrelleva todo. Si no sabemos sufrir y tener paciencia y sobrellevar á nuestros hermanos, no conservaremos la caridad. — La madre y la esposa sufren las importunidades del hijo y del marido; y si esto hace el amor natural, justo es que la caridad también lo haga, y con mayor perfección.

11. La caridad no es envidiosa; antes bien, el que ama de veras á otro, desea y se alegra tanto de su bien como si fuese propio suyo. El hijo de Saúl dijo á David: « Tú serás rey de Israel, y yo seré el segundo después de ti. »

12. La caridad hace suyo el bien de los otros, y, al contrario, la envidia, el bien ajeno lo hace su propio mal.

13. La caridad no es ambiciosa, no busca sus comodidades. Si queremos para nosotros la honra, la estimación, el mejor puesto, nuestras comodidades y regalos, no conservaremos la caridad; sentiremos que nuestros prójimos sean estimados y preferidos á nosotros, y nos alegraremos cuando no vayan bien sus negocios; tal vez llegaremos á obscurecer su mérito con nuestras palabras. Nace todo lo dicho del amor propio desordenado, de la envi-

dia, de la ambición y la soberbia, polillas que destruyen la caridad fraternal, la cual no se goza en los males del prójimo, sino en sus bienes, que tiene por suyos, así como el comerciante que está en compañía se alegra de las ganancias de los socios y siente sus pérdidas, porque unas y otras son suyas.

14. El amor fraternal no debe ser tan sólo interior, sino que ha de mostrarse en las obras, manifestando el aprecio y estimación que hacemos de nuestros hermanos, porque es apreciativo y nace del que tenemos de Dios, á quien estimamos sobre todas las cosas; y al paso que anduviere el aprecio que realmente tengamos al prójimo, andará el amor á Dios y todo lo demás; y así San Pablo nos dice que cada uno, por humildad, mire como superiores á los otros, y que nos anticipemos unos á otros en las señales de amor y preferencia ¹. No dice que no nos honremos unos á otros, sino que nos prevengamos en este oficio; que hablemos bien de nuestros prójimos, porque nada enciende y conserva la caridad como saber que se nos ama, y que se siente y habla bien de nosotros.

15. « ¿Queréis recibir beneficios? — decía San Crisóstomo, — hacedlos á otro. ¿Queréis alcanzar misericordia? tenedla de vuestro prójimo. ¿Queréis ser alabados? alabad á los otros.

¹ Rom., XII, 10.

¿Queréis ser amados? amad. ¿Queréis la ventaja y el honor? cededlo á los otros. »

16. Fuera de esto, hablar bien de todos edifica al mundo, porque descubre nuestra caridad; lo contrario lo escandaliza. ¿Tiene faltas nuestro hermano? pues nuestro amor las oculte; ¿tiene alguna buena cualidad? pues echemos mano de ella, y seamos como la abeja que coge la flor y deja las espinas, y no como el escarabajo, que se revuelca en el estiércol.

17. Siguese de lo dicho que debemos evitar las murmuraciones y los chismes, que son el veneno de la caridad. «Seis cosas, — dice Salomón, — abomina el Señor, y otra además le es detestable: el que siembra discordias entre hermanos ¹.» «El chismoso, — dice el *Eclesiástico*, — contamina su propia alma, y de todos será odiado; será mal visto quien comercie con él ².» Y también dice: «No seas llamado chismoso.» Y para que los chismes den sus funestos resultados no es indispensable que sean sobre materia grave, pues cosas muy sencillas que tengamos la imprudencia de revelar traerán consigo la desunión y le discordia, porque han lastimado á nuestro prójimo, han tocado el amor propio, que es sensible en gran manera y delicado. «Parecen sencillas las palabras del

1 *Prov.*, VI.

2 *Ecl.*, XXI.

chismoso, — dice la Escritura, — pero ellas penetran hasta lo más íntimo de las entrañas ¹.» Y si es necesario que sepa nuestro hermano lo que de él se dice para su enmienda, no descubramos jamás quién lo dice; que esto sería perjudicar á nosotros mismos, á aquel de quien hablamos y al mismo que nos oye.

18. Al contrario de los chismes, las buenas palabras conservan y aumentan la caridad fraternal. «La palabra dulce y suave, — dice el *Eclesiástico*, — dicha con amor, multiplica los amigos y aplaca los enemigos, y la lengua graciosa vale mucho en un hombre virtuoso ².» «La palabra desabrida, áspera y dura despierta los enojos ³.» Por esto importa mucho que nuestras expresiones siempre sean suaves y llenas de caridad; que el hombre sabio con sus palabras se hace amable.

19. No nos excusemos con la virtud del prójimo, la cual le hará sufrido y paciente, pues eso no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra; y advertamos también que ni aun los más virtuosos se hallan siempre tan bien dispuestos que dejen de sentir nuestras faltas.

20. Qué palabras sean las que ofenden á nuestros hermanos, lo conoceremos poniendo-

1 *Prov.*, XXVI, 22.

2 *Ecl.*, VI.

3 *Prov.*, XV.

nos en su lugar. Nadie quiere ser tratado sino con amor, suavidad, atención y finura; tratemos, pues, así á los demás.

21. Según lo que vamos diciendo, debemos evitar las palabras picantes, que pueden lastimar ó disgustar á nuestros prójimos, pues no hay que hacer á otro lo que no queremos que se haga con nosotros. Y si de las palabras ociosas hemos de dar cuenta el día del juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas, pues ofenden y molestan á nuestros hermanos?

22. Evitemos también porfiar y contradecir, porque todo esto es contrario á la caridad. «Guárdate de porfias y contiendas, — decia San Pablo á Timoteo, — porque desedifican á los que las oyen. Al siervo de Dios no le conviene porfiar, sino ser manso y pacífico con todos ¹.»

23. Muchas veces de cosa insignificante se trata, y no va nada en que sea de uno ó de otro modo, y en perder la paz y caridad si va mucho. «No porfies sobre cosa que no te importa nada,» — dice el *Eclesiástico* ². Y aun cuando pudiese seguirse algún inconveniente, esperemos mejor coyuntura y obtendremos mejor resultado. Pero si otro nos contradice, no porfiemos; mas después de haber afirmado una

¹ Tim., II, 2.

² Eccl., XI.

ó dos veces lo que tenemos por verdad, dejemos á los otros sentir como quisieren; que es honor del hombre separarse de contiendas, mientras que todos los neçios se mezclan en altercados ¹. Porque dejando la contienda hacemos un acto de caridad con el prójimo impidiendo su enojo, y otro de humildad al vencer el deseo que teníamos de triunfar en la disputa, y otro, en fin, de amor de Dios impidiendo los pecados que podian seguirse de ella; pues está escrito: «Apártate de las contiendas, y disminuirás los pecados ².» Lo contrario desedifica, turba la paz, resfria la caridad y trae consigo otros muchos inconvenientes.

24. San Tomás de Aquino á nadie contradecía porfiadamente, sino decia su parecer con gran mansedumbre y dulces palabras, sin despreciar á nadie; antes estimando á los otros, porque sólo pretendia que fuese conocida la verdad. Imitemos tan noble y elevado ejemplo.

25. Dios permitió que entrase un demonio en el cuerpo del abad Moisés, en castigo de una palabra mortificativa y algo descompuesta que habia dicho al gran Macario, el cual rogó al Señor, y por su ruego Moisés quedó libre del demonio.

26. Evitando estos defectos contra la cari-

¹ *Prov.*, XX.

² *Eccl.*, XXVIII.

dad, procuremos buen modo en lo que hacemos, y la dulzura y suavidad en todas nuestras expresiones, para que se entienda que el amor nos mueve y sea grato al prójimo el servicio que le hacemos. «Hijo, —nos dice el Señor, — no juntes con el beneficio la reprensión, ni acompañes tus dones con la aspereza de malas palabras. ¿No es cierto que el rocío templó el calor? Pues así también la buena palabra vale más que la dádiva. ¿No conoces que la palabra dulce vale más que el don? Mas el hombre justo acompañará lo uno con lo otro¹.» Y, por el contrario, sin buenas maneras y palabras suaves nuestros servicios no serán bien recibidos, porque el don del hombre sin buenas maneras contrista y saca lágrimas de los ojos.

27. Cuando no podamos servir á nuestros prójimos, procuremos compensar la negativa con tan buenas respuestas y expresiones tan dulces que quede satisfecho de nosotros, pues las palabras dichas con gracia y que muestran entrañas de amor han de abundar en el hombre virtuoso; por esto debemos confundirnos cuando hablemos de otra suerte, y es entonces necesario humillarnos y dar satisfacción á nuestro hermano.

28. Para servir bien á nuestros prójimos tenemos la regla siguiente: Hacer cuenta que

¹ *Ecl.*, XVI¹.

servimos á Dios, y no á los hombres, pues de esta manera todo lo haremos bien y con buen modo. Y cuando el prójimo nos sirva, nos hemos de haber como el criado á quien sirve su Señor; como San Pedro cuando Jesús le quiso lavar los pies: « ¿Vos, Señor, me laváis á mí los pies? »

CAPÍTULO II

Cómo nos hemos de portar en los disgustos que tengamos con el prójimo — Gravedad de los juicios temerarios. — Sus causas y remedios.

§ I

Si desgraciadamente tenemos algún disgusto con el prójimo, procuremos luego volver sobre nosotros mismos y no contestar con aspereza; mas disimulemos y llevémoslo todo en paciencia, procurando responder con dulzura; porque la respuesta blanda y suave quiebra y detiene la ira, y, por el contrario, la contestación áspera y desabrida la despierta y enciende más, porque esto es echar leña al fuego en vez de apagarlo.

2. Andemos por lo mismo con mucho cuidado para no ofender á nadie, y muy prevenidos para sufrir con paciencia lo adverso, que acaso nos venga de parte del prójimo. Pero si le

hemos ofendido luego reconciliémonos con él, y que el sol no se ponga sobre nuestra ira¹. No olvidemos que sólo la humildad repara las ofensas que hemos cometido contra el amor de nuestros hermanos.

3. Cuando éstos nos ofendan, nunca pensemos vengarnos, pues todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo, y ningún miembro, herido de otro miembro, se vengó de él. A nadie volvamos mal por mal, ni nos alegremos de las desgracias de nuestros hermanos, aunque sean muy leves, ni dejemos de estimarlos como antes, alejando de nosotros toda amargura, ira é indignación, siendo muy benignos unos con otros y llenos de misericordia y muy fáciles en olvidar las injurias, y esto muy de corazón. ¿Con cuánta sinceridad y hasta qué punto? Como el Señor nos ha perdonado, nos dice. San Pablo. Su divina Majestad olvida enteramente nuestras culpas, y nos ama como si nunca le hubiéramos ofendido. De esta manera, pues, perdonemos también nosotros, sin admitir en el corazón ni la menor antipatía ni el más ligero resentimiento, no dejándonos vencer del mal, sino procurando vencer el mal con el bien.

4. El mal contra nuestros hermanos puede entrar en el corazón por medio de los juicios

¹ Ephes., IV.

temerarios. Acerca de esto nos dice San Pablo : «¿Por qué os atrevéis á juzgar á vuestros hermanos y á menospreciarlos en vuestro corazón ? » Si queremos, pues , conservar la caridad fraternal, debemos guardarnos mucho de los juicios temerarios y de las sospechas, que son una peste oculta, pero gravísima, que aleja á Dios de nosotros y destruye el amor del prójimo. Por este vicio lo infamamos con nosotros mismos, despreciándolo y teniéndolo en mal concepto. Y cuanto fuere más grave lo que juzgamos en su contra y menos suficiente el motivo para esto, mayor será la injuria que le hagamos. Si lo infamásemos para con otras personas, bien se ve la injuria que le haríamos: pues esta misma le hacemos al infamarlo con nosotros mismos ; porque tanto estima el hombre tener buena reputación con nosotros como con los demás.

5. Pero es de advertir que el mal no consiste en tener tentaciones, sospechas y juicios contra el prójimo, sino en consentir en ellos ; mas con todo, debemos guardarnos mucho de decirlos á otras personas, y aun en la confesión no hay para qué mentar las personas de quienes hemos juzgado, para no dar lugar á que otros juzguen ó sospechen lo mismo que nosotros.

6. En el juicio temerario usurpamos la jurisdicción de Dios, pues nos dice San Pablo : «¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Si

cæ ó si se mantiene firme, esto pertenece á su Señor ¹.»

7. La primera raíz de los juicios temerarios es la soberbia; porque si tuviéramos un gran conocimiento de nuestras faltas, bien lejos estaríamos de pensar en las ajenas. Y notemos que las personas aventajadas en la virtud suelen tener grandes tentaciones de juicios temerarios cuando ven á otros menos recogidos y no tan exactos en cumplir los deberes; pero el verdadero humilde está lleno de la sencillez de la paloma; tiene abiertos sus ojos para ver sus propias faltas, y cerrados para las de sus prójimos; esta conducta le trae grandes bienes: la confusión de sí mismo, el temor de Dios, el recogimiento y la paz del corazón. Y si llega á ver algún defecto en sus hermanos, luego registra su conciencia; y si en ella lo descubre, se humilla y confunde de nuevo, reconociendo su culpa.

8. Nacen también los juicios temerarios de nuestra mala conducta en la materia que juzgamos; pues siendo defectuosos, nos parece que son los demás lo mismo que nosotros. Si vemos por un vidrio azul, todo nos parece azul, y si el vidrio es encarnado, todo nos parece encarnado; así al malo, al imperfecto, todo le parece malo y lo echa él á mala parte, porque

1 Rom., XIII.

mala es su conducta; « pero al juzgar á otro se condena á sí propio, — dice San Pablo, — porque hace lo mismo que juzga ».

9. Cuando la conducta del prójimo es claramente mala, sin que pueda excusarse, aunque juzgarla por tal no es pecado, con todo, puede excusarse la intención, si no podemos más, pensando que obró por ignorancia, olvido, inconsideración ó por un primer movimiento inadvertido. ¿Cómo nos excusamos á nosotros mismos, y nos defendemos, y disminuimos y aligeramos nuestras faltas? Pues hagámoslo así con el prójimo, porque debemos amarlo como á nosotros mismos, y entonces no nos faltarán razones que alegar en su favor. Pensemos que la ocasión fué terrible y muy graves los asaltos del demonio, y que si nosotros nos hubiésemos hallado en tales circunstancias tal vez habríamos sucumbido más culpable y lastimosamente.

10. Nacen también los juicios temerarios de la envidia y la emulación contra la persona que juzgamos, porque esas pasiones nos inclinan á ver el mal y á echar á la peor parte todo lo que tal persona ejecuta.

11. Arranquemos de nuestra alma tan funestas raíces por medio de un amor muy sincero de nuestros prójimos, pues la caridad oculta las faltas ajenas y nos ayuda en gran manera para alcanzar la sencillez y humildad de cora-

zón. La falta de amor muchas veces nos causa disgusto con el prójimo por culpas muy ligeras, siendo así que Dios, por éstas mismas, no deja de amarlo. Pues imitemos á nuestro Señor, que tanto á ellos como nosotros mismos, lleno de bondad y de paciencia, nos sufre mucho. De otra suerte podemos temer que nuestro amor al prójimo no sea de caridad ni agrade á Dios.

12. Fray León, compañero del gran Francisco de Asís, tuvo una visión maravillosa, en la cual contemplaba una bellissima procesión de religiosos menores, y entre éstos iba uno, Fray Bernardo de Quintaval, de cuyos ojos salían rayos más resplandecientes que los del sol, y eran tan claros y hermosos que no se le podía ver el rostro. El Señor lo había premiado con esta gloria porque siempre juzgaba bien de los demás, mientras él mismo se humillaba en todo, teniéndose por inferior á sus hermanos.

CAPÍTULO III

Dé la corrección fraterna. — Es prueba de amor. — Bienes que trae consigo. — Por qué no se recibe como es conveniente. — Cómo la debemos recibir. — Ejemplos. — Avisos.

§ I

Yo reprendo y castigo á los que amo, — dijo el Señor en el *Apocalipsis*. Y San Pablo dijo además « que á cualquiera que el Señor recibe por hijo, lo azota y prueba con adversidades... Porque, ¿cuál es el hijo á quien su padre no corrige ' ? » Conocemos por estas palabras que la corrección de que ahora tratamos es una prueba de amor, y como tal debemos apreciarla en gran manera ; mas si, al contrario, se nos deja seguir el camino que nos agrade, tendremos que llorar nuestro abandono y la triste indiferencia con que se ve nuestra suerte, y ambas cosas son un terrible y funesto castigo ; y así, cuando Dios quería manifestar su indignación contra el pueblo de Israel, se expresaba en estos términos : « Cesará mi indignación contra ti, y se acabarán los celos que me causaste, y descansaré, y no me irritaré

1 *Apoc.*, III, 19. — *Heb.*, XIV, 6-7.

más ¹. » « Y si el celo nos ha abandonado, nos ha abandonado también el amor, » — nos dijo San Bernardo. Esto mismo pasa en nuestros padres y en los demás superiores con respecto á sus súbditos; ellos nos muestran el gran amor que nos tienen, al corregir nuestras faltas, y su indignación la descubre el abandono en que nos dejan cuando no nos corrigen.

2. Manifiesta también la corrección que nuestro padre ó el superior que tenemos está satisfecho de nosotros, que cree que lo amamos y que conocemos su amor: él nos tiene, además, por capaces de recibir sus avisos provechosamente. Mas sucede todo lo contrario si la corrección se ausenta de nosotros.

3. Muchos son los bienes que consigo trae la corrección fraternal; he aquí algunos de ellos: nos da á conocer nuestras faltas. El amor que nos tenemos impídenos con mucha frecuencia ver nuestros defectos, y si acaso los vemos, no es, por cierto, en todo su grandor; pero aquel que nos corrige los ha visto como son en sí, juzga sin pasión, es independiente, y sólo le mueve á corregirnos el amor que nos tiene.

4. Otro bien que trae la corrección, es animarnos á enmendar nuestras faltas, ya porque vemos que los otros las han conocido, y nadie

¹ Ezech., XII, 42.

quiere que se noten sus defectos, y ya también por los consejos que suelen acompañar á la misma corrección. El que nos corrige nos muestra el buen camino abandonado, nos ruega que volvamos á tomarlo, y para esto nos facilita los medios más oportunos. Por el contrario, si no hay quien nos corrija careceremos de estos bienes; y ¿cuánto será el tiempo en que acaso duremos con nuestros defectos? No lo sabemos.

5. Recibamos, pues, con agrado cualquiera corrección que se nos haga, ya que trae consigo tantos bienes; y como por otra parte es molesto, y muchas veces costoso, el corregir, para que haya quien se anime á hacerlo no nos excusemos aunque ciertamente no tengamos la falta que se nos reprende, sino, al contrario, demos las más sinceras gracias por aquel aviso, pues de otra suerte no habrá en adelante quien quiera corregirnos. Es necesario hacer esto mismo aunque se exageren nuestras faltas ó se nos reprenda de una manera inconveniente. Recibámoslo todo con agrado y humildad, bendiciendo al Señor que así nos brinda con tan bellas ocasiones de adelantar en la virtud.

6. Si no hay quien nos corrija, envejeceremos acaso con nuestros defectos; y si alguno llega á advertirnos y recibimos mal la corrección, mucho nos podrá dañar en vez de aprovecharnos: creeremos que nos han ofendido, y mostraremos la amargura y el resentimiento en

que abundamos en nuestras palabras y conversaciones. Por esto nos dice el Espíritu Santo: « Quien aborrece la corrección, perecerá. Quien la recibe, va por el camino de la vida. Quien no hace caso de ella, anda descarriado. Quien la aborrece, es un insensato ¹. »

7. Si no la recibimos bien, seremos semejantes á los enfermos que están frenéticos y no quieren ver al médico y resisten las medicinas que se les aplican, quedando de esta suerte sin remedio. Mas ¿ cuál es la causa porque tan mal nos parece y tomamos con tan poca voluntad la corrección? « Es nuestra soberbia, — dice San Gregorio; — pues parécenos que al ser corregidos quedamos deshonrados y perdemos la estimación de los demás. » La corrección nos toca en lo más vivo, y por eso no la podemos sufrir. Sucede también muchas veces que nosotros de buena voluntad confesamos nuestras propias faltas, mas no nos agrada que nos reprendan los otros, sino que luego nos defendemos y excusamos, mostrando en esto nuestra falta de humildad; porque si realmente fuéramos humildes, no sentiríamos tanto que nos reprendieran; pues la verdadera humildad, no sólo consiste en conocernos y tenernos en poco, sino en desear que los otros conozcan nuestras faltas y nos desprecien como merecemos:

¹ *Prov.*, XV, 10; X, 17; XII, 1.

8. Consultando, pues, á nuestro verdadero bien, recibamos la corrección, no sólo con mansedumbre y humildad, y mostrando el agrado que en esto sentimos, sino también procurando desearla con sinceridad. No olvidemos que el sol ablanda y derite la cera, pero seca y endurece el barro; y á las plantas que están arraigadas en la tierra, el agua, el aire y el sol les ayudan á crecer; pero si no lo están, estos mismos agentes las secan y pudren más pronto. Así al humilde, arraigado en su propio conocimiento, la corrección lo ablanda, lo enternece y aun aumenta su virtud; mientras que el soberbio, cuando es corregido, se endurece como el barro, y se pudre y corrompe como planta que no ha enraizado. Y en cuanto á los deseos de ser corregidos, para más avivarlos reflexionemos que si el hombre que ha perdido la salud del cuerpo desea con ansia recobrarla y toma gustoso las medicinas por más amargas que sean, nosotros también debemos tener ansias más vivas y más ardientes deseos de ser corregidos para obtener asimismo la salud de nuestras almas.

§ II

9. He aquí ahora algunos ejemplos que nos enseñan cómo debemos recibir la corrección. Jetró, observando que Moisés acudía por sí mis-

mo á todos los negocios del pueblo judío, le dijo: « No haces bien en eso. Con trabajo tan improbo te consumes, no solamente tú, sino también este pueblo que te rodea... escoge sujetos de firmeza y temerosos de Dios... para que sean jueces del pueblo continuamente. » Habiendo oído esto, hizo Moisés todo lo que Jetró le habia aconsejado ¹. Y Moisés era el caudillo de su pueblo, puesto por el mismo Dios para gobernar á los israelitas, muy superior á Jetró, y con todo eso siguió con humildad sus consejos. Asi también San Pedro, apóstol, el jefe de la Iglesia, una vez advertido por San Pablo con la libertad de la caridad, escuchó sus palabras con benigna y amorosa mansedumbre, dando admirable ejemplo á los mismos superiores de aceptar humildemente la corrección que se les diere ².

10. El emperador Teodosio fué corregido por San Ambrosio, y recibió con humildad la corrección del santo Obispo. El mismo San Ambrosio, cuando le advertían algún defecto, daba gracias por ello y tenia tal advertencia por singular beneficio. Cierta religioso, siempre que era corregido rogaba á Dios por la persona que le corregia, rezando por ella á lo menos un Padrenuestro; y esto se estableció después como

1 Exod., XVIII.

2 Galat. II, 11. — August., epist. 29 ad Hieron.

ley inviolable en el monasterio de Claraval, de donde era aquel religioso.

11. Para concluir el presente capítulo daremos los siguientes avisos, de los cuales unos se refieren al que corrige, y otros al que es corregido. Gran falta sería en nosotros llevar á mal la corrección fraterna, ó procurar excusarnos de la culpa que nos reprenden, pues á veces más faltamos en esto que con la falta cometida, pues así mostramos una gran imperfección, mucha soberbia, y damos lugar para que se piense que no tratamos de enmendarnos, sino solamente de ser estimados y honrados. Del que quiere ocultar sus faltas, y algunas veces aun con mentira, dice San Bernardo: « ¿ Cómo podrá creerse que manifieste las culpas ocultas, que sólo conoce su conciencia, el que excusa las que todos conocen? De nada se espanta el humilde, porque se conoce á sí mismo y se tiene en lo que es; ni se admira, ni le coge de nuevo lo que de él se dijere, pues descubre en sí mayores faltas, y nada le parece lo que hablan en su contra comparado con aquello que, según él mismo, podría decirse.

12. A quien desea de veras enmendarse, le es muy grato que haya muchos que observen su conducta. « ¡Quién me diera, — dice el mismo San Bernardo, — que anduviesen cien pastores velando sobre mí! Cuantos más fueren los que cuidaren de mí, con tanta mayor

seguridad caminaré. Mas ¡oh locura digna de espanto! nos atrevemos á cargar con el cuidado de innumerables almas de los prójimos, y no podemos sufrir que un solo pastor cuide de la nuestra. Más temo los dientes del lobo que el cayado del pastor, cuyo amoroso y blando silbo nos vuelve al buen camino. »

13. Al corregir á nuestros prójimos debemos revestirnos de entrañas de misericordia y mansedumbre, manifestando la caridad que nos anima, usando de expresiones llenas de suavidad y de dulzura, sin que nos mueva ninguna indigna pasión ni nos precipite un celo indiscreto, sin exagerar las faltas que corregimos; y cuando así lo hiciéremos, recordemos para animarnos á la corrección estas palabras de los *Proverbios*: « Quien corrige á una persona, será al fin más grato á ella que otra que la engaña con palabras lisonjeras ¹. » Y estas otras de San Pablo: « ¿Quién es el que me ha de alegrar, sino el que es contristado por mí ²? Pues la pena y tristeza que causa la corrección es para bien de las personas corregidas. Y si no, ved lo que ha producido en vosotros, — añadía el Apóstol, — esa tristeza según Dios que habéis sentido: ¡cuánta solicitud, qué cuidado en justificaros, qué indignación contra

¹ Psalm. XXVIII, 23.

² I Cor., II, 2.

el incestuoso, qué temor, qué deseo de remediar el mal, qué celo, qué ardor para castigar el delito !!»

14. Mas este buen resultado no se obtendrá fácilmente si al corregir al prójimo llegamos á olvidar el espíritu de caridad y mansedumbre de que hablamos; á fin de poder conservarlo pensemos en el cuidado con que una madre limpia las llagas de su hijo, con qué tiento y suavidad, con cuánta delicadeza y atención; que al fin siente el dolor de aquel hijo como si fuera propio. Corrigiendo al prójimo de esta manera, la corrección le será muy provechosa; y si por ventura no lo fuere, no por esto dejemos de corregir cuando sea necesario; pues «no se deja la medicina, — dice San Agustín, — ni dejamos de curar los enfermos porque algunos no sanen.» Probemos, pues, también nosotros los últimos medios, porque se trata de la gloria del Señor y del bien de las almas.

1 I Cor., VII, 11.

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

**Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla. —
De la meditación. — De los afectos de la voluntad.**

§ 1

CONSISTE la oración en levantar á Dios el alma y pedirle mercedes. Por medio de ella tratamos con Dios nuestro Señor, y esto sólo basta para descubrirnos su excelencia y dignidad; « por lo cual, — dice el Crisóstomo, — no hay lengua humana que pueda declarar cuánta sea la elevación que trae consigo el hablar con Dios, y la utilidad y provecho que de esto nos resulta; porque si aun acá en el mundo tanto adelantamos en la ciencia y la virtud tratando con hombres sabios y virtuosos, ¿ cuánto no será nuestro provecho si tratamos con Dios ? »

2. *El hombre siempre está lleno de necesidades y miserias, expuesto á innumerables caídas y rodeado de terribles enemigos, que sin*

descanso procuran su ruina: es grande su ignorancia en los caminos del Señor; su debilidad es asombrosa, y sus malas inclinaciones lo acercan sin cesar al precipicio. Todo esto nos descubre la necesidad que tenemos de pedir á Dios socorro. Y si no hay tiempo ni negocio alguno en el cual no necesitemos del divino auxilio, en todo tiempo y en todos los negocios de la vida hemos de pedirlo al Señor.

3. « Las gracias que Dios ha determinado concedernos, las conseguimos por la oración, — dice Santo Tomas. » Y así nuestro Señor nos dice en el Evangelio: « Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre'. »

4. Es la oración la escala de Jacob, por la cual suben nuestras oraciones al Señor y bajan sus divinas gracias. Es la llave del cielo, que abre todas sus puertas y pone en nuestras manos los tesoros de Dios. Es un medio muy eficaz para conocer nuestra vida y arreglarla; por esto dijo San Agustín: « Sabe vivir bien quien sabe bien orar. »

5. Así como el pan alimenta al cuerpo, así la oración alimenta al alma. Y bien lo vemos esto cuando al dejar la oración sentimos que nuestra alma se enflaquece y debilita, y nos asalta la

1 Matth., VII.

tibieza, y perdemos el vigor y aliento para la virtud, y empiezan luego á revivir nuestras antiguas pasiones: la disipación, la vanagloria, la ira, la envidia y otras muchas.

6. La oración es al alma lo que es al estómago el calor natural; sin éste no se conserva la vida ni aprovecha el alimento; así también, sin la oración no se conserva la vida espiritual; mas con ella viene el aliento, la fuerza y la salud, y es además el remedio para todos nuestros males, pues luego nos advierte de ellos y hácenos volver sobre nosotros mismos é implorar el auxilio del Señor.

7. La oración puede ser especialísima y extraordinaria, que el Señor da á quien le agrada; ó bien común y ordinaria, la cual podemos con nuestros esfuerzos conseguir, ayudados de la gracia de Dios. Y de ésta trataremos ahora.

8. El modo más sencillo para su práctica consiste en hacerla mediante el ejercicio de la memoria, del entendimiento y la voluntad: la memoria recuerda el punto ó el misterio sobre que deseamos tener oración; el entendimiento medita y discurre sobre ese mismo punto, considerando lo que más pueda ayudarle á mover la voluntad, la cual sigue después ejercitando sus afectos; y—esto es lo principal—el fin de la meditación y el fruto que hemos de sacar de los discursos del entendimiento, es movernos al deseo de lo bueno y aborrecimiento de lo malo.

9. Esta práctica es muy conforme á la naturaleza humana, que es discursiva y racional, y se gobierna por la razón, y con ésta se convence y se rinde. La voluntad es potencia ciega y tiene que seguir lo que el entendimiento le propone; por esto, cuando se quiere que mudemos de voluntad, se nos convence con razones de que nos conviene obrar de otra manera.

10. « Siendo el fin de la oración el afecto y las santas resoluciones de la voluntad, bien se deja ver cuán necesaria es para esto la meditación, sin la cual la oración es tibia, — dice San Agustín; — porque si el hombre no se ejercita en conocer sus debilidades y miserias, andará engañado y no sabrá pedir lo que le conviene; presumirá de sí mismo, lo cual no hiciera si se conociese, y tratará en la oración de otras cosas, y no de aquellas que ha menester. Podránse impedir estos males ejercitándonos en conocer nuestras faltas y miserias por medio de la meditación, que nos descubrirá el punto principal á que hemos de atender, y los medios para conseguir lo que deseamos. La meditación nos muestra lo que nos falta, y la oración nos lo alcanza; aquélla nos descubre el camino, y ésta nos lleva por él; con la meditación conocemos los peligros que nos cercan, y con la oración los evitamos. »

11. Finalmente, « la meditación, — dice

San Agustín, — es principio de todo bien; porque quien considera la bondad de Dios y su misericordia para con nosotros, y cuánto nos ha amado, y lo mucho que ha hecho y padecido por salvarnos, luego se enciende en su amor; quien reflexiona sobre sus culpas y miserias, y considera lo mal que ha servido á Dios y lo mucho que le ha ofendido, luego se humilla y se tiene en poco y siéntese digno de cualquier castigo. De esta manera la meditación enriquece al alma con todas las virtudes. »

12. « Toda la tierra está desolada, — decía un Profeta, — porque no hay quien reflexione en su corazón ¹. » Y, en efecto, ¿quién se atrevería á cometer un pecado mortal si considerase que Dios murió por el pecado, y que un solo pecado se castiga con penas eternas; si pensara en aquel para siempre jamás en que, mientras Dios fuere Dios, los pecadores arderán en el infierno?

13. Pero es indispensable meditar como debemos, no superficialmente ni de corrida, sino con empeño, con mucha atención y reposo; hasta quedar muy desengañados y enterados de las verdades que meditamos, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Meditemos muy despacio y con mucho sosiego en la brevedad de la vida, en la vanidad del mundo y cómo

1 San Jerónimo, XII.

acaba todo con la muerte, para que así menospreciemos todas las cosas de la tierra y pongamos todo nuestro corazón en lo que ha de durar para siempre.

14. Hay mucha diferencia de meditar á meditar, y de conocer á conocer. « ¿Quién me ha tocado? » — dijo el Señor cuando le tocó la hemorroísa. San Pedro le contestó: « Maestro, la gente te comprime y te molesta, y tú dices ¿quién me ha tocado? — Alguno me ha tocado, — replicó el Señor, — pues yo he sentido que salió virtud de mí ¹. » Así hemos de tocar á Jesucristo y sus misterios, de manera que sintamos en nosotros su divina virtud; y para esto importa mucho meditar con atención y sosiego, procurando penetrarnos cuanto sea posible del objeto en que nos ocupamos, desmenuzando, por decirlo así, todas sus circunstancias.

§ II

15. A la necesidad de la meditación se añade el gran provecho que consigo trae, y es que de ella nace la verdadera devoción, la cual no es otra cosa que una prontitud de la voluntad para lo bueno. « La devoción, — dice Santo Tomás, — reconoce dos causas: una extrínseca

¹ Luc., VIII.

o principal, que es Dios; otra intrínseca de parte nuestra, que es la meditación del entendido, la cual, después de la gracia de Dios, es la que mueve y enciende el fuego de nuestro corazón. » No está la verdadera devoción en la dulzura y gusto sensible que se experimenta en el trato con Dios, sino en la prontitud que tenemos para todas las cosas del divino servicio. Y esta devoción es la que dura y permanece, porque está fundada en la verdad, que nunca falta; verdad de la cual estamos convencidos por medio de la meditación. Al contrario, la devoción que se funda sólo en los gustos sensibles, no dura mucho; mas tiene que concluir en terminando éstos. «*Inflamado senti mi corazón, — decía David, — y en mi meditación se encendian llamas de fuego* ¹.» Es, pues, la meditación el medio con que encendemos en el alma el amor de Dios; y si es medio no debemos parar en él, sino en los efectos que produzca en nosotros; pues si buscamos la virtud es para practicarla, y bien sabemos que la vida cristiana no consiste en los buenos pensamientos y en la inteligencia de las cosas santas, sino en las sólidas virtudes á que nos debe inclinar la meditación, cuyo fruto se halla en referirlo todo á nosotros para aprovecharnos de ella. Y como el sol no á todos los que alumbra calien-

1 Psalm. XXXVIII.

ta, así la meditación, aunque enseña lo que hemos de hacer, no mueve á todos á la práctica del bien; y como una cosa es tener noticia de las riquezas y otra es poseerlas, y esto es lo que nos hace ricos, no lo primero, así también, no el conocimiento de la virtud, sino su práctica nos hace felices. No nos quita el hambre que nos aflige el tener delante una mesa cubierta de manjares, sino el comerlos; de la misma manera, poco nos aprovecharán las mejores consideraciones si no las aplicamos á nosotros mismos para practicarlas.

16. Que la meditación, pues, nos lleve á los afectos y santos deseos de la virtud, los cuales á su tiempo se pongan por obra. Ezequiel vió unos misteriosos animales que tenían manos de hombre debajo de las alas, dándose á entender en esto que la meditación que nos eleva á Dios ha de ser para practicar la virtud, sacando afectos y deseos de humildad, de paciencia en los trabajos, de dolor de los pecados, propósito de la enmienda, agradecimiento por los beneficios recibidos, resignación á la voluntad de Dios é imitación de Jesucristo.

17. Si la meditación es un medio para despertar y encender los deseos de la virtud, luego que esto se haya conseguido debemos detenernos y emplearnos con pausa y sosiego en los deseos y afectos de la voluntad, hasta satisfacerlos enteramente. En estos deseos y afectos

tos consiste la perfecta oración, y no en los discursos del entendimiento. De aquí es que no hemos de afligirnos si no podemos discurrir en la oración, con tal de que sepamos amar y resolernos á vencer nuestras pasiones. Y no sólo no debemos afligirnos, sino además podemos considerar que aún hay más: cuando una fuente tiene diversos acueductos, cuanto más saliere por uno de ellos, menos saldrá por el otro; y así, cuanto más nosotros nos derramemos en consideraciones y discursos muy elevados y superfluos, menos afectos tendremos en la voluntad. David pedía al Señor alas de paloma para volar á las alturas, y no alas de otra ave más ligera, porque sabía muy bien que para volar á lo alto de la santidad son mejores las alas de paloma, esto es, la humildad y sencillez de corazón, que las meditaciones elevadas y sublimes, porque Dios se comunica á los humildes y sencillos.

18. La misma oración no es tampoco fin, sino medio para alcanzar una perfecta mortificación de nosotros mismos y de las pasiones y apetitos que nos hacen guerra. Así como metemos el hierro en el fuego para que se ablande y podamos doblarlo con facilidad, así también sucede en la oración; nos es muy duro el mortificarnos y vencer la propia voluntad, y por esto acudimos al fuego de la oración para que allí, con el ejemplo de Jesús y el auxilio de la

gracia, se ablande el corazón y podamos inclinarlo al servicio de Dios. Moisés salió de hablar con Dios lleno de fortaleza, y aun el mismo Jesucristo, confortado en la oración, se puso en manos de sus enemigos sin huir de la terrible muerte que le preparaban.

19. Para obtener buen resultado de la oración es de mucha importancia pensar de antemano en el fruto que deseamos sacar de ella. Para esto consideremos muy despacio cuál sea la mayor necesidad de nuestras almas, lo que más nos impide aprovechar ó nos hace más terrible guerra; esto ha de ser lo que pongamos delante de los ojos para insistir en ello y sacarlo de la oración. Sería engaño por lo mismo ir á ella sin tal preparación, tomando lo que se ofreciere casualmente á nuestra consideración. Seríamos como el cazador que tira sin apuntar y que inútilmente gasta la pólvora. El enfermo que va á la botica, no echa mano de lo primero que encuentra, sino de lo que ha menester para su enfermedad. Recordemos que el ciego del Evangelio, cuando el Señor le preguntó qué era lo que quería que hiciese con él, luego le representó su mayor necesidad, la falta de vista, y de ella pidió el remedio. Así nosotros en la oración acudamos al socorro de lo que más necesitamos, insistiendo y perseverando en ello hasta alcanzarlo.

20. Sin embargo, lo que hemos dicho no

impide que á más de nuestra principal necesidad nos ocupemos en los actos y ejercicios de otras virtudes; pero es indispensable insistir algún tiempo con decidido empeño en lo que más necesitemos, y ocuparnos en ello una y otra vez, y traerlo siempre delante de nosotros como el mayor negocio que tenemos. Y nota el Angélico Maestro que la oración es tanto mejor y más eficaz cuanto más se reduce á una cosa. Por esto también es muy bueno aplicar el examen particular al principal objeto de la oración, lo mismo que las oraciones jaculatorias que hagamos entre día, y las penitencias y mortificaciones que practiquemos.

21. La oración es como una fuente de agua en medio de un jardín, que riega todas las flores que se encuentran en él; pero entre éstas algunas hay más delicadas y preciosas que las demás, y que son cultivadas con mayor esmero y preferidas á las otras en el riego; así, en nuestras almas todas las virtudes se han de regar y conservar hermosas y lozanas por medio de la oración, pero entre éstas deben ser preferidas aquellas de que tengamos más necesidad.

CAPÍTULO II

Concluye el anterior. — Medios para tener buena oración
De las distracciones y sus remedios.

SEGÚN lo que decíamos en el capítulo anterior, en la oración podemos ejercitarnos, no sólo en aquello de que tenemos mayor necesidad, sino también en lo menos necesario; pero hay que advertir que aquello en que lleguemos á ocuparnos no lo hemos de ver superficialmente y de corrida, sino muy despacio y con sosiego, hasta quedar enteramente convencidos y del todo resueltos; verbigracia: si nos ocupamos en el dolor de nuestros pecados, debemos detenernos en esto hasta sentir un horror y aborrecimiento tan grande del pecado que produzca en el alma el propósito más firme de primero morir mil veces antes que ofender á Dios. — Y lo mismo debemos hácer en el ejercicio de todas las demás virtudes, repitiéndolo una, dos y más veces; porque así como son necesarias muchas lluvias para que la tierra se empape y penetre del agua, así también es indispensable repetir unos mismos afectos y consideraciones en la oración para quedar enteramente penetrados y convencidos de su verdad. Y así como unos mismos manjares se preparan de distinto

modo, y de esta suerte siempre los tomamos con gusto, así también las mismas reflexiones y afectos, presentados á nuestra alma bajo diversos y nuevos aspectos, nos podrán ocupar sin causarnos fastidio, y sí consuelo y alegría; verbigracia: si tratamos de humildad, consideremos unas veces nuestras miserias y flaquezas, despreciándonos por ellas, y otras avivemos en nosotros los deseos de ser despreciados de los hombres, teniendo su estimación por vanidad, ó bien hagamos por avergonzarnos por las faltas que cada día cometemos; otras veces alabemos y admiremos la paciencia del Señor que nos sufre tanto, ó démosle gracias por habernos impedido cometer nuevos pecados; y otras, por último, descendamos á cosas particulares y prácticas que probablemente se nos han de ofrecer en aquel mismo día. Y esto es en gran manera importante, porque la oración se ha de encaminar á la práctica de la virtud, ayudándonos á quitar dificultades y vencer repugnancias y prepararnos para la virtud. Los soldados, antes de la guerra, se dedican al ejercicio de las armas para estar diestros en ellas; así también nosotros debemos hacer lo mismo en la oración para alcanzar después victoria sobre nuestros enemigos, pues más fácilmente podremos vencerlos estando de antemano preparados.

2. En el mismo ejercicio de las virtudes en

que nos ocupamos durante la oración, hay muchos grados que subir para llegar á la perfecta santidad; por ejemplo, en las adversidades tenemos que recibirlas con paciencia, y bendecir á Dios por ellas y gozarnos en sufrirlas. Así también en la humildad, la pobreza y las otras virtudes hay que ejercitarlas con prontitud, facilidad y alegría, y teniendo tanto contento en los desprecios como tienen los mundanos en la estimación de los demás.

3. Para esto necesitamos mucho tiempo, pues muy lejos nos hallamos de tanta elevación.

4. Lo que hemos dicho tiene también lugar en la consideración de los divinos misterios; esto es, que debemos detenernos en una misma cosa y profundizarla, sin pasar por ellos de corrida; pues más aprovecha un misterio bien considerado que muchos por los cuales pasemos sin gran detención.

5. Reflexionemos, por tanto, una y otra vez sobre este mismo misterio, para sentir en él mayor provecho. Jesucristo no curó en un instante al ciego del Evangelio, sino que primero le puso saliva en los ojos, y el ciego empezó á ver los hombres como árboles; volvió el Señor á ponerle las manos sobre los ojos, y entonces el ciego vió con claridad y perfección.

6. Cuando entramos en un aposento obscuro, nada vemos al principio; pero deteniendonos, vamos descubriendo poco á poco lo que

en él se encuentra. Hagamos esto mismo en la oración; detengámonos en ella lo más que podamos, y vendrá la luz del cielo y serán disipadas las tinieblas de nuestra alma, repitiendo unos mismos afectos.

7. Para conseguir el poder detenernos en una misma reflexión, tengamos gran afecto á Dios nuestro Señor. «Como yo amo en tanto grado vuestra ley, ¡oh Señor!, no me canso de pensar en ella todo el día», — decía David. Una madre siempre está pensando en el hijo que ama; y si tanto puede el amor natural, ¿no podrá todavía más el sobrenatural de Dios nuestro Señor, hermosura infinita y fuente de toda bondad? Todos piensan de buena gana en lo que aman; tienen el corazón donde está su tesoro; pues amemos á Dios y pensaremos siempre en El, y en El también tendremos nuestro corazón.

8. En nuestra mano está, con la gracia de Dios, tener siempre buena oración y sacar provecho de ella; pues podemos ejercitar nuestras potencias, el entendimiento con relaciones análogas al asunto que tratamos, y la voluntad con afectos y resoluciones particulares y muy prácticas; y si así lo hacemos, aunque la sequedad y el desconsuelo nos hayan abatido, habremos tenido buena oración.

9. He aquí algunos medios para conseguir esto con más facilidad. Primero: Tratemos en

la oración con nosotros mismos, con sinceridad y sencillez, haciéndonos, por ejemplo, estas preguntas : ¿ He adelantado en el camino de mi salvación, pues para esto me tiene Dios en el mundo? ¿ Qué grados he adquirido de humildad y mortificación? ¿ Cumplo mis obligaciones como debo según la voluntad de Dios, gobierno mi casa y familia tan cristianamente que todos sirvan á Dios, y sobrellevo con paciencia todas las mortificaciones y pesadumbres de mi estado?

10. Segundo: Presentémonos delante de Dios como á su madre se presenta un niño ; como el pobre, el ciego, el desnudo y el desamparado están delante de los ricos pidiendo limosna. Contemplemos la sencillez del niño, y la humildad, la paciencia y el respeto de aquellos necesitados, y de esta suerte descubramos al Señor nuestra pobreza y miseria, esperando el remedio de su infinita bondad.

11. Tercero: El abad Panuncio dijo á Tais la pecadora después de convertida : « No mereces tomar en tu boca sucia el nombre de Dios; tu oración será que, de rodillas y mirando al Oriente, dirijas al Señor estas palabras : « Tú, » que me formaste, ten misericordia de mí. » Pues contentémonos con tener esta oración, y entendamos que no merecemos otra cosa.

12. Cuarto: Humillemos nuestras almas delante del Señor, y digámosle como alguno de

sus servidores : « Señor, yo soy una bestia y no sé tener oración; enseñadme Vos á tenerla. » Mucho alcanza la humildad con Dios nuestro Señor, y así como ella es medio para la oración, también la oración es medio para la humildad.

13. Quinto: Cuando las distracciones nos combatan, arrojémonos á los pies del Señor para decirle : « Señor, en cuanto es culpa mía tener estas distracciones, me pesa mucho de ellas ; en cuanto es vuestra voluntad, las acepto en castigo de mis pecados y me regocijo en la cruz que me mandáis. »

14. Sexto: Si nos hemos descuidado en la oración, procuremos aquel día mortificarnos más y andar con mayor cuidado en todas nuestras obras.

15. Séptimo: No hagamos cosa contraria á la oración, y de esta manera nos comunicará el Señor muchas gracias.

16. Octavo: Cuando no sintamos el recogimiento y la devoción que quisiéramos tener, deseemos con gran voluntad el tenerla, y así supliremos lo que acaso nos falta. Demos á Dios todo nuestro corazón, deseando los ardores de los más elevados serafines, y ofrezcámosle lo que ellos hacen, y, sobre todo, unamos nuestras obras con las de Jesús y de su santa Madre, supliendo con sus méritos todas nuestras faltas, y presentemos al Padre la oración que hacemos,

y todo lo demás, en unión del amor y fervor con que Jesús le amó y le alabó en la tierra, y nuestros ayunos y penitencias con las suyas, y con sus santísimas virtudes las nuestras, tan flacas é imperfectas como son.

17. Con semejante oración podemos estar muy contentos, sin pretender elevarnos á otras regiones, donde acaso no podríamos permanecer por mucho tiempo. Consérvenos Dios en su gracia sin dejarnos caer en culpa mortal, y ¿qué mejor oración podemos querer que la que tiene tal fruto?

18. Respecto de las distracciones, de que hemos hablado, tres son sus causas principales. Primera, nuestro descuido en guardar el corazón y en no dejar que se derramen los sentidos durante el día. El remedio está en nuestra mano con la gracia del Señor: ocuparnos en santos pensamientos, guardar el corazón y recoger los sentidos. La piedra de molino muele lo que se le echa, trigo, cebada ó centeno; pero en manos del hombre está echarle lo que él quiera; así nuestro corazón se ocupará en los pensamientos y afectos que nosotros le procuremos, de Dios ó del mundo, de virtud ó de pecado.

19. La segunda causa de las distracciones proviene del demonio, que procura á todo trance impedir la oración, pues muy bien sabe las grandes ventajas que de ella nos resultan. El remedio contra este mal es invocar muy de

veras el auxilio del Señor con algunas jaculatorias humildes y amorosas.

20. La tercera causa puede ser alguna enfermedad corporal ó debilidad de cabeza. En este caso tomemos por materia de oración lo mismo que padecemos, y conociendo nuestra miseria ofrezcamos á Dios la cruz que nos manda.

21. A más de estos remedios, he aquí algunos otros que nos dan los santos. Reflexionemos que estamos en la presencia del Señor; y si delante de los grandes de la tierra procuramos estar con atención y respeto, ¿ con cuánta mayor razón debemos hacerlo así delante de Dios y de sus santos ángeles ?

22. Podemos hacer también nuestra oración delante del santísimo Sacramento; y si todavía no cesan las distracciones y el abatimiento del corazón, recordemos que el ciego del Evangelio, aunque la gente le decía que callase, él levantaba más y más su voz diciendo: « Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí; » y hagámoslo así nosotros, aunque el Señor disimule y nos parezca que pasa de largo, y aunque la turba de las distracciones pretenda que callemos. Demos mayores voces diciendo: « Señor, ten piedad de mí; fortalece mi corazón en esta hora para que pueda pensar en Ti y permanecer en la oración. » Bueno será que ayudemos nuestra flaqueza con breves oraciones vocales.

23. Llevemos á la oración bien preparados los puntos en que hemos de meditar, para que, en advirtiendo que estamos distraídos, tengamos luego á la mano el objeto en que hemos de pensar. « Antes de la oración prepara tu alma, — nos dice el Espíritu Santo, — y no seas como el hombre que tienta á Dios †. »

24. Si á pesar de todo esto el corazón se nos va de entre las manos sin culpa nuestra, tengamos paciencia; pero sepamos que el Señor no se ofende por esto; antes se mueve á compasión y misericordia de nosotros, pues bien conoce nuestra miseria. Y si perseveramos en la oración á pesar de los pensamientos y sequedades que sufrimos, será muy agradable tal oración á los ojos de Dios y alcanzará grandes favores para mejor servirlo y crecer en la virtud.

25. Por lo mismo, no debemos dejar la oración por más que en ella nos vengan tentaciones y trabajos, ni permitamos que se nos entre la tibieza; mas, al contrario, procuremos mantener el corazón humilde y recogido en todo lugar.

26. Entre otras tentaciones, la del sueño puede venir de causas naturales, y debe entonces combatirse con remedios también naturales. Si nace de nuestra tibieza ó del demonio,

† *Ecl.*, XVIII.

procuremos disipar aquélla y acudir al auxilio del Señor.

CAPÍTULO III

Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año.

§ I

Los hombres del mundo celebran fiestas y espléndidos banquetes en distintas épocas del año, en las cuales más particularmente se entregan á los goces y placeres de la vida; así también nosotros debemos tener nuestras fiestas y banquetes espirituales para gozar en ellos, sin tasa ni medida, la dulzura del Señor y la abundancia de su gracia. Esto es sobremanera importante, no sólo para adelantar en la virtud; sino también para no volver atrás; pues siempre está nuestra miseria inclinándonos al mal y entibiando el fervor con que empezamos, y mientras más se multipliquen nuestras ocupaciones exteriores, más necesidad tenemos de entregarnos en ciertas épocas al retiro y la oración. Andaban los Apóstoles muy ocupados en la predicación, y volviendo á dar cuenta al Señor de lo que habian hecho, su divina Majestad les dijo: « Venid á retiraros con-

migo á un lugar desierto, y reposad un poco ¹. » Y si los Apóstoles necesitaban semejante descanso, mucho más, sin duda, lo necesitamos nosotros.

2. He aquí algunos tiempos y ocasiones en que particularmente conviene entregarnos á la oración y á los ejercicios espirituales: cuando sentimos que se entibia nuestro fervor; cuando hemos aflojado en la oración, examen y lección espiritual; cuando ya no atendemos á cosas pequeñas ó no logramos vencernos en alguna pasión, pues muchas veces unos solos ejercicios bastan, con la gracia del Señor, para renovarnos enteramente, y así no se nos debiera pasar ningún año sin hacerlos.

3. En cuanto al fruto de estos ejercicios, consiste principalmente en tres cosas: Primera: En renovar el fervor de nuestro espíritu para hacer las obras que practicamos diariamente, con la perfección que sea posible; en oír bien la santa Misa, y tener con fruto la lección espiritual, y cumplir las obligaciones de nuestro estado con fidelidad y exactitud.

4. Segunda: Debemos tratar en los ejercicios de vencernos y mortificarnos en la pasión que más nos domine, y que es la causa de nuestras frecuentes caídas ó del escándalo de los demás, y que tal vencimiento y mortificación

¹ Marc., VI.

se deje conocer después en nuestras obras, como aquel joven antes perdido, de quien habla San Ambrosio, que encontrándolo una mala mujer, le dijo : « Yo soy aquélla. » Y él le contestó : « Pues yo no soy aquél. » Venía cambiado, y era ya otro. Así hemos también de cambiar de vida, para poder decir que ya no vive en nosotros el hombre antiguo, sino el nuevo, Jesucristo nuestro Señor.

5. Tercera: En lugar del vicio ó pasión que procuremos extirpar en los ejercicios, hemos de plantar en el alma la virtud contraria; pero esto debe hacerse con empeño y decididamente y poniendo los ojos en lo más elevado de la misma virtud; verbigracia: en una humildad que llegue hasta hacernos gozar en los desprecios; en una resignación perfecta en las manos de Dios que no nos deje gusto sino en cumplir su santa voluntad; en servir á Dios por complacerle, por puro amor de su bondad infinita. Y así de las otras virtudes.

6. Antes de los ejercicios espirituales debemos pensar muy despacio en las necesidades que nos aquejan, para conocer nuestra pasión dominante y lo que más nos impide el adelantar en la virtud, ó qué es lo que escandaliza al prójimo en nuestra conducta, y éste sea el fruto que saquemos de ellos y lo que hemos de tener delante de los ojos mientras duraren.

7. Después de la oración podemos exami-

nar cómo la hicimos, para ver si llevamos adelante el propósito que nos ha llevado á ejercicios y afirmarnos más en él. Semejante examen siempre conviene que lo hagamos para descubrir nuestros defectos y poder corregirlos. Y asimismo convendría escribir nuestros buenos deseos y propósitos á fin de conservarlos más en la memoria y reanimar nuestro fervor con su frecuente lectura.

§ II

8. Ya que hablamos de lectura, diremos alguna cosa sobre la importancia de leer diariamente en algún libro espiritual, á fin de aprovechar en la virtud. San Pablo decía á su discípulo Timoteo: « Atiende á la lección. » Y San Atanasio aseguraba que ninguno había que tratase de veras en su aprovechamiento que no se diese á la lectura espiritual. En la oración hablamos con Dios, y cuando leemos Dios nos habla, no sólo para revelarnos su santa voluntad, sino también para que la cumplamos.

9. Nos hemos de ocupar en la lectura de libros espirituales como si fueran cartas venidas de nuestra patria, que es el cielo; aquellos libros serán para nosotros como espejos en los cuales veamos nuestro interior, pues nos descubren el bien y el mal que hacemos, y si ade-

lantamos ó desfallecemos en la virtud. A veces nos recuerdan los hechos admirables de los santos, y también las faltas que algunos cometieron, para que éstas nos llenen de temor de Dios y aquéllos nos animen y conforten más en las sendas de la perfección.

10. He aquí las principales reglas para hacer con provecho la lección espiritual. Primera: No leamos muy aprisa, sino con sosiego, espacio y atención, y parémonos un poco al encontrar algún pensamiento que nos mueva ó nos llame la atención, para meditar sobre él un instante.

11. Segunda: No busquemos tanto el saber como el sabor y gusto de la voluntad, pues no es lo mismo leer para saber que leer para aprovecharse, leer para otros que leer para sí mismo. Lo primero es estudio; lo segundo lección espiritual.

12. Tercera: No leamos de una vez muchas cosas, ni pasemos en la lectura muchas horas, para no fatigar el espíritu y á fin de aprovechar lo que nos convenga; no sustenta al cuerpo la demasiada comida, sino la buena digestión; ni aprovecha al alma lo mucho que ha leído, sino el reflexionar y detenerse en eso.

13. Cuarta: Debemos conservar en la memoria lo que más nos haya movido, ó lo que más bien se refiera á la necesidad de nuestras almas, para andar después pensando en aquello

y no en cosas impertinentes ; pues como el manjar se toma para que sustente y nos dé fuerzas en lo restante del dia , la lectura tiene también el mismo objeto respecto de nuestra alma: sustentarla y darle fuerzas para que no desfallezca en el camino de Dios.

14. San Agustín entró en una ocasión en un huerto , y llorando , exclamó una y otra vez: « Señor, ¿ hasta cuándo, hasta cuándo? ¿ Por qué hoy no he de dar fin á mis torpezas? » Y oyó una voz que le dijo: « Toma, lee; toma, lee. » Y tomó un libro de la Santa Escritura y empezó á leer en él , y el Señor le infundió una gran luz ; y dejando él todas las cosas del mundo, se entregó enteramente al servicio de Dios.

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios. — Sus grandes bienes, y en lo que consiste.

§ 1

BUSCAD á Dios con fortaleza y con perseverancia; buscad siempre su rostro ¹. El rostro de Dios es su presencia, y buscamos ese rostro divino andando en la presencia del Eterno, convirtiendo al Señor el corazón con el deseo y el amor.

2. Este ejercicio es como el principio de la gloria, pues la gloria consiste en contemplar á Dios sin perderlo de vista; y ya que en la tierra no lo vemos claramente, procuremos suplir esta vista por medio de la fe; y así como los ángeles de nuestra guarda se ocupan en defendernos y amparamos sin perder la vista del Se-

¹ Psalm. CIV.

ñor, así también nosotros, en los negocios temporales, debemos elevar á Dios el pensamiento, y dirigirle nuestro amor y cumplir su santa voluntad.

§ II

3. He aquí los bienes del ejercicio de la presencia de Dios. No hay siervo que delante de su señor no ande bien, ni hay ladrón que se atreva á robar delante de su juez. Ahora bien: Dios es nuestro juez y Señor, y en todas partes estamos delante de sus ojos, y á toda hora y en cualquier lugar puede castigarnos; y si la presencia de un juez ó de un gran señor acá en la tierra nos contiene, ¿cómo no nos contendrá también la presencia del Eterno?

4. « La memoria de Dios, — decía San Jerónimo, — destierra los pecados; y si consideramos que Dios nos ve y está presente, nunca nos atreveremos á ofenderle. Y, por el contrario, el olvido de Dios trae consigo el pecado. » « No tiene á Dios delante de sus ojos, — decía David, — y por esto sus caminos están manchados en todo tiempo ¹. »

5. De aquí es que la presencia de Dios es un gran remedio contra todas las tentaciones,

¹ Psa'm. IX.

un gran alivio en los trabajos de la vida y un compendio de la perfección. « Anda delante de mi, — dijo Dios á Abraham, — y serás perfecto ¹. » Y así como no hay momento ni lugar en que no gocemos de la bondad de Dios, así es razón que siempre lo tengamos presente en la memoria para servirle y amarlo.

§ III

6. El ejercicio de la presencia de Dios consiste en dos actos: uno del entendimiento, y otro de la voluntad. Por el primero consideramos que Dios está aquí y en todo lugar, como lo enseña la fe, y está dentro y fuera de nosotros, y más presente á nuestro corazón que nosotros mismos, porque en El vivimos, nos movemos y existimos.

7. Para esta presencia no es necesario ninguna representación corporal, sino solamente un acto de fe, pues Dios es espíritu puro. Y en cuanto á nuestro Señor Jesucristo, si bien podemos representarnos su santa humanidad é imaginar que está junto á nosotros, ó en el huerto, ó atado á la columna, ó crucificado; pero esto, ni debe hacerse con esfuerzo, ni es para todos, y fácilmente lastima la cabeza. La

¹ Gén., XXII.

presencia de Dios, en cuanto Dios, no tiene estos inconvenientes; basta creer que está presente, sin querer saber cómo lo está. En la noche, y sin luz, podemos platicar con un amigo y gozarnos en estar con él aunque no le veamos; vendrá la mañana, y entonces le veremos; así también á Dios, cuando aparezca el día de la dichosa eternidad, lo veremos en sí mismo; y entretanto, acá en la tierra, nos consolamos con estar en su presencia, aunque sea entre sombras y al través de los velos de la fe sagrada.

8. Los actos de la voluntad que se refieren al ejercicio de la presencia de Dios son los vivos deseos de nuestra alma, que quiere unirse al sumo Bien; son los inflamados afectos, los ardientes suspiros con que le llamamos, los pios movimientos con que intentamos volar á su divina Majestad y unirnos á El con santo amor. Estos deseos y afectos se llaman aspiraciones, y son en realidad oraciones muy breves y ardientes que con frecuencia mandamos al seno de Dios. Debemos estimarlas en gran manera y usarlas mucho, pues ni cansan la cabeza por su brevedad y se hacen con fervor.

9. He aquí algunas que nos podrán servir y que nos proponen los santos: « Dios mio, atiende á mi ayuda; apresúrate á socorrerme. — ¡Oh Señor, quién nunca os hubiera ofendido! — Bondad infinita, yo os amo con todo mi

corazón. — Señor, ¿qué queréis que haga? — Mi amado para mí, y yo para El. »

10. En todo lo que hagamos procuremos levantar el corazón á Dios con la mayor frecuencia, diciendo: «Por vos, Señor, hago esto; por agradaros y contentaros, porque así lo queréis. Vuestra voluntad es la mía y vuestro contento es el mio, y no tengo que querer ni que desear sino agradaros y cumplir vuestra santa voluntad. »

11. Perseveremos concuidado en estos afectos y deseos, y muy pronto nuestro corazón será mudado, adquiriendo el afecto de Dios y el desprecio del mundo.

12. Semejantes afectos y deseos los hemos de hacer como quien habla con Dios presente y que está dentro de nosotros mismos. Y no hay que olvidar esta presencia, pues los afectos que ella nos inspira son un medio para ejecutar bien todo lo que hacemos, y con tanta perfección que todas nuestras obras puedan parecer delante de sus ojos.

CAPÍTULO II

Del examen de conciencia. — Su importancia. — Su materia y modo de hacerlo.

§ I

NO de los principales y más eficaces medios para aprovechar en la virtud es el examen de la conciencia, muy recomendado por los santos, entre los cuales San Crisóstomo nos dice que nos sirve para el presente día, porque al pensar que nos hemos de tomar cuenta y reprehender á nosotros mismos, procuramos reprimirnos. Y nos sirve también para el día siguiente, porque habiéndonos examinado y arrepentido, y habiendo propuesto la enmienda, todo esto es como un freno para no faltar el día siguiente. Y como los comerciantes llevan todos los días cuenta de pérdida y ganancia, y procuran reparar aquélla cuando la hay, nosotros, por medio del examen, debemos reconocer nuestras faltas, y luego tratar de remediarlas.

§ II

2. Si somos descuidados en examinarnos, nuestra alma será como la viña de que nos ha-

bla Salomón : «Pasé , — nos dice , — por el campo de un perezoso y por la viña de un insensato, y vi que todo estaba cubierto de ortigas y la superficie llena de espinas , y arruinada la cerca de piedras ¹. »

3. El gran San Ignacio de Loyola estimaba más en cierta manera el examen que la oración, porque con el examen se pone por obra lo que se saca de la oración: la mortificación de las pasiones y extirpación de los vicios.

§ III

4. El examen puede ser ó particular ó general: el primero se hace de una sola cosa; el segundo de todas las faltas del día. Respecto del primero, debemos ante todo reconocer nuestra pasión dominante y aplicar á ella el examen particular, porque tal pasión es la que nos pone en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas; y una vez vencida ésta, con más facilidad venceremos las otras.

5. Demos cuenta á nuestro confesor de todo el estado de nuestra conciencia para conocer con más seguridad cuál es la pasión que más nos domina, porque es de suma importancia el conocerla. Si descubrimos el verdadero princi-

1 *Prov.*, XXIV.

pio y raíz de nuestros males, con facilidad podremos aplicarles el conveniente remedio. Pero es necesario que advirtamos dos cosas: Primera: que si hay faltas exteriores que ofendan á nuestros prójimos, procuremos quitarlas con el examen particular, ocupándonos en ellas antes que en las otras que tengamos. Segunda: que no debemos emplear toda la vida en el examen particular de las cosas exteriores, sino dedicarnos á adquirir las virtudes y adelantar en ellas sin descanso, y esto mismo nos servirá para disminuir las faltas exteriores.

6. El examen particular debe ser sobre una sola cosa, pues de otra manera no podríamos aprovechar sus resultados con tantas ventajas como ocupándonos en un solo objeto. Decía Moisés á los israelitas: «El Señor irá consumiendo á tu vista estas naciones poco á poco y por partes. No podrás acabar con ellas de un golpe juntamente ¹.»

7. Aun el examen particular de una sola virtud conviene dividirlo en varias partes para obtener con más facilidad el resultado que deseamos. He aquí el modelo de esta división respecto de las virtudes siguientes:

8. *De la humildad.* — ¿He dicho palabras en mi alabanza? ¿Me he complacido cuando se ha hablado bien de mí en vez de humillarme? ¿He

¹ Deut., VII.

·obrado por respetos humanos? ¿Me excuso cuando se me culpa ó he inculpado á otro? ¿He rechazado prontamente los pensamientos de soberbia? ¿Tengo á los demás por superiores, exterior é interiormente? ¿Llevo las ocasiones que se me ofrecen de humillarme con paciencia, con prontitud y facilidad, con gozo y alegría? ¿Cuántos actos de humildad he practicado hoy por la mañana y por la tarde?

9. *De la caridad.* — ¿He dicho las faltas del prójimo, aunque sean ligeras y públicas? ¿He andado con chismes? ¿He dicho palabras picantes? ¿He porfiadó? ¿He tratado á todós con amor en las palabras y en las obras? ¿He sofocado mis aversiones particulares, mostrando distinguido aprecio á los que no simpatizan conmigo? ¿He juzgado á otros? ¿Excuso sus faltas? ¿Tengo gran aprecio de todos?

10. *De la mortificación.* — ¿Me he mortificado en las ocasiones que Dios me envía ó me vienen de los hombres, llevándolas bien? ¿He combatido las faltas que me impiden hacer bien las obras ordinarias? ¿He sido modesto en la vista y en la lengua? ¿Me he mortificado no preguntando lo que no me importabá, no viendo alguna cosa curiosa? En la comida, en el estudio y en otras ocupaciones semejantes, ¿he reprimido mi ansiedad, haciéndolo todo por Dios?

11. *De la abstinencia.* — ¿He comido antes de la hora debida? ¿Más de lo que pide la tern-

planza? ¿Con mucha prisa? ¿Sin modestia? ¿Dejándome llevar de la gula? ¿He combatido los pensamientos de este vicio?

12. *De la paciencia.* — ¿He mostrado impaciencia en las palabras? ¿En las obras? ¿En el semblante? ¿O he reprimido los movimientos contrarios? ¿Me he indignado? ¿He deseado vengarme? ¿He visto la mano de Dios en todo lo que se me ofrece? ¿Cuántos actos de paciencia he practicado hoy por la mañana y por la noche?

13. *De la obediencia.* — ¿Cumplimos con prontitud lo que nos manda ó indica el superior? ¿Con gran voluntad? ¿Cautivamos nuestro juicio sin murmurar ni aun en lo interior? ¿Sin buscar otras razones que el ser aquello la voluntad de Dios? ¿Tenemos en cumplirla todo nuestro gusto?

14. *De la castidad.* — ¿Somos recatados y puros en la vista? ¿En lo que oímos y en lo que hablamos? ¿Desechamos con prontitud los malos pensamientos? ¿Tocamos á otra persona sin necesidad ó por ligereza? ¿Con nosotros mismos somos recatados y modestos?

15. *Sobre las obras ordinarias que practicamos diariamente.* — ¿Omitimos nuestros ejercicios de piedad sin suficiente motivo? ¿Hacemos la oración y los exámenes con fervor y diligencia, ó por costumbre? ¿La Misa, el Rosario, la lección espiritual, las penitencias y las obliga-

ciones de nuestro oficio? ¿Cometemos de propósito alguna falta? ¿Hacemos caso de cosas pequeñas?

16. *Sobre el hacer todas las cosas por Dios.*—Nuestras obras, ¿las hacemos por respetos humanos? ¿Las referimos á la gloria de Dios? ¿Al despertar en la mañana? ¿Al principio de cada obra ó durante ella? ¿Las practicamos como quien sirve á Dios y no á los hombres, gozándonos en cumplir la voluntad divina?

17. *De la conformidad con la voluntad de Dios.*—Todo lo que se me ofrece, grande y pequeño, y venga de donde viniere, ¿lo tomo como venido de la mano de Dios, con paciencia, con prontitud, con gozo y alegría? ¿He dejado de hacer alguna cosa que entiendo que es la voluntad de Dios?

18. Debemos escoger para el examen particular la virtud de que más necesidad tengamos; pero no hemos de cambiar ligeramente la materia escogida mientras no hayamos adquirido lo que pretendemos, ni antes que el vicio contrario esté tan débil y decaído que al asaltarnos podamos luego reprimirlo. Y para no errar en esta materia, consultemos con el confesor.

19. El examen particular se hace de la manera siguiente: Al levantarnos por la mañana, tenemos que proponer guardarnos del defecto que queremos corregir; al medio día, recorde-

mos las faltas cometidas hasta allí, implorando para esto la gracia del Señor; luego nos arrepentimos, pedimos perdón y proponemos la enmienda. De noche, antes de acòstarnos, repetimos el examen en los mismos términos que al medio día, renovando nuestro dolor y propósito. Podemos comparar la tarde con la mañana, el día de hoy con el de ayer, y la presente semana con las anteriores, para humillarnos con el descuido y flojedad con que servimos al Señor.

20. Lo más importante en este examen, lo mismo que en el general, es el arrepentimiento y dolor de nuestras faltas y el propósito de la enmienda; pues poco nos aprovechará el examinarlas si no procuramos corregirlas, y en este dolor y propósito debemos emplear la mayor parte del tiempo que destinamos al examen, que puede ser un cuarto de hora.

21. Para que el examen sea más eficaz y abundante en frutos, añadámosle algunas penitencias corporales por nuestras faltas, como lo hacían los santos, y con lo cual el Señor más pronto y fácilmente oirá nuestros ruegos.

§ IV

22. El examen general de la conciencia contiene cinco puntos. Pimero, dar gracias á Dios

por sus beneficios; segundo, pedirle su gracia para conocer nuestras faltas; tercero, examinarnos en pensamientos, palabras y obras; cuarto, arrepentirnos y pedir á Dios perdón de nuestras faltas; quinto, proponer la enmienda con su gracia y concluir con un Padrenuestro.

23. Este examen se hace juntamente con el particular; por la mañana, ofreciendo todas las obras de aquel día á mayor gloria de Dios y proponiendo no ofenderle en nada. Lo mismo se practica al medio día y por la noche; debiendo advertirse en este examen lo mismo que dijimos hablando del particular: que toda su eficacia consiste en el dolor y confusión de nuestras faltas y en el propósito de la enmienda.

24. Notemos, por último, que al examinar nuestra conciencia no veamos solamente nuestras faltas, sino mucho más su raíz, procurando conocer las causas y ocasiones que tuvimos, para prevenirnos y guardarnos de ellas y no caer en adelante.

25. El examen de la conciencia no debe practicarse por costumbre, sino por verdadero deseo de aprovechar y de poner en práctica con su auxilio todos los otros medios y avisos que se refieren al provecho espiritual de nuestras almas.

CAPÍTULO III

De la claridad de conciencia que se ha de tener con el director espiritual. — Importancia y necesidad de esta claridad. Grandes bienes que trae consigo.

§ I

Los Padres antiguos, — dice Casiano, — mandaban que las personas que entrasen en el servicio de Dios descubrieran desde luego á los superiores sus tentaciones y malos pensamientos y todo lo que pasase en su alma, y nada más racional que tal disposición, porque teniendo los superiores que dirigir la conciencia de sus súbditos, debían conocerlos; y esto, ¿cómo conseguirlo si los súbditos no manifiestan su interior?» Por lo cual dijo el Sabio: «Quien encubre sus pecados no podrá ser dirigido ¹.» La Medicina no cura lo que no conoce; es por lo mismo indispensable manifestar todas las enfermedades del espíritu á nuestro director, que es el médico que Dios nos ha dado para curar nuestras almas. Sin esa manifestación, sus medicinas podrían acaso más bien dañarnos que sernos de provecho.

2. Cuanto más nos conociere el director es-

¹ *Prov.*, XXVII^o, 13.

piritual, más acertada será su dirección. Conociendo en particular nuestras miserias, las inclinaciones que tenemos, las faltas cometidas y la mucha ó poca virtud que tengamos al presente, nos tratará con mayor cuidado y alejará de nosotros ciertos inconvenientes ó peligros que pudieran sernos muy funestos, los cuales no habrían llamado su atención si no hubiera tenido un conocimiento muy exacto y minucioso de nuestra conciencia. Tal conocimiento servirá también para que no nos mande sino aquello que podamos cumplir en provecho del alma, y para que tengan en cuenta al mandar, no sólo las circunstancias que acaso nos rodearen, sino principalmente las muy particulares y secretas de cada uno.

3. Una vez dada entera cuenta de nosotros mismos al director espiritual, si él en seguida nos manda alguna cosa, la cumpliremos llenos de paz y de consuelo; tengamos gran confianza en que Dios nos ha de ayudar y llevar felizmente en todas nuestras obras. Por el contrario, si no hemos revelado nuestro corazón con la sencillez y la sinceridad de un niño, ¿cómo no temer un peligro en lo mismo que se nos manda? Y las faltas y demás inconvenientes que ocurran en nuestra conducta, ¿cómo no atribuirlos á ese silencio tan perjudicial con que acaso ha sellado nuestros labios la vergüenza ó algún otro motivo nada honroso?

§ II

4. Muchas son las ventajas que trae consigo la claridad de la conciencia; entre otras, no temos siquiera las siguientes: Es gran consuelo tener un amigo fiel á quien podamos descubrir enteramente nuestro corazón. El amigo fiel es una defensa poderosa; quien le halla, ha encontrado un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel, ni hay peso de oro ni plata que sea digno de compararse con la sinceridad de su fe; él es un bálsamo de vida y de inmortalidad para nuestras almas ¹. Pues el director espiritual es ese fiel amigo, que está llamado á hacernos todo bien; lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de nuestras almas, hará todo esfuerzo por conducirnos al Señor, será para nosotros un padre amoroso, un hermano afable y compasivo; sus entrañas serán más tiernas que de madre; tomará sobre sí, como si fueran propias, nuestras miserias y dolencias. Pues he aquí ahora el consejo del Señor: « Si hallamos semejante amigo, acudamos á él, frecuentemos su casa, consultando y comunicando con él todos nuestros negocios ². » En él hallaremos

1 *Ecl.*, VI, 14, 16.

2 *Idem*, vers. 36.

el consuelo, el consejo y el remedio que necesitemos, como lo halla el enfermo al declarar sus dolencias al buen médico que lo ha de curar.

5. Si aun las artes mecánicas, tan humildes de por sí, no se aprenden con exactitud si no es siguiendo la dirección del maestro y sujetándose á la enseñanza, la ciencia del espíritu, tan elevada y oculta que, no sólo no se la ve con los ojos del cuerpo, sino que aun se escapa á los del alma cuando ésta no tiene una gran pureza y un fondo de rectitud muy grande, ¿podremos aprenderla sin la enseñanza del director espiritual? Y las ventajas de tal enseñanza las conoceremos reflexionando sobre qué materias se nos ha de dar; la oración, el modo con que en ella nos debemos portar y el fruto que de ella hemos de sacar; el recogimiento de los sentidos, el asunto de la lección espiritual, nuestras tentaciones y cómo las habemos de resistir; el ejercicio de la obediencia, la humildad y las demás virtudes. Sin duda que con sólo saber que hemos de dar cuenta de lo dicho andaremos en todo con mayor diligencia y cuidado.

6. Otra gran ventaja que trae consigo la claridad de la conciencia, es la mayor facilidad para vencer las tentaciones; pues ya el demonio no pelea solamente con nosotros, tal vez inexpertos en los combates del espíritu, y de ordinario halagados por el placer, turbados por la niebla que produce en el alma la tentación, é in-

clinados á sucumbir bajo el peso de nuestra miseria. El director espiritual, fuera de todo riesgo, en el sosiego de la paz y con la luz del cielo, ve nuestros peligros, nos da la mano, y al mismo tiempo que nos inspira aliento y firmeza, ó nos sostiene para que no caigamos, ó nos levanta si acaso hemos caído. Pero si no le hemos confiado los secretos de nuestra alma con toda claridad y sencillez, si en realidad estamos solos con nosotros mismos, muy triste será nuestra suerte. « ¡ Ay del solo ! que no tiene quien le ayude para que no caiga, ni quien le dé la mano para levantarse ¹. »

7. San Macario se encontró una vez con el demonio, al cual preguntó cómo le iba con los monjes. El demonio le respondió que muy mal, pues que ellos descubrían todos sus pensamientos al superior; « pero uno de esos monjes, — añadió, — es grande amigo mío, lo tengo en mi mano y hago de él lo que quiero. » San Macario, informado del nombre de ese monje, pasó con él á examinar su conducta, y encontró que no daba cuenta de sus tentaciones al director espiritual ni se regia por lo que éste le mandaba. El Santo le exhortó á no fiarse de su propio juicio y á manifestar su conciencia con toda claridad. Y volviendo á ver al demonio, le preguntó cómo le iba entonces con aquel

¹ Ecl., IV, 10.

monje su amigo. « Ya no es mi amigo, — respondió el demonio, — sino mi enemigo. » Y en efecto, era ya su enemigo, pues declarando su conciencia al superior, éste lo llevaba con acierto por el buen camino.

8. Muy agradable es al Señor la humildad de aquel que revela al director sus tentaciones y caídas para obtener el remedio; y sucede muchas veces que basta tal declaración para que las tentaciones huyan de nosotros. « Id y presentaos á los sacerdotes, — dijo Jesucristo á los diez leprosos. » Y sucedió que antes de llegar á presentarse quedaron limpios. Así también suele acontecer que, estando resueltos á declarar nuestras tentaciones al director, el Señor premia nuestra humildad dándonos la paz de la conciencia y la victoria en los combates.

CAPÍTULO IV

Dificultades que ofrece la claridad de la conciencia. — Su resolución.

§ I

MUCHAS personas saben perfectamente los remedios que hay para combatir las tentaciones, lo mismo que conocen cuál debe ser la dirección de las almas en los diferentes grados de

virtud, y los medios que conviene emplear para volverlas al buen camino si de él se han extraviado. Tales personas, ¿por qué razón deben manifestar al director espiritual con toda claridad el estado de su conciencia? Porque ninguno es buen juez en sus propios negocios. Además, las tentaciones ciegan los ojos del alma, y ésta no atina con el remedio que entonces le conviene: ellas la enflaquecen é inclinan al pecado. En tales circunstancias, un consejo, una palabra del director, le vuelven la vista y son como rayos de luz que la iluminan, como una fuerza que la alienta y vigoriza, como un panal de miel que la llena de dulzura, y como anuncio, en fin, de vida y esperanza que la alegra y la inunda de consuelo.

2. Cuando San Doroteo quería manifestar al superior las tentaciones que le molestaban, le ocurría esta otra: « Ya sé lo que me ha de decir; ¿para qué molestar al superior? » Pero el Santo se indignaba contra su propio juicio, y decía: « Apártate de mí, Satanás; anatema y maldición sobre ti. » Luego iba con el superior para decirle todo lo que pasaba, y aquél tal vez le contestaba lo que el Santo había pensado, y con tal respuesta volvía la tentación. San Doroteo decía entonces: « Ahora es bueno el remedio, ahora es del Espíritu Santo; cuando salía de mí, era sospechoso y no podía yo tenerle por seguro. »

3. Tal vez las cosas que nos ocurren son de poca monta, y algún secreto amor propio nos está inclinando á callarlas, diciéndonos que es vergüenza ir al director no llevándole otra cosa. He aquí la respuesta á lo que hemos dicho: Tratamos de perfección, y por lo mismo no hay que aguardar que sea grave ni de obligación lo que tengamos que comunicar al director, sino que hemos de atender á lo que fuere mejor y más perfecto. Además, muchas veces las faltas no son tan leves; mas la vergüenza y repugnancia que sentimos en decirlas son las que quieren persuadirnos á que no son nada, y por lo mismo, la sola vergüenza y repugnancia deben bastarnos para desconfiar y hacernos entender que conviene decir aquellas faltas. Por lo demás, no olvidemos que está escrito: « Toda iniquidad cerrará su boca ¹. »

4. Las faltas pequeñas suelen aumentarse, y por lo mismo, mejor es manifestarlas desde el principio, pues entonces fácil es el remedio, y después acaso no lo sea.

5. Si acudimos con frecuencia al director, podremos cansarlo y llegar á fastidiarlo, y á fin de evitar este mal, sólo rara vez trataremos con él los negocios de nuestra alma. Este es un engaño que nos ciega y un agravio que hacemos á nuestro director, que animado del deseo de

1 Psalm. CVI, 42

nuestro bien espiritual no sólo habrá de llevar con paciencia, sino también con agrado, semejantes molestias, pues así lo pide la gloria del Señor y el bien de las almas que él dirige.

6. El abad Serapión, de joven era muy tentado de gula: todos los días después de la comida escondía un panecillo, que se comía él en la tarde sin que nadie lo supiese; pero después le remordia la conciencia por aquella falta, y, sin embargo, diariamente volvía á cometerla y no se atrevía á declararla al superior; cuando al fin lo hizo, salió de su seno como un fuego que llenó toda la celda de un hedor infernal y abominable; el abad Teonas, que era su superior, le dijo entonces: « El demonio ha huido de ti en virtud de tu confesión, pues no pudo sufrir que manifestasen sus enredos, y así no temas que venga otra vez á molestarte. » Lo cual así sucedió, pues ya nunca tuvo Serapión en toda su vida aquella molestia.

7. Muchas veces quisiéramos dejar de declarararnos con el director espiritual por el trabajo y la dificultad que en esto sentimos; pero pongamos la mano en nuestra conciencia y conoceremos que al ocultar nuestras faltas son mayores las molestias que padecemos. ¡ Oh, cuántas congojas y remordimientos y sobresaltos nos afligen entonces !

§ II

8. La conciencia por una parte nos remuerde, y por otra el amor propio quiere acallar la voz de la conciencia; quisiéramos declararnos para tener descanso, y no nos determinamos porque la vergüenza nos detiene, la turbación nos atormenta y una penosa y triste inquietud se apodera de nosotros. ¿Queremos la paz y serenidad de la conciencia? Pues no seamos pusilánimes; rompamos nuestro funesto silencio declarando al director con sencillez y claridad todas nuestras faltas, y nos vendrán la luz, el descanso, el consuelo que habíamos perdido, y ya entonces no tendremos que decir estas palabras: « Por no haber confesado mi pecado, por una detestable vergüenza, vi aumentarse mi desdicha y consumirse mis huesos ¹. »

9. Si descubrimos nuestras faltas con toda claridad al director espiritual, perderemos el buen concepto que con él teníamos y ya no nos tratará con el cariño de antes. Con lo siguiente queda tal dificultad desvanecida. Perdemos nuestro buen concepto con el director, y en general con todos los superiores, cuando no procedemos con claridad y franqueza, porque en

¹ Psalm. XXXI, 3.

tal caso sospecharán de nosotros muchas faltas, pues no saben si como encubrimos una culpa encubrimos otras. La claridad y franqueza, por el contrario, descubriendo humildad y vencimiento de nuestras pasiones, manifiestan que nada ocultamos en nuestro interior.

10. Cuando conoce el director que le hablamos con claridad sin ocultarle cosa alguna, descubre nuestro amor, sabe entonces que lo estimamos como á padre y que le tenemos en lugar de Dios, pues así nos entregamos en sus manos; esto le roba el corazón y le obliga á amarnos con especial afecto; mas si él observa nuestro silencio, ni podrá conocer aquel amor ni la estimación que de él hacemos, y esto sin duda resfriará su cariño.

11. Por grandes y vergonzosas que sean las tentaciones que nos acometen, no perdemos nuestro buen concepto con descubrirlas á quien es debido; porque está escrito: «Hijo, al entrar al servicio de Dios... prepara tu alma para la tentación¹.» Así que no es extraño que vengan. No perderemos nada con descubrirle esas nuestras faltas, porque de hombres es caer; somos de barro, y el director conoce por sí mismo la humana flaqueza; él es lo mismo que nosotros, de una misma masa, ni tiene que espantarse por las ajenas faltas, sino,

¹ *EccI.*, II, 1.

al contrario, edificarse de la humildad que mostramos al descubrirlas. Y nuestro deseo de aprovechar y ser remediados debe inclinarlo hacia nosotros; pues si todos procuramos ayudar y consolar á cualquiera que sufre, aunque sea un extraño, ¿qué tendrá que hacer el padre espiritual tratándose del bien de sus hijos? Por lo demás, para evitar una vergüenza de funestas consecuencias recordemos estas palabras: Hay una confusión que trae consigo pecado, y ésta es la que nos hace ocultar nuestras faltas; y hay otra que trae consigo gracia y gloria, y ésta es aquella que nos hace decir las ¹.

12. El no declararnos con la debida franqueza es un triste indicio de no querer la enmienda, y revela muy poca humildad en nosotros; pues esta virtud no sólo hace que conozcamos nuestra vileza y nos tengamos en poco, sino además nos colma de alegría cuando los otros conocen lo que somos y nos desprecian.

13. Derrama tu corazón como el agua delante del Señor ². Esta comparación de los libros santos declara bien la manera con que debemos manifestar nuestra conciencia. Cuando se derrama un vaso de aceite ó de miel, algo se queda en el vaso; y si es de vino ó de

¹ *Ecl.*, IV, 25.

² *Jer.*, II, 9.

vinagre, queda á lo-menos el olor; mas no teniendo sino agua, no queda ni olor, ni sabor, ni cosa alguna. Pues de esta manera hemos de declararnos al director de nuestra conciencia, manifestando enteramente el alma, sin ocultar cosa alguna en que hayamos ofendido al Señor, y sobre todo los principales defectos, y no sólo lo presente, sino también lo pasado, para que así se nos conozca y gobierne con mejor acierto y quedemos nosotros con más tranquilidad.

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto. — Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad. — Ejemplos.

§ I

JESUCRISTO descendió del cielo, no para hacer su voluntad, sino la del Padre, que lo envió. El mismo Jesucristo nos enseñó que pidiéramos al Padre que se hiciese su voluntad en la tierra, como se hace en el cielo. Y en el Huerto dijo á su Padre: « Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. »

2. El ejemplo y la doctrina del divino Maestro, según estamos viendo, nos manifiestan que debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios.

3. La perfección cristiana consiste en el amor de Dios; y cuanto más amemos al Señor, seremos más perfectos. Ahora bien: lo más

elevado y puro de ese amor es la conformidad de que tratamos; porque el tener un mismo querer y no querer con el amado, constituye la verdadera amistad, y por lo mismo, tal conformidad trae consigo la perfección y el amor de Dios; y cuanto más conforme estuviere nuestra voluntad con la de Dios, será más perfecto aquel amor.

4. Ninguna cosa, fuera del pecado, sucede en el mundo sino por voluntad del Señor. Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, las manda el Señor ¹. Ni aun un pájaro cae en el lazo sin la voluntad del Padre celestial. Las suertes se ponen en la urna, pero el Señor dispone de ellas ².

5. Veamos, pues, todas las cosas como venidas de la mano del Señor, sin atender á que nos lleguen por mano de los hombres ó de otras criaturas; así dejaremos de irritarnos con éstas, reflexionando que Dios las manda. El perro muerde la piedra que lo ha herido, pero no ve la mano que se la ha tirado; mas nosotros pensemos en Dios que quiere castigarnos y afligirnos por medio de las criaturas, no atendiendo á la malicia de éstas, sino solamente á la voluntad de Dios. — David decía de Semei: «Dejadlo, que el Señor le mandó que me mal-

¹ *Eccl.*, XI.

² *Prov.*, XVI.

dijese. ¿Quién hay que se atreva á preguntar por qué lo ha hecho así '?)» Esto es, lo ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme. — Job, en medio de sus padecimientos, decía también: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: ¡benditosea su santo nombre!» No dijo: Lo que el Señor me dió, me lo ha quitado el demonio; mas todo lo atribuyó luego al Señor, porque el demonio no puede hacer sino lo que Dios le permite.

6. Grandes son los bienes que consigo trae la conformidad con la voluntad de Dios. Es el primero la paz del alma, porque quien en todo se conforma con el divino querer se pone en las manos de Dios como un poco de barro, y ya no desea ni procura otra cosa sino que en él se cumpla la divina voluntad en lo próspero y adverso, en lo triste y en lo alegre, y está igualmente dispuesto á recibir de manos del Señor el trabajo y el descanso, el consuelo y el dolor, bendiciendo á Dios por todo. ¿Qué cosa, pues, podrá turbar la paz del que así se conforma con la voluntad de Dios?

7. Nuestra propia voluntad y las malas inclinaciones no nos dejan conformarnos con la voluntad de Dios; y por esto, cuanto más nos hayamos aventajado en esa conformidad, tanto más habremos adelantado en el vencimiento

1 Il Reg., XVI.

de esas inclinaciones y en el ejercicio de todas las virtudes.

8. Conformando nuestra voluntad con la de Dios, ofrecemos á su divina Majestad el más agradable sacrificio, pues en las otras mortificaciones le damos, por decirlo así, parte de nosotros mismos; verbigracia: en la modestia, en la templanza, en la paciencia; pero al conformarnos con su voluntad le ofrecemos un holocausto perfecto para que Dios haga de nosotros lo que quisiere, cuándo y como quisiere, sin exceptuar ni reservar cosa alguna.

9. Y debemos hacerlo así para agradar á Dios; porque si nosotros, miserables criaturas, no nos contentamos sino con poseer á Dios enteramente, ¿su divina Majestad quedará contento de nosotros si sólo le damos una parte de un corazón tan pequeño y miserable como el nuestro?

10. Si recibimos todas las cosas como venidas de la mano del Señor y nos confirmamos del todo con su divino querer, obtendremos gran felicidad en este mundo, viviendo en un gozo y alegría continua, y nada habrá que nos turbe y acongoje, pues los mismos trabajos y pesares se convierten luego en consuelos y delicias, porque en ellos vemos la santa voluntad de Dios, que tanto amamos, y que queremos se cumpla en nosotros.

11. He aquí el secreto de la alegría que los

santos han gozado en este mundo: padecieron grandes trabajos, enfermedades y aflicciones, pero estaban enteramente conformes con la voluntad de Dios, y en cumplirla tenían todo su gozo. « Ningún acontecimiento podrá contristar al justo », — nos dijo Salomón ¹.

§ II

12. Bienaventurados los pacíficos, dijo el Señor, porque serán llamados hijos de Dios, porque no hay en ellos cosa que resista ni contradiga á la divina voluntad; y esto es lo que alcanzamos al conformarnos con el divino querer: quitamos esas resistencias y contradicciones que siempre nos inquietan, y afianzamos en nuestra alma aquella paz de Dios, cuyas santas delicias exceden todo sentido.

13. Los que conforman su voluntad con la divina, participan de la inmutabilidad y firmeza de ella, pues nadie puede quitarles el objeto de su amor. No sucede lo mismo si ponemos el corazón en las criaturas, pues entonces nos mudamos con ellas y nunca obtenemos la paz. « De hoy en adelante no serviré jamás á señor que se pueda morir, — decia San

¹ *Prov.*, XII.

Francisco de Borja al ver el cadáver de la reina Isabel. » Y si nosotros no queremos sufrir con la pérdida de los objetos amados, amemos sólo á Dios, que nunca muere, y siempre estaremos contentos.

14. Un santo andaba siempre riéndose; y preguntándosele por qué motivó, contestó: « Porque nadie puede quitarme á Dios. » Gocémonos también nosotros en el Señor según el consejo de David, no en los bienes temporales, ni en la ciencia ni en la estimación del mundo, sino en cumplir la voluntad de Dios, pues sólo ella nos da verdadero contento. Todo lo demás fuera de Dios, puede ocupar el alma, pero no llenarla; excitar el hambre, pero no satisfacerla. « El avaro no se llenará con el dinero, — dice el Espíritu Santo ¹, — porque las riquezas no son el alimento natural del alma, como no lo es el viento para el cuerpo; aquellas podrán hincharnos, pero no sustentarnos; porque el pan del alma es la justicia, y sólo los que tienen hambre de ésta quedarán satisfechos. » Nos crió el Señor para gozarlo, y sólo con su posesión seremos dichosos.

15. Si nos conformamos con la voluntad de Dios, haremos siempre nuestra propia voluntad, pues que entonces deseamos y queremos lo mismo que Dios quiere.

¹ *Eccel.*, V.

16. Los mundanos, por ganancias temporales hacen como suya la voluntad ajena; pues ¿qué mucho que hagamos nosotros por conseguir la gloria lo que ellos hacen por alcanzar una corona corruptible?

17. ¡Qué grande sería nuestro contento si al fin llegásemos á hacer nuestra la voluntad de Dios, y quisiéramos en todas las cosas lo mismo que Dios quiere!

18. Mucho agrada á Dios nuestro Señor que nos conformemos con su santa voluntad; por esto, cuando así lo hacemos, nos colma de favores. El mismo Señor dijo á Santa Gertrudis: «Cualquiera que desee que yo venga libremente á morar en él, me ha de entregar la llave de su propia voluntad, y no volvérmela más á pedir.»

19. Esta conformidad nos dispone además para recibir los favores de Dios, porque quita de nuestra alma las malas aficiones y deseos que pudieran impedirlos, y obliga á Dios á que mire por nosotros y nos socorra, supuesto que nos hemos entregado en sus manos para cumplir en todo su santa voluntad.

20. Las virtudes se adquieren con el ejercicio de sus actos, y conformándonos con la voluntad de Dios tendremos sin duda alguna que ejercitar todas las virtudes, y así vendremos á adquirirlas todas; unas veces se nos ofrecerán ocasiones de humildad, otras de pobre-

za, ó de paciencia ó de obediencia, y así de otras virtudes.

21. Tengamos, pues, siempre en el corazón y en los labios esta palabra de San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Palabra breve pero llena, y que todo lo comprende.

22. La conformidad con la voluntad de Dios sirvenos también para vencer las tentaciones. A veces imaginamos que otro nos injuria, ó que sucede tal y cual cosa que nos desagrade, y nos preguntamos: ¿qué responderíamos ó qué haríamos en tales circunstancias? Podemos contestar que lo que fuese voluntad de Dios, y que haríamos lo que Dios quisiese, remitiéndonos en todo á su santa voluntad.

23. Ejemplo. Refiere Cesáreo de un monje que hacía muchísimos milagros sin que resplandeciese en él ninguna virtud singular; su abad le llamó y le preguntó por qué causa le había concedido el Señor el don de los milagros; el monje contestó que no lo sabía; pero que por su parte sólo podría decirle que en todos los acontecimientos guardaba la paz, recibiendo con igual acción de gracias y conformándose siempre con la divina voluntad.

24. Un teólogo preguntó á un pobre que llevaba una vida muy santa, cómo había adquirido la perfección; éste le respondió: «Procuré unirme y conformarme con la voluntad de Dios de tal suerte, que cuanto Dios quiere lo quiero

yo; si el hambre me fatiga ó el frio me molesta, alabo á Dios; si el tiempo está sereno ó tempestuoso, alabo á Dios; lo que El me da ó permite que me venga, próspero ó adverso, dulce ó amargo, lo recibo de su mano con grande alegría como cosa muy buena y resignado todo en El con humildad, sin hallar descanso sino en su santa voluntad. »

25. Muchas personas se encomendaban á las oraciones de Santa Gertrudis; pero á veces la Santa se olvidaba de pedir á Dios por ellas, y con todo venian á darle las gracias por los favores recibidos: la Santa se confundía por esto, y una vez se quejó amorosamente con el Señor, y su divina Majestad le dijo: « El día que me diste tu voluntad, te di yo la mía; y aunque no me pidas nada particularmente, sé lo que quisieras de mi, y por esto lo hago. »

26. Un labrador recogía siempre abundantes cosechas de sus campos, lo cual no lograban sus compañeros; y preguntádosele por la causa de esto, respondió: « Yo nunca quiero otro tiempo sino el que Dios quiere; y como siempre quiero que se cumpla su santa voluntad, el Señor me da los frutos como yo los quiero. »

CAPÍTULO II

De la confianza filial que debemos tener en la divina Providencia. — Conformidad con la voluntad del Señor. — Ejemplos.

EL Señor, — decía David, — nos ha cubierto por todos lados con su benevolencia como con un escudo impenetrable ¹. » « Me tuvo escondido en su tabernáculo, — decía también, — y en los días aciagos me puso á cubierto en lo más recóndito de su pabellón ². » ¡Oh! Si acabásemos de conocer cuán tierna y amorosa es la providencia que el Señor tiene de nosotros, sin duda que pondríamos en El toda nuestra confianza y siempre andaríamos llenos de consuelo. El hijo de un padre muy rico y favorecido del rey, seguro está de que en todos sus negocios su padre le ha de proteger; pues ¿con cuánta mayor razón debemos nosotros confiar en aquel Padre en cuyas manos está el poder del cielo y de la tierra, y sin cuya voluntad nada nos puede suceder? En comparación de este amorosísimo Padre no merecen los otros lla-

¹ Psal. V.

² Idem XXVI.

marse padres, porque no hay entrañas tan llenas de amor y de ternura como las de Dios. Estemos, pues, seguros que cuanto nos enviare será por nuestro bien, porque el amor que nos tiene en su unigénito Hijo no le dejará que haga otra cosa sino colmarnos de santas bendiciones y gracias celestiales.

2. « El Señor me ha tomado por su cuenta, y nada me faltará. Yo, en verdad, soy un mendigo; pero el Señor anda solícito y cuidadoso de mí ¹. » ¿Quién no se consolará ó dejará de derretirse en amor de Dios? Vos, Dios mío, tenéis tanto cuidado de mí como si no hubiera en el cielo ni en la tierra otra criatura objeto de vuestros cuidados.

3. Lo dicho debe imprimirnos una confianza sin límites en Dios nuestro Señor, porque no hay padre ni madre tan tiernos y amorosos como lo es su divina Majestad. Nos trae en sus manos, nos lleva en su seno y no nos puede olvidar un solo instante.

4. Los santos, que estaban penetrados de estos sentimientos, en medio de sus trabajos y peligros vivían siempre alegres y seguros, porque sabían que sin la voluntad de Dios nadie podría tocarles. Los demonios se aparecían á San Antonio Abad en figura de espantosos animales, amenazándole y procurando intimidar-

1 Psalm. XXXIX.

le; pero el Santo se burlaba de ellos, diciendo: « Dios os ha quitado las fuerzas, y por esto os juntáis mucha canalla para poder intimidarme. Si el Señor os da poder sobre mí, despedazadme; pero si no, ¿para qué trabajáis inútilmente? »

5. El Señor dijo á Santa Gertrudis: « La segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero ayudarle fielmente en todas las cosas, me atraviesa el corazón y hace tanta fuerza á mi piedad, que en cierta manera no puedo favorecerlo por el contento que recibo al verle colgado de mí, y por aumentar su mérito; ni dejar de favorecerle por ser yo quien soy y por lo mucho que lo amo. » Y á Santa Matilde dijo el Señor: « Mucho contento me da que los hombres confíen en mi bondad, y yo favoreceré en esta vida, y en la otra haré más bien que él que merece al que pusiere en mí toda su confianza. »

6. Veamos, pues, todo lo que nos pase como venido de la mano del Señor; tal es la enseñanza que nos dan los libros santos. ¿Qué es lo que Dios ha hecho con nosotros? Así se expresaban los hermanos de José que volvían á su tierra cuando encontraron el dinero en los sacos de trigo que traían de Egipto.

7. El mismo José hablaba en estos términos á sus hermanos: « No queráis temer por haberme vendido para estas regiones, pues por vues-

tro bien dispuso Dios que viniese yo antes que vosotros á Egipto... No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios ¹. »

8. Cuando se perdieron las pollinas de Cis, fué enviado Saúl á buscarlas; y no sucedió sin la voluntad de Dios aquella pérdida, y el que fuese enviado Saúl y no las encontrase, y el consejo que le dió su compañero de ir á preguntar por ellas á Samuel, pues todo eso tuvo lugar para que el mismo Saúl fuese ungido rey de Israel. « Mañana te enviaré al que has de ungir por Rey », — dijo Dios á Samuel ².

9. Saúl tenia una vez sitiado á David de tal manera, que en lo humano no tenia éste salida; pero vino un correo avisando que los filisteos habían penetrado en las tierras de Israel, y Saúl tuvo que acudir á la defensa, y David quedó libre.

10. Estos y otros ejemplos, y los que experimentamos cada día, han de ir aumentando y fortaleciendo en nosotros la filial confianza que tenemos en Dios; y cuanto mayor sea ésta más seguros estaremos, y sólo con ella tendremos verdadera paz y reposó de corazón.

11. ¡Oh Señor! Vos me amasteis hasta entregaros por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisieran; ¿qué

1. Gén., XLV.

2. 1 Reg., IX.

mucho que yo me ponga enteramente en vuestras manos, no crueles, sino piadosísimas, para que hagáis de mí lo que quisiereis?

12. Dijo el Señor á Santa Catalina de Sena: « Olvidate de ti para acordarte de mí, y yo pensaré siempre en ti y tendré cuidado de todas tus cosas. » Hagámoslo así nosotros, y veremos que el Señor nos cuida con tierna y muy amorosa providencia, y que nos acompaña en todos los caminos de la vida, y en nuestros peligros está con nosotros para defendernos.

13. Para gozar los favores de la providencia del Señor nos es muy necesaria la conformidad con su voluntad, principalmente en las adversidades y cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne. En tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las gracias que les hace, y en tiempo de guerra los soldados descubren el amor que tienen á su rey, peleando y muriendo por él. Tobias, después de grandes trabajos, perdió la vista, pero no la felicidad ni la obediencia, pues antes daba gracias al Señor lleno de paz y de consuelo porque le affligia según su voluntad.

14. Esta conformidad con la voluntad de Dios debemós procurarla, no sólo en general, sino en cosas particulares y muy pequeñas, queriendo antes sufrirlas que ofender á Dios, recibéndolas de buena voluntad por su beneplácito y llevándolas con prontitud y facilidad; y

no sólo esto, mas también alegrándonos mucho con ellas y deseándolas por contentar á Dios. Así los Apóstoles volvian llenos de gozo después de ser azotados, porque habían sido dignos de padecer afrentas por Jesucristo.

15. La voluntad de Dios ha de ser para nosotros tan amada, que nos haga dulces y apetecibles los trabajos y sinsabores que su divina Majestad se digne enviarnos, sin tener otro consuelo que cumplir en todo el divino querer. Y hemos de estar tan resignados en ella, que todo nuestro empeño sea conocerla para cumplirla fielmente.

16. Debemos por lo mismo estar enteramente conformes con los dones del Señor, y no tener tristeza porque otros nos aventajen en el talento y en la honra que se les tributa. Y para evitar la tristeza es indispensable tener mucha humildad, pues de su falta nace todo el sentimiento que tenemos porque otros adelantan y son tan honrados y tienen más inteligencia que nosotros. Nuestros primeros padres desearon tener más de lo que el Señor les dió. « Seréis semejantes á Dios sabiendo el bien y el mal », dijo el demonio á Eva, y cayeron, perdiendo los dones del Señor. « Por esto nosotros debemos pedir al Señor, — dice San Agustín, — que nos dé un corazón desinteresado y fielmente inclinado á cumplir su voluntad. »

17. ¿ Sabemos, por ventura, lo que sería

de nosotros si tuviéramos una elevada inteligencia ó si el mundo nos colmase de honras y favores? Si con lo poco que sabemos andamos tan contentos de nosotros mismos y nos preferimos tal vez á los demás, ¿qué sería si el Señor nos hubiera dotado de maravilloso entendimiento? Si conociéramos, pues, los peligros que hay en esas ventajas, daríamos infinitas gracias al Señor por habernos negado lo que acaso sería ocasión de nuestra ruina. ¡Oh si acabásemos de caer en la cuenta de que todo es vanidad sino hacer la voluntad de Dios, y pusiéramos todo nuestro contento en el contento del Señor! Si con menos inteligencia y menos honores agradamos más á Dios, ¿para qué queremos todo eso? Que si para algo lo habríamos de querer sería para agradecerle, y si Dios se agrada de que seamos de humilde inteligencia, ¿cómo tener pena si nos la ha negado mayor?

18. Lo mismo que en el teatro, acá en la vida los hombres representan diferentes papeles; y no está el mérito de cada uno en el papel que representa, sino en la perfección con que sabe desempeñar aquel que le ha tocado. Desempeñemos, pues, debidamente el que tenemos y nos ha tocado, y agradaremos más á Dios.

19. También debemos conformarnos con la divina voluntad en las enfermedades que el Señor nos manda, pues son un don de sus divi-

nas manos para probarnos, corregirnos, hacer que conozcamos la vanidad del mundo, despegar nuestro corazón de las criaturas y enflaquecer nuestras pasiones. «Hijo,—decía un antiguo padre á uno de sus discípulos, que estaba enfermo,— no te entristezcas con la enfermedad; antes da muchas gracias á Dios por ella, porque si eres fierro, con el fuego perderás el orin; y si eres oro, con el fuego quedarás probado.»

20. Santa Clara estuvo enferma veintiocho años, y nunca se quejaba de sus males; mas siempre daba gracias al Señor por ellos, y decía: «Desde que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo, por su siervo Francisco, ninguna enfermedad me fué dura, ninguna pena molesta, ninguna penitencia pesada.»—La virgen Ludivina sufrió treinta y ocho años gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores, y daba continuamente gracias al Señor porque se cumplía en ella su santa voluntad.

21. San Crisóstomo dice que mereció más el santo Job en bendecir á Dios y conformarse con su voluntad en sus enfermedades y trabajos, que en las limosnas y bienes que antes había hecho; porque es más perfección llevar con paciencia las enfermedades y trabajos que ocuparse en obras muy buenas; pues Dios no tiene necesidad de nosotros, y si habíamos de desear la salud, era para emplearla en su servicio y agradarle más; pero recibiendo con pacien-

cia la enfermedad y los trabajos, le servimos y agradamos según su voluntad, que es lo mejor y lo que más nos conviene.

22. Si no tenemos quien nos cure, pongamos en Dios nuestra confianza; y si tenemos y sanamos, debemos atribuirlo todo á Dios, que nos volvió la salud por medio de los médicos; y si éstos yerran, tomemos aquel yerro por acierto de Dios, y digamos: El Señor ha sido servido que así sucediese: bendito sea su santo nombre.

23. De esta manera la enfermedad del cuerpo no impide la pureza del corazón, sino antes bien la ayuda llevándola como se debe. Pero no olvidemos que entonces es necesario estar muy prevenidos para no perder el mérito de la paciencia; pues por una parte los dolores y la tristeza, y por otra el demonio, nos incitan á quejarnos demasiado y á mostrarnos delicados é impacientes si no se nos trata con esmero y atención.

24. Aparecióse el Señor á Santa Gertrudis, trayendo en su mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad, y le dijo que escogiera lo que quisiese. La Santa contestó: «Lo que yo deseo de todo corazón es que no miréis mi voluntad, sino que se haga en mi vuestra mayor gloria y contento.»

25. Un enfermo pidió á Santo Tomás Cantuariense que le alcanzase de Dios la salud;

pero después de haberla conseguido, aquel enfermo pidió de nuevo al Santo que le volviese la enfermedad si así le convenia para su salvación, y así sucedió; y el enfermo quedó muy consolado porque ésta era la voluntad del Señor.

26. Un santo monje tenía el don de milagros, y curaba con sólo el tacto de su mano ó con ungir aceite á los enfermos; pero él estaba hidrópico y tan hinchado que no podia salir por la puerta de su celda, donde estuvo hasta su muerte sin entristecerse ni quejarse, y diciendo á sus hermanos: «Rogad á Dios por mi alma, y no cuidéis de mi cuerpo, que cuando estaba sano de nada me servia.»

CAPÍTULO III

De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades. — Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconuelos que tenemos en la oración.

§ I

DEBEMOS conformarnos con la voluntad de Dios, así en la vida como en la muerte. Porque si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor, esto es, para honrarle y darle gloria, cumpliendo en todo su santa voluntad.

2. La muerte nos es muy amarga porque

estamos muy apegados al mundo : amamos las riquezas, los deleites, los honores, y al pensar que tarde ó temprano tendremos que dejar tan caros objetos, nuestro corazón se llena de tristeza.

3. Nuestra mala conciencia, nuestros muchos pecados son otros motivos por los cuales tememos la muerte. El remedio contra estos temores y amarguras consiste en desapegar el corazón de los bienes de la tierra, reflexionando que no hemos nacido para el mundo, y que nada alcanzariamos con ganar todas las cosas perdiendo nuestras almas. — Debemos también apartarnos del pecado y llorar los que hemos cometido, y nuestra penitencia calmará nuestros temores y endulzará las penas de la vida, y entonces aceptaremos la muerte con una santa conformidad con las órdenes de Dios.

4. Mas pasemos adelante, y veamos cómo la muerte puede ser objeto de nuestros deseos. Podemos, en efecto, desearla por huir los trabajos que trae consigo la vida, porque es mejor la muerte que la vida amarga y trabajosa. Muchos pecan en esto por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden á Dios la muerte con quejas é impaciencias ; mas si la pedimos con paz y sujeción : « Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos ; bástame lo que he vivido », no será pecado.

5. También podemos desearla por no ver la persecución de la Iglesia y las continuas ofensas que se hacen contra el Señor. Así la deseaba Elías en tiempo de Acaz y Jezabel, quienes destruyeron los altares y dieron muerte à los profetas de Dios.

6. Otro motivo para desear y pedir la muerte, es el vernos libres y seguros del pecado, pues mientras vivimos podemos ofender à Dios; y si por no pecar aún puede desearse no haber nacido, ¿cuánto más podrá morir? Porque peor cosa es el pecado que el no ser, y mejor fuera no ser que haber pecado. Digamos, pues, à Dios: «Señor, no permitáis que yo me aparte jamás de Vos. Si os he de ofender, llevadme antes que esto suceda, que no quiero la vida sino para serviros; y si no os he de servir con ella, no la quiero.»

7. Y aun por evitar los pecados veniales es bueno desear la muerte, lo mismo que por vernos libres de tantas faltas é imperfecciones, tentaciones y miserias como cada día experimentamos.

8. Una Santa decía que si pudiese escoger alguna cosa escogería la muerte, pues por su medio ya no tendría el peligro de pecar. Y el Padre Maestro Avila añadía que cualquiera que se halle con mediana disposición debe antes desear la muerte que la vida, por el peligro en que se vive y que cesa con la muerte.

9. Pero el motivo de mayor perfección para desear la muerte es por estar con Jesucristo. Cuando el amor que sentimos es tan encendido que creemos no poder vivir sin el Señor, entonces la vida nos causa un santo fastidio y suspiramos por la muerte con un vivo deseo. Gozar de Dios, quedar libres de todos los males de este mundo, conseguir nuestro fin soberano en la preciosa herencia de los hijos de Dios, todos estos bienes alcanzamos por medio de una buena muerte. Por esto los santos suspiraban por ella, y lo mismo debiéramos hacer nosotros.

10. Vivía un leproso en lo interior de un bosque, y estaba cubierto de asquerosas llagas que exhalaban un hedor insoportable; y con todo, estaba lleno de alegría y cantaba con una voz muy dulce. Uno le preguntó cómo podía alegrarse y cantar en medio de tantos dolores, y el leproso le contestó: « Entre Dios mi Señor y yo no hay otro medio que esta pared de lodo y podredumbre; y cuando ésta caiga, iré á gozar de Dios; y como veo que está se va acercando cada día, porque mi carne se cae á pedazos, estoy muy alegre, y canto porque al morir iré al Señor. »

11. También en los trabajos y diversos acontecimientos, ya de cada uno de nosotros, ya generales, como hambres, guerras, enfermedades, pestes, muertes y otros semejantes,

debemos conformarnos con la voluntad de Dios. Todo esto tenemos que sentirlo como mal de nuestro prójimo; però en cuanto es voluntad del Señor y ordenado para su mayor glória y provecho nuestro, podemos conformarnos con su santísima y divina voluntad; y será mayor perfección, no sólo sufrir con paciencia estas cosas, sino amarlas y quererlas en cuanto son su voluntad y beneplácito, como lo hacen los bienaventurados en el cielo, que en todo se conforman con el divino querer; pues querer lo que Dios quiere y por la misma razón y fin porque lo quiere, es siempre muy bueno.

12. Creamos que la bondad y misericordia infinita de Dios no envía ni permite semejantes cosas sino para sacar mayores bienes. Dios quiere llevar al cielo por este camino á muchos que de otra suerte se perderían. ¿Cuántos hay que con los trabajos, las humillaciones ó las enfermedades se vuelven al Señor de todo corazón, y mueren con verdadero dolor de sus pecados, que de otra suerte se condenarían? Por lo mismo, aquellos castigos eran para tales personas grandes misericordias del Señor.

13. El Señor se apareció á Santa Catalina de Sena presentándole una corona de oro y piedras preciosas y otra de espinas, para que escogiera. La Santa le dijo: «Señor, ha mucho tiempo que yo he negado mi voluntad por seguir

la tuya : á mi no me pertenece escoger ; pero si quieres que responda, te digo que en esta vida prefiero á todo lo demás conformarme á tu santísima Pasión, abrazando por tu amor todas las penas para consuelo mío.» Y dicho esto, tomó la corona de espinas y la puso en su cabeza con toda su fuerza.

§ II

14. Para conformarnos con la voluntad de Dios en todos los trabajos de que hablamos, entremos en nuestro propio corazón, recordemos nuestros pecados y consideremos cuán merecidos tenemos por ellos todos esos castigos, menores, con mucho, á lo que hemos merecido. Y si sentimos como debemos el pecado, poco ó nada se sentirá la pena exterior; así como el enfermo que tiene una llaga gangrenada se pone de buena gana en manos del cirujano para que obre y corte por donde le parezca, así nosotros, sintiendo de veras las llagas y enfermedades que nos causó el pecado, también de buena gana recibiremos los trabajos, humillaciones y mortificaciones con que Dios quiera curarnos.

15. Los santos deseaban todo esto para satisfacer al Señor en esta vida más bien que en la otra. «Señor, — le decía San Agustín, — aquí

quemada y corta, y no me perdones nada en esta vida con tal que me perdones en la otra.»

16. Si conociéramos y ponderáramos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos parecería pequeño; porque, ¿qué deshonras, qué injurias y desprecios no recibirá de buena voluntad para satisfacer sus pecados quien pensare que por ellos debía estar en los infiernos para siempre jamás?

17. Los santos atribuían á sus pecados los trabajos que Dios enviaba á su Iglesia, y así se conservaban en la humildad y en el temor de Dios. Imitemos su ejemplo, ya que con más razón podemos creer que nuestras culpas han provocado las iras divinas. Por lo demás, muchas veces castiga Dios á todo un pueblo por el pecado de uno solo. Así castigó á los israelitas por los pecados de Acán y de David.

18. Traigamos, pues, delante de los ojos esta consideración por una parte, y por otra el beneplácito de Dios, y fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que se digne enviarnos. Es Dios quien lo quiere, Dios lo hace, Dios lo envía; venga en hora buena; bendito sea su santo nombre.

19. Debemos asimismo conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos que tengamos que sufrir en la oración, porque á ésta no vamos por consolar-nos, sino por cumplir la voluntad de Dios; y

por esto, si el Señor nos da consuelos, debemos recibirlos con acción de gracias, pues sirven en gran manera para fortalecernos en la virtud, para quebrantar la propia voluntad y vencer nuestros apetitos y pasiones y llevar alegres la cruz del Señor. Pero no debemos parar en ellos ni desearlos por sólo nuestro gusto, que esto sería ya un mal, sino por las ventajas que hemos dicho y por la mayor gloria de Dios. Y tales deseos no deben ser demasiado ardientes, de manera que turben nuestra paz y sosiego, pues mejor que todo es la voluntad de Dios y conformarnos con ella.

20. Lo mismo decimos del don de oración y de la entrada que deseamos tener en ella, y de la quietud interior de nuestras almas; pues muchas veces estamos como una piedra delante del Señor, muy distraídos aun á pesar nuestro, y tan llenos de malos pensamientos que nos parece que no vamos á la oración sino para ser tentados. Muchas veces el Señor prueba á sus escogidos con tales trabajos, y para aprovecharnos de ellos conformémonos con su voluntad, con fortaleza de espíritu, diciendo: «No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.» Que no está la perfección en los consuelos, sino en unir nuestra voluntad con la de Dios.

21. «En todas las cosas que os vinieren, — decía San Pablo, — dad gracias á Dios, porque

ésa es su voluntad ¹.» Pues si ésa es la voluntad de Dios, ¿qué más tenemos que desear? Por que la vida es tan sólo para agradecerle, y por lo mismo, si El nos lleva por obscura y estrecha vereda, no hay que suspirar por otra luminosa y apacible. Todas las cosas del cielo y de la tierra no son para desear si de ellas se aparta la voluntad del Señor; y al contrario, no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que con la voluntad de Dios no se haga preciosa y muy amable.

22. Tal vez creeremos que las distracciones y sequedades que padecemos en la oración sean por nuestra culpa, y en creerlo así no hay inconveniente; mas no por esto debemos quejarnos ni perder la paz, sino conformarnos con la voluntad divina. En efecto: si conocemos que por nuestra falta merecemos el castigo, y que cualquiera que el Señor nos dé en la vida será muy pequeño para quien ha merecido el infierno, y tal castigo es un indicio de que no quiere castigarnos para siempre, pues nos castiga en este mundo, debemos recibir los castigos que Dios nos manda en la oración, conformándonos con su santa voluntad y dándole mil gracias porque así se porta con nosotros, pues bien merecen tal castigo todas nuestras culpas; castigo lleno de justicia

¹ Tim., V.

y de misericordia; de justicia, porque si tantas veces hemos cerrado á Dios las puertas de nuestra alma, resistiendo sus inspiraciones, justo es que, ahora que llamamos, no nos responda ni nos quiera abrir la puerta. Y es castigo harto pequeño y lleno de misericordia, pues mucho más merecíamos, y por otra parte, su divina Majestad lo encamina á nuestro bien. Por lo mismo conformémonos con la voluntad divina, y no nos atrevamos á pedir consuelos y regalos; baste que el Señor nos tenga en su casa y nos deje entrar en su presencia, y esto será para nosotros un beneficio muy grande.

23. Si por nuestras culpas vienen esas sequedades, digamos al Señor que mucho nos pesa de nuestras faltas; mas en cuanto aquellas sequedades son por su voluntad y en castigo de nuestros pecados, las aceptamos con todo nuestro corazón, ofreciéndonos á llevar esa cruz todos los días de vuestra vida, bendiciendo siempre su sagrado nombre.

24. El hijo sufrido y callado que se conforma con la voluntad de su Padre celestial en todo lo que le envía, aunque sea muy trabajoso y pesado, le agrada más que el delicado y quejoso y que anda con disgusto porque no le dan lo que quiere. — El pobre que aguarda á la puerta del rico con paciencia y sin quejarse, mueve más á que le den limosna y que le tengan compasión, que otro que se impacienta y

se queja porque le hacen esperar: éste más bien indigna y enfada. Lo mismo es respecto del Señor: nuestra humildad y paciencia-lo inclinan á favorecernos, mas no lo contrario.

25. Cuando, pues, su divina Majestad nos mande sequedades y tentaciones en la oración, si nos conformamos con su voluntad haremos grandes actos de paciencia, porque sufrimos con resignación esos trabajos; y de amor de Dios, pues los llevamos por su causa; y de humildad y conocimiento propio, porque estamos palpando, por decirlo así, lo muy indignos que somos de estar en la presencia del Señor, ya que, siendo El quien es, tan bueno y tan piadoso, nos niega sus consuelos. Y si todo esto sacamos de las sequedades y desconsueltos que sufrimos en la oración, ¿qué mejores frutos podemos desear?

CAPÍTULO IV

Concluye el anterior. — Conformidad con la voluntad de Dios en las virtudes y dones sobrenaturales que hemos recibido de su mano.

§ I

MUCHAS veces las sequedades y desconsueltos en la oración no son castigo de nuestras culpas, sino efecto de la providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como El es ser-

vido y según nos conviene. Tal vez, si se nos diera una oración muy alta y llena de consuelos, no nos conservaríamos en el temor de Dios y en la humildad. San Pablo nos dice que á fin de que las grandezas de sus revelaciones no le ensoberbecieran, se le dió el estímulo de su carne, un ángel de Satanás que le azotase ¹. Y si esto podía temer San Pablo, ¿qué no tendremos que temer nosotros? Pero no teniendo sino desamparos y desconsuelos, andaremos siempre confundidos y posponiéndonos á todos.

2. La pena y amargura que sentimos por no tener tan bien la oración como la quisiéramos, nos debe servir de consuelo, en cuanto nos indica que amamos al Señor; pues no hay dolor sin algún amor, ni pesar de no servir bien sin propósito y voluntad de lo contrario. Mala señal sería que nada se nos diera de aquellas sequedades; pero sentir pena y dolor por parecernos que todo lo hacemos mal, es un indicio que debe consolarnos y hacer que nos conformemos con la voluntad de Dios y le demos gracias porque así se porta con nosotros.

3. Por lo dicho podrá conocerse que es un engaño dejar la oración ó no darle todo el tiempo acostumbrado, por parecernos que nada hacemos ó que perdemos el tiempo. — Cuando el Señor nos llena de consuelos y favores, no

¹ II Cor. ^x XI.

es mucho que perseveremos en la oración; mas no dejarla á pesar de que en ella tengamos sequedades, amarguras, tentaciones, es de mucho mérito y descubre la grandeza y fidelidad de nuestro amor; porque los verdaderos amigos se prueban en los trabajos y aflicciones, y entonces se conoce si buscamos la voluntad y contento de Dios; y por lo mismo hemos de perseverar con humildad y paciencia, permaneciendo en la oración aun algo más del tiempo señalado.

4. El Señor hacía grandes gracias y favores á uno de sus siervos, y éste, con humildad y por el deseo de agradarle más, le pidió que, si era servido, le quitase todo aquello; el Señor escuchó su oración, y durante cinco años lo dejó entre desconsuelos, tentaciones y angustias; y como este hombre estuviese una vez llorando amargamente, se le presentaron los ángeles queriendo consolarlo; pero él les dijo: «Yo no pido consuelo, porque lo tengo en que se cumpla en mí la voluntad de Dios.»

5. Santa Brígida estaba muy afligida por malos pensamientos que no podía echar de sí, y muy temerosa del juicio de Dios, y su divina Majestad le dijo: «Teme mi juicio con moderacion y discreción, y confía en mí, que soy tu Dios. Los malos pensamientos á que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no los puedes impedir,

súfrellos con paciencia y resistelos con tú voluntad; y aunque no los consientas, teme por ellos para que no te venga alguna soberbia y caigas; pues al que está en pie sólo le sostiene mi gracia.

6. Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en todas las gracias y virtudes que recibimos de su mano. Es verdad que siempre hemos de desear el ser mejores, el ir adelante en la virtud; pero de tal manera que no perdamos la paz si no llegamos á ser tan humildes como San Francisco, tan mansos como David y tan pacientes como Job. Por eso que nos falta debemos andar confundidos y humillados, pero no sin sosiego ni reposo, ni mucho menos quejándonos de lo que sufrimos. Los santos siempre deseaban ser mejores de lo que eran, no por su inclinación y amor propio, sino por Dios, y nunca perdian su paz; antes bien estaban contentos con aquella medida de gracias y favores con que el Señor se dignaba enriquecerlos.

7. Es necesario que seamos muy diligentes y sumamente cuidadosos en adquirir las virtudes: esto es indudable; pero ese cuidado y diligencia deben conformarse en todo y por todo con la voluntad de Dios. Hagamos lo que es de nuestra parte; y si á pesar de esto no somos como quiséramos y caemos en faltas, no nos admiremos, que somos hombres y no án-

geles, ni desmayemos por esto, pues Dios conoce nuestra miseria y está dispuesto á socorrernos si entonces nos humillamos como debemos.

8. En lo que hemos dicho solamente tenemos que evitar un peligro: la tibieza que quiera entrar en nuestras almas, por ver que nunca seremos tan perfectos como los mayores santos. Sirvamos á Dios con toda diligencia y fervor, y por lo demás tengamos entendido que más le agradan la paciencia y humildad en las flaquezas que las inquietudes y congojas por no ser tan perfectos como quisiéramos. Y no olvidemos que muchos sirven más á Dios sin tener la virtud y el recogimiento que desean que si lo tuviesen; porque viven en humildad, andan con más cuidado, procuran adelantarse y acuden á Dios con frecuencia, lo cual tal vez no hicieran teniendo el recogimiento y la virtud porque suspiran; se volverían tibios y dejarían de trabajar, estando ya contentos con lo que habían conseguido.

§ II

9. Debemos también conformarnos con la voluntad de Dios respecto de los bienes temporales, pues todo nuestro gozo debe referirse al divino beneplácito, al agrado y contento de

Dios, con preferencia á nuestros propios intereses : la voluntad del Señor y el amor de su honra deben sobreponerse á todo lo demás, y en esa honra y voluntad debemos alegrarnos más que en todos los beneficios que su divina Majestad nos haga. Este es el gozo de los santos en la gloria, más suave y delicioso por el cumplimiento de la voluntad divina que por su propia dicha ; y de aquí viene que se hallen tan contentos con el grado de gloria que tienen, y que no deseen más, ni les pese de la mayor que tengan los otros ; pues transformados en Dios, quieren como El ; y viendo que tal es su contento y beneplácito, éste es el mismo que ellos tienen. Hagámoslo así nosotros, y cumpliremos en la tierra la voluntad de Dios como se cumple en el cielo ; pensando que si tenemos que apartar los ojos aún de la misma gloria, por decirlo así , para ponerlos en la voluntad y contento de Dios, con más razón debemos posponer á esta misma voluntad todos los bienes de la tierra.

10. Para conformarnos prácticamente con la voluntad de Dios recordemos que uno de los principales efectos del amor es hacer que los que se aman tengan una misma voluntad y estén continuamente unidos entre sí ; y cuanto fuere mayor esta unión, será también mayor el amor y más conforme la voluntad de los amantes. Veamos esto en los santos que

reinan con Dios en el cielo. La voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su Ser sumamente perfecto y glorioso, y esta misma es la voluntad y el amor de los santos. Aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, tan bueno, tan glorioso y digno de honra como lo es; y viendo en Dios todo esto, tienen un gozo inefable y son muy dichosos con tal vista. Pues esto es lo que hemos de procurar acá en la tierra para que se haga la voluntad de Dios como se hace en el cielo. Estando en la oración, consideremos el Ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia y la infinita sabiduría, hermosura y gloria que tiene, y regocijémonos en esto y tengamos complacencia y la más viva y santa alegría, porque El es el Ser perfectísimo y no tiene necesidad de nadie porque es omnipotente y está lleno de gloria. Y así de sus demás atributos.

11. No hay amor más perfecto que el que Dios se tiene á sí mismo, el de su Ser perfectísimo é infinitamente dichoso, ni puede haber mejor voluntad que ésta; y por lo mismo, nuestro amor será más y más perfecto cuanto más se asemeje al que Dios se tiene á sí mismo, y de la propia manera será más perfecta nuestra voluntad cuanto más se una y conforme con la suya.

12. El mayor bien que podemos querer al

Señor, es el que tiene en sí mismo, su Ser infinito, su bondad, su sabiduría y sus demás perfecciones; y amar es querer bien á quien se ama, y así nuestro gozo en el Ser de Dios y su divina gloria es un acto de amor muy perfecto. Por esto lo vemos tan recomendado en la divina Escritura. «Gozaos siempre en el Señor, —nos dice San Pablo, —otra vez os digo, gozaos¹.» Y nuestra querida Madre, en su hermoso cántico: «Se alegró mi espíritu en Dios mi Salvador.» Y del divino Maestro está escrito que se regocijó en el Espíritu Santo².

13. Este amor de complacencia, este alegre y suavísimo gozo de nuestra alma podemos ejercitarlo con la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, alegrándonos sobremanera de su perfección y grandeza, de la unión que tiene con la persona del Verbo, de la plenitud de su gracia, de la elevación de su gloria, de ser ella el instrumento de Dios en la santificación y glorificación de los escogidos y en todo lo demás que le corresponde.

14. Estos mismos afectos podemos ejercitar respecto de la santísima Virgen y de los otros santos, gozándonos de sus excelencias y virtudes y de la gloria con que el Señor los ha premiado.

1 Filip., IV.
Luc., X.

15. Siendo Dios infinito, no podemos querer para El algún bien que no tenga; pero Dios puede crecer exteriormente en sus criaturas, siendo más conocido y amado por ellas; y así podemos ejercitarnos en este amor considerando cuán digno es de ser amado y honrado de todos, y deseando que el mundo entero le conozca, le ame, le alabe y glorifique en todas las cosas.

16. De aquí hemos de descender á desear y procurar por nuestra parte el cumplir en todo la voluntad de Dios y su mayor gloria, estando firmemente resueltos á agradarle en todas nuestras obras, sin olvidar lo que está escrito: «El que dice que conoce á Dios y no guarda sus mandamientos, miente y no hay verdad en él; pero quien guarda sus mandamientos, en ése verdaderamente la caridad de Dios es perfecta ¹.»

17. No es bastante para amar á Dios y conformarnos con su voluntad la complacencia que tenemos por su gloria y los deseos de que todas las criaturas le conozcan y le sirvan, sino que es indispensable ofrecernos y dedicarnos del todo al cumplimiento de su voluntad, comenzando á hacer en la tierra lo que por una eternidad tendremos que hacer en el cielo.

1 1 Joann., II.

TRATADO VII

DE LA MORTIFICACIÓN

CAPITULO PRIMERO

Debemos unir la mortificación con la oración.

§ I

BUENO es unir la mortificación con el ayuno, dijo el arcángel San Rafael á Tobias ¹. Por nombre de ayuno entendemos todo género de penitencias y mortificaciones de la carne. Veamos, pues, la necesidad que hay de juntarlas con la oración para poder adelantar en la virtud.

2. Las amigas de la Esposa decían en los *Cantares*: «¿Quién es la que va subiendo por el desierto, como una columnita de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?» El incienso y la mirra, simbolos de la oración y mortificación,

1 Job, XII.

2 Job, III.

siempre nos han de acompañar,—dice San Bernardo,—pues ellas nos elevan á Dios, y la una sin la otra poco ó nada aprovechan. La mortificación sin la oración nos podrá hacer soberbios; y si oramos, pero no queremos mortificarnos, se nos podrán decir estas palabras: ¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo ' ? »

3. Así como en el templo de Salomón había un altar fuera, donde se mataban los animales que se habían de sacrificar, y otro dentro del *Sancta Sanctorum*, donde se quemaba el incienso, así también en nosotros debe haber dos altares: uno en el corazón, donde ofrezcamos á Dios nuestras oraciones, y otro en el cuerpo, donde mortifiquemos nuestras desordenadas pasiones y la rebeldía de todos nuestros apetitos.

4. La mortificación dispone y es medio necesario para la oración, porque las pasiones no mortificadas ciegan la razón y disminuyen la libertad y turban el alma; y tales impedimentos, que no nos dejan entrar en la oración, los quitamos mediante la mortificación cristiana. El amor propio desordenado, el deseo de cumplir nuestros gustos y la estimación de los hombres, embarazan nuestro corazón y no nos dejan tener recogimiento ni quietud, antes bien

1 Luc., VI.

nos quitan la suavidad y los consuelos que pudiéramos tener en conversar con Dios. Mortifiquemos, pues, nuestras pasiones.

5. En el agua turbia no vemos nuestro rostro; y así también, si no está purificado el corazón y limpio de los afectos terrenos que lo turban é inquietan, ni está sosegado de vanos cuidados, tampoco veremos en él el rostro de Dios. A Moisés se le prohibió llegar á la zarza hasta que se descalzase; ¿y nosotros queremos ver á Dios y tratar con Él, llenos de pasiones y afectos de la tierra?

6. La oración es también medio para alcanzar la mortificación, y ésta el fruto de aquélla; pero así como para labrar el hierro no basta ablandarlo con el calor de la fragua, sino que es necesario el golpe del martillo, de la misma manera para alcanzar la virtud es indispensable añadir la mortificación de las pasiones al santo fuego de la oración.

7. Según lo que vamos diciendo, se entenderá en qué consiste la mortificación: en arreglar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones y el amor desordenado de nosotros mismos. « El que quiera venir en pos de mí, —dijo Jesucristo,—niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame ¹. « El hombre se niega á sí mismo cuando se hace casto si antes no lo era,

¹ Matth., XVI.

humilde si era soberbio, y así de las otras pasiones. Y notemos que primero dijo el Señor que nos neguemos á nosotros mismos, y después que lo sigamos; pues si no quebrantamos de antemano nuestra voluntad, ni mortificamos las pasiones, á cada paso tendremos estorbos que nos impidan seguir á Jesucristo. Por esto debemos allanar el camino por medio de la mortificación. Esta es la cruz que hemos de llevar siempre con nosotros; ésta la guerra continua que debemos hacernos á nosotros mismos para poder unirnos al Señor.

8. De esto se infiere cuán terrible es el castigo que el Señor nos manda cuando permite que nos entreguemos al goce de nuestras pasiones, pues éstas nos llevan de precipicio en precipicio, hasta dar con nosotros en la última y eterna desgracia, la condenación de nuestras almas. Por esto debemos pedir al Señor que no nos abandone. «¡Oh, Señor, Dios de mi vida! No me entreguéis á este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitáis que me lleve en pos de sí, pues ésta sería una terrible señal de tu furor ¹.»

9. Cuando el médico deja que el enfermo coma lo que quiera, tenemos á éste por desahuciado; y si Dios nos deja seguir en todo nuestros malos deseos, temamos y temblemos,

¹ *Eccl.*, XXIII.

no sea que también nos tenga por incurables y se cumplan en nosotros estas terribles palabras: «Ninguno puede corregir á quien Dios ha dejado de su mano ¹.»

10. Si pensamos bien lo que hemos dicho, se engendrará sin duda en nuestro corazón un odio santo de nosotros mismos, sin el cual no podremos ser discípulos de Jesucristo; porque conoceremos que nuestra propia carne es el mayor enemigo que tenemos, que anda buscando, por decirlo así, cómo dar muerte, y muerte eterna, á quien le da de comer y beber, y en nada tiene irritar á Dios y echar el alma al infierno por contentar sus pasiones. Si se nos dijese que uno de nuestra casa; que con nosotros come y vive, nos quiere hacer traición y que es tan grande el odio que nos tiene que se entregará á la muerte con tal de matarnos, sin duda alguna estaríamos siempre llenos de temor y sobresalto; y al descubrir quién era el infame, le tendríamos un odio muy grande y nos vengariamos de él. Pues ese traidor es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros, y que, haciendo mal al alma, se lo hace también á sí mismo; y, sin embargo, por nada se detiene al seguir sus pasiones. Tenemos, pues, mucha razón para aborrecerlo. ¡Cuántas veces nos ha hecho ofender á Dios! ¡de cuántos

¹ *Eccl.*, VII.

bienes espirituales nos ha privado, y cuántas veces ha puesto en peligro nuestra salvación, encaminando al infierno nuestras almas!—Aborrecemos al demonio porque es nuestro enemigo y por los males que nos hace; pues mayor enemigo es nuestra carne, y mayores son también los males que ella nos causa.

11. De aquí nacia el odio y aborrecimiento que los santos tenían contra sí mismos, y el espíritu de penitencia para castigar su cuerpo y tenerlo sujeto y rendido. San Doroteo se mortificaba mucho, y uno le preguntó por qué atormentaba tanto á su cuerpo; él respondió: «Porque mi cuerpo me da la muerte.»

12. Andemos, por lo mismo, como los santos, mortificando y humillando nuestra carne; y así como de ésta se sirve el demonio para hacernos guerra, sirvámonos nosotros también de ella para vencerlo, mortificándola y contradiciéndola; pues quien castiga su cuerpo vence al diablo, dice San Agustin.

§ II

13. Es de tanta importancia la mortificación, que San Jerónimo nos dijo que aprovecharemos en la virtud según la fuerza y violencia que nos hiciéremos. Y San Francisco de Borja, cuando le alababan á alguna persona como

perfecta y santa, decía: «Lo será si es mortificada.» El cristiano mortificado es como un hermoso racimo de uvas que está ya en sazón, blando y suave al gusto, y el no mortificado es un racimo de agraz, duro, desabrido y amargo.

14. Es verdad que nuestra perfección consiste en el amor de Dios; pero la mortificación quita los obstáculos que no nos dejan poseer ese mismo amor, y por esto es de tanta importancia en la vida espiritual.

15. «El ciervo,—dice San Agustín,—mata las serpientes, y después siente una sed muy grande, y corre con ardor y ligereza á las fuentes de las aguas. Ahora bien: si nosotros no tenemos una ardiente sed y un deseo muy vivo de la perfección, es porque aún no hemos dado muerte, como el ciervo, á las serpientes de nuestros vicios.»

16. La mortificación y penitencia es de dos maneras: una corporal, que castiga y aflige al cuerpo y se llama exterior, como disciplinas, ayunos, cilicios, mala cama, comida pobre, vestido áspero. Otra espiritual ó interior, que consiste en regir los movimientos de nuestro apetito, en pelear contra los vicios y malas inclinaciones, negando siempre la voluntad, quebrantando el propio juicio, venciendo la ira, reprimiendo la impaciencia, refrenando la gula, los ojos, la lengua y todos los sentidos y mo-

vimientos. Esta es la violencia con que escalamos el cielo, y éstos son los esfuerzos con que hemos de alcanzarlo.

17. La mortificación interior es la más excelente, pero también la más difícil; y con todo eso, menos podemos excusarnos de ésta que de la exterior, pues podrán faltarnos las fuerzas para ayunar y hacer otras penitencias corporales, pero esto no se necesita para ser pacientes y humildes, obedientes y rendidos.

18. Esta mortificación de que tratamos no es odio, sino verdadero amor, no sólo del alma, sino también de nuestro cuerpo; pues lo que aborrecemos son los vicios de la carne y sus malas inclinaciones, y no la misma carne; como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra ésta pelea. Amar á uno es desearle bien; y quien mortifica su cuerpo y reprime sus apetitos desordenados, le desea y procura el sumo bien, que es la gloria eterna; y al contrario, quien le deja seguir sus malas inclinaciones le procura el mayor mal, que es el infierno para siempre jamás; y así éste es en realidad quien le aborrece.

19. Si un enfermo come y bebe lo que gusta, y rehusa tomar las medicinas amargas por no sufrir un poco, sin duda quiere menos su vida que otro que se abstiene de todo alimento nocivo y que toma las medicinas que se le dan, por amargas que sean. « Quien amare

desordenadamente su vida, la perderá, — nos dijo el Señor, — y quien la aborreciere por mi amor, la hallará en la vida eterna ¹. »

20. No se deja de amar una cosa por amar otra cosa más que aquella. Dejamos que nos corten un brazo por conservar la vida, pero tenemos amor al brazo que vamos á perder. El avariento ama su dinero; mas con todo eso, lo gasta para comprar lo que ha menester. Así también nosotros no dejamos de amar nuestra carne con mortificarla, sino que amamos más el alma y la vida eterna, y para alcanzar ésta y salvar aquélla es necesario mortificar y humillar nuestra carne.

21. La vida mortificada nos hace semejantes á los ángeles, que tratan con Dios y se ocupan en las cosas del cielo; y la otra, en que nos entregamos á los gustos de los sentidos, nos da la semejanza de las bestias, que se entregan al cumplimiento de sus apetitos.

22. ¿Qué diríamos si viésemos que una bestia, enfrenando á un hombre, lo llevaba á donde quería, rigiendo á quien debía regirla? Pues esto sucede cuando dejamos que las malas inclinaciones de la carne nos dominen y esclavicen.

23. Para animarnos á la mortificación, reflexionemos lo siguiente: Es mayor trabajo

¹ Matth., XV.

huir de ella que mortificarnos. Todo desorden inquieta y molesta; así, el hueso dislocado causa grandes dolores, y el elemento fuera de su lugar decimos que sufre violencia. Ahora bien: el hombre, siendo racional, tiene que vivir, por su misma naturaleza, conforme á la razón; y por lo mismo, si no obrare de esta suerte, tendrá que sufrir y padecer. Muy bien dijo el santo Job: «¿Quién jamás resistió á Dios y tuvo paz¹?» Que no la puede haber viviendo de esta suerte; y así San Juan² nos dice que los que adoraban la bestia no tenían descanso de día ni de noche². Si nosotros servimos á la bestia de nuestra carne y sensualidad, tampoco tendremos sosiego ni descanso.

24. Después que nos hemos dejado llevar de la ira ó la impaciencia, ó hemos proferido palabras descompuestas, nos llenamos de tristeza, nos turba la inquietud, y á pesar nuestro tenemos que probar una amargura muy grande; y semejantes sufrimientos y trabajos son mayores sin duda que la pena que hubiéramos sufrido al mortificar las pasiones.

25. Un soberbio que se ve despreciado y humillado se llena de inquietud; la ira le atormenta y le llena de furor, y es en verdad como un verdugo que lo lleva al suplicio; y si, por el

1 Job, IX

2 Apoc., XIV.

contrario, es honrado y preferido á los demás porque sus tramoyas han surtido efecto, todavía no cesa su tormento, pues bien conoce sus malos procederés; su conciencia le remuerde y no lo deja descansar. Mas el que vence sus pasiones y trata de mortificarse en todas ellas, puede con verdad decir: «Trabajé muy poco, y he adquirido mucho descanso ¹.» La serenidad de la conciencia, la alegría del triunfo, el contento que ha dado á Dios nuestro Señor, le llenan de paz y santo consuelo. «Yo cercaré su camino con espinas, —dijo Dios,—hablando de los pecadores ²». Y puso en los deleites tristes remordimientos de conciencia, en los pasatiempos amarguras, y en seguir nuestra mala voluntad tormento y dolor. Al contrario, el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno ³. Rebosan de paz, y la alegría más pura se halla pintada en su semblante. «Ningún acontecimiento podrá contristar al justo, —nos dice el Señor;— mas los impíos estarán llenos de pesadumbres ⁴.

¹ Eccl., LI, 35.

¹ Oseas, II.

² Prov., XIV.

³ Prov., XII, 21.

CAPÍTULO II

Importancia y práctica de la mortificación.

§ I

Si al ser molestados por alguna pasión ó mala inclinación condescendemos con ellas dejándonos vencer, la pasión se hará muy fuerte, y más arraigada quedará la mala inclinación; pero si resistimos con valor, perderán mucho de su fuerza y serán menores las molestias que en adelante nos causen. Por lo mismo importa mucho resistir á los principios, para no tener después un trabajo mayor en vencernos á nosotros mismos.

2. Estemos profundamente convencidos, y nunca lo olvidemos, que el hombre exterior, nuestra carne y sensualidad, es el mayor enemigo que tenemos, y que anda siempre procurando nuestro mal. Este convencimiento nos descubrirá los peligros y los males que debemos evitar en nuestras inclinaciones y apetitos, sin fiarnos de nosotros mismos; porque ¿quién se fiará de su enemigo? Y esto servirá para resistirle y mortificarnos.

3. Siuviésemos que cuidar de algún enfermo, le negaríamos lo que hace daño aunque

lo pidiese con lágrimas y súplicas, y le haríamos tomar la medicina por más que fuese amarga y repugnante. Pues nuestro cuerpo es ese enfermo que el Señor nos tiene encomendado; si no le negamos lo que nos pide y le hace daño, ¿qué responderemos al Señor? Y si no hacemos que tome la medicina de la mortificación, que restaure la salud, ¿no seremos responsables de su muerte?

4. Podemos ejercitarnos en la mortificación comenzando: primero, por las ocasiones que se nos ofrecen, ya vengan de los superiores, ó de nuestros hermanos ó de cualquiera otra parte. Recibámoslas con buena voluntad; así es necesario para conservar la paz y dar buen ejemplo. Estas ocasiones se presentarán, ya en la mala comida, ó en el vestido pobre ó en la casa que habitamos. Algunas veces se nos reprenderá sin culpa, no harán caso de nosotros, y así de lo demás. Todo esto debemos llevarlo con paciencia, sin volver por nuestra causa y teniendo gran contento en sufrir por Dios.

5. Por nuestra parte, hay que mortificarnos en todo lo que nos impida guardar los mandamientos; y así, por la mañana podemos pensar en todas las obras del día para descubrir y evitar las dificultades que puedan ocurrir contra la observancia de la Ley del Señor, y resolvernos con valor á no faltar en nada.

6. El Señor nos llena de buenos deseos de

virtud, y, sin embargo, faltamos muchas veces porque no nos resolvemos á servirle con firmeza, como es nuestro deber.

7. Podemos también mortificarnos en las cosas lícitas y aun en las que es necesario practicar; verbigracia: no volver la cabeza cuando quisiéramos hacerlo. ¿ En la conversación nos ocurre decir alguna cosa que nos parece muy buena para agradar á los otros?, no la digamos; ¿ ó preguntar lo que no es necesario?, no lo preguntemos. — Paseándonos por un jardín, quisiéramos coger una flor que nos agrada, mas por mortificarnos como es debido no la toquemos.

8. Al santo duque de Gandia le agradaba mucho la caza, y al volar una garza, cuando el halcón hacía su presa, el Santo bajaba los ojos, y por amor del Señor se privaba de aquel gusto que había buscado todo el día.

9. En las cosas necesarias podemos mortificarnos de la manera siguiente. Antes de comer refrenemos la gula, deteniéndonos un poco y no comiendo porque nos agrada, sino por cumplir sólo la voluntad de Dios, que nos lo manda. Antes de estudiar contengamos el deseo del estudio, y después estudiemos, no por nuestra voluntad y gusto, sino porque Dios lo manda. Así en todo lo demás; acostumbrennos en todas las cosas á hacer la voluntad de Dios y no la nuestra, y á gozarnos en ellas, no

porque sean conforme á nuestra inclinación, sino según la divina voluntad.

10. San Francisco de Borja, en una ocasión llegó muy de noche á una casa de la Compañía; nevaba mucho y hacía un viento muy frio; estuvo un gran rato llamando á la puerta, y nadie le abría; y cuando por fin lo hicieron, el Santo dijo á las personas, que se avergonzaban de aquella tardanza en abrirle, lo siguiente: «No os mortifiquéis, pues yo os aseguro que el Señor me ha regalado mucho en el tiempo que os he estado aguardando; porque pensaba que su divina Majestad era quien tiraba los copos de nieve y enviaba aires helados sobre mí, y que todo lo que obra lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debía yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y alegrarme del gozo que El tenía en esto; pues se despedaza un león ú otro animal delante de un gran principe sólo por darle contento.»

11. En cuanto á la materia de la mortificación, lo principal en que debemos mortificarnos es en el vicio ó pasión que más nos domine y nos haga caer en mayores faltas. Saúl, contra la orden de Dios, perdonó al rey Agag y á los mejores rebaños de ovejas, y á todo lo que era precioso y de valor; pero Samuel lo reprendió y dió muerte á Agag, según la orden de Dios. Pues así lo hemos de hacer nosotros; sacrificar al Señor lo que más

trabajo nos cueste y lo que más amamos con perjuicio de su santa ley. No pongamos todo nuestro cuidado en lo exterior, sino en lo más sublime y precioso; que es la mortificación interior. De otra suerte seríamos como los fariseos, que tenían mucho cuidado con la limpieza exterior de los platos y vasos en que comían y bebían, y por dentro estaban llenos de inmundicia; y también como los sepulcros blanqueados, que parecen por de fuera muy hermosos, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.

12. Pero de tal manera hemos de atender á las cosas principales que no dejemos las menores. Conviene atender á las primeras, mas no por esto se han de dejar las segundas. Y he aquí la razón: estas pequeñas mortificaciones son muy agradables al Señor, que no atiende tanto á la obra que hacemos como á que en ella neguemos nuestra voluntad, que es propiamente mortificarse y negarse á sí mismo. Y algunas veces nos cuesta más trabajo el negarnos en lo pequeño que en lo grande. David hizo un sacrificio muy agradable al Señor al ofrecerle un jarro de agua que le trajeron de la cisterna de Belén, y también le agradó sobremanera cuando, olvidando su dignidad, danzaba delante del Arca, mereciendo más con esto que con vencer á Goliath, pues más es vencerse á sí mismo que á los otros.

13. Mucho daño nos haríamos al menospreciar la mortificación en cosas pequeñas; porque no hemos de atender tanto á estas mismas, sino á que no quereinos quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios ni aun en lo pequeño, y aquella propia voluntad se va fortaleciendo y aumentando para resistir en cosas mayores. Al principio es un leoncito muy pequeño; después será un león indómito y terrible, que acaso nunca lleguemos á vencer.

14. El demonio procura vencernos en culpas pequeñas, para de aquí pasar á las mayores; justo es, por lo mismo, que nosotros le resistamos en aquéllas para no ser vencidos en éstas.

15. Hay otro bien en estas mortificaciones de cosas pequeñas, y es que evitaremos muchos combates y tentaciones en cosas grandes; y si acaso algunas veces salimos vencidos en aquéllas, no perderemos mucho; cuando, al contrario, en las mayores, si fuéremos vencidos, estaremos perdidos.

16. En la materia que tratamos debemos atender á nuestro temple y condición particular. Hay personas que sienten gran repugnancia y dificultad para las obras de virtud; mas no deben por esto entristecerse ni afligirse. El mismo San Pablo sentía esa repugnancia en los miembros de su cuerpo, y así no hay que extrañar que también la sintamos nosotros. El mal

no está en sentir esa repugnancia y esos movimientos contra la razón, sino en consentirlos y obrar conforme á ellos. Mugían las vacas que llevaban el arca del Testamento; pero con todo, iban camino derecho de Betzames, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra; así nosotros sigamos el camino de la virtud, por más que las pasiones de la carne vayan mugiendo como aquellas vacas.

17. La diferencia entre el hombre espiritual y el carnal no está en sentir ó no sentir contradicciones de la carne, sino en que éste las consiente y aquél las resiste. El pez vivo va agua arriba, y el muerto agua abajo; esto nos dirá si somos espirituales ó carnales. Si resistimos y mortificamos nuestras pasiones, éstas mismas nos elevarán al cielo y serán como una escala que nos lleve á Dios; en caso contrario, ya sabemos hacia dónde vamos descendiendo.

18. Hay otras personas de tan buen temperamento, que todo es para ellas en la vida cristiana muy fácil y ligero. Tales personas no deben tenerse en más que aquellas que no tienen tan buena condición, sino antes deben humillarse, conociendo que en nada se han vencido, mientras que los otros tienen que pelear continuamente y andar sobre aviso y con temor de Dios, cuando á ellas su buen natural les es ocasión de continua tibieza y descuido.

Esto servirá para humillarlas y para que estimen á las demás.

19. Hay, en fin, algunos que no sienten repugnancia ni contradicción de sus pasiones ni rebeldía en su carne ; pero es porque en todo siguen sus apetitos, y si tienen paz no es la de Dios, sino otra engañosa y funesta, y que, sin duda, los arrastra á la muerte. Pues si nosotros no sentimos esta guerra ni los combates de la carne, bueno es que nos examinemos y veamos nuestra conducta, no sea que estemos miserablemente engañados.

20. Mas aunque hayamos progresado mucho en la mortificación nunca debemos dejarla, dice San Bernardo, porque lo podado vuelve á brotar, y lo que parece ya muerto vuelve á revivir ; y así, no basta podar y cortar una vez, sino muchas, y es indispensable mortificar continuamente nuestras pasiones y malas inclinaciones. Por esto nos dijo el Salvador: « El que quiera venir en pos de Mi, lleve su cruz cada día y sigame ¹. » No debe pasársenos día ninguno sin quebrantar en algo nuestra voluntad. Decía San Francisco de Borja que le seria muy amarga la comida el día que no castigase su cuerpo con alguna penitencia ó mortificación, y que viviría desconsolado si hubiese sabido que su muerte habia de ser en algún día en

¹ Luc., IX, 23.

que no se hubiera mortificado. Suplicaba al Señor que los regalos le sirvieran de tormento y cruz, y los trabajos de regalo, y de todas las cosas se servía para mortificarse: si el sol le fatigaba en el estío, andaba muy despacio, y solía decir: « ¡Oh, cuánto nos ayuda este buen amigo ! » Lo mismo decía del hielo, del aire, de la lluvia en el rigor del invierno, de sus enfermedades y de los que le perseguían y murmuraban de él; á todos llamaba sus amigos, porque le ayudaban á vencerse y á mortificar su cuerpo, al que tenía por capital enemigo. En sus enfermedades tomaba las bebidas amargas muy despacio, y en todo procuraba aumentar sus mortificaciones, llegando de esta suerte á admirable santidad.

CAPÍTULO III

Medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación.

§ 1

PARA inclinarnos al ejercicio de la mortificación nos proponen los santos los medios siguientes :

Primero. Debemos implorar con fervor y confianza la divina gracia, pues ella todo lo sua-

viza y dulcifica. El yugo del Señor es suave, y su carga ligera : sus Mandamientos no son pesados, y los que esperan en su divina Majestad mudarán su fortaleza; porque si eran por sí mismos incapaces del bien, todo lo podrán con la gracia del Señor.

2. El segundo medio es el amor de Dios, ya que no hay cosa tan eficaz ni que tanto aligere y facilite cualquier trabajo como el amor, porque quien ama no trabaja. A Jacob le parecían breves y fáciles los trabajos de catorce años para conseguir la mano de Raquel. La Esposa de los Cantares dijo que su Amado era para ella como un manojito de mirra, porque todos sus trabajos le parecían muy pequeños atendida la grandeza de su amor. Pues amemos mucho á Dios, y las más penosas mortificaciones serán también para nosotros muy suaves y ligeras.

3. El tercer medio para facilitar la práctica de la mortificación es la esperanza del premio. Los peligros del mar no desalientan á los marineros y comerciantes, ni las tempestades á los labradores, ni las heridas y aun la misma muerte á los soldados, ni los golpes y caídas á los lidiadores, cuando piensan en la ganancia, en la cosecha y en la victoria; pues quien espera el reino de los cielos, ¿desmayará con la vista del trabajo y de la mortificación que se le pide para conseguirlo? Aquellos hombres trabajan por conseguir una corona corruptible, mientras

nosotros trabajamos por alcanzar la eterna recompensa. Justo es por lo mismo que trabajemos con valor y denuedo hasta el fin de la carrera; que nada es lo que se nos pide comparado con el inmenso precio de la gloria que el Señor nos tiene prometida.

4. El gran San Francisco de Asís, estando fatigado de graves y continuos dolores y de las más terribles tentaciones del demonio, en tanto grado que parecía no haber fuerzas humanas que pudieran sobrellevar aquellas cruces, oyó una voz del cielo que le dijo que se alegrase, pues por aquellos trabajos había de alcanzar en la gloria un tesoro tan grande que, aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en perlas preciosas, y todas las aguas en bálsamo, nada sería comparable con el grande y preciado galardón que había de recibir á causa de sus trabajos; con lo cual el Santo se llenó de un consuelo tan grande que ya no sentía sus dolores y tribulaciones.

5. El cuarto medio que nos facilita el ejercicio de la mortificación es el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, lo que sufrió por nosotros en su santísima Pasión. ¿Quién hay que al recordar que Jesús, con ser Dios de majestad y de grandeza infinitas, sufrió los más horribles dolores, el tormento de la cruz, la misma muerte por salvarnos, no se determine á mortificarse y padecer por su amor? El recuerdo de

los padecimientos de Jesús endulzará las amarguras de la penitencia y mortificación que tomemos por su causa. Moisés arrojó un madero en las aguas de Mara, tan amargas que no se podían beber, y luego se volvieron dulces y agradables; y si nosotros ponemos el recuerdo de la cruz en nuestras mortificaciones y trabajos, se volverán también muy dulces y saludables para nuestras almas.

§ II

6. Podemos y debemos adelantar cada día en el ejercicio de la mortificación. Para esto, he aquí lo que tenemos que hacer:

7. Pensemos que somos peregrinos en este mundo, que no tenemos aquí ciudad permanente; que buscamos la patria celestial, y que mientras estemos en el cuerpo nos hallamos separados del Señor. Ahora bien: un peregrino va camino derecho de su patria; procura excusar todos los rodeos, y nada le interesan los negocios de los otros; se contenta con un vestido ligero, y procura no ir cargado para no cansarse. Así debemos habernos nosotros, no tomando las cosas de este mundo sino de paso, como los peregrinos, y tomando solamente lo que sea necesario para caminar.

8. Esto servirá para no poner el corazón en

el mundo, ni amar sus placeres, ni codiciar sus riquezas, ni procurar sus honras. Y aunque este grado de virtud nos eleve mucho, debemos pasar adelante; porque el peregrino algunas veces se detiene, y se alegra de ver y oír lo que pasa á su alrededor, y así tarda más en llegar; por esto hay que considerarnos como muertos; porque el muerto oye, por decirlo así, igualmente á los que le vituperan y á los que le alaban, ó mejor dicho, no oye á nadie, no ve, no habla, no siente, no se envanece ni se irrita; por lo cual, si nosotros tenemos ojos para ver y juzgar lo que hacen los demás; si hacemos sentimiento cuando nos humillan y reprenden ó no hacen caso de nosotros; no estamos muertos, sino muy vivos en nuestras pasiones; porque el que está muerto, aunque le desprecien, le pisen y no hagan caso de él, nada siente.

9. Aunque este grado es de mucha perfección, con todo, hay otro más perfecto, y es el que San Pablo nos indica en estas palabras: «El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo¹.» Quiere decir: Todo lo que el mundo ama, los placeres de la carne, las honras, las riquezas, las alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco: lo que el mundo tiene por cruz y tormento, eso es lo que yo amo y abrazo; las

¹ Galat., VI, 14.

humillaciones y desprecios, los trabajos y dolores.

10. Según lo que hemos dicho, si queremos saber si aprovechamos en la mortificación, si somos perfectos en ella, veamos cuál es nuestro gozo y alegría cuando otros quebrantan nuestra voluntad y nos niegan lo que les pedimos, y nos desprecian ó nos tienen en poco, y cuál es nuestra pena y aflicción cuando nos honran y estiman. Y por cierto que mucho tendremos de que avergonzarnos si sobre esto nos examinamos con madurez y sinceramente, cómo es razón que lo hagamos.

TRATADO VIII

DE LA MODESTIA Y SILENCIO

CAPÍTULO PRIMERO

Necesidad de la modestia cristiana.

§ I



A modestia de que ahora tratamos consiste en que sea tal la compostura de nuestro cuerpo y la guarda de nuestros sentidos, nuestro trato y conversación, y, en fin, que todos nuestros movimientos sean tan concertados que edifiquen á nuestros prójimos.

2. Los hombres no ven lo interior, sino solamente lo de fuera: esto es lo que los edifica ó los escandaliza; por lo mismo, si somos verdaderamente modestos en nuestras palabras y acciones y en todo lo exterior, los edificaremos con semejante conducta. En el caso contrario los escandalizaremos.

3. La modestia ayuda en gran manera para nuestro propio aprovechamiento espiritual, por la correspondencia y armonía que existe entre

el cuerpo y el espíritu, pues lo que hay en el uno se comunica luego al otro; así, si el espíritu está compuesto, luego se compone el cuerpo, y si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, comunica luego al espíritu su inquietud y descompostura.

4. La modestia y guarda de los sentidos ayuda en gran manera á la guarda del corazón, al recogimiento interior y á conservar la devoción; porque los sentidos son como las puertas del alma; si están cerradas y bien guardadas, todo lo demás está seguro; mas si están abiertas y sin que nadie las guarde, podrá entonces entrárenos la muerte por ellas, según la expresión del Profeta. Por esto el Sabio nos amonesta que guardemos nuestro corazón con toda diligencia, porque de él procede la vida ¹. Y San Gregorio nos dice que para tener puro y limpio el corazón necesitamos guardar los sentidos con mucho cuidado. Y los antiguos monjes del Egipto decían también que para alcanzar la perfecta pureza y el recogimiento espiritual debíamos ser sordos, ciegos y mudos, no haciendo caso de lo que oímos, no dejando que nuestro corazón se incline á las vanidades de la tierra, sino despidiéndolas luego de nosotros.

5. De San Bernardo se dice que tenía su

¹ Prov., IV.

corazón tan puesto en Dios, que viendo no veía, y oyendo no oía, pues parecía que no usaba de sus sentidos; no sabía si el techo de su celda era de bóveda ó de madera, ni si había tres ventanas ó una sola en la iglesia de su monasterio: una vez, caminando casi todo el día por la orilla de un lago, no lo echó de ver. Si de esta manera fuéramos nosotros modestos yuviéramos ocupado el corazón en Dios, no impediría nuestro aprovechamiento espiritual ninguna cosa que oyéremos ó viéremos.

6. Ciertamente la perfección esencial está en el amor de Dios, y no en estas cosas exteriores; pero sin duda no la alcanzaremos sin el recogimiento de los sentidos, la modestia y compostura exterior; pues por medio de todo esto se adquiere y crece aquella perfección, dice San Buenaventura. Y San Basilio añade que entre el alma recogida y la distraída hay la diferencia que entre la mujer honesta y la liviana: aquélla está siempre en lo interior de su casa y rara vez se deja ver, mas la otra está casi de continuo en la ventana, viendo á todos los que pasan, llamando al uno y entreteniéndolo al otro; y aunque la honestidad ó liviandad de la mujer no consiste en asomarse ó no á la ventana, con todo, la que lo hace da muestra de ser inmodesta y liviana. Así pasa en lo que vamos diciendo; la falta de recogimiento descubre la imperfección de nuestras almas.

7. Así como lo exterior ayuda á conservar lo interior, así lo interior compone luego lo exterior; porque donde está Cristo, dice San Gregorio, está también la modestia. Y antes nos había dicho San Pablo que cuando era niño hablaba, sabía y pensaba como niño; pero llegando á ser hombre, dejó las cosas de niño !. Y si nosotros no dejamos todavía las cosas de los niños; si derramamos nuestros sentidos, ocupando los ojos en ver las vanidades de este mundo, y los oídos en escuchar todo lo que pasa, y la lengua en conversaciones impertinentes, aún somos niños é imperfectos. El varón espiritual desprecia todas esas cosas, así como el que ha llegado á la perfecta edad no se ocupa ya en los juegos y entretenimientos de los niños.

CAPITULO II

Del silencio y sus ventajas espirituales. — Reglas que debemos guardar cuando hablamos.

§ I

PARA alcanzar la virtud y aprovechar en la perfección es muy útil refrenar y mortificar la lengua; lo contrario nos causa grande daño. El

1 Cor., XIII, 11.

apóstol Santiago nos ha dicho : « El que guardare bien su lengua y no pecare con ella, será varón perfecto. » Y también : « Si alguno piensa que es hombre religioso y no refrena su lengua, se engaña, que vana es su religión ¹. »

2. Si damos por bien empleados los largos años que gastamos en aprender otras ciencias, razón será también que hagamos lo mismo cuando tratamos de aprender la ciencia de hablar, la cual no se alcanza sino callando y ejercitándonos en el silencio, porque estamos acostumbrados á hablar lo que queremos y sin las circunstancias que debieran acompañar á nuestras conversaciones; y el silencio hace que se nos olvide aquel lenguaje, y nos da tiempo y lugar de aprender el buen modo de hablar; por esto, el primer documento que daba Pitágoras á sus discípulos era que callasen durante cinco años, para que con tan largo silencio olvidasen lo que mal sabían, y oyéndole á él, aprendiesen cómo y cuándo debían hablar.

3. El silencio nos enseña á hablar con Dios en la oración, y engendra en el alma santos y elevados pensamientos. Yo llevaré el alma á la soledad, y le hablaré al Señor por Oseas ². « Y esta soledad es la espiritual, — dice San Bernardo; — pues poco aprovecha la del cuerpo si no

1 Jac., III, 2 : 1, 26.

2 Oseas, II, 4.

se tiene la del corazón.» Quiere Dios que tengamos en lo interior de nuestras almas una morada secreta donde tratemos con su divina Majestad. Recogidos en ella, conservaremos la devoción y tendremos mucho tiempo para entregarnos á Dios.

4. He aquí, por el contrario, los males que causa la falta del silencio : Del mucho hablar viene la miseria; mas el que guarda su boca guarda también su alma, nos dice el Espíritu Santo ¹. El varón deslenguado no aventajará en la tierra ². Quien habla mucho, hará daño á su alma ³. En el mucho hablar no faltará necesidad ni pecado ⁴. El que no puede contenerse en hablar, es como una ciudad abierta y sin muros ⁵, la cual está muy expuesta á ser saqueada de los enemigos. El hombre descuidado y entretenido en diferentes cosas, fácilmente puede ser engañado, Esto no sucede con el que está sobre aviso; el cual, merced al silencio, que no le distrae en otras cosas, puede advertir por dónde viene el mal y evitarlo.

5. Un vaso destapado está dispuesto á recibir cualquier inmundicia y á llenarse de polvo y suciedad, y por esto era tenido por inmun-

1 Prov., XIV, 23-13-3.

2 Psal.n. CXXXIX, 12.

3 Eccli., XX, 8.

4 Eccles., V, 2 ; Prov., X, 19

5 Prov., XXV, 28.

do en la antigua ley ¹. Así también, el que no guarda silencio está como dispuesto á llenarse de imperfecciones y pecados.

6. Mas débese advertir aquí que el silencio y el recogimiento de que hablamos no producen tristeza ni melancolía, sino antes gusto y consuelo; y tal vida es más dulce y alegre que la de los mundanos, cuanto es más agradable tratar con Dios que con los hombres; y los que guardan silencio, aunque andan como tristes, siempre rebosa en ellos el contento, pues la verdadera alegría está en el corazón, en tener buena conciencia, en despreciar las vanidades del mundo y disfrutar la paz del Señor.

§ II

7. He aquí las reglas que deben acompañar nuestro lenguaje: Primera, nunca debemos hablar contra la verdad ó la caridad del prójimo, y para evitarlo tengamos presentes las palabras de Santiago: « Todo hombre sea pronto para escuchar y detenido en hablar ². » La palabra, primero ha de ir á la lima que á la lengua; debiendo reflexionarse si lo que queremos decir es conforme á la razón, á la justicia y á la caridad,

¹ Num., XIX, 15.

² ac., I, 19.

ó si no lo es, para que callemos en este último caso. Los necios tienen su corazón en la lengua, porque hablan todo lo que se les viene á la boca; pero los sabios tienen la lengua en el corazón; porque hablan con reflexión y madurez. «Debemos, por lo mismo, tener tanta dificultad en abrir la boca para hablar, — dice San Vicente, — como en abrir la bolsa para pagar.»

8. Segunda. Al hablar es indispensable atender al fin para que hablamos, el cual fin debe ser la gloria de Dios, la utilidad de nuestras almas y el bien de nuestros prójimos.

9. Tercera. Es necesario también considerar quién es el que habla, á quién y delante de quién habla, para ver el respeto, las atenciones y cautelas que debemos emplear.

10. Cuarta. Debemos pensar sobre el tiempo en que se ha de hablar, porque el hombre sabio y prudente callará hasta su tiempo, pero el imprudente no aguarda tiempo ni coyuntura¹. La palabra dicha á su debido tiempo es como manzana de oro en canastillo de plata. Mas de la boca del necio no es bien recibida ni aun la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo². Por esto no hay que interrumpir á nadie cuando habla, porque no es tiempo de hablar cuando otro está hablando. Ni tene-

1 Eccli., XX, 7.

2 Eccli., XX, 22.

mos que responder antes de oír lo que se nos dice; de otra suerte, mostraríamos ser insensatos y dignos de confusión ¹.

11. Quinta. El modo y tono de la voz es también una circunstancia á que debemos atender cuando hablamos. Que no sea afectada, sino grave, pero que no decline á la aspereza. Y aunque siempre es necesario guardar buen modo en el hablar, este modo principalmente tenemos que observarlo cuando hay que amonestar ó representar, porque el aviso y la amonestación deben hacerse sin ira ni aspereza.

12. Sexta. Evitemos en nuestras palabras la afectación con que deseamos parecer discretos, y hablemos siempre con sencillez.

13. Finalmente, no olvidemos esta sentencia de San Jerónimo: « La palabra que sale de la boca, es como la piedra que sale de la mano: que no la podemos recoger ni evitar los males que tiene que causar; y por esto es indispensable, antes de hablar, pensar muy bien lo que vamos á decir. »

¹ Prov., XVIII, 13.

CAPITULO III

De la murmuración.

§ I

No murmuréis unos de otros, nos dijo el apóstol Santiago. Y San Pablo : « Los murmuradores son aborrecidos de Dios ¹. » Y el Sabio dice que lo son también de los hombres ². Esto basta para aborrecer y huir la murmuración; porque ¿ qué mayor mal que ser aborrecidos de Dios y de los hombres ? Consiste la malicia de la murmuración en que obscurece ó quita la fama del prójimo, que es bien de mayor precio que la hacienda y las riquezas temporales.

2. Murmurando de nuestros prójimos faltamos á nuestro deber, ya por dejarnos llevar de la mala inclinación que tenemos á criticarlos, sin atender á la materia en que lo hacemos ó á las circunstancias de las personas de quienes hablamos, ó bien por el escándalo que producen nuestras palabras. Pero he aquí una excelente regla que da el seráfico Doctor para evitar éstos males : « Nunca digamos del ausente

1 Cor., IV, 11; Rom., I, 30.

2 Eccli., V, 17.

lo que no pudiéramos decir delante de él sin faltar á la caridad. Esta regla abraza las cosas graves y las leves, las ocultas y las públicas. Tengamos á todos por buenos, virtuosos y dignos de honra, y sepa el mundo que por nosotros nadie ha de perder ni ser tenido en menos.»

3. « Si sabemos alguna falta de nuestros hermanos, sepultémosla en nuestro pecho, que no hemos de reventar si así lo hacemos, — nos dice el *Eclesiástico*; — y no seamos como el necio, que padece dolores de parto por causa del secreto que se le ha confiado ¹.» Y antes bien la caridad nos obligue á ocultar todos los defectos de nuestros hermanos.

4. Mas no sólo debemos hablar mal de nuestros prójimos, sino que es necesario evitar que otros murmuren en nuestra presencia, pues el Espíritu Santo nos ha dicho : « Pon una cerca de espinas á tus orejas, y no des oídos á la mala lengua ². » Y en esto seríamos más culpables si fuésemos causa de que otros murmurasen, ya moviendo á ello, ó preguntando, ó manifestando cuánto nos agrada el que murmuren. Todo esto es muy contrario á la caridad que debemos tener con nuestros prójimos.

5. Para evitar estas faltas, huyamos luego al punto de los que murmuran. « Si oyeres

¹ Eccli., XIX, 10-11.

² Eccli., XXVIII, 28.

murmurar á alguno, huye de él como de una serpiente », nos dice San Jerónimo. Y cuando esto no se pueda, ya por el respeto á las personas que murmuran ó por otras circunstancias, mostremos en el semblante el desagrado que tales pláticas nos causan; porque el viento Norte disipa las lluvias, y un semblante severo reprime la lengua murmuradora¹. Y con la tristeza del semblante se corrige el ánimo del que peca².

6. También podemos mudar tal conversación con otra buena, no esperando muchas coyunturas ni que venga á propósito lo que deseamos, porque de esta manera se conocerá más bien nuestro interior; si hacemos lo contrario, esperando el fin de la plática ó que lleguen algunas coyunturas, que quizá no llegarán, no evitaremos el mal, y nuestras palabras entonces serán acaso inoportunas.

7. Muchas veces al murmurar de nuestros prójimos, decimos lo que no es verdad, y en tal caso es más grave nuestra falta: « Preceda á todas tus obras la palabra de verdad, — nos dice el Espíritu Santo³. » Nadie ignora cuán indigna es de un cristiano la mentira. Para evitarla debemos recordar que entre las cosas que

1 Prov., XXV, 23.

2 Eccles., VII, 4.

3 Eccl., XXXVII, 20.

Dios aborrece, la segunda es la lengua mentirosa.

8. Miéntese también diciendo más de lo que es; y por lo mismo, para no cometer esta falta, huyamos de exageraciones y encarecimientos, pues muchas veces encarecemos y exageramos las cosas más de lo justo.

9. No afirmemos nunca con demasiada certidumbre y pertinacia, pues esto nos lo prohíben la modestia y humildad cristianas, ni estemos muy fiados en nuestro propio parecer; antes bien, siguiendo el ejemplo de los santos, desconfiemos de nosotros mismos.

§ II

10. No sólo debemos hablar siempre con verdad, sino también con sencillez, sin doblez, sin usar de palabras equívocas. «El que habla sofisticamente, con doblez, fingimiento y equivocaciones, se hace odioso, — nos dice el Espíritu Santo; — se quedará con las manos enteramente vacías, saldrá mal en todo . » Y San Agustín dice « que toda simulación y duplicidad es mentira ». Si en algún caso es lícito hablar con palabras equívocas á fin de ocultar lo que no conviene que se sepa, esto no debe ha-

1 Eccli., XXXVII, 23.

cerse ordinariamente, pues destruiría la confianza social y el dulce sentimiento de comunicación fraternal que debe existir entre los cristianos.

11. En nuestras conversaciones no usemos de palabras juglares y ridículas, ni mezclemos las burlas y retruécanos, que desdicen de la gravedad cristiana y lastiman muchas veces el amor de nuestros prójimos; no conviene á quien trata de santificarse el hacerse chocarrero. Y tenemos de procurar que no salgan tales dichos de nosotros, ni tampoco de nuestros prójimos, valiéndonos para esto de la virtud de la prudencia.

12. Sobre todo no usemos de palabras picantes que mortifican al prójimo, y que son tanto más perjudiciales cuanto se dicen con mayor gracia, y así se imprimen más en los que las oyen.

13. No olvidemos nunca esta doctrina del Apóstol: «No salga palabra mala de vuestra boca, sino todas vuestras pláticas sean siempre buenas para edificación de la fe, que den gracia é inspiren piedad á los oyentes¹, que los inflamen y enciendan en el amor de Dios y en deseos de la virtud y perfección.»

14. Para poder practicar con más facilidad lo que vamos diciendo, nos ayudará mucho

¹ Ephes., IV, 29.

acostumbrarnos á hablar, así en el seno de nuestra familia como con nuestros amigos y conocidos, de cosas buenas y espirituales. El gran San Francisco de Asís mandaba á sus hijos que lo hicieran así, y el Señor se apareció en medio de éstos en forma de un hermosísimo joven, dándoles la bendición é indicando cuánto le agradaban semejantes pláticas.

15. Amemos mucho á Dios y tengamos gran afecto á las cosas espirituales; pues de esta suerte no nos cansaremos de hablar de Dios; antes tendremos mucho gusto en ello, porque nada consuela tanto como hablar de lo que se ama. Por esto el comerciante habla con gusto de sus negocios y ganancias, el labrador de sus cosechas y el pastor de sus rebaños. «Ellos son del mundo, —decía San Juan, —y por esto hablan de las cosas del mundo¹.» Seamos, pues, de Dios, y hablaremos siempre de su amor y de su santa gloria, y de esta suerte nos inflamaremos más y más en ese mismo amor. Los discípulos que iban al castillo de Emaús, hablando con ellos el Señor, decían después: «¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras Jesús nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras²?»

16. Todas las conversaciones de Santo Tó-

1 Joann., I, 4-5.

2 Luc., XXIV, 32.

más de Aquino eran de cosas santas y provechosas á la salud de las almas, y por esto, después de haber hablado, vòlvia con mucha facilidad á la oración.

17. Por el contrario, si nuestro trato y conversación no es de Dios, correremos gran peligro de manchar nuestro corazón, pues fácilmente haremos lo que oímos y tratamos.

18. Cierta es que debemos acomodarnos á todos por medio de la suavidad, del buen trato y de una amable condescendencia; pero esto ha de ser para levantarlos y salvarlos, y no para perdernos. Quien da la mano para levantar al que está caído, no se arroja al suelo; se inclina solamente para poderlo hacer sin su propia desgracia.

19. Finalmente, portémonos en esta materia de tal manera que todos los que nos vieren ú oyeren se edifiquen con nuestra conducta y puedan decir: «He aquí un verdadero cristiano que nunca falta en sus palabras.»

TRATADO IX

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPITULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la humildad. — Es el fundamento de las otras virtudes. — Sus grados. — El propio conocimiento. — Su práctica. — Falsa humildad. — Bienes del propio conocimiento. — Malea que hay en no conocernos. — Ejemplo de los santos. — Cómo debemos ocuparnos durante la oración en el propio conocimiento. — A quién se conviene.

§ I

APRENDED de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas ¹. » Jesucristo, Maestro de todas las virtudes, lo fué especialmente de la humildad, que nos enseñó con su ejemplo y doctrina. Toda su santísima vida fué un continuo ejercicio de esta virtud: descendió de los cielos abatiendo su infinita grandeza, nació en un pesebre y murió en las ignominias de una cruz, para enseñar al hombre á no ensoberbecerse. Y si el Hijo de Dios, igual al Padre, toma la forma de siervo y quiere ser humilla -

¹ Matth., XI, 29.

do, ¿será razón que el hombre, que es polvo y ceniza, busque la grandeza, la estimación y la gloria ?

2. El Señor nos dijo que aprendiésemos de El, no á fabricar los cielos y la tierra, ni á sanar los enfermos y resucitar los muertos, sino á imitar la mansedumbre y humildad de su divino corazón.

3. No sólo es muy excelente la humildad, sino también muy necesaria, pues todas nuestras obras deben ir precedidas y acompañadas de esta virtud; de otra suerte, la vana complacencia y la soberbia las arruinarán del todo: querer reunir virtudes sin humildad, es como levantar un montón de polvo, que se lleva el aire.

4. La humildad es la raíz y el fundamento de todas las virtudes; y así como la raíz sustenta á la flor, y cortada aquélla ésta se marchita, así las otras virtudes reciben su savia de la humildad, y si ésta se corta, aquéllas se secan muy presto. — La raíz está debajo de la tierra, la pisamos con facilidad y no descubre su hermosura; y con todo, para que el árbol crezca y dure mucho tiempo, es necesario que la raíz entre en la tierra más profundamente, y así también, para que la virtud se levante á mayor elevación y sea más duradera, el hombre tiene que ir descendiendo á cada paso hasta llegar al abismo de su propia nada.

5. La humildad es el cimiento de todas las virtudes. Dos cosas se necesitan para fundar bien una casa: abrir los cimientos y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar á la firmeza; después de esto se asientan las piedras del cimiento. Ahora bien: « en el edificio espiritual, — dice Santo Tomás, — la humildad abre los cimientos y echa fuera la arena y la tierra; su oficio es ahondar más y más, hasta llegar á la piedra viva, á la peña firme, que es Jesucristo, verdadero cimiento, fuera del cual nadie puede poner otro ¹. »

6. De aquí que no son verdaderas virtudes, sino aparentes, las que no se fundan en la humildad; por esto decía Santo Tomás: « Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco y le pesa si lo es, aunque haga maravillas está lejos de la perfección, porque eso es virtud sin cimiento. »

7. La humildad es el fundamento de la fe, la cual pide un entendimiento humilde y rendido y que esté cautivo en obsequio de Jesucristo. « ¿ Cómo podéis vosotros creer en Mí, — decía el Señor á los judíos, — cuando queréis ser honrados unos de otros ²? »

8. La humildad es necesaria para conservar la fe, pues el principio de todas las herejías es

¹ Cor., III, 11.

² Joann, V, 44.

la soberbia, que nos hace anteponer nuestro propio sentir al de la Iglesia.

9. La esperanza se sostiene con la humildad, porque el humilde siente sus necesidades y conoce que por sí mismo no las puede remediar; por esto acude á Dios y todo lo espera de su gran bondad.

10. El amor de Dios se enciende y aviva con la humildad, porque esta virtud nos enseña que todos los bienes descienden de Dios, que no los merecemos y que somos muy indignos de ellos, y esto enciende y aviva en nuestros corazones la llama de la caridad, pues vemos que á pesar de todo somos objeto de los cuidados y del afecto de nuestro Dios. Y cuanto más conozcamos la grandeza de nuestras miserias brillará más y más á nuestros ojos la bondad de Dios, y le alabaremos y le amaremos con más tierno y ardiente amor.

11. La humildad nos es muy necesaria para conservar el amor del prójimo, pues lo que suele entibiarse este amor es juzgar las faltas de nuestros hermanos y tenerlos por imperfectos; mas el humilde está bien lejos de hacerlo: ve en sí mismo sus propias faltas, y en los otros las virtudes que los adornan, y los tiene por mejores que á sí mismo. De aquí se sigue su estimación, respeto y amor á los demás, y por esto no siente que le sean preferidos ni tiene envidia de su bien.

12. De la humildad nace la paciencia, porque el humilde conoce sus pecados y ve que es digno de humillación y desprecio, y cualquier trabajo lo juzga por menor del que merece. Y al revés del soberbio, que de todo se queja y juzga que en todo le faltan, aunque no sea así, el humilde á nadie resiste, y aunque le hagan injuria la humildad se la oculta, y por esto recibe con dulzura todos los trabajos y desprecios que le vienen de los hombres.

13. De la humildad nace también la paz: entre los humildes no hay disensiones ni porfías, sino solamente deferencia y mutuo rendimiento.

14. La humildad es muy amiga de la pobreza evangélica, y ésta sin aquélla corre muchos peligros; pues muy fácilmente puede originarse espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre, de la mala comida, etc., y de ahí suele venir el despreciar á los demás.

15. A la castidad le es necesaria la humildad. Muchos ejemplos tenemos en la historia de los Padres del Yermo de tristes caídas en hombres que habían pasado muchos años en la penitencia y el retiro, naciendo todas ellas de falta de humildad.

16. Respecto á la obediencia, quien no fuere humilde no será buen obediente, ni dejará de serlo si tuviese humildad, porque el humilde se conforma con el juicio del superior en la obra,

en la voluntad y en el entendimiento sin ninguna resistencia ni contradicción.

17. Finalmente, respecto á la oración, si no va acompañada de humildad no tiene valor, y con la humildad penetra los cielos. « La oración del que se humilla, — dice el Sabio, — pasará las nubes y no descansará hasta alcanzar de Dios lo que desea. » El publicano humillándose fué justificado, y el soberbio fariseo no alcanzó perdón.

§ II

18. La virtud de la humildad contiene tres grados, según San Buenaventura. El primero, que el hombre se tenga en poco y sienta bajamente de sí mismo, y el medio único y necesario para conseguirlo es el propio conocimiento; porque, si no nos conocemos, no podremos tenernos en poco ni sentir como debemos de nosotros mismos.

19. He aquí de qué manera podremos conocernos : consideremos nuestro propio ser y hagámonos estas preguntas : ¿Qué fuimos? En el tiempo de nuestra generación, una materia súa é indigna de nombrarse. ¿Qué somos ahora? Vasos de corrupción. ¿Qué seremos dentro de breve tiempo? Manjar de gusanos. Los árboles del campo producen hojas, flores y frutos

muy buenos; el hombre arroja de sí corrupción y suciedad. Es nuestro cuerpo un como sepulcro blanqueado y como muladar cubierto de nieve; lleno en su interior de toda especie de inmundicia. No es el hombre sino un poco de podre y un manantial de gusanos; pues ¿de qué se ensoberbece el polvo y la ceniza?

20. Antes que el Señor nos criase éramos nada, y sólo por su bondad tenemos la existencia; por lo mismo, si alguno piensa que es algo, se engaña á sí mismo, porque es nada.

21. El Señor conserva nuestra vida con su continua asistencia, y si retira su mano protectora dejamos de vivir. ¿De qué, pues, se ensoberbece la nada?

22. ¿Habrá otro abismo más profundo que la misma nada? Sí lo hay: el pecado; abismo adonde hemos descendido por nuestra propia malicia, porque no hay lugar tan bajo, tan apartado y despreciable á los ojos de Dios como aquel á que nos arroja la culpa mortal; culpa que nos priva del cielo y nos hace enemigos de Dios, siendo por ello sentenciados al infierno para siempre jamás. Al vernos, pues, cubiertos con la lepra del pecado, ó al recordar los pecados que hemos cometido, procuremos humillarnos más y más, persuadidos á que nunca llegaremos á la profunda sima del desprecio que merece el que ha ofendido al bien infinito, que es Dios. ¡Oh! Si anduviésemos siempre con la

consideración de nuestros pecados y miserias, ¡cuán humildes seríamos, en qué poco nos tendríamos y con cuánta voluntad recibiríamos los desprecios de los hombres ! Si el que ha sido traidor á Dios y le ha ofendido por gozar un deleite sucio y momentáneo merece estar en los infiernos; ¿qué deshonras y afrentas no recibirá de buena gana en satisfacción de sus pecados? ¿No deberá ser tenido en poco el que tuvo en poco á Dios? Y la voluntad que se atrevió á ofenderle, ¿no tendrá que ser humillada y castigada? Y aunque confiemos que el Señor nos haya perdonado nuestras culpas, esto no lo sabemos de cierto, y ¡ay de nosotros si no estamos en su gracia ! Esto deberá servirnos para andar siempre humillados y confundidos y llenos de temor, y para pedir á Dios misericordia y estimularnos para bien obrar y no despreciar á nadie aunque haya pecado más que nosotros, pues éste acaso está ya perdonado, y nosotros no sabemos si lo estamos.

23. Los males que causó en nosotros el pecado original nos dan muy abundante materia para humillarnos. Está lleno el corazón del hombre de inclinaciones y apetitos desordenados y vergonzosos. Somos muy fáciles en seguir las más ignominiosas pasiones y en entregarnos á toda suerte de infamias. ¡ Oh, cuánto es lo que debemos humillarnos al considerar nuestra inmensa y profunda miseria !

24. He aquí ahora cómo debemos ejercitarnos en el conocimiento de nosotros mismos. Consideremos nuestras miserias y flaquezas para desconfiar enteramente de nosotros y humillarnos más y más; pero no paremos aquí, porque el desaliento y la mayor desconfianza se apoderarían de nosotros, sino pongamos luego los ojos en la infinita bondad del Señor, con cuya gracia todo lo podemos. Esto nos impedirá desalentarnos. Y si volvemos otra vez á contemplar nuestras miserias, podremos conservar al mismo tiempo la humildad y la confianza. Así la escala de Jacob por una parte estaba fija en la tierra, y por la otra llegaba al cielo. Subamos nosotros y bajemos continuamente por la humildad, subiendo por medio de la confianza que debemos tener en Dios nuestro Señor, y bajando por el conocimiento de nuestras flaquezas y miserias.

25. Grandes son los bienes que trae consigo nuestro propio conocimiento: por él alcanzamos la humildad y conocemos á Dios más que por el ejercicio de todas las ciencias. Jesucristo nos da la vista que nos falta y hace que nos conozcamos á nosotros mismos, del mismo modo como se la dió en otro tiempo al ciego de nacimiento, poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuimos formados, la nada que somos, de suerte que conociéndonos conozcamos también al Señor; y mientras más conociére-

mos que nada bueno hay en nosotros; que sólo tenemos pecado y miseria, más descubriremos la bondad y misericordia con que el Señor nos trata. De aquí vendremos á inflamarnos más en su divino amor, y no acabaremos de admirar su bondad y de darle gracias por la paciencia con que nos sufre y los favores de que nos colma, cuando muchas veces no podemos sufrirnos á nosotros mismos; y no sólo nos sufre, sino que llega á decir que sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

26. He aquí por qué los santos usaban tanto el ejercicio del propio conocimiento para aumentar su amor á Dios. El Serafín de Asis pasaba las noches enteras diciendo estas palabras: «¿Quién sois Vos, Dios mío, y quién soy yo?» Y San Agustín usaba esta oración: «Dios mío, que siempre eres el mismo, conózcame yo á mí mismo y conózcate á Ti.» Y cuanto más profundizaban en su propio conocimiento, más se elevaban á Dios y más se abrasaban en su santo amor; nunca dejaban de encontrar motivos para humillarse y confundirse, y de aquí nacia en ellos el odio santo que sentían contra sí mismos al considerarse enemigos de Dios por sus pecados; se aborrecían por haber dejado á Dios á causa de sus culpas y haber merecido con ellas el infierno.

27. Pero tiene además otras ventajas el propio conocimiento: no sólo no nos acobarda ni

desmaya, sino antes nos inspira aliento y fortaleza para todo lo bueno; porque cuanto más nos conocemos, más desconfiamos de nosotros mismos, y ponemos toda nuestra confianza en el Señor y le atribuimos todo el bien que hacemos, y el Señor toma por suya nuestra causa y nos da con más abundancia sus auxilios; de esta manera descubre los tesoros y riquezas de sus misericordias por medio de instrumentos llenos de miseria y de flaqueza; y así como el médico gana más honra cuando es más grave la dolencia del enfermo, así también cuanta más flaqueza hay en nosotros, más honra gana el brazo de Dios; por esto, cuando el hombre se conoce y desconfía de sí mismo y pone toda su confianza en Dios, su divina Majestad le ayuda con todo el poder de su gracia.

28. Por aquí se entenderá que no es humildad el desmayo y la tristeza que á veces sentimos por falta de aprovechamiento espiritual, por no haber alcanzado la virtud ni vencido las malas inclinaciones; pues debemos confiar en Dios, con cuya gracia todo lo podemos, y no en nosotros, que somos incapaces para todo bien.

29. El Señor nos colma de sus dones cuando nos humillamos y conocemos nuestra flaqueza y miseria. «De muy buena gana me gloriaré en mis enfermedades y miserias, — decía San Pablo, — para que more en mí la virtud de Cris-

to '» « Y si se ha de gloriarse el cristiano, — nos dijo San Ambrosio, — lo ha de hacer en su bajeza y en su nada, pues éste es el camino para crecer delante de Dios. » Y así como acá los pobres, mientras más descubren su pobreza y sus llagas á los ricos misericordiosos, más les mueven á piedad y mayor limosna reciben, de la misma manera nosotros, mientras más conozcamos y confesemos nuestra miseria, más inclinaremos la misericordia de Dios para que tenga compasión de nosotros y nos comunique con mayor abundancia los dones de su gracia.

30. Muchos son, por el contrario, los males que trae consigo el no conocernos á nosotros mismos. En efecto: si juzgamos á nuestros hermanos ó hablamos de ellos, si murmuramos de los superiores, si excusamos nuestras faltas, si nos turbamos y entristecemos por las tentaciones y caídas, todo esto nace de que no nos conocemos ni somos humildes; que si lo fuéramos no pondríamos los ojos en los demás, veríamos á los superiores con gran respeto y sumisión, y lejos de admirarnos de nuestras caídas daríamos gracias á Dios que nos ha librado de otras mayores; pues de una sentina y manantial de vicios no es de esperar que salgan sino pecados, y de un muladar como somos

nosotros sino corrupción, ni de un árbol malo sino frutos malos.

31. San Francisco de Borja caminaba con tanta pobreza é incomodidad, que alguno le dijo que atendiese más á su persona, y el Santo, con alegre semblante, le contestó: «No voy tan desprevenido como parece, porque antes de llegar á la posada envió delante de mí un aposentador que la prepara muy bien : ese aposentador es mi propio conocimiento y la consideración del infierno que merezco por mis pecados; y cuando llego, la peor posada me parece muy buena y veo que no la merezco. »

32. Los santos nos advierten que nos ocupemos mucho durante la oración en el propio conocimiento, y reprenden el engaño de los que pasan ligeramente sobre sus defectos y se detienen en pensar cosas devotas, por el gusto que tienen en esto y no en la consideración de sus miserias; y la causa de esto es que no les agrada parecer mal á sus propios ojos, como la persona fea que no gusta de verse en el espejo; mas nosotros, si queremos aprovechar en el servicio de Dios, no dejemos que se nos pase ni un solo día sin ocuparnos en conocernos, humillarnos y confundirnos. El mismo San Francisco de Borja empleaba cada día las dos primeras horas de su oración en conocerse y despreciarse, y de todo tomaba ocasión para su propio abatimiento. Todas las mañanas besaba tres

veces la tierra para acordarse de que era polvo y que había de volver al polvo. Nosotros, á imitación suya, no paremos ni descansenos en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en el alma un entrañable desprecio de nosotros mismos, y una cónfusión y vergüenza muy grandes delante de Dios viendo nuestra miseria y flaqueza. Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos á ser estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, en toda hora nos hallaremos levantados sobre nuestra nada, como el corcho sobre el agua.

33. Este ejercicio no es sólo de principiantes, sino conviene aun á los mayores santos, como San Pablo. Y no causa tristeza ni turbación, sino dulce paz y muy grande consuelo; porque, á pesar de todas nuestras miserias, luego ponemos los ojos en la bondad de Dios, en lo mucho que nos ama y padeció por nosotros, y esto nos llena de confianza y del más puro y santo gozo en el Señor.

CAPÍTULO II

Del segundo grado de la humildad y de la manera de adelantar en él. — Medios para alcanzar la perfección de este grado. — Motivos para ser humildes. — Ventajas de la humildad. — Desgracias que suelen venir contra los soberbios.

§ I

EL segundo grado de humildad consiste en que el hombre desee que los demás le tengan en poco. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad no nos sería muy difícil alcanzar este segundo, pues alegrándonos todos de que los otros se conformen con nuestro parecer, si realmente nos despreciamos á nosotros mismos y nos tenemos en poco, tendremos gusto en que los demás nos desprecien y no hagan caso de nosotros. Si no nos alegramos cuando nos desprecian, es porque en realidad no sentimos bajamente de nosotros mismos: somos humildes en nuestras palabras, mas no vive con nosotros la verdadera humildad; que si viviera, ni sentiríamos tanto cuando nos reprenden, ni diríamos palabra para defendernos, ni perderíamos la paz del corazón. Pero sucede muchas veces que hablamos de nosotros, sin querer por esto que los demás crean lo que decimos. Hay algunos que se humillan fingida-

mente, y su corazón está lleno de engaño y soberbia¹; porque, ¿qué mayor engaño que por medio de la humildad buscar la honra y estimación de los demás hombres? ¿Ni qué mayor soberbia que el pretender ser tenido por humilde? ¿Qué cosa puede haber más fuera de razón que querer parecer mejores en aquello mismo en que tratamos de ser despreciados?

2. Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos á ser estimados, que buscamos mil medios para conseguirlo: si hablamos ó hacemos alguna cosa que nos parece bien, preguntamos luego por las faltas que hay en ella para oír cómo nos alaban. Otras veces decimos mal de lo que hemos hecho para saber lo que los otros piensan y lograr que nos excusen. En otras ocasiones confesamos llanamente nuestras faltas para ganar de esta manera lo que hemos perdido por ellas, ó bien las exageramos para que, no pudiéndose creer lo que decimos, se atribuya todo á la humildad.

3. Tan excelente y preciosa es la humildad, que la misma soberbia pretende cubrirse con ella; y la soberbia es tan baja y vergonzosa, que no quiere presentarse á cara descubierta, pues quedaríamos muy avergonzados si entendiesen los otros que buscábamos su estimación y alabanza y que realmente éramos soberbios.

1 Eccli., XIX, 23.

¿ Pues por qué queremos ser lo que tendríamos vergüenza de parecer ? El mal está en querer la honra, no en que los otros conozcan que la queremos. Y si tenemos vergüenza de los hombres, ¿ por qué no la tenemos de Dios ?

4. Conozcamos, pues, nuestra miseria y nada, y de tal conocimiento nazca el sentir bajamente de nosotros mismos, y despreciarnos y tenernos en poco ; y de aquí subamos al segundo grado de humildad de que estamos hablando, alegrándonos y deseando que los demás sientan de nosotros lo mismo que nosotros sentimos, y que nos desprecien y tengan en poco.

5. En este segundo grado podemos adelantar de la manera siguiente : Primero, no solo no deseando ser honrados de los hombres, sino antes huyendo de toda honra y estimación. Jesucristo nuestro Señor huyó al saber que querían elegirlo por rey después de la multiplicación de los cinco panes y de los dos peces.

6. El venerable Fray Gil, de la Orden de los Menores, sabiendo la caída de Fray Elias, que había sido ministro general y gran letrado, se arrojó al suelo y se apretaba contra la tierra; y preguntándole alguno por qué hacía aquello, contestó : « Quiero descender cuanto pudiere, porque aquél cayó por subir mucho. »

7. Segundo. Debemos sufrir con paciencia los desprecios que nos hicieren. « Acepta gus-

tos, — nos dice el Espíritu Santo, — todo cuanto te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento ¹. »

8. Llévase adelante lo que quieran los demás, que en todo sean oídos y alabados, y reciban lo que pidan y se haga caso de ellos en todos los negocios; y á nosotros se nos contradiga, y nos humillen y desprecien, y entonces mostremos gran paciencia, y bendigamos á Dios, que nos presenta tantas ocasiones de humillarnos.

9. Tercero. No nos alegremos cuando los hombres nos alaban y muestran su aprecio. Esta es la diferencia que hay entre los soberbios y los humildes: alégranse los primeros cuando son elogiados, aunque sea con mentira, porque no reflexionan lo que son verdaderamente en sí mismos y sólo pretenden ser honrados; mas los humildes se avergüenzan y confunden en tales casos; porque les parece que no tienen las gracias y virtudes que los otros admiran en ellos, ó si las tienen temen que el Señor se las quiera premiar en este mundo. Y así como la plata se prueba en la hornaza y el oro en el crisol, así se prueba el hombre por la boca de quien le alaba ². Si el oro es malo, se consume

1 Eccli., II, 4.

2 Prov., XXVII, 21.

en el fuego ; y si es bueno , el fuego lo purifica más y más. Si el hombre se envanece con las alabanzas que recibe no es buen oro , pues se consume con ellas ; pero si se humilla más y más es oro finísimo , acendrado y purificado , pues las alabanzas no han logrado sino hacerlo más humilde.

10. Para llegar á la perfección de la humildad debemos desear los desprecios y alegrarnos con las deshonras é injurias. Hay dos maneras de humildad : una de entendimiento , por la cual , viendo nuestra miseria y vileza , nos tenemos en poco y nos juzgamos dignos de todo desprecio. Otra de voluntad , y por ésta queremos ser tenidos en poco y deseamos que todos nos desprecien. En Jesucristo hubo esta última , no la primera , porque sabía que era hijo de Dios é igual al Padre. En nosotros deben existir las dos. Y para animarnos á abrazar la segunda , que es la más difícil , contemplemos el gran deseo y la sincera voluntad con que Jesucristo abrazó los desprecios por nuestro amor , no contentándose con humillarse haciéndose hombre por salvarnos , sino tomando la semejanza de pecador , siendo contado entre los malhechores y pospuesto á Barrabás. Y eran tan vivas y abrasadas las ansias que tenía de sufrir las afrentas é ignominias de su santísima Pasión , que llegó á decir : « He de ser bautizado con un bautismo de sangre ; ¡ oh , cuánta pena

me da el ver que aún no se cumple ¹. » Y este bautismo comprendía los escarnios, las bofetadas, las salivas, los azotes, las espinas y el tormento de la cruz; y lo deseaba como quien espera una cosa muy agradable, y quería gustar todas aquellas afrentas hasta quedar enteramente satisfecho. Pues si el Hijo de Dios tuvo tan gran deseo de las deshonras y desprecios, y los recibió con tanto gusto por salvarnos, no es mucho que nosotros, tan dignos de todo desprecio y deshonra, queramos por su amor ser tenidos en lo que somos, y nos alegremos en ser afrentados por su causa; y así como los mundanos aman y buscan con tanta diligencia la honra y el aprecio acá en la tierra, así nosotros busquemos y estimemos todo lo contrario, deseando sufrir injurias, falsos testimonios y afrentas para imitar en alguna manera á Jesucristo. Vos, Señor mío, fuisteis infamado y puesto como malhechor entre dos ladrones: no permitáis que yo sea tenido por bueno; que no es razón que el siervo sea tenido en más que el Señor, ni el discípulo en más que su maestro. Y si á Vos os persiguieron y menospreciaron, persiganme á mí también, desprecienme y afrentenme para que os imite y sea vuestro discípulo.

11. Los deseos de la humillación y del des-

¹ Luc., XII, 25.

precio han de ser muy sinceros, y debemos procurar que sean tan perfectos que cuando la ocasión se brinde recibamos los desprecios con gozo y alegría, y no como por fuerza ni con resistencia alguna; porque mientras no practicamos las obras de virtud sino á más no poder, nos costará mucho el perseverar en ella; pues lo que se hace de esta manera no puede durar mucho tiempo. Nada violento es perpetuo.

12. El gozo que hallaban los santos en las humillaciones y desprecios hacia que ejecutasen algunas acciones inconvenientes según la prudencia de la carne. Así, por ejemplo, el humilde San Francisco se puso á amasar barro con los pies para huir la honra y el recibimiento que le querían hacer en cierta ocasión. Y Fray Junípero, con el mismo fin se ponía á jugar con los muchachos. Veían los santos que el mundo había despreciado al Hijo de Dios, la sabiduría del Padre, y por eso reprobaban lo que el mundo aprobaba y amaban lo que él aborrecía, huyendo con sumo cuidado de ser apreciados de aquel que despreció al Señor, y teniendo por una gran señal del amor de Jesucristo el sufrir los desprecios del mundo, desprecios que por tal motivo amaban y codiciaban cual incomparable y riquísimo tesoro.

13. He aquí algunas razones que nos manifiestan la necesidad de la humildad:

14. ¿Qué es la opinión y estimación de los

hombres, que tanta guerra nos hace y tanto nos da en que entender? Una vanidad que nos halaga y nada más, pero que realmente no nos confiere ningún verdadero bien. ¿Somos acaso mejores porque los otros nos tenga en algo, ó peores porque nos tengan en menos? Lo que cada uno es en los ojos de Dios, eso es y nada más. « Y no es aprobado quien se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda ¹. »

15. La soberbia y estimación del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazón. Ahora bien: cuando una cosa está muy hinchada, parece grande y no lo es; lo mismo sucede con los soberbios, que son estimados del mundo, parecen grandes y no lo son.

16. Los soberbios que buscan honras son como los niños que cazan mariposas, y como las arañas que se desentrañan tejiendo sus telas para cazar moscas. Ellos trabajan, se fatigan y sudan para alcanzar las miserables alabanzas de los hombres, que nada valen. San Francisco Javier aborrecía muy particularmente la estimación del mundo, y exclamaba algunas veces; « ¡Oh estimación, oh estimación de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás! »

17. El soberbio y arrogante, no sólo es pe-

¹ II Cor., X, 18.

cador, sino loco. En efecto: ¿qué dijo el primer soberbio, que fué Lucifer? « Subiré al cielo, y pondré mi asiento sobre las nubes, y me sentaré sobre el monte del Testamento, y seré semejante al Altísimo ¹. » ¿Qué cosa más desatinada y fuera de razón?

18. El rey de los asirios se gloriaba de haber vencido y sujetado á todos los reyes de la tierra, como quien toma un nido de pequeños pajaritos que crían las aves, como quien va á coger los huevos que han dejado. « Así, — decía aquel rey, — yo tomé toda la tierra con la misma facilidad, sin que hubiera quien se me nease y osase abrir la boca. » ¿Qué mayor locura? Y como los locos mueven á risa con las extravagancias que dicen y con lo que hacen, así también los soberbios con sus palabras arrogantes y la estimación que procuran provocan á risa y diversión. Y es peor la locura del soberbio y digna de mayor ignominia que la natural, porque ésta no trae consigo pecado, y si aquélla.

19. Condescendemos con los locos por tener paz con ellos, y no los contradecimos porque están locos, y de esta manera tratamos también á los soberbios. ¡Cuántas veces, en efecto, son elogiados, sin que aquellos que los elogian sientan lo que dicen, sino todo lo con-

¹ Isa., XIV.

trario! Y delante de los otros se habla mal de ellos y se critican sus faltas, pero en su presencia se les alaba, porque todos conocen cuánto desean ser tratados de esta suerte. ¿Y qué mayor locura y vanidad que el pagarse tanto de estas alabanzas y buscarlas diariamente, y no poder vivir sin ellas?

20. Los soberbios son aborrecidos de Dios y de los hombres, nos dice la Santa Escritura; y así como el hombre que tiene el estómago dañado arroja un aliento corrompido, así, el corazón del soberbio está exhalando continuamente un hedor que nadie puede sufrir; acecha la caída de su prójimo y convierte el bien en mal ¹.

21. Aun el mundo les da el pago que merece su soberbia, castigándolos en lo mismo que pretendían; pues todo les sale al revés; quieren ser estimados de todos, y vienen á ser tenidos por locos.

22. De todos es aborrecido el soberbio: de los mayores, porque quiere igualarse con ellos; de los iguales, porque quiere sobrepujarlos; y de los menores, porque quiere más de lo que es razón.

23. San Bernardo prueba la locura de los soberbios de la manera siguiente: « O fué locura la del Hijo de Dios; que escogió la humildad

¹ Ecclí., X, 7: XVII, 32.

y los desprecios, ó lo es la nuestra en buscar lo contrario. No fué locura la del Hijo de Dios, ni pudo serlo; luego locura es la nuestra, y somos locos en hacer tanto caso de la honra y estimación de los hombres. »

24. Notemos que si la soberbia al ser conocida trae consigo el desprecio, la humildad, aunque ella no lo quiera, es honrada de todos; y por lo mismo, aun por prudencia y buen juicio deberíamos ser humildes, por ser aquella virtud camino de la honra. El que se humilla será ensalzado. No queremos decir que debamos humillarnos para ser honrados, sino solamente que ni aun por este motivo es codiciable la soberbia; porque así como la sombra nos va siguiendo cuando huimos de ella y se retira cuando la seguimos, así también la honra y estimación se alejan de nosotros al buscarlas, y, por el contrario, huyendo de ellas se empeñan en seguirnos dondequiera que marchamos. « Cuando fueres convidado á bodas, — dijo el divino Salvador, — no te pongas en el primer lugar, no sea que otra persona de más distinción que tú haya sido convidada por el dueño, y viniendo el que á ti y á él ha convidado, te diga: Haz lugar á éste, y entonces te veas precisado á ocupar el último lugar. Por el contrario, cuando fueres convidado ve á ponerte en el último lugar, para que cuando llegare el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba.

Entonces te resultará grande honra en presencia de los convidados.¹»

25. La humildad trae consigo la paz del corazón. El Señor nos dijo: «Aprended de Mi; que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.» Al humilde no le turban los desprecios, porque en ellos halla gran consuelo; ni las alabanzas de los hombres le envanecen; las huye, las ve con horror y las desprecia; ¿qué habrá, pues, que pueda inquietarle y hacerle perder la paz del Señor? He aquí uno de los principales motivos que deben animarnos á despreciar la honra y estimación del mundo: la paz de nuestras almas.

26. Al contrario, los soberbios nunca gozan de la suavidad de esta paz; y aunque algunas veces parezca que la tienen exteriormente, con todo no la tienen en su corazón. El soberbio anda, por una parte, con deseos de honra y estimación, y nunca ó casi nunca consigue todo lo que quiere, y por otra, anda lleno de envidia, porque ésta es hija de la soberbia y su inseparable compañera; y cuando el soberbio ve que otros son estimados ó le son preferidos, su corazón rebosa en amargura y le devora la inquietud, y el desasosiego no le deja descansar. Amán era el privado de Asuero, hombre muy rico, grande entre los príncipes del reino,

¹ Luc., XIV, 25.

temido y estimado de todos; pero era soberbio, y porque un pobre judío que estaba sentado á las puertas de palacio no hacía caso de él, ni se quitaba el sombrero, ni se levantaba cuando él pasaba, se llenó de indignación y de furor, y le parecía como si no tuviese nada al ver á aquel judío, y para vengarse de él procuró la muerte de todos los israelitas, y en su misma casa levantó una viga para ahorcar á Mardoqueo, que así se llamaba el judío; pero todo lesalió al revés, pues Amán fué el ahorcado. Así suele pagar el mundo á los soberbios.

27. Cuando el soberbio no consigue lo que pretende, se llena de tristeza y abatimiento; pero el humilde, que no desea la honra ni el aprecio de los hombres, está libre de estas turbaciones y miserias. Y así, aunque no hubiera en la humildad sino sólo nuestro interés y la paz del corazón, debiéramos procurar esta virtud; ¿cuánto más habiendo en ella tantos otros bienes?

CAPÍTULO III

Práctica de la humildad.

§ I

Las ciencias y las artes se adquieren con el ejercicio, y lo mismo sucede con las virtudes morales. Para ser buen músico ó buen filósofo, tenemos que ejercitarnos en la Filosofía y en la Música, y para alcanzar el hábito de la humildad tenemos que ejercitarnos en sus actos. Y si creyéramos que para alcanzarla nos bastan la razón y los documentos y avisos de la Escritura divina, nos engañaríamos. El que quisiera aprender á construir edificios y sólo se entretuviese en oír los documentos y avisos del arte, nunca aprendería; así tampoco aprenderá la humildad el que no practique esta virtud.

2. «La humillación exterior, —dice San Bernardo, —es el medio para alcanzar la humildad, como la paciencia lo es para alcanzar la paz, y el estudio para obtener la ciencia. Por lo mismo, si queremos ser humildes no huyamos de la humillación. »

3. Entre el hombre interior y el exterior hay una dependencia y unión admirables; de manera que, cuando el cuerpo anda humillado, se

despierta en el corazón el afecto de la humildad. El inclinarse á los otros ó besarles los pies , el usar vestido pobre, el oficio bajo y humilde, todo esto parece que engendra la humildad en el corazón ; y si ya la hay la conserva y aumenta, porque el cuerpo comunica al alma sus disposiciones, y por esto de una manera estamos en la salud, y de otra en la enfermedad ; unos sentimientos se despiertan en el alma en la opulencia, y otros en la pobreza. Además, ayuda mucho la humillación exterior para adquirir la humildad, porque el objeto presente mueve más que el ausente; y por esto, más ganaremos sufriendo bien algún desprecio, que sólo deseándolo; más vistiendo pobremente, que sólo proponiéndose hacerlo ; y asimismo el acto interior, cuando se acompaña con el exterior, por lo común se hace más intenso y eficaz.

4. El ejercicio exterior de la humildad es necesario para conservarla y aumentarla, porque la virtud se conserva y se aumenta por los mismos medios con que se adquiere.

5. Juntamos, pues, en nosotros continuamente la humillación y la humildad: de esta última, que consiste en despreciarse el hombre á sí mismo y tenerse en poco y en desear que lo tengan en poco los demás, ha de nacer la humillación exterior que manifieste el concepto que tiene de sí mismo.

6. La santísima Virgen dijo una vez á un

siervo suyo: « Mucho agradarás á Dios y vencerás á tu enemigo si te humillares siempre en la comida, en el vestido y en los oficios; en la comida, deseando y procurando los rñanjares más viles; en el vestido, el más pobre y grosero; y en los oficios, los más bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en los oficios más abatidos que otros desdennan, y de los cuales todos huyen.»

7. Si queremos practicar la humildad debemos guardarnos con mucho cuidado de no alabarnos á nosotros mismos, ni decir palabras que den á entender el talento, la nobleza, la virtud ó cualesquiera otras gracias que el Señor nos haya dado; porque está escrito: «Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazón ni en tus palabras ¹.» Y también: «La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe; el extraño, y no tus propios labios: ².»

8. Apenas habrá cosa buena en nosotros que no conozcan los demás; y si callamos y la escondemos con humildad, seremos más dignos de alabanza. Sucederá lo contrario si vamos publicándola,

¹ Job, IV, 14.

² Prov., XXVII, 2.

§ II

9. Debemos practicar la humildad en la oración del modo siguiente: Examinemos nuestra conciencia, y veamos si hay en nosotros grandes deseos de las humillaciones y desprecios; si no los hubiere, humillémonos delante del Señor y pidámosle con vivas ansias que los inspire á nuestro corazón, y suspiremos por alcanzarlos. Y si ya los tenemos no hay que pasar ligeramente por ellos, sino avivarlos y fortalecerlos, penetrándonos de su importancia y no parando hasta ponerlos por obra; y en esta misma, es decir, cuando recibamos las humillaciones, adelantar, aceptándolas primero con paciencia y después con santo gozo, y alegrándonos en ellas, como los mundanos en las honras, placeres y riquezas.

10. En la oración descendamos á casos particulares, imaginando los que aquel día se nos puedan presentar y deteniéndonos en ellos hasta no sentir dificultad ninguna, pues así va desarraigándose el vicio, y la virtud se va fortaleciendo en el alma. Si al principio sentimos turbación, detengámonos hasta que venga la calma, y otra vez imaginemos que recibimos humillaciones, desprecios é injurias; y si de nuevo nos turbamos, procuremos con la oración humillar-

nos repitiendo estos actos hasta sentir el corazón penetrado de vivos y santos deseos de humillaciones y desprecios ¹.

11. Sin embargo de lo que hemos dicho, muchas veces podemos desear el tener buena opinión con los hombres y alegrarnos de tenerla; pero esto solamente puede hacerse cuando tal opinión es necesaria para el provecho del prójimo, y no alegrándonos en ella por sí misma, pues en tal caso no queremos sino la gloria de Dios y el provecho de nuestros hermanos. El que toma una purga por conseguir la salud, ama ésta y aborrece aquélla; así lo hace también el que admite la honra humana solamente como medio necesario para el servicio de Dios y bien de las almas; ése, en verdad, no quiere sino la gloria divina.

12. Pero no siendo necesaria aquella honra para los fines dichos, no sólo no hemos de alegrarnos, sino que es necesario entristecernos y afligirnos por ella. De manera que nuestros deseos y afectos, cuanto es de nuestra parte, se han de inclinar á las deshonras y desprecios; y dada la ocasión, debemos abrazarlos y alegrarnos en ellos, pues hemos hallado el precioso tesoro que andábamos buscando. Mas si rehusamos humillarnos al brindarse la ocasión, y si

¹ Del examen particular sobre la humildad se habló en el tratado V.

cuando no son necesarios para el provecho del prójimo nos alegramos en la estimación y alabanzas de los hombres, entonces no buscamos la gloria divina ni el bien de los prójimos, sino solamente nuestra gloria y provecho.

13. Muy difícil es recibir la honra y no ensoberbecerse ni tener en ella vana complacencia; por esto los santos huían con tanto empeño los honores y las dignidades, y abrazaban las humillaciones y desprecios, que son el camino más seguro para conservar la humildad.

14. Si podemos alegrarnos santamente al ser estimados de los hombres por el bien de ellos, ¿no será muy conveniente que también nos alegremos en las humillaciones y desprecios por nuestro propio bien? Si nos gozamos en tener salud para trabajar en bien de los prójimos, ¿por qué no gozarnos cuando estamos enfermos, ya que entonces somos nosotros los que aprovechamos?

15. Y aun para el provecho del prójimo importa mucho el desprecio de la honra, porque el mundo la tiene en tan subida estimación que se admira de ver que haya quien llegue á despreciarla y tenerla en nada, y nace de aquí su respeto y estimación á tales personas, y el recibir con docilidad su doctrina y el quedar edificado con los ejemplos de su vida.

CAPÍTULO IV

Del tercer grado de humildad. — Su práctica. — Ejemplos de los santos,

§ I

EL tercer grado de humildad consiste en que teniendo uno grandes virtudes y dones de Dios, y siendo muy estimado de los hombres, no se ensoberbezca ni se atribuya á sí cosa alguna, sino que todo lo atribuya á Dios, de quien procede todo bien y todo don perfecto. Que el malo é imperfecto se conozca y se tenga en nada, no es mucho; pero que el rico se haga pobre, y el grande se humille y se conforme con los pequeños, esto es de admirar. Tal fué la humildad de la Reina de todas criaturas, la Madre purísima de Dios, que se llamaba á sí misma la esclava del Señor, á quien refería todas las gracias y prerrogativas de que estaba adornada, quedándose Ella firme en su profundísima humildad.

2. La dificultad de este grado consiste en que en las buenas obras que practicamos con la gracia del Señor, cooperando á esta misma gracia, no atribuyamos á nuestros esfuerzos el buen resultado, pues casi sin sentirlo confiamos

en nosotros mismos y entra en el alma la presunción y una soberbia secreta, y nos engrimos y envanecemos, y nos alzamos con la gloria de aquellas obras como si fuesen enteramente nuestras.

3. Es muy difícil evitar semejante vanidad y presunción siendo tan miserables como somos. Aun en el cielo algunos ángeles no la evitaron; se veían muy hermosos y colmados de los dones de Dios, y no permanecieron en la verdad ni atribuyeron á Dios la gloria de todo, sino á sí mismos; no porque desconocieran que todo su bien les venía del Señor y que de El dependían, sino porque quisieron robarle su gloria y complacerse en sí mismos. Pues si aquellos ángeles se desvanecieron y cayeron, sobrada razón tenemos nosotros de temer entre los honores y grandezas, porque somos hombres, que como el humo nos desvanecemos; y así como el humo, mientras más alto sube más se disipa y llega á perderse, así también el hombre cuanto más se eleva, más se desvanece, y llegará á perderse si no procura con empeño conservarse en humildad.

4. Una vez que volvían los Apóstoles de la misión que el Señor les había confiado, le dijeron: « ¡ Oh Señor, hemos hecho maravillas; hasta los demonios se rendían y nos obedecían en vuestro nombre. » El Señor les respondió: « Yo estaba viendo á Satanás caer del cielo como

un rayo ¹. » Quiere decir : «Guardaos de la vana complacencia, pues por ella cayó Lucifer, contentándose de si mismo y no atribuyendo á Dios la gloria que por sus dones le corresponde. »

5. Consiste el grado de humildad de que tratamos en distinguir el oro que nos viene de Dios por sus dones y beneficios; del polvo y miseria que somos nosotros, para dar á cada uno lo que le pertenece. No basta conocer especulativamente que nosotros nada podemos sin Dios, que de El es toda el bien y que El obra en nosotros el querer, el comenzar y el acabar; es necesario además conocer esto prácticamente, estando tan convencidos y penetrados de lo dicho como si lo viésemos con nuestros propios ojos y lo tocásemos con las manos. Y sentir y reconocer de esta manera los dones del Señor como ajenos y recibidos de su misericordia, es un don muy singular de su bondad.

6. Esta era la humildad de los santos, que á pesar de las gracias de que estaban colmados, y de sus muchas virtudes y del aprecio de los hombres, con todo eso se tenían por muy viles y como si nada tuvieran ; no se les pegaba ninguna vanidad al corazón ni estimaban en nada la honra del mundo, porque sabían distinguir entre lo que era ajeno y lo que era propio, atribuyendo los dones y virtudes y esti-

¹ Luc., X, 18.

mación de que gozaban á Dios nuestro Señor, y rindiendo á El toda la gloria. Consideraban al mismo tiempo que de sí nada tenían y eran incapaces de obrar el bien, y de aquí les venía el no alegrarse con las alabanzas de los hombres, pensando que no hablaban con ellos, sino con Dios, á quien solamente pertenece toda bendición y toda gloria.

7. Tenemos parte en las buenas obras que hacemos, porque nuestro libre albedrío concurre y obra juntamente con Dios, y esto es lo que hace tan difícil, según dijimos, alcanzar el grado de humildad de que tratamos; pues por una parte debemos poner todos los medios que estén en nuestra mano para alcanzar la virtud y vencer las tentaciones, y por otra hemos de desconfiar de todo esto como si nada hubiésemos hecho, y tenernos por siervos inútiles, poniendo toda nuestra confianza en sólo Dios; si esto conseguimos habremos conseguido mucho, y fácilmente daremos al Señor en nuestras buenas obras la honra y gloria que le corresponden.

8. «Así como un cuerpo sin alma, — dice San Agustín, — no se puede mover, así nosotros, sin la gracia de Dios, no podemos hacer buenas obras en orden á la vida eterna.» Y como sería locura atribuir al cuerpo el movimiento y la vida, y no al alma, de quien recibe vida y movimiento, así también sería locura que el

alma se atribuyese á sí misma las buenas obras que hace, y no á Dios, que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia con que poder hacerlas. Y como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, no pueden ver sin luz, así el hombre no puede vivir virtuosa y santamente sin la luz de la gracia. ¡Oh, si acabásemos de entender que no tenemos de qué gloriarnos en nosotros mismos, sino en Dios! ¡Oh, si nos enviase Dios luz del cielo, con la cual, disipadas las tinieblas, conociésemos y sintiésemos que ningún bien, ni ser, ni fuerza alguna hay en todo lo criado fuera de lo que el Señor ha querido dar y conservar por su buena y adorable voluntad!

9. Esta es aquella aniquilación de nosotros mismos en que consiste la humildad; aquel terneros y confesarnos por indignos é inútiles para todo; aquella desconfianza de nuestras fuerzas, y aquel estar colgados y pendientes de la bondad de Dios; aquel terneros en nada que debemos sentir con verdad y prácticamente, como si lo vieramos con nuestros ojos y lo tocáramos con nuestras manos; entendiendo que de nuestra parte nada podemos ni tenemos sino perdición y pecado, y que todo el bien que obráremos no es de nosotros, sino sólo de Dios, á quien pertenecen la honra y gloria en todo y por todo.

10. Tanto en el ser de naturaleza como en

el de la gracia, todo nos viene de Dios; y así como el Señor, no sólo nos dió el ser natural, sino que nos lo conserva continuamente, así también sucede con el sobrenatural: nos da la gracia y nos conserva en ella para que no caigamos: ésto basta para tenernos en nada y por pecadores, porque cuanto es de nuestra parte, eso somos y fuimos, y eso seríamos si el Señor nos dejase de su mano. « ¡Oh Dios mio, en cuántos pecados hubiéramos caído sin vuestro socorro! ¡cuántas ocasiones de pecar habéis alejado de nosotros, y cuántas veces habéis atado las manos al demonio para que no nos dañe! Tiempo ha que nos hubiéramos perdido si nos hubieran faltado los cuidados del más tierno y amoroso de los padres. » Reflexionemos, pues, lo que seríamos por nosotros mismos.

11. De aquí venían los santos á confundirse y despreciarse tanto, que no se contentaban con tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenían en menos que todos y, por los más viles y pecadores que había en el mundo. Conocían que no había ningún peligro, y sí mucho bien en humillarse y ponerse debajo de los pies de todos, y que podían causarse mucho daño anteponiéndose á uno solo. No daña, pasando por una puerta baja, el inclinar mucho la cabeza; pero si no la bajamos lo que es necesario, podremos recibir un golpe funesto,

§ II

12. Los santos se tenían por los mayores pecadores, y con razón; ya que poniendo uno los ojos en sus propios defectos, y considerando en los demás los dones ocultos que tienen ó que pueden tener, con verdad podrá decir de sí que es más vil y mayor pecador que todos. ¿Sabemos, por ventura, si Dios ha perdonado á los demás? Tal vez ya están perdonados, y nosotros acaso todavía estamos en desgracia suya.

13. El verdadero humilde considera en los otros las virtudes y en sí mismo sus pecados, y anda tan ocupado en conocerlos y remediarlos que no levanta los ojos para ver las faltas ajenas. Mientras más santo es uno, más practica este documento; y según que tiene más conocimiento de la bondad de Dios, conoce más su miseria y su nada.

14. Ama Dios tanto la humildad que, á fin de que el hombre se conserve en ella, muchas veces su divina Majestad le oculta los beneficios y dones que le hace; y así como al salir el sol se ocultan las estrellas; así cuando la humildad brilla en el alma se encubren todas las demás virtudes y parecele al humilde que no tiene ninguna; no ve sino sus faltas é imperfecciones,

creyendo además que sólo descubre la menor parte de sus males.

15. Pero si Dios nos descubre sus gracias y los dones con que nos regala, debemos cuidar mucho no creer que tenemos más de lo que realmente se nos ha dado. Y aun conociéndolos, podemos tenernos por los mayores pecadores; he aquí cómo se explicaba acerca de este asunto el humilde San Francisco: «Verdaderamente entiendo y creo que si Dios hubiera hecho con un ladrón y con el mayor de todos los pecadores las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, sería mejor y más agradecido que yo. Y, por el contrario, entiendo y creo que si Dios levantase su mano de mi y no me tuviese, yo cometería mayores males que todos los hombres y sería peor que todos ellos.» Esto es lo que hacía á los santos hundirse debajo de la tierra y ponerse á los pies de todos: sabían penetrar muy bien lo que ellos eran y tenían de sí; su propia miseria y flaqueza y los dones de Dios los veían como cosa prestada que les servía para aumentar su humildad, creyendo que no usaban de ellos como era conveniente, y estaban temerosos por la cuenta que tenían que dar de los mismos.

16. Este tercer grado de humildad es medio para vencer las tentaciones y alcanzar la perfección de las virtudes; pues no se puede alcanzar la pureza de corazón ni la victoria sobre

nosotros mismos si no conocemos que toda nuestra industria y trabajo no son bastantes para eso sin especial ayuda de Dios. Este conocimiento debe ser práctico y muy profundo en nosotros. Salomón nos dijo : « Luego que llegué á entender que no podía ser continente si Dios no me lo concedía, — y conocer esto es gran sabiduría, — acudí al Señor y se lo pedí con fervor ¹. » Continente, en este lugar, significa la represión de todas las pasiones y apetitos, é indica la fuga de todos los vicios, lo que no puede alcanzarse sin particular gracia de Dios nuestro Señor.

17. Preciso es por lo mismo conocer nuestra miseria para vencer las tentaciones y adquirir las virtudes.

18. El abad Moisés, para triunfar de las tentaciones contra la castidad, trabajaba mucho, comía muy poco, practicaba grandes mortificaciones y se entregaba á la oración la mayor parte de la noche, y con todo no cesaban sus combates, porque aún no tenía el don de la desconfianza de sí mismo; mas luego concluyeron cuando llegó á ser muy humilde. Lo mismo sucedió al abad Pacón, á quien Dios le dijo que habia permitido tan recias batallas para que conociera su flaqueza y lo poco ó nada que tenia de su parte, y se humillara en todo, no

¹ Sap., VIII, 21.

confiando en cosa alguna de sí mismo, mas acudiría siempre al Señor.

19. A pesar de la absoluta desconfianza que la humildad exige de nosotros, esta virtud no nos vuelve cobardes, ni incapaces de grandes acciones, pues se halla en perfecta armonía con la magnanimidad. En efecto: el hombre magnánimo desea hacer cosas grandes y dignas de honra, y realmente las emprende; pero no las desea por la honra humana, ni es éste su fin: tiene su corazón muy elevado y ve con indiferencia la honra y la deshonra, y sólo tiene por grande á la virtud, en cuyo amor arden sus deseos; mas para ver con tal indiferencia las honras y alabanzas de los hombres es indispensable tener mucha humildad.

20. El varón magnánimo emprende grandes cosas, pero no fiando en sí mismo, que esto sería presunción y soberbia, sino en Dios solamente, en quien todo lo puede, y para esto es necesario tener mucha humildad; pues el humilde es verdaderamente quien confía en el Señor, y los que confían en su divina Majestad mudarán de fortaleza, dejando la fortaleza de los hombres, que es debilidad, por la de Dios, y cambiando su brazo de carne por el brazo de Dios; y así quedan fuertes, porque todo lo pueden en Dios.

21. El humilde San Francisco, entrando en un pueblo, recibía la honra que le tributaban

como á santo besándole las manos, el hábito y los pies, y él no se resistía, que antes bien dijo á su compañero: «Nada hace esta buena gente en comparación de la honra que debia hacer, y que yo no me atribuyo á mí mismo, mas toda la refiero á Dios, de quien es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza, y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura.» Pues á esta humildad hemos de procurar llegar nosotros con la divina gracia, no dejando que se nos pegue la honra, sino refiriéndola toda enteramente á Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO V

Bienes de la humildad. — Favores que Dios hace á los humildes. — La humildad tabla de salvación para los pecadores.

§ I

POR medio de la humildad damos al Señor gracias por sus beneficios, pues no nos atribuímos bien ninguno á nosotros mismos, sino todo lo referimos á su divina Majestad, ofreciéndole toda la gloria que le corresponde. Y este agradecimiento no es de palabra solamente, sino de afecto y de obra, pues el profundo conocimiento de nuestra vileza y miseria nos despoja de la honra, que bien conocemos que no es nuestra, para rendirla al Señor.

2. Síguese de aquí otro bien en el verdadero humilde, el cual ni por la abundancia de los dones de Dios, ni por la estimación de los hombres, se tiene en más, sino siempre permanece en su miseria y bajeza y en su nada; antes bien, como el que ha recibido prestada una gran cantidad de dinero anda con harta pena y cuidado por tener que pagarlo á su tiempo, el humilde reconoce la grandeza de su obligación y teme mucho no corresponder como es debido á los favores que el Señor le hace, y esto aumenta su humildad y confusión. Y no pone los ojos en los otros, ni desprecia á nadie, aunque los vea caer en grandes culpas, pues sabe que son de su misma masa, y que si él no ha caldo lo debe á la gracia de Dios, sin la cual sería tan malo ó peor que los demás. Y tales beneficios aumentan su gratitud y lo humillan delante del Señor, pues no los ha merecido, y acaso los demás los hubieran aprovechado más que él.

3. La humildad nos alcanza grandes mercedes y gracias del Señor. «¿En quién pondré mis ojos, — dijo Dios por Isaías, — sino en el humilde, en el pobrecito, en el que tiembla y se confunde delante de Mí?» Y por Santiago: «Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes 1.» Lo mismo nos enseñó la purísima Virgen Maria en su cántico: «El Señor abate á los

1 Isa , LXVI, 2. — Jac., IV, 6.

soberbios y ensalza á los humildes; llena de bienes á los hambrientos y deja sin nada á los ricos. » Las aguas se dirigen á los valles y los hacen fértiles, y los dones de Dios descienden sobre los humildes y llenan sus almas de virtud y gracia. Dios enriquece tanto á los humildes porque nada se atribuyen, sino le dan toda la gloria, y teniéndose á si mismos como vasos de barro, buenos para nada, ponen en su divina Majestad toda su confianza, y la mano del Señor se extiende para sostenerlos, pues está escrito: «Humíllate al Señor y espera de su mano el amparo ¹. »

4. Todos hemos pecado en muchas cosas, y no tenemos derecho ninguno delante del Señor; tenemos, empero, que temer sus terribles castigos. Es, por lo mismo, muy necio el que no se funda en la humildad, pues con ella podemos suplir lo que nos falta en todo. Cuando después de nuestros muchos pecados no podemos por falta de salud hacer penitencia, caminemos por la senda de la santa humildad, que no hallaremos entonces otro medio más conveniente de salvarnos.

5. De la misma manera, si no podemos orar ni hacer grandes cosas en el servicio de Dios, humillemos nuestras almas y así supliremos lo que nos falte.

¹ Eccli., XIII, 9.

§ II

6. Muy poco es, en verdad, esto que nos pide el Señor: que nos conozcamos y humillemos. ¿Tendremos acaso alguna excusa para dejar de hacerlo? No se nos pide salud, ni fuerza, ni talento, sino lo que tenemos siempre con nosotros: nuestra nada, que debemos conocer y despreciar.

7. Es indispensable humillarnos si no queremos que nos humille el Señor. Ama Dios tanto la humildad y aborrece tanto la soberbia, que permite que caigamos en faltas veniales para que viendo que aun en éstas, que son tan fáciles de evitar, sucumbimos sin su auxilio, conozcamos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores y andemos siempre con humildad y temor, sin atribuirnos á nosotros mismos sino el pecado y la miseria. Y si estas faltas no bastan para humillarnos, suele también permitir que caigamos en pecados mortales y muy vergonzosos, pues castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria. Y así como Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña, así también hay en El una ira que llamamos pequeña y otra grande, y ésta es cuando desampara al hombre dejándole caer en pecados mortales; y sin embargo de ser ira

tan espantosa y tremenda, dicen los santos que algunas veces es bueno y provechoso al soberbio que Dios le castigue de esta manera, para sanarlo de la soberbia con tan terrible y funesta humillación ¹. Aun en sus escogidos permite el Señor estas caídas cuando ve que la soberbia ha entrado en su corazón y que ellos tal vez no lo conocen; pero su caída se lo da á conocer, y así se humillan y hacen penitencia de ambos pecados y alcanzan perdón de ellos.

8. ¡Oh Señor! Castigadme con castigo de padre; curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con todas las humillaciones que queráis enviarme, pero no permitáis que me aparte de Vos.

¹ *De civit. Dei*, lib. XIV, cap. III.

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

CAPÍTULO PRIMERO

De las tentaciones en general. — Tiempos en que Dios las manda. — Bienes que hay en ellas. — Remedios contra las mismas.

§ I

LA vida presente está llena de tentaciones. « Como una guerra continua, nos dice el santo Job, y como el día del jornalero es el día del hombre en la tierra »; porque así como el jornalero trabaja todo el día, y después obtiene el premio y el descanso, así nosotros, en el día de la presente vida, estamos bajo el peso de la tentación y del trabajo, para recibir después el premio si acaso lo hemos merecido.

2. Dentro de nosotros mismos llevamos el origen de las tentaciones, en la rebeldía y con-

tradición de nuestra carne. Y hablando especialmente de los que se dedican al servicio del Señor, nos dice el Espíritu Santo: «Hijo, si quieres servir á Dios consérvate en justicia y en temor, y prepara tu alma para la tentación.» Y también: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, serán perseguidos y combatidos con tentaciones ¹:» La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; «pero esto es, — dice San Agustín, — en los que tratan de virtud; porque en los malos no hay espíritu que contradiga á las inclinaciones de la carne, y por esto no sienten sus combates.» Por esto, una señal de que los demonios han sido vencidos por nosotros es la guerra que nos hacen, porque sólo se pelea contra los enemigos, y no contra aquellos que ya están vencidos y en nuestro poder.

3. En cuanto al tiempo de las tentaciones, algunos son tentados al principio de su conversión para que no piensen que ya son santos y la seguridad de la paz no los haga negligentes. Y si al entrar en el servicio de Dios el hombre es tentado como nunca lo había sido, no es porque en el mismo hombre no hubiera existido la raíz de aquellas tentaciones, sino porque éstas no se habían descubierto. El cardo que nace en el camino es de todos pisado, y no se echa

¹ Eoclí., II, 1. — Tim., III, 12.

de ver ni descubre sus espinas; mas dejándolo de pisar, luego brotan las espinas y se echan de ver; así también, llevando una vida disipada y llena de ocupaciones y cuidados del mundo, no se descubren los pensamientos é inclinaciones que hay en nuestro corazón; pero al recoger-nos á la vida interior brotan las espinas y sentimos que las tentaciones nos molestan.

4. Otros muchos hay que al principio de su conversión sienten mucha paz y consuelo en sus almas; no sienten el combate de las tentaciones para que no les parezca dificultoso el camino de la virtud y no desmayen y vuelvan á la vida que han dejado. Dios les llena de consuelo para que, animados y fortalecidos, puedan á su tiempo resistir con mejor resultado las tentaciones; mas los que Dios trata de esta manera deben comprender que no han alcanzado la perfección, sino que su divina Majestad atiende á su gran miseria, portándose con ellos como un padre que, aunque ama á todos sus hijos, singulariza su cariño, por decirlo así, con los que están enfermos. Muchas veces también hace el Señor más regalos á los que fueron grandes pecadores que á los que conservaron la inocencia, para que aquéllos no desesperen ni desconfíen y éstos no se ensoberbecen. Así lo hizo aquel buen padre de que nos habla el Evangelio con su hijo mayor y con el pródigo.

5. El Señor permite que nos vengan tenta-

ciones para que se vea si lo amamos de veras y de todo corazón, no para que nos perdamos.

6. Nos es provechoso el ser tentados y que Dios levante algunas veces su mano de nosotros, para que clamemos á El y vivamos en su santo temor.

7. La ociosidad y la prosperidad nos hacen mucho daño; mas los combates de las tentaciones nos dan en qué entender y nos quitan la falsa seguridad que acaso teníamos.

8. Siendo la vida un destierro y el hombre un peregrino que camina á la patria celestial, quiso el Señor que aquí tuviera el hombre tentaciones y trabajos, para que no tomase el destierro por la patria, ni se extraviara del buen camino; ni amase la gloria de este mundo más bien que la eterna, sino, al contrario, los males de la vida temporal le hicieran suspirar ardentemente por los bienes de la eterna.

9. Manda el Señor las tentaciones para darnos después mayor premio y corona en la gloria. Bienaventurado el hombre que sufre la tentación, porque después que fuere probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman ¹. « Es necesario, — nos dice San Pablo, — entrar en el reino de Dios por medio de grandes tribulaciones ². »

¹ Jac., I, 12.

² Tim., II, 5.

10. Las piedras que se han de sentar en el templo de la gloria han de ir bien desbastadas y labradas; tanto más cuanto fuere mejor el lugar en que se han de poner. He aquí la necesidad de las tentaciones, pues ellas nos labran como piedras escogidas para el cielo.

11. Como es muy grande el amor que nos tiene el Señor, no quiere solamente que alcancemos la gloria, sino también que la gocemos luego sin detenernos en el purgatorio, y para esto nos envía las tentaciones, que nos purifican más y más; y se digna conmutarnos en estos breves trabajos las grandes penas que sin ellos tendríamos que sufrir en la otra vida.

12. Las prosperidades apartan el alma de Dios: cuando las tenemos, nos olvidamos de su divina Majestad y ponemos nuestro corazón en las criaturas. Pues ved el gran amor que Dios nos tiene: no quiere que nos perdamos, y por esto nos manda tentaciones, adversidades y trabajos que nos desprendan del amor del mundo y nos lleven á su divina Majestad como á puerto de refugio, descanso y alegría.

13. Las tentaciones hacen que nos conozcamos á nosotros mismos, porque descubren nuestra gran flaqueza é ignominia; nos ponen cerca del precipicio y nos patentizan que nada podemos sin el socorro de Dios. «Si no tuviésemos tentaciones, —dice San Gregorio, —nos tendríamos en algo y pensaríamos que éramos

fuertes; pero viene la tentación y nos prueba que nada podemos y que nada somos. Y viendo nuestra flaqueza, conocemos la necesidad del auxilio del Señor y se lo pedimos en la oración, y cuando nos atiende estimamos en mucho su santa protección y quedamos más agradecidos y con mayor conocimiento de su bondad y misericordia, y vemos que no hay que atribuir á nosotros ningun bien, sino sólo á Dios, á quien hemos de dar toda la gloria. »

§ II

14. Así como con los vientos y tempestades se ve si el árbol ha echado hondas raices, y así como el valor del soldado no se descubre sino en la guerra, así la virtud y fortaleza del cristiano se manifiesta en las tentaciones y trabajos con que Dios prueba la constancia y firmeza con que le sirve. Y de la misma manera que los hombres se alegran de tener amigos probados, Dios también quiere que así lo seamos de su divina Majestad.

15. Sirve también la tentación para purificar nos más y más; pues como el fuego purifica la plata y el oro, así la tentación purifica nuestras almas, va consumiendo y gastando en ellas el orín de los vicios y el amor de las cosas del mundo y de ellas mismas, y las deja más

acendradas y purificadas. Sin embargo, no todos consiguen estos frutos, sino solamente los que llevan como deben las pruebas del Señor.

16. El labrador poda la vid para que dé más fruto, y así también lo hace Dios con sus vides, que son los escogidos; comienza en ellos la poda de las tentaciones y de los trabajos con que fructifican más y se arraigan también más y más en la virtud. Esas tentaciones y trabajos son también como los recios vientos que sacuden los árboles de un bosque; vientos que en vez de arrancarlos de raíz los hacen más resistentes y vigorosos; pues acumulando el demonio tentaciones para destruir la virtud, el cristiano busca motivos y pone en práctica los mejores medios para conservarla, y se ejercita más en los actos de la virtud combatida, añadiendo Dios por su parte el consuelo y recordando el premio con que alegra y remunera á los que pelean con valor por sostenerse en la gracia.

17. Salió un león al encuentro de Sansón, y éste le acometió y lo mató, y después halló en la boca del león un panal de miel; lo mismo nos pasa en la tentación: al principio nos parece un león; pero no la temamos, antes procuraremos acometerla y vencerla, que después hallaremos en ella una dulzura y suavidad muy grandes. Por el contrario, si consentimos crecerá el vicio y la tentación se hará más fuerte; porque es un engaño el creer que al condes-

cender con ella dejará de molestarnos, pues al contrario, se arraigará más y más y tendrá de allí en adelante mayores fuerzas y mayor señorio sobre nosotros, haciéndonos caer una y otra vez con más facilidad; por lo mismo, el medio para alcanzar victoria y conseguir la paz y la quietud es resistir las tentaciones y no dejar que nos lleven jamás adonde quieren, pues de esta manera perderán la fuerza y nosotros creceremos en virtud y gracia.

18. Las tentaciones hacen al hombre diligente y cuidadoso y que ande con fervor y espíritu, como quien anda siempre á punto de pelear. La larga paz trae consigo la flojedad y el descuido; mas la guerra despierta la vigilancia y el valor. Sin las tentaciones, anda el hombre mano sobre mano; no hay quien le haga tomar la disciplina y el cilicio; es tibio en la oración, remiso en la obediencia y amigo de entretenimientos inútiles y tal vez perjudiciales; pero viene una fuerte tentación y ve los peligros que le cercan, y reanima su fervor, y mortifica sus pasiones y ruega á Dios con instancia que le salve. De esta manera las tentaciones, en vez de ser estorbos, son medios poderosos para adelantar en la virtud; por esto las llama San Pablo estímulo y aguijón, porque el aguijón no mata, sino aviva y despierta y hace caminar más apriisa. Y aunque el demonio pretende con ellas nuestra ruina, Dios quiere y obra maravillosa-

mente todo lo contrario. Y aun cuando hayamos cometido alguna falta ligera al resistir, sin embargo, la paciencia que tuvimos en sufrirlas, y la conformidad con la voluntad de Dios, y la resistencia que hicimos y los medios empleados para alcanzar victoria, no sólo quitan aquellas faltas, sino que nos hacen crecer en méritos de gracia y gloria. Santa Gertrudis rogaba á Dios que le quitara un defecto que no acababa de vencer, y el Señor le dijo: « ¿Para qué quieres que Yo sea privado de grande honra, y tú de grande mérito? Pues siempre que reconociendo ese defecto propones evitarlo, alcanzas gran premio y me honras como honra á su rey un soldado que procura vencer á sus enemigos peleando varonilmente contra ellos. »

19. Por estos grandes bienes que se hallan en las tentaciones los santos no se entristecían, sino más bien se alegraban de padecerlas, y Santiago nos dijo en su Epístola: « Tened por asunto de sumo gozo el padecer diversas tentaciones ¹. » Y San Pablo: « Nos gloriamos en las tribulaciones sabiendo que la tribulación trae la paciencia, y la paciencia la prueba; y la prueba aumenta la esperanza ². » Y cuando este Santo pidió á Dios que le quitase las tentaciones, su divina Majestad le contestó: « Bástate mi

1 Jac., I, 2.

2 Rom., V, 3.

gracia, porque en la tentación se perfecciona la virtud. »

CAPÍTULO II

Concluye el anterior. — Remedios contra las tentaciones.

LAS tentaciones traen consigo otros bienes á más de los que hemos referido; porque no sólo nos enseñan para aprovechar nosotros mismos, sino también para que aprovechen los otros, pues vamos conociendo todos los caminos por los cuales acostumbra el demonio asaltar á las almas.

Así como el andar por el mundo hace á los hombres prácticos en sus negocios, el sufrir las tentaciones hace lo mismo en los caminos del Señor. El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber?

2. Permite el Señor que nos vengan tentaciones para que sepamos compadecernos de nuestros hermanos cuando se hallen en los mismos trabajos, procurando tratarlos con mansedumbre y bondad, según el consejo del Apóstol, y recordando que nuestro Señor no quiebra la caña cascada, ni acaba de apagar la mecha que aún humea.

3. Hablemos ya de los remedios que debemos emplear contra las tentaciones.

4. San Antonio Abad solía decir que uno de los principales medios para vencer las tentaciones era mostrar en ellas ánimo y alegría, pues con eso el demonio se entristece y desmaya y pierde la esperanza de podernos vencer.

5. «El demonio se porta con nosotros,—decía San Ignacio, — como una mujer que pelea contra un hombre, que si éste la resiste, ella se acobarda y vuelve las espaldas; mas si el hombre se muestra pusilánime, la mujer toma de allí más atrevimiento y osadía.» Si el demonio nos ve cobardes, luego nos embiste con furor; mas si sabemos resistirle, huye de nosotros. «Resistid al diablo y huirá de vosotros¹.»

6. El demonio se entristece de vernos alegres en las tentaciones, y se alegra de nuestra tristeza y cobardía; y así, aun por esto debemos mostrarnos esforzados y contentos en las tentaciones. ¿Por qué habríamos de afligirnos y temer, cuando muy poco es el daño que puede causarnos aquel enemigo de nuestra salud? No puede vencer sino al que quiere ser vencido. Antes de la venida de Jesús, el demonio andaba suelto; pero después lo encadenó su divina Majestad para que no pudiera hacer el mal que quisiera, y si prevalece contra muchos es por el descuido y negligencia de éstos, pues realmente ahora está como perro encadenado, y no

¹ Luc., IV, 7.

puede morder sino al imprudente que se le acerca. Puede ladrar, solicitar al pecado, pero no puede morder ni hacer daño sino al que quisiere; y como es muy necio el que se acerca á un perro y se deja morder, así es necio el hombre que se llega al demonio para que le dañe.

7. Para llenarnos de esfuerzo y valor en las tentaciones, consideremos que el Señor nos ve; porque si un buen soldado pelea con valor delante de su capitán, ¿cuál tendrá que ser el esfuerzo y denuedo que nosotros debemos mostrar combatiendo en presencia del Señor?

8. En una ocasión en que San Antonio fué reciamente azotado por el diablo, levantando los ojos vió un rayo de luz que entraba por el techo de su celda, y dijo al Señor, que entonces se le apareció: «¿Dónde estabas, ¡oh buen Jesús!, cuando yo era tan maltratado de los enemigos?» El Señor le contestó: «Aquí he estado desde el principio viendo cómo te portabas, y porque peleaste bien siempre te ayudaré y te haré renombrado en toda la tierra.»

9. Dios cuando nos ve nos da su auxilio, y no sólo está presente como juez para premiar-nos si vencemos, sino también como padre para defendernos con su amparo.

10. Una vez el rey de Siria mandó todo su ejército, sus carros y caballos á la ciudad de Dostatim para prender á Eliseo; y Giezi, su criado,

viendo aquella multitud de enemigos, le decía; «¡Ay, ay, ay! Señor mío, ¿qué haremos?» El Profeta le contestó: «No temas, porque son más los que están con nosotros que contra nosotros.» Y rogó á Dios que abriera los ojos á Giezi, y éste vió todo el monte lleno de caballerías y carros de fuego que estaban prontos para defenderlos, quedando muy reanimado con tal vista. Pues así también hemos de quedar nosotros viendo que el Señor está de nuestra parte.

11. Esforcémonos en combatir con valor las tentaciones, porque no nos va en ello solamente nuestra honra, sino la de Dios, á quien quiere injuriar el demonio en nosotros; y por lo mismo, antes que pecar debemos escoger la muerte, pues peleamos por la causa más sagrada. ¿Pudiera el Señor en tales circunstancias dejarnos sin su amparo? Si un príncipe acá en la tierra ve que alguno padece por su causa, luego procura socorrerlo; pues mucho mejor lo hará con nosotros el Señor.

12. Dios no permitirá que seamos tentados más de lo que pueden nuestras fuerzas, y si creciere la tentación crecerá también la divina gracia para triunfar de nuestros enemigos y salir con ganancia. Esto debe llenarnos de consuelo y aliento en todas nuestras tentaciones; porque ni el demonio podrá hacer sino aquello que Dios le permitiere, ni Dios le dejará que

nos tiene más de lo que pueden nuestras fuerzas.—Si el alfarero pone los vasos de tierra en el horno, y si los tiene en el fuego el tiempo que conviene para que queden bien cocidos y sean de provecho para el uso de los hombres, ¿no hará esto mismo con nosotros el Señor, cuya sabiduría y bondad son infinitas y el amor paternal que nos tiene incomparable?

13. Aunque seamos muy amados del Señor y andemos en su compañía, las tentaciones nos habrán de combatir y Dios hará como que duerme para que nosotros acudamos á su divina Majestad pidiéndole socorro: Sálvanos, Señor, que perecemos. Está con nosotros y nos dará el auxilio en tiempo conveniente.

14. Muchas veces el Señor nos deja en medio de las tentaciones y parece que nos ha olvidado; mas no es así, que después nos saca de ellas con mayor gloria.

15. Cuando Jonás pensó que era ya perdido y que no había más remedio que ser echado en el mar; el Señor preparó un monstruo marino, no para que le diera muerte, sino para salvarlo y llevarlo adonde Dios quería. Así también nos sucede á nosotros, pues muchas veces lo que tenemos por pérdida es ganancia, y hallamos la vida donde temíamos encontrar la muerte.

16. Procuremos sostener nuestro valor en medio de las tentaciones, recordando estas pa-

abras de los libros santos : «No temas, — dice el Señor, — porque Yo te redimí y sé tu nombre, y cuando pasares por las aguas estaré contigo y no te hundirás ; si caminares en medio del fuego, no te quemarás, ni la llama te hará ningun mal, porque Yo soy tu Dios, tu Señor y Salvador ¹. » Y también estas otras : «Como una madre acaricia á su hijito, así Yo os consolaré á vosotros ². » Ved el amor y ternura con que una madre abraza á su niño y lo acaricia y regala; pues con mayor suavidad y ternura acoge Dios á los que á El acuden en sus tentaciones y peligros.

17. Otro medio muy principal y de los más eficaces para alcanzar victoria en las tentaciones, es desconfiar de nosotros y poner nuestra confianza en el Señor, porque entonces no nos atribuimos nada, sino todo lo referimos al Señor, y su divina Majestad se encarga del buen resultado y vuelve por su gloria. Mas si el hombre confía en sus fuerzas, Dios le deja en su flaqueza para que no haga nada, ó retarda sus gracias y permite que duren en nosotros las malas inclinaciones que tenemos á fin de que nos conozcamos y humillemos, y estimemos más sus dones y á El le atribuyamos todo el bien; pues solemos usar tan mal de esos mis-

1 Isa., XLIII.

2 Ibi., LXVI.

mos dones que mejor nos fuera no tenerlos, porque nos llenamos de soberbia y creemos poder alguna cosa por nosotros mismos.

18. La oración es también un gran medio para vencer las tentaciones. « Velad y orad para que no caigáis en la tentación, — nos dijo el Salvador ¹. » Y para tener siempre con nosotros esta arma poderosa debemos acostumbrar las oraciones jaculatorias que en un instante elevan á Dios el corazón y nos alcanzan su gracia. De éstas hemos propuesto algunas en el tratado de la oración, donde pueden verse. Entre estas oraciones jaculatorias recomendamos muy particularmente la invocación de los dulcísimos nombres de Jesús, María y José; alabar á la Santísima Trinidad, al santísimo Sacramento y la pureza inmaculada de María.

19. Es necesario para vencer con más facilidad en los combates espirituales reconocer cuál es la parte más débil de nuestra alma, nuestra inclinación natural, la pasión ó mala costumbre que más nos empuja al precipicio; y una vez conocida, acudir allí con todas nuestras fuerzas. Y en general, al ser combatidos de alguna tentación, volvamos los ojos, para defendernos, á la virtud que le es contraria; verbigracia: si la soberbia nos tienta, ejercitémonos en actos de humildad, y así en las demás tentaciones.

¹ Matth., XXVI, 42.

20. Remedio muy bueno para vencer las tentaciones es resistir á los principios. Entonces la tentación es un enemigo pequeño que fácilmente se puede dominar, una centella de fuego que un soplo la puede apagar; mas si dejamos que crezca el enemigo ó la centella se extiende, aquél se hará muy fuerte y ésta causará un incendio.

21. En resistir prontamente hay otra ventaja. Si cuando ocurre el mal pensamiento, verbigracia, el deseo de ver algún objeto prohibido, al punto lo desechamos y refrenamos la vista, nos libraremos de la molestia de la tentación y del peligro que consigo trae; mas en el caso contrario morirá nuestra alma con el pecado, ó á lo menos tendremos que emplear gran trabajo para resistir; y lo que al principio costaba muy poco, después nos pone en apretura.

22. Nunca el demonio nos halle mano sobre mano, sino siempre ocupados: de esta manera escaparemos de sus tentaciones. La ociosidad es raíz y origen de muchas tentaciones y de grandes males, por lo cual debemos huir-la con gran diligencia y cuidado.

23. San Antonio Abad oyó una voz que le decía: « Si quieres servir á Dios, ora; cuando no puedas orar, trabaja; procura siempre estar ocupado en algo, hacer lo que esté de tu parte, y no te faltará el auxilio del Señor. »

CAPITULO III

Concluye la materia del anterior. — Avisos para el tiempo de la tentación.

§ I

BUENO es advertir, — dice San Buenaventura, — que las tentaciones que pone el demonio á los que tratan de virtud tienen apariencia de bien, porque algunas veces mezcla él las cosas buenas con malas; después ofrece falsos bienes, que son verdaderos males, y cuando uno está ya en el lazo y no puede salir de él sin gran dificultad, le hace caer en pecados manifiestos. » ¡ Cuántas personas de diferente sexo han contraído amistad sin ningún mal fin, é insensiblemente ha venido el demonio á perderlas ! Comienzan las conversaciones prolijas, que unas veces son de Dios y otras del amor que se tienen; siguen los regalos en señal de cariño y para mutuo recuerdo, cosas que no tiene el amor santo, y, en fin, se llegan á perder.

2. El remedio contra esta tentación es conocerla desde un principio, y para adquirir con facilidad tal conocimiento es necesario desconfiar en todas ocasiones de nuestro afecto á las criaturas. Y á fin de no padecer ilusión en punto

de tanta importancia, debemos manifestar nuestra conciencia con toda claridad á nuestro director y seguir con humilde obediencia su dictamen.

3. Algunas veces, al ser combatidos de malos pensamientos, ya contra la fe, ya contra la pureza ú otras virtudes, nos llenamos de tristeza y desaliento. Este es un engaño muy grande del demonio, que por ahí nos quiere cerrar las puertas del remedio. No debemos, pues, entristecernos, sino tratar de vencer las tentaciones.

4. Otras veces queremos desechar los malos pensamientos haciendo mucha fuerza, moviendo la cabeza, cerrando los ojos, apretando los labios y diciendo vocalmente que no consentimos. De esta manera maltratamos la cabeza y gastamos la salud, y aunque no consintamos gana mucho el demonio con aquel daño que nos ocasiona. Todo esto hay que evitarlo, por no ser ése el medio más á propósito para desechar los malos pensamientos y traer consigo graves inconvenientes.

5. He aquí la manera más sencilla de triunfar de esos pensamientos de que hablamos: no hagamos de ellos caso, ni los examinemos, ni nos detengamos en ellos. Cuanto más malos fueren, menos han de llamar nuestra atención ni causarnos aflicción.

6. A Santa Catalina de Sena, que era mo-

lestada de esos pensamientos, se le apareció el Señor, y la Santa le dijo: «¿Dónde estabais, Señor mío, cuando tales cosas pasaban por mi corazón?» Y el Señor le contestó: «Yo estaba en medio de tu corazón.» «¿Cómo, — replicó la Santa, — podiais estar entre tan torpes y malos pensamientos?» El Señor le preguntó si tenía gusto en ellos, y contestó la Santa que eran su mayor tormento. «¿Pues quién hacia que te llenaran de amargura, — le dijo el Señor, — sino yo que estaba allí?» Consolémonos, pues, también nosotros cuando los malos pensamientos, en vez de deleitarnos, nos afligen y molestan, porque así tenemos una señal de que el Señor está con nosotros; y cuanto mayor fuere la pena y el trabajo que sufrimos, mayores serán nuestro premio y corona.

7. El temor y el hacer mucho caso de tales pensamientos es muy malo y dañoso, porque hace crecer la tentación, supuesto que despierta la imaginación y hace que se impriman más en la memoria. Muy bueno es el temor del pecado, y con frecuencia debemos pedir al Señor que no permita que nos separemos de su divina Majestad; pero ese temor ha de ser, en general, sin fijarnos en la tentación que entonces nos combate.

8. Cuando nos viniere algún mal pensamiento procuremos luego ocuparnos en alguna buena consideración, y éste es un remedio ge-

neral contra toda clase de tentaciones. De esta manera hurtaremos el cuerpo á la tentación y estaremos muy lejos de consentir en ella. Podemos entonces recordar la Pasión y muerte del Señor y refugiarnos en sus santísimas llagas, ó bien pensemos en la muerte, en el juicio ó en el infierno, en lo que más nos moviere y que conozcamos que nos es de mayor provecho.

§ II

9. Siendo muy diferentes las tentaciones con que el demonio nos puede combatir, diferentes han de ser también los medios que empleemos para resistirlas. En las que traen deleite, como las de impureza, de gula y otras semejantes, hemos de pelear huyendo, apartándonos de las ocasiones, separando de ellas la vista y la memoria con toda prontitud; pero en las otras debemos considerar atentamente su malicia y fealdad para mejor vencerlas, aunque en las de ira y deseo de venganza no debemos detenernos para no avivarlas con ello.

10. « Cuando me vienen pensamientos impuros, —decía el venerable Fray Junípero, franciscano, — cierro fuertemente las puertas de mi corazón, y para guardarlo pongo en él mucha gente de santas meditaciones y buenos de-

seos; y cuando aquellos pensamientos llaman á la puerta, contesto sin abrirles: « Fuera, fuera, » que la posada está tomada; y pues sois gente tan ruin, no podéis entrar. » La puerta fácilmente se defiende; mas tomada la puerta, ¿qué será de nosotros? »

11. He aquí algunos avisos para el tiempo de las tentaciones: Primero, en ese tiempo no dejemos nuestros ejercicios espirituales, antes bien procuremos practicarlos con mayor fervor y diligencia, y en vez de disminuirlos debemos aumentarlos, pues son nuestras armas de defensa, con las cuales combatimos al demonio; y si éste nos las quita, podrá vencernos con facilidad.

12. Segundo, no hagamos mudanzas, ni tomemos nuevas resoluciones en tal tiempo, porque no es ese tiempo á propósito para esto; pues así como en el tiempo del consuelo Dios nos lleva y nos mueve á lo bueno, en el de la tentación el demonio nos instiga á lo malo, y con tal instigación nunca se hace cosa buena.

13. Tercero, acudamos entonces á los medios que hemos señalado, no quedándonos ociosos, sino haciendo todo lo que esté de nuestra parte, y teniendo en cuenta que, así como en las enfermedades corporales no aprovechan las medicinas cuando los enfermos comen cosas dañosas, tampoco nos aprovecharán los remedios que tomemos en las espirituales si al

mismo tiempo no evitamos las ocasiones, las malas compañías y lo demás que bien sabemos que nos daña, si no nos dedicamos á la oración, al ayuno y á otras mortificaciones, pues de otra manera el Señor no nos dará la victoria.

14. Podemos resistir las tentaciones con mayor ó menor perfección, según correspondamos á la gracia de Dios. El beato Fray Juan de Alverne, franciscano, vió una multitud de demonios que arrojaban sin cesar, contra los siervos de Dios, muchas saetas, de las cuales algunas volvían con gran violencia contra los mismos demonios, huyendo éstos afrentados y dando grandes gritos; otras veces las saetas tocaban á las personas á quienes se las dirigían, pero luego caían al suelo sin hacerles daño; otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues según esto, nosotros procuraremos resistir, hiriendo al demonio con sus mismas armas y sacando provecho de aquellomismo con que quiere dañarnos; verbigracia: de la tentación de soberbia y vanidad, saquemos humildad y confusión; de la de impureza, horror á ese vicio y amor á la virtud contraria, y andar con mayor recato y fervor y acudiendo á Dios con mayor frecuencia. Así de las demás.

TRATADO XI

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

CAPITULO ÚNICO

**Daños que ocasiona la tristeza. — Sus raíces. — Sus remedios.
— Tristeza buena y santa. — Bienes que produce la alegría
en el servicio del Señor.**

§ I

ARRROJA lejos de ti la tristeza, — dice el Señor, — pues á muchos ha dado la muerte y no hay utilidad en ella ¹. » La tristeza quita el gusto de la oración, nos llena de tedio en todos los Ejercicios espirituales, instigándonos á dejarlos como insoportables, nos hace de mal genio y que seamos ásperos en el trato con los prójimos ; mueve la impaciencia, excita la ira, nos vuelve sospechosos y llenos de malicia, y algunas veces de tal manera nos turba que parece quitarnos el juicio. Lo que hace la polilla en el vestido, y el gusano y la carcoma

¹ Eccli., XXX, 23.

en la madera, hace la tristeza en el corazón del hombre, tornándolo inútil para todo lo bueno. Es raíz de muchas tentaciones y funestas caídas.

2. «Mucho se alegra el demonio,—decía el humilde San Francisco,—cuando el hombre está triste, porque fácilmente le induce en desesperación, como á Caín, ó le precipita en placeres carnales, haciéndole buscar en ellos consuelo y alivio.»

§ II

3. La tristeza suele nacer del humor melancólico que predomine en nosotros, y entonces pertenece á los médicos curar el mal; para no aumentarlo debemos quitar los pensamientos que puedan excitarla.

4. Otras veces nos invade la tristeza de repente, y entonces nos causa enfado tratar con los demás, y mostramos nuestro mal humor con impacencias y palabras ásperas, sin que nadie nos dé motivo. La causa de este mal está en no tener mortificadas las pasiones, y su remedio es, no ya huir del trato y conversación con los prójimos, sino vencernos y humillarnos á nosotros mismos.

5. Nace también la tristeza de algún trabajo que nos sobreviene ó de no haber conseguido alguna cosa que deseábamos. El remedio es-

tá en pensar que Dios es quien nos manda aquel trabajo para nuestro bien, y que es necesario la paciencia para merecer la gloria, y estar desprendido de todas las cosas del mundo, poniendo nuestro contento en el Señor.

6. Finalmente, la causa más común de la tristeza es la soberbia que reina en nuestro corazón; y mientras no tratemos de humillarnos no nos faltarán tristezas y melancolias, pues nunca faltan ocasiones que contraríen la soberbia. El remedio de semejante tristeza es humillarnos, teniéndonos en poco y renunciando al propio juicio y á la propia voluntad, y abrazando las humillaciones y desprecios que se nos hicieren.

§ III

7. Cuando no andamos en el servicio de Dios como debemos, se apodera de nuestra alma la tristeza. Esto lo vemos por propia experiencia; por el contrario, en tiempo de fervor y cuando procuramos aprovechar, estamos muy alegres y contentos. «El corazón perverso se cargará de dolores y abundará en tristeza», nos dijo el *Eclesiástico*¹. Y también: «No hay alegría mayor que el testimonio de la buena conciencia.» Y Salo-

¹ Eccli., III, 26-29.

món nos dijo : «La buena conciencia es como un banquete continuo ¹.»

8. Esta tristeza se cura procurando corregir nuestra conducta y caminar bien delante del Señor; y si entonces nos acomete, pronto morirá como una centella de fuego que cae en un estanque de agua. Y así como la miel, no sólo es dulce en sí misma, sino que dulcifica las cosas con que se junta, así la buena conciencia, dulce y agradable en sí misma, dulcifica y vuelve muy ligeros los trabajos de la vida.

9. Y si la buena conciencia y el andar bien con Dios produce alegría, señal es ésta é indicio muy grande de tener buena conciencia y de estar en gracia de Dios; porque la alegría espiritual nació para los rectos del corazón, y uno de los frutos del Espíritu Santo es el gozo en el Señor.

§ IV

10. Mas cualquiera que sea el principio de la tristeza, es un buen remedio para curarla acudir á la oración. «¿Está alguno de vosotros triste? Haga oración», nos dijo Santiago ². Y David había dicho antes : «Rehusó mi alma el

¹ Prov., XV, 15.

² Jac., V, 13.

consuelo; me acordé de Dios y me llené de alegría ¹.» Así el verdadero cristiano ha de buscar su consuelo en el Señor, y no en las criaturas, y lo hallará abundante y verdadero.

§ V

11. Sin embargo de lo dicho, hay una tristeza buena y provechosa para nuestras almas, y ésta la podemos tener: Primero, por los pecados que hemos cometido contra Dios. «Ninguna pérdida se repara con el dolor y la tristeza sino el pecado, — dice San Crisóstomo, — y por lo mismo sólo por el pecado debemos afligirnos y llorar.» Segundo, por los pecados de los otros, viendo que nuestro amoroso y dulce Señor es ofendido. El pensamiento de tales ofensas debe despedazarnos las entrañas de dolor y consumirnos de tristeza. Esto nace del amor que á Dios tenemos, del celo de su gloria y del bien de las almas. Tercero, podemos también entristecernos por el gran deseo de la perfección cristiana, deseo que debe vivir en nuestro corazón, y por las grandes ansias de adelantar en la virtud, suspirando y llorando porque no somos mejores y más perfectos. Finalmente, puede nacer la santa tristeza del pen-

¹ Psalm. LXXVI, 4.

samiento de la gloria y del deseo de los bienes celestiales, ya que nos vemos desterrados de la patria celestial y en peligro de no llegar á ella.

12. Mas la tristeza buena se distingue de la mala en que aquélla es obediente, afable, humilde, mansa y llena de suavidad y de paciencia, mientras que la mala es impaciente, áspera, llena de rencor y de amargura ; nos inclina á desconfianza y desesperación, y está sin ningún consuelo ni alegría, al paso que la buena es en cierto modo alegre y nos llena de aliento para la virtud. Lloramos nuestros pecados ó los ajenos, ó suspiramos por la gloria ; pero todo esto derrama en nuestras almas una dulzura inefable, una paz muy grande, que nos consuela interiormente y enjuga nuestro llanto.

§ VI

13. Es tanta la importancia de conservar la alegría en el servicio de Dios, que aun en nuestras caídas no debemos desanimarnos, ni desmayar, ni entristecernos demasadamente ; mas la tristeza que tengamos ha de ser moderada y prudente, y con esperanza en la misericordia de Dios para que tal tristeza no nos perjudique. Lo que hemos de sacar de nuestras faltas y caídas ha de ser : primero, confundirnos y humillarnos más y más viendo que somos

más flacos de lo que pensábamos. Segundo, pedir mayor gracia á nuestro Señor, pues que tanto la necesitamos. Tercero, vivir con mayor cautela y recato, tomando experiencia de nuestras caídas, previniendo y apartando las ocasiones. Con esto haremos más que con una tristeza exagerada.

§ VII

14. Desechemos, pues, la tristeza y sirvamos á Dios con alegría. Así nos lo dice repetidas veces la Santa Escritura, y he aquí algunas razones de que así debemos servir á Dios nuestro Señor.

15. Acá en el mundo cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría, y no recibe bien su servicio cuando lo hacen de otra suerte; pues también Dios quiere lo mismo de nosotros, ¿y no será mejor dar gusto á tan buen Señor?

16. Nuestro alegre servicio redundará en mucha gloria y honra de Dios, porque manifiesta cuán digno es de ser servido Aquel en cuyo obsequio todo lo que hacemos nos parece nada en comparación de lo que debemos á un Señor tan grande y tan amable.

17. Lo que hacemos con alegría es comúnmente de mayor mérito y valor que lo que se

hace sin ella; « porque la alegría, — dice el Filósofo, — perfecciona la obra, y la tristeza la corrompe. »

18. Semejante servicio edifica á nuestros prójimos y los anima á entrar en el camino de la virtud, porque les está diciendo que no hay en ella las dificultades y amarguras que ellos piensan, sino mucha suavidad y contento.

19. Finalmente, si servimos á Dios con alegría podemos tener gran esperanza de perseverar en la virtud. Cuando uno lleva á costas una gran carga, y va molesto y lleno de tristeza y pena, y como agobiado con el peso, tememos con razón que no llegue con ella adonde va; mas si le vemos alegre y que anda ligero, y le oímos cantar por el camino, creemos que no tirará la carga, pues le sobran fuerzas para llevarla.

TRATADO XII

DE LAS RIQUEZAS Y TESOROS ENCERRADOS
EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CAPÍTULO ÚNICO

De los grandes bienes y riquezas que tenemos en Jesucristo. — Es muy agradable al Señor meditar en su sagrada Pasión. — Modo de hacerlo provechosamente.

§ I

POR el pecado original los hijos de Adán perdimos el estado de inocencia en que fueron criados nuestros primeros padres y caímos en infinitas miserias; pero Dios quiso remediarlas enviándonos á su Hijo unigénito, que se hizo hombre para rescatarnos de la potestad y servidumbre del demonio, para reconciliarnos con Dios, hacernos hijos adoptivos de su Padre y abrirnos la puerta del cielo, que nos había cerrado el pecado.

2. Son tan grandes los bienes que trajo consigo la Encarnación del Hijo de Dios, que la Iglesia llega á exclamar: ¡Oh feliz culpa que

mereció tener tan gran Redentor! ¡Oh pecado de Adán, en cierto modo necesario, que fué destruido con la muerte del Señor! Más se nos da por Jesucristo que lo que se nos quitó por Adán, y mayor fué la ganancia de la Redención que la pérdida de la culpa. ¡Oh maravilloso amor! ¡Oh caridad inestimable, por la cual el Señor entrega su propio Hijo para redimir al esclavo! ¿Quién pudiera imaginar tal cosa? Pues lo que el hombre no pudo imaginar ni pensar, lo hizo el Señor por el amor que le tuvo.

3. Jesucristo no solamente nos sacó del cautiverio en que estábamos, sino que tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya, elevándonos al ser de hijos adoptivos de Dios su Padre, haciéndose El mismo nuestro hermano.

4. En otro tiempo José, allá en Egipto, dijo á sus hermanos: «Venid á mí, y yo os daré todos los bienes de que puedo disponer.» Pues esto mismo hace con nosotros Jesucristo, que nos ama con mayor ternura que aquel hijo de Jacob á sus hermanos: á todos nos quiere llevar consigo y comunicarnos todas sus riquezas.

5. Por esto, cuando el desaliento y la tristeza nos acometieren al recordar nuestros pecados, pensemos que Jesucristo es nuestro medianero y abogado para con el Padre, habiendo sacrificado su santísima vida por nosotros en medio de humillaciones y tormentos inauditos.

Por esto, si el demonio pretende hacer que desconfiemos, pongamos los ojos en Jesús, que es la justicia, la santificación y redención de nuestras almas.

6. Todo lo tenemos en nuestro amado Señor: medicina que cura nuestras llagas, fuente de agua viva que apaga nuestra sed, misericordia que perdona los pecados, fortaleza de los flacos, vida de gracia, camino del cielo, luz indeficiente que disipa las tinieblas del pecado, pan de los cielos que mantiene nuestras almas, maestro, pastor, sacerdote, amigo, padre, hermano y dulcísimo Esposo en quien están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas, todo nuestro bien y remedio, y en quien todas nuestras obras tienen mérito y valor delante del Eterno. Y así, teniendo de nuestra parte un Pontífice tan grande que penetró los cielos, podemos con gran confianza acercarnos al trono de su gracia para conseguir misericordia y alcanzar perdón de los pecados.

7. El Apóstol nos manda cubrirnos con las armas de Dios para resistir las tentaciones del demonio, y estas armas las tenemos en Jesucristo, en quien está todo nuestro bien y remedio y el mérito de nuestras obras, las cuales, teñidas en su sangre, son de mucho valor. Por esto la Iglesia siempre eleva sus oraciones al Eterno Padre, rogándole por nuestro Señor Jesucristo. Si los servicios de Abraham, Jacob y

David, ofrecidos al Señor, aplacaban su ira y atraían grandes favores sobre el pueblo de Israel, los merecimientos de Jesucristo, en quien el Padre nos ha hecho agradables á sus divinos ojos, ¿no nos obtendrán el perdón y todos los bienes de la gracia? El mismo Jesucristo nos ha asegurado que su Padre nos concederá todo lo que le pidamos en su nombre, y por lo mismo podemos presentarnos delante de su divina Majestad llenos de confianza creyendo que se nos franquearán los tesoros de la divina misericordia en bien de nuestras almas.

§ II

8. « No hay cosa que sea tan saludable para nuestras almas como pensar cada día en la Pasión de Jesucristo, — nos dijo San Agustín ¹. » « Ni la hay tan eficaz, — añadió San Bernardo, — para curar las llagas de la conciencia y alcanzarnos la perfección como la frecuente meditación de la muerte y Pasión del Señor. » Es un gran remedio contra todas las tentaciones, principalmente contra las deshonestas. Hallamos en ella con abundancia todo lo que necesitamos, y fuera de Jesús no hay cosa ninguna que buscar.

¹ *Ad Frat. in Erem.*, serm. 32.

9. Mucho se agrada el Señor de que pensemos en El y recordemos su santísima Pasión, y hace grandes favores á los que en esto se ocupan. Santa Gertrudis entendió que siempre que uno ve con devoción el santo Crucifijo, es visto amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Y si al Señor no le pareció mal, sino muy bien, padecer por nosotros, no es mucho que nosotros nos acordemos con buena voluntad de sus padecimientos.

§ III

10. He aquí cómo podremos ejercitarnos en la meditación de la Pasión y muerte de nuestro Señor, y cuáles han de ser los afectos que saquemos de tal meditación.

11. No debemos ocuparnos solamente en meditar y discurrir por la historia, sino que es necesario mover nuestra voluntad con afectos y deseos que, formándose primero en el corazón, vengan después á ponerse por obra. Deja de cavar la tierra quien busca el agua cuando la ha encontrado, y nosotros debemos también contener la meditación del entendimiento, una vez que la voluntad está movida, para ocuparnos en los afectos y deseos que pretendíamos; en beber hasta saciarnos del agua viva que he-

mos hallado, de la cual estaba sedienta nuestra alma.

12. Los afectos en que hay que ocuparnos y detenernos con mucho fruto al pensar en la Pasión del Señor, son los siguientes:

13. El primero es la compasión. Debemos recibir pena de la pena del Señor, y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazón. Y para despertar en nosotros este afecto consideremos que los tormentos de Jesucristo fueron los mayores que se han padecido y pueden padecerse en esta vida. «Ved si hay dolor semejante á mi dolor, — dijo el Señor, por Jeremias ¹.» En el cuerpo de Jesús no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores; las manos y los pies fueron traspasados con los clavos, la cabeza coronada con espinas, la espalda desgarrada con azotes, y todo el cuerpo descoyuntado con el tormento de la cruz. Su alma santísima estaba sumergida en una amargura incomparable, privada de todo consuelo, y era tan terrible y acerba esta pena que el Señor se quejó amorosamente de ella á su divino Padre.

14. El solo pensamiento de sus grandes dolores hizo que Jesús sudase sangre en el huerto, con tanta abundancia que corría hasta la tierra; pues ¿qué sería el padecerlos? Y para poder

1 Thren., I, 12.

sufrirlos hasta apurar el cáliz de la pasión fué necesario un milagro que le conservase la vida.

15. Los dolores de su alma santísima comenzaron desde el momento de su concepción hasta el punto en que murió; pues siempre tuvo presentes los pecados de los hombres contra Dios su Padre, á quien tanto amaba, y á quien con indecible amargura y tormento de su alma veía tan ofendido. Pecados que causaban la ruina de los hombres sus hermanos, á quienes también amaba con amor incomprensible, y por los cuales se entregaba á la Pasión, y, sin embargo, muchos de ellos serían eternamente desgraciados. Todo esto era para Jesús como una espada de dos filos que le causaba inaudita y extremada pena, y por esto nosotros tendríamos el corazón más duro que una piedra si no llegáramos á enternecernos y á participar de sus tormentos y amarguras, ya que aun las mismas piedras se partieron en su muerte.

16. El segundo afecto en que podemos ejercitarnos al meditar la Pasión del Señor, es el dolor de nuestros pecados. ¡Oh! ¡Las espinas y azotes que el Señor sufrió las causaron nuestros grandes delitos! Nuestras culpas le han condenado á muerte y le han hecho morir en una cruz. Jesús es el Hijo de Dios, y con todo, le hemos escupido y afrentado, y pospuesto á humillantes y vergonzosas pasiones. ¡Oh, cuán amargas y sinceras lágrimas debe arrancarnos

el dolor cuando pensamos en nuestras culpas! Un sentimiento de indecible pena nos ha atraído el corazón, pues nuestros pecados han renovado la Pasión y muerte del Señor.

17. Este afecto de dolor por las culpas que hemos cometido sirve para conservarnos en humildad y temor de Dios; pues quien ha ofendido á su Criador y merecía estar en el infierno, ¿qué injurias y desprecios no recibirá de buena gana en satisfacción de sus pecados? Este ejercicio asegura mucho el perdón, porque si traemos nuestros pecados delante de los ojos para llorarlos y confundirnos, Dios los quitará de su presencia sin acordarse de ellos. «Confesaré al Señor,—dijo David,—contra mí mismo mi injusticia, y Tú perdonaste la impiedad de mi pecado ¹. » El dolor de nuestras culpas sirve también para no caer en adelante; porque quien anda continuamente confundiéndose y acordándose de ellas, lejos está de volver á cometerlas. Finalmente, éste es un ejercicio de amor de Dios, porque de tal amor nace la perfecta contrición de haber ofendido á un Dios tan bueno y digno de ser amado y servido.

18. El apóstol San Pedro, al recordar que había negado á su Maestro, lloraba con tanta abundancia que las lágrimas le hicieron como canales en las mejillas, y eran tan ardientes

¹ Psalm. XXXI, 5.

esas lágrimas que le quemaban el rostro. Todas las noches se levantaba al primer canto del gallo, permaneciendo hasta el día siguiente en oración, llorando sus pecados.

19. El tercer afecto en que debemos ocuparnos al pensar en la Pasión del Señor, es el del amor divino. No hay cosa que nos mueva más á amar á alguno que vernos amados de él; y como el Señor nos dió tantas pruebas de amor en su Pasión y muerte, al pensar en estos misterios nuestras almas se irán encendiendo más y más en su divina caridad.

20. Este amor de Jesucristo se llama exceso, ya por haber muerto su divina Majestad aun por sus mismos enemigos, ya porque, bastando una sola gota de su sangre para redimir al mundo, quiso derramarla toda por la misma caridad con que nos amó. Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Amémoslo por lo mismo, y procuremos mostrarle nuestro amor de la misma manera con que El nos mostró el suyo, con obras muy costosas. ¿Quiso ser despreciado y abatido por nosotros? Pues deseemos nosotros los desprecios, y alegrémonos sobremanera en ser humillados por su amor. ¿El se ofreció á Sí mismo en sacrificio por nuestros pecados? Pues ofrezcámonos nosotros á su divina Majestad, dándole todo nuestro corazón y deseando que se haga su voluntad en nosotros, y no la nuestra.

21. El cuarto afecto en que hemos de ejercitarnos al meditar la Pasión del Señor, es el de acción de gracias por este beneficio. Esta acción de gracias puede ser de tres maneras: primera, interior, reconociendo y estimando la grandeza del beneficio y teniéndose el hombre por muy obligado á tan soberano Bienhechor. Segunda, por medio de palabras, alabándole y dándole gracias. Tercera, pagando con obras el beneficio recibido. Y de todas estas maneras hemos de dar gracias al Señor al meditar en su santísima Pasión, reconociendo la grandeza de tal beneficio y estimándole mucho, ponderando sus circunstancias y los bienes que nos ha traído, y confesándonos por muy obligados á servirle con todas nuestras fuerzas. Hemos de alabarle y glorificarle, deseando que todas las criaturas nos ayuden á alabarle y darle gracias. Finalmente, hemos de procurar corresponderle con nuestras obras, consagrándonos enteramente á su servicio.

22. Debemos estimar este beneficio, común á todos, como si se hubiese hecho solamente á nosotros, porque el Señor estaba tan dispuesto á padecer por cada uno como por todos; no hubiera rehusado hacer por uno solo lo que hizo por todo el mundo; y así decía San Pablo: «Jesucristo me amó y se entregó á la muerte por mí.»

23. No olvidemos que la ingratitud es un

viento abrasador que todo lo seca y consume y cierra la puerta de la divina misericordia, ni que la acción de gracias que damos al Señor por sus beneficios los conserva y nos enriquece con otros nuevos que nos alcanza de su divina Majestad.

24. El quinto afecto que podemos ejercitar meditando la Pasión del Señor es la admiración, ponderando que padezca y muera Dios, que es imposible é inmortal, y que esto lo sufra por los mismos que le dan la muerte. Admiraremos su paciencia en sufrir tantos dolores y tormentos, y su inmensa caridad hacia nosotros, y el altísimo consejo de su sabiduría en escoger tan conveniente remedio á la salud del hombre, por el que, sin defraudar los derechos de su justicia, hizo que brillase al mismo tiempo su infinita misericordia.

25. Podemos también sacar de la meditación en la Pasión una confianza muy grande en el Señor, considerando lo mucho que hizo por salvarnos. El Padre entregó su propio Hijo á la muerte por nosotros; y si esto hizo cuando éramos sus enemigos, ¿qué hará cuando ya nos reconcilió consigo por el sacrificio de aquel Hijo que tanto ama? Si cuando huíamos de El y resistíamos sus inspiraciones todavía nos buscaba, ¿cómo no ha de recibirnos lleno de amor cuando volvemos á su divina Majestad para entregarnos á su santo servicio?

26. El séptimo afecto que podemos ejercitar meditando en la Pasión de Jesucristo, es el de la imitación de sus santas virtudes. El Señor se hizo hombre para convertir al mundo y para darnos ejemplo de todas las virtudes. Pongamos, pues, nuestros ojos en Jesús, considerando y ponderando muy despacio las virtudes que nos manifestó al padecer por nosotros, queriendo y procurando sacar un afecto y deseo muy grande de ellas, un propósito eficaz de practicarlas y un aborrecimiento muy grande á los vicios contrarios. Al meditar, por ejemplo, en la humildad de Jesucristo, que sufrió los mayores desprecios y afrentas, debemos despreciarnos y tenernos por muy viles y miserables, y hemos de desear que no nos honren los hombres, sino que nos humillen y desprecien. Y así podemos hacerlo en las demás virtudes, descendiendo en su ponderación á los casos particulares que se nos puedan ofrecer, aceptándolos y alegrándonos en ellos, procurando detenernos en tales afectos hasta quedar bien penetrados y saciados de toda su dulzura y suavidad para lograr todos sus frutos.

27. En cada misterio de la Pasión del Señor podemos ponderar lo siguiente: Quién es el que padece. Qué es lo que padece. El modo con que lo padece, esto es, la paciencia, humildad, mansedumbre y el amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas. Por quién padece.

De quién lo padece. Y el fin por qué lo padece.

28. Un siervo de Dios pedia al Señor que le dijese qué obras y servicios le eran más agradables para hacerlos por su amor, y el Señor se le apareció todo llagado, desnudo y temblando, y con una cruz sobre los hombros, y le dijo: « Una de las cosas que más me agradan y en la que mis hijos me harán mayor servicio, es en ayudarme á llevar esta cruz, acompañándome con la consideración en todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazón. » Y dichas estas palabras, desapareció.

TRATADO XIII

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

CAPITULO PRIMERO

Inestimable beneficio y grande amor que el Señor nos mostró al instituir el divino sacramento de la Eucaristía. — Enseñanza de la fe. — Disposiciones para recibir la sagrada Comunión.

§ I

Dos obras ha hecho Dios sobremanera grandes y admirables en beneficio de los hombres: la Encarnación, por la cual se unió estrecha é indisolublemente á nosotros, y la institución del santísimo Sacramento del altar. En la primera cubrió su Ser divino con una cortina de carne para que lo pudiésemos ver; en la segunda cubre, no sólo lo divino, sino también lo humano, con los accidentes de pan y vino para que podamos comerlo. En la primera se unió con el hombre tomando su naturaleza; en la segunda quiere que los hombres nos unamos con su divina Majestad recibéndole en nuestro pecho.

2. ¡Qué amor tan grande nos ha mostrado Jesucristo al instituir este divino Sacramento! El amor verdadero quiere tener siempre consigo al que ama, y no sufre la ausencia del amado. Por esto el Señor, teniendo que partir de este mundo, quiso hacerlo de tal manera que siempre se quedase con nosotros.

3. Es también condición del amor desear vivir en la memoria del amado, y por esto los que se aman se dan prendas cuando se separan. Respecto de Jesús, su divina Majestad nos dejó en recuerdo suyo este divino Sacramento, en el cual se quedó El mismo en persona, no queriendo que entre nosotros y su divina Majestad hubiera otra prenda que despertase su memoria sino El mismo. « Haced esto en memoria mía », dijo á sus Apóstoles al acabar de instituir este adorable misterio.

4. A la verdad, no hay nación alguna sobre la tierra que tenga tan cercano á su Dios como tenemos nosotros al solo y verdadero Dios, que se dignó escogernos por su pueblo. Salomón, en otro tiempo exclamaba admirado : « ¿ Es posible que more Dios con los hombres en la tierra ? » ¿ Pues qué diremos nosotros teniéndole en nuestra compañía todos los días de nuestra vida, y sabiendo que puede ser llevado á nuestras casas, y paseado por las ciudades y en nuestros pechos ?

5. Es gran consuelo en los trabajos y aflic-

ciones de la vida tener con nosotros un amigo; ¿y cuál no deberá ser nuestro consuelo sabiendo que este amigo es el mismo Dios, hecho hombre por nosotros, el amigo más fiel y verdadero que podemos concebir? El cual no está solamente con los justos é inocentes, sino también con los culpables, cuyos males y desgracias viene á remediar, mostrando siempre una dulzura inefable, una paciencia infinita y una caridad abrasada y generosa sobre toda expresión.

6. Debe ser, pues, muy grande el aprecio que tengamos de este divino Sacramento, y muy grande también y muy ardiente nuestro amor á Jesucristo, que lo ha instituido.

§ II

7. Véase ahora lo que debemos creer acerca del misterio adorable de la Eucaristia. Al acabar de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración, el pan se convierte en el cuerpo, y el vino en la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Aquel cuerpo es el mismo que nació de nuestra Señora la Virgen María, y esta sangre es la misma que Jesús. derramó por nosotros en su santísima Pasión. — Después de las palabras de la consagración; no queda pan ni vino, aunque, según nuestro sentidos, pa-

rezca otra cosa. — En este Sacramento los accidentes de color, olor, sabor y los demás están sin sujeto para que tenga lugar la fe, y ésta es otra maravilla que resplandece en la divina Eucaristía, pues Dios los sustenta con un perpetuo milagro. — Bajo la especie de pan, juntamente con el cuerpo del Señor, está su sangre, su alma y su divinidad. Y de la misma manera bajo la especie de vino están asimismo el cuerpo, el alma y la divinidad de Jesucristo. Y aunque esto es así, se consagran el pan y el vino cada uno de por sí, para representar más vivamente la Pasión del Señor, en la cual se apartó del cuerpo la sangre. Además, como este divino Sacramento había de sustentar á nuestras almas, convino que se instituyese, no sólo como comida, sino también como bebida, pues estas dos cosas constituyen el verdadero sustento del cuerpo. Mas debemos notar que aunque comulgemos solamente bajo la especie de pan, recibimos tanta gracia como los sacerdotes que comulgan también bajo la especie de vino llegando con igual disposición; pues así como en la antigua Ley, ni el que cogía más maná hallaba por eso más, ni el que cogía menos hallaba menos, así en este divino Sacramento, el que lo recibe bajo ambas especies no recibe más que aquel que lo recibe bajo una especie solamente.

8. Jesucristo en este augusto misterio, no

solamente está todo entero en la hostia y en el cáliz, sino también en cada partícula, y tan entero como está en el cielo, por mínima que sea la partícula. El Señor no consagró cada parte de por sí de la que dió á los Apóstoles, sino consagró de una vez la cantidad de pan que, dividida, bastase á todos para comulgar. Y respecto del cáliz, dijo su divina Majestad : « Tomadlo y divididlo entre vosotros. » Aun antes de dividir la hostia ó el cáliz está el cuerpo de Cristo entero en toda la hostia, y también entero en cada una de sus partes ; lo mismo sucede respecto del cáliz, así como la voz está entera en nuestros oídos y en los de aquellos que nos escuchan. Y al dividir la hostia ó el cáliz no se divide la carne ó la sangre del Señor, sino los accidentes del pan y del vino.

9. Es verdaderamente incomprensible y admirable, por lo que hemos dicho, este divino misterio. En los demás nos basta creer lo que no vemos ; mas en éste necesitamos creer contra lo que parece que vemos, esto es, pan y vino, que ya no existen después de la consagración.

§ III

10. Las grandezas y excelencias de la divina Eucaristía nos manifiestan cuánto debemos esmerarnos para recibirla dignamente por me-

dio de una santa preparación; pues no disponemos hospedaje para recibir á un hombre, sino al mismo Dios, cuya majestad es adorable y cuya grandeza y santidad son infinitas.

11. He aquí las principales disposiciones con que hay que llegar á la santa Comunión. Primera, debemos llegar sin conciencia de pecado mortal, probándonos antes por medio de la confesión si hubiésemos caído en pecado mortal. Segunda, debemos evitar los pecados veniales y las demás faltas é imperfecciones de nuestra vida; pues si bien tales defectos no impiden del todo el fruto de este adorable Sacramento, pero disminuyen las gracias y virtudes que se derivan de aquel copioso manantial, y otros efectos admirables que suele obrar en las almas más limpias y devotas. Esta pureza con que hemos de llegar á la sagrada Mesa nos la indicó Jesucristo al lavar los pies de sus discipulos antes de darles su santísimo cuerpo, para que estuviesen limpios aun del polvo que se suele pegar á los pies. Y si Nabucodonosor quiso que los niños que habían de comer de los manjares de su mesa estuvieran limpios de toda mancha, ¿no será justísimo que para llegarnos á la mesa de Dios y comer su misma carne nos preparemos con la mayor pureza y santidad que podamos? Al fin es mesa de ángeles, que requiere pureza de ángeles.

12. Cierta sacerdote alemán se atrevió al-

gunas veces á celebrar en pecado mortal, y en tres de ellas desapareció la hostia de sus manos, y del cáliz la sangre. Este milagro de la misericordia del Señor le hizo abrir los ojos y llorar amargamente sus delitos; se abstuvo de celebrar por algún tiempo, haciendo entretanto rigurosa penitencia, hasta que el Obispo se lo permitió de nuevo; y la primera vez que lo hizo, con muchas lágrimas y sentimiento, al consumir se le pusieron delante las tres hostias que antes habían desaparecido, y en el cáliz se halló toda aquella cantidad de sangre de las tres Misas anteriores; el sacerdote dió gracias al Señor por tan gran misericordia, y siguió en adelante una vida muy perfecta ¹.

13. Hemos de llegar á la santa Comunión con profundísima humildad y reverencia. Para despertar en nuestras almas estos nobles y hermosos sentimientos consideremos la grandeza y soberana majestad de nuestro Dios, que está verdaderamente en este Sacramento, y que es el mismo que con sola su voluntad crió y conserva los cielos y la tierra, y en cuya presencia los más altos serafines tiemblan de profundísimo respeto. Volvamos luego los ojos á nuestra indecible bajeza, y confundidos hagamos nuestras las palabras del publicano y las del pródigo: « Señor, ten piedad de mí, que soy gran pecca-

1 Cluniac., lib. I *De mirac.*, cap. II.

dor.—Padre mio, pequé contra el cielo y contra Ti ; ya no soy digno de llamarme tu hijo, mas á lo menos recibeme como uno de tus jornaleros. »

14. Hemos de llegar al santísimo Sacramento con abrasado amor y gran confianza. Pues ¿quién no amará á quien tanto nos amó? ¿Quién no confiará en quien tanto bien nos hizo? ¿Y qué no nos dará el que se nos dió á Sí mismo? ¿Hubo acaso algún pastor que apacentase sus ovejas con su propia sangre? Pero ¿qué decimos pastor? Madres hay que después de los dolores del parto entregan sus propios hijos á otras para que los críen ; pero no así el Señor, que con su propia sangre nos mantiene y junta consigo.

15. Hemos de acercarnos á la santa Comunión con hambre insaciable y con deseo muy vivo de este pan celestial ; porque así como el manjar corporal parece que aprovecha más cuando se come con hambre, así este manjar divino es también muy provechoso á nuestras almas cuando lo tomamos con hambre espiritual y con ansia amorosa de unirnos con Dios. Pará aumentar el ansia y avivar el hambre consideremos nuestras necesidades y los grandes efectos de este santísimo Sacramento ; recordemos cómo se acercaron á Jesús la pecadora del Evangelio y la mujer que padecía flujo de sangre, los leprosos, los paralíticos y otros enfermos, y de esta ma-

nera procuremos llegar á la sagrada Comunión llenos de humildad, de confianza, de amor y con los más ardientes deseos de alcanzar nuestra salud.

CAPÍTULO II

Concluye el anterior. — De la acción de gracias. — Frutos de la sagrada Comunión.

§ I

PODEMOS prepararnos para recibir la sagrada Comunión considerando el inmenso amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz, y recordando la amargura y los dolores de su santísima Pasión. Podemos imaginarnos á Jesucristo crucificado y hacer calvario en nuestro corazón, abrazarnos con sus santísimos pies y recoger las gotas de su preciosa sangre. O bien imaginemos que estamos á la mesa con Jesús y sus discípulos, y que el mismo Señor nos da la comunión, considerando la infinita ternura con que nos ama, y que no descansa hasta darnos su propio cuerpo y su sangre y morir por nosotros.

2. También podemos considerar los puntos siguientes : ¿Quién es el Señor que viene á visitarnos? El Criador y Señor de todas las cosas,

Rey y Señor de los cielos y tierra, Dios de infinita majestad y perfección. ¿A quién viene? A nosotros, que somos polvo y ceniza, y que tantas veces le hemos ofendido. ¿A qué viene? A comunicarnos el fruto de su Pasión y los preciosísimos dones de su gracia. ¿Qué le mueve á venir? Su amor hacia nosotros y el deseo que tiene de que nuestra alma se salve. Pidámosle que El mismo la disponga para recibirle con la humildad, pureza, amor y reverencia que conviene. Hagamos esta misma petición á la santísima Virgen, á los ángeles y santos nuestros abogados. Y cuando no tengamos el fervor que quisiéramos, deseemos ardientemente tenerlo, procurando desde la víspera de la santa Comunión ocuparnos en el gran negocio que tenemos entre manos, diciéndonos á nosotros mismos: «Mañana he de recibir en mi pecho al buen Jesús, que tanto nos amó y se entregó á la muerte por nosotros.» Y al despertar al día siguiente, pensemos de nuevo en lo que vamos á hacer.

3. En cuanto á la acción de gracias después de la santa Comunión, reflexionemos que éste es el mejor tiempo para negociar con Dios y abrazarlo en nuestro pecho, y por lo mismo nos hemos de aprovechar de El, ocupándonos en consideraciones y afectos semejantes á los que hemos mencionado para antes de comulgar.— Hemos de alabar al Señor y darle muchas gracias por todos sus beneficios, singularmente por

los de la Redención y Eucaristia, ofreciéndole todas las bendiciones y alabanzas de todos los ángeles y santos, de Maria santísima y las que El mismo dió á su Eterno Padre, deseando que Dios se ame y se alabe á Si mismo por ser quien es, infinita bondad.

4. Debemos hacer después de la Comunión muchos actos de amor de Dios, excitando en nosotros los más vivos deseos de agradarle y servirle. Hemos de presentar entónces nuestras peticiones al Señor, porque aquellos momentos son de gracia y misericordia, y podemos decir á su divina Majestad con amorosa confianza: «No os dejaré si no me dais la bendición:» Pidámosle el perdón de nuestros pecados, la fortaleza para vencer las pasiones y resistir las tentaciones, gracia para alcanzar humildad, obediencia, paciencia, perseverancia final y las demás virtudes.

5. Podemos imaginar á Jesucristo sentado en nuestro corazón, y le hemos de presentar nuestras potencias y sentidos para reconocerlo y venerarlo por nuestro Dios y Señor, dándole gracias porque nos los dió, doliéndonos entrañablemente por haberle ofendido con ellos, y prometiéndole emplearlos en adelante en su santo servicio.

6. Imaginemos que estamos enfermos, y descubramos al divino Médico todas nuestras dolencias y miserias, pidiéndole el remedio de

ellas. Señor, ¿ ved mis ojos enfermos, ved mi lengua y mis manos, y compadeceos de mí! Y no olvidemos que mientras duran las especies sacramentales recibiremos gracia aun por el mismo Sacramento, ejercitándonos en actos de virtud.

7. Respecto del fruto de la santa Comunión, notemos que, á más de la gracia que recibe el que comulga dignamente, el efecto propio de la Eucaristía es la refección espiritual, que mantiene nuestra alma y restaura sus fuerzas para que resista á las pasiones y abrace la virtud; y lo que obra el pan material en el cuerpo, obra espiritualmente este divino manjar en el alma. Aquel pan sustenta la vida del cuerpo, renueva las fuerzas y lo hace crecer hasta cierta edad; da gusto y sabor al que lo come, y se convierte en su propia substancia. Este manjar divino obra lo mismo en nuestras almas: sustenta la vida espiritual, restaura las fuerzas del espíritu, aumenta la virtud, nos fortalece contra las tentaciones, nos hace crecer hasta la debida perfección, nos da el gusto de las cosas de Dios y nos une intimamente con su divina Majestad, no convirtiéndole en substancia nuestra, sino transformándonos nosotros en El; pues el efecto propio de este Sacramento es transformar al hombre en Dios, haciéndole muy semejante á su divina Majestad.

8. Por cuanto llevamos dicho se ve el fruto

que hemos de sacar de la sagrada Comunión: ánimo resuelto y varonil para continuar los caminos de Dios, y fortaleza para mortificarnos en todo y dominar nuestras pasiones. Contra todas las tentaciones es gran remedio la frecuencia de la Comunión porque amortigua el fuego de la concupiscencia, que es raíz de todos los males, y nos hace prontos para cumplir la voluntad de Dios. Además, siendo un recuerdo de la Pasión de nuestro Señor, por la cual fueron vencidos los demonios, cuando estos enemigos ven en nuestro pecho el cuerpo y la sangre de Jesús, huyen, y los santos ángeles nos acompañan y socorren.

9. La Comunión principalmente es un medio efficacísimo para conservar la castidad y vencer las tentaciones deshonestas, porque pacifica los movimientos de la carne y apaga el ardor de la sensualidad, como el agua apaga el fuego. ¿Cuál será el bien que viene de él, se dijo de este divino convite, y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes ?

10. Otro de los principales frutos que hemos de sacar de la santa comunión es el unirnos é incorporarnos con el Señor, transformándonos en su divina Majestad, siendo semejantes á El en la vida y costumbres ; humildes como Je-

sús, pacientes, obedientes, castos y pobres como lo fué su divina Majestad.

§ II

11. La sangre del Señor es como un vino generoso que embriaga á quien vive de él; y como la embriaguez enajena al hombre y le hace otro, así también este divino Sacramento nos enajena y convierte en otros hombres, haciendo que nos olvidemos de las cosas del mundo y que sólo pensemos en las del cielo. Y por esto deseamos entonces ser menospreciados, y abatidos y humillados, para no gloriarnos sino en la cruz de nuestro Señor.

12. Otro de los principales frutos que hemos de sacar de la santa Comunión es el resignarnos á la voluntad de Dios, poniéndonos del todo en sus manos, como un poco de barro en manos del alfarero, para que el Señor haga de nosotros lo que quiera, cuando lo quiera y de la manera que quiera, sin exceptuar ni reservar cosa alguna; Y no es mucho lo que con esto hacemos, pues el Hijo de Dios se entregó á la muerte por nosotros y se nos da después en la santa Comunión. Hagamos por lo mismo con su divina Majestad lo que el Señor hace con nosotros.

13. Esta ha de ser también la acción de gra-

cias después de la santa Comunión: conformarnos con la divina voluntad, así en la enfermedad como en la salud, así en la vida como en la muerte, y así en la tentación como en el consuelo, especificando lo que más nos repugne y nos sea más costoso, ofreciéndolo al Señor en acción de gracias y diciéndole con San Ignacio: « Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad, todo lo que tengo ó poseo. A vos que me lo disteis, todo os lo ofrezco y restituyo y pongo en vuestras manos, para que hagáis de ello lo que os agrade; dadme solamente vuestro amor y gracia, y quedaré rico, sin tener más que pedir.» Aquí hemos de ejercitarnos en todos los actos de las virtudes, principalmente de aquellas que más necesitamos; verbigracia: la humildad, contemp!ando el abatimiento del Hijo de Dios, oculto bajo los accidentes del pan y que descansa en nuestro pecho, que tantas veces se ha manchado con pecados muy graves. Humillémonos y prometamos al Señor recibir con gusto todos los desprecios y deshonras que se nos ofrezcan. Así podemos ejercitarnos en otras virtudes.

14. En cada Comunión debemos sacrificar y ofrecer á Dios alguna cosa en particular, procurando poner en práctica lo que ofrecemos el mismo día que comulgamos; verbigracia: refrenar la vista, moderar la lengua, no deslizarla en ninguna mentira, ni incurrir en otras faltas

que parezcan en nuestra conducta. De esta manera siempre estará en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunión, pues siempre, con la gracia de Dios, podremos vencernos y mortificar nuestras pasiones, y de este modo no comeremos de balde el pan de la Eucaristía cuando así nos aprovecha para ser virtuosos y santos.

15. Algunas veces no sentimos el provecho que era de esperarse de la santa Comunión; pero esto sucede tal vez por nuestra culpa, porque, ó no nos preparamos como es debido, ó sólo llegamos por costumbre á la mesa del Señor. Tal vez calmos advertidamente en culpas veniales, y todo esto, como es natural; impide en gran parte los efectos divinos de este Sacramento. Examinemos nuestra conciencia, y si ésta nos reprende procuremos corregirnos.

16. Otras veces no sentimos los efectos de la santa Comunión aun sin culpa nuestra; en tal caso no debemos afligirnos, pues bien podemos adelantar en la virtud y sacar provecho del pan de los ángeles sin llegar á conocer claramente sus efectos. Así el manjar, aunque no agrade al enfermo, no deja por esto de sustentarle y serle provechoso. Acaso en mucho tiempo no hemos cometido una culpa mortal, y ésta es ya inmensa ganancia; en verdad, no es menos estimable la medicina que nos preserva de la enfermedad que aquella que aumenta la sa-

lud, y el santísimo Sacramento es el remedio que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales.

CAPITULO III

Del santo sacrificio de la Misa. — Su excelencia. — Cómo debemos oírla. — Ejemplos.

§ I

LA Misa es un verdadero sacrificio y una representación de la vida y muerte de nuestro Señor. No sólo es memoria y representación del sacrificio de la cruz, sino que es el mismo que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. En la cruz Jesucristo fué el sacerdote y el sacrificio, y esto mismo sucede en la Misa, en la cual el Señor se ofrece á sí mismo á su Eterno Padre por ministerio de los sacerdotes.

2. En un sacrificio hay que considerar cuatro cosas: la persona á quien se ofrece, quién lo ofrece, por quiénes lo ofrece y qué es lo que ofrece; y la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio, que el que lo ofrece para reconciliarnos con Dios es uno con Aquel á quien se ofrece, y se une con aquellos por quienes lo ofrece, y El mismo es lo que se ofrece, para que

tal sacrificio fuera por todas partes acepto, agradable y eficaz. Por esto bastó para satisfacer á Dios por nuestros pecados y por los de todo el mundo; y tal satisfacción no fué solamente suficiente, sino sobreabundante, porque es mucho más lo que aquí se ofrece que la deuda que teníamos, y mucho más agradó al Eterno este sacrificio que lo que le habia desagradado la ofensa cometida. Y aunque sea malo el sacerdote que lo ofrece no pierde su valor, porque es el mismo sacrificio de la cruz, y Jesucristo es quien lo ofrece; y solamente está la diferencia en que el de la cruz fué sangriento, y en este de la Misa no hay efusión de sangre. — Consideremos aquí el gran amor que nos tiene Jesús y lo mucho que le debemos; pues no se contentó con ofrecerse una vez por nuestros pecados, sino quiso quedarse con nosotros para que tengamos, no una sola vez, sino diariamente y hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Eterno Padre y un presente con que aplacarlo, tan grande y tan precioso que no puede ser mayor, ni más rico, ni de más estimación. ¿Qué fuera del pueblo cristiano si no tuviera este sacrificio con que aplacar á Dios? Estuviera ya como Sodoma y Gomorra, y Dios lo hubiera destruido cual merecian sus pecados. — Es tan alto y soberano este sacrificio, que sólo á Dios puede ofrecerse; pues si bien se acostumbra decir Misa en reverencia y memoria de los

santos, con todo, no se ofrece sino á solo Dios.

3. Este sacrificio consiste en la consagración de ambas especies, y queda ofrecido al acabarse de decir las palabras de la consagración ¹. Pero á más del sacrificio hay en el misterio de la Eucaristia la razón de Sacramento, el cual subsiste mientras duran las especies, ya sea que se reserve en la custodia ó que se lleve á los enfermos. Y como Sacramento, aprovecha á quien lo recibe; mas como sacrificio, también aprovecha á aquellos por quienes se ofrece. Y por estas dos causas instituyó el Señor tan divino misterio como Sacramento y como sacrificio, para que fuese sustento de nuestras almas y para que la Iglesia tuviera qué ofrecer á Dios en satisfacción de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de sus beneficios y para alcanzar además nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no sólo para nuestro alivio, sino también en sufragio de las almas del purgatorio.

4. Ahora pasemos á explicar de qué manera debemos asistir á la santa Misa. Tres son los métodos que hay más recomendados para esto. Consiste el primero en recordar los misterios de la Pasión que se representan en la Misa, sacando de aquí actos de amor y propósito de servir á Dios. Para esto ayudará mucho saber qué sig-

1 Así muchos y graves teólogos.

nifica lo que se hace y dice en la Misa, así como lo que nos recuerdan los ornamentos sagrados. Y comenzando por éstos, decimos que el amito nos trae á la memoria el lienzo con que los judíos cubrieron el rostro de nuestro Señor, diciéndole : «Profetiza quién te hirió.»—El alba, la túnica blanca con que Herodes vistió al Señor, y burlándose de El lo mandó á Pilato.—El cíngulo, las primeras sogas con que fué atado el Señor cuando lo prendieron ; y el manipulo, las segundas con que lo ataron á la columna. Se pone en el brazo izquierdo para denotar el gran amor con que recibió los azotes por nuestros pecados, y el que es razón que le tengamos por todos sus beneficios. — La estola representa la sogá que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz sobre sus hombros.—La casulla, el manto de púrpura que le vistieron para burlarse de su Majestad.— La entrada del sacerdote en la sacristía para vestirse los ornamentos sagrados, nos recuerda la Encarnación del Señor, en la cual se vistió de nuestra carne. — El Introito, los deseos y suspiros de los Patriarcas por la venida del Señor.— Los kiries, la misericordia de Dios y nuestra gran miseria. —El *Gloria in excelsis Deo*, las alabanzas que debemos al Señor por el beneficio de la Encarnación.—La Epístola, la doctrina del Antiguo Testamento.—El Gradual, la penitencia que hacía el pueblo con la predicación del Bautista.—El Ale-

luya, la alegría del alma cuando ha conseguido el perdón de los pecados.—El Evangelio, la doctrina de Jesucristo. Se oye de pie para indicarnos la prontitud con que hemos de obedecerle. El Credo es el fruto de la doctrina del Evangelio. Aquí concluye la primera parte de la Misa.

§ II

5. La segunda es desde el Ofertorio hasta el *Pater noster*, y el sacerdote comienza á decir las oraciones en secreto para indicarnos que debemos aumentar el recogimiento y devoción al acercarnos á la parte principal del sacrificio.—El lavatorio indica la pureza con que hemos de comulgar. —El Prefacio, nuestros deseos de recibir al Señor y las divinas alabanzas en que debemos emplearnos. — Sigue el Canon y el Memento de vivos, en el cual el sacerdote ruega por el Papa, por el Obispo y por sus necesidades particulares. — San Francisco de Borja hacía su memento por las cinco llagas del Señor. En la llaga de la mano derecha encomendaba al Papa y á todos los eclesiásticos. En la de la izquierda, á todas las autoridades civiles. En la del pie derecho, las Ordenes religiosas. En la del pie izquierdo, á sus parientes, amigos, bienhechores y á los que se habian encomendado á sus oraciones. La llaga del costado la reservaba para sí

mismo, entrando en ella, pidiendo el perdón de sus pecados y remedio de sus necesidades, y quedando abrasado en las llamas del amor de Dios. En el memento de difuntos pedia por sus padres y parientes, por los difuntos de su Religión, por sus amigos, bienhechores y encomendados y por las almas con quien tuviera obligación, por las más desamparadas y que estuvieran en más graves penas, por las que se hallasen más cerca de salir del purgatorio y por las que el pedir fuera de mayor agrado y servicio de Dios. Así podemos hacerlo nosotros, y muy bueno será que también ofrezcamos el santo sacrificio en unión del sacerdote, atendiendo á lo que él dice y hace, é ir haciendo con él lo que podamos, pues que tenemos parte en tan santa oblación. Principalmente podemos ofrecerlo en acción de gracias por todos los beneficios de Dios, así generales como particulares; en satisfacción de nuestros pecados y de los de todo el mundo, y para alcanzar remedio en nuestras necesidades y conseguir nuevas gracias del Señor para nosotros y para toda la Iglesia. Ofrezcámonos entonces á nosotros mismos en unión de Jesucristo y con la misma intención que tuvo su divina Majestad en la cruz. Y éste es el segundo método de oír la santa Misa.

6. La tercera parte de la Misa es desde el *Pater noster* hasta el fin, y entonces debemos

prepararnos para la comunión espiritual, teniendo vivas ansias y los más abrasados deseos de recibir espiritualmente al Señor, á quien por entonces acaso no recibimos sacramentalmente; y con tal deseo participamos de los bienes y gracias celestiales que suelen recibir los que comulgan sacramentalmente, y aun tal pueden ser nuestra humildad y reverencia, y la vehemencia del deseo de comulgar, que podemos recibir mayor gracia que los que comulgan sacramentalmente cuando éstos no tienen tan buena disposición. Mas para que el deseo de que hablamos sea comunión espiritual debemos estar en gracia; si no lo estamos sabiéndolo nosotros, y deseamos comulgar saliendo antes de tan infeliz estado, este deseo, aunque bueno, no será comunión espiritual.

7. He aquí cómo podemos expresar estos deseos de recibir á Jesucristo: ¡Oh Señor! ¡quién tuviera la pureza de la Reina de los ángeles para recibiros dignamente! ¡Quién fuera digno de recibiros cada día y teneros siempre en sus entrañas! Pero á lo menos, ¡oh Señor! venid espiritualmente á mi corazón, enriquecedme con Vos mismo. Venid, Dios mio, que yo os amo, deseo, suspiro por Vos y quiero teneros amorosamente en mi corazón. Paréceme que ya os tengo conmigo, y una y otra vez repito que os amo, os bendigo y os consagro enteramente mi corazón, para que os sirva todos los días de

mi vida. Estas comuniones podemos hacerlas durante la santa Misa ó visitando al santísimo Sacramento, y siempre que queramos. Este es el tercer método de oír Misa.

8. Había un devoto caballero que era molestado de una grave tentación de ahorcarse, y algunas veces estuvo á punto de hacerlo; su remedio fué oír Misa diariamente, y un día que no lo hizo le volvió la tentación. No hallaba el modo como remediar aquella pérdida; mas un labrador que lo supo le dijo que él le vendería la Misa que había oído aquel mismo día y lo que había merecido con ella, recibiendo luego la ropa de aquel caballero; el cual de allí se fué para una iglesia á hacer oración, y volviendo después al mismo sitio, halló que el labrador se había ahorcado y estaba colgado de un árbol, permitiéndolo Dios así en castigo de su pecado. El buen caballero dió gracias al Señor, y se confirmó más y más en la devoción de oír Misa diariamente.

9. El rey de Portugal Don Dionisio, paseándose á caballo un día por donde había un horno de cal que se estaba cociendo; y llamando aparte á los hombres que le daban fuego, les dijo que al día siguiente les mandaría un criado que les preguntaría si ya habían hecho lo que el Rey les había mandado, y que á ese criado le tomaran y le echasen en el horno de la cal para que luego muriera, porque así convenia á su

servicio. A la mañana siguiente, el Rey mandó al paje limosnero de Santa Isabel, su esposa, con aquel funesto recado. Pero el paje, al ir á cumplir su comisión, pasó por una iglesia y oyó la campanilla de alzar, y entrando luego, se estuvo allí hasta el fin de aquella Misa, y después oyó otras dos que se siguieron. Entretanto, inquieto el Rey y deseando saber lo que pasaba, mandó otro paje, que había acusado al primero, que era inocente. Llegó el segundo, y los caleros le tomaron luego y le arrojaron al horno de la cal; y cuando después llegó el otro, que se había detenido oyendo Misa, los mismos caleros le dijeron que ya estaban cumplidas las órdenes del Rey.

10. Dos artesanos de un mismo oficio vivían en un pueblo: uno de los cuales estaba cargado de familia y era muy devoto de oír Misa, y Dios le ayudaba en todo, dándole en abundancia con qué mantenerse. El otro sólo tenía su mujer, trabajaba día y noche y aun los domingos, y con todo estaba en la última miseria. Una vez preguntó á su compañero de dónde sacaba tantos recursos, y éste le llevó á la iglesia á que oyese Misa, y le dijo que no tenía otro lugar donde buscar el sustento del cuerpo y el premio de la vida eterna sino la iglesia, pues el Señor había dicho: « Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. » El otro artesano tomó

el consejo oyendo Misa todos los días, y comenzó á irle bien y á prosperar en todos sus negocios.

11. Un dia de fiesta dos jóvenes salieron al campo á cazar: uno de ellos oyó Misa, y el otro no. De repente el cielo se cubrió de nubes y comenzó una gran tempestad; después de esto oyeron una voz que decía: «Hiérele.» Quedaron atemorizados con tal voz; pero después, siguiendo su camino, cuando menos pensaron cayó un rayo y mató al desgraciado que no habia oido Misa, quedando salvo el primero.

12. A la hora de la Misa se halla rodeado el altar de muchos ángeles, que con gran reverencia y asombro adoran al Hijo de Dios en la divina Eucaristía, y « entonces nosotros, — dice San Crisóstomo, — no debemos pensar que estamos en la tierra, sino entre los querubines y serafines. Eñtemos en la iglesia, — prosigue el Santo, — con gran silencio, temor y temblor. Ved de qué manera están los criados delante de su Rey; con qué modestia, atención y respeto; no hay quien se atreva á hablar una palabra ni á volver los ojos á otra parte; pues de ellos aprendamos cómo debemos estar en la casa de Dios y en la santa Misa ¹. »

¹ De *Sacerdot.*, lib. III.

TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

CAPÍTULO PRIMERO

Necesidad de la pobreza espiritual. — Males que trae consigo la avaricia. — Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen.

§ 1

BIENAVENTURADOS los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos ¹. Estas palabras de nuestro divino Maestro nos declaran cuán indispensable nos es la pobreza espiritual, porque todos tenemos necesidad de ser dichosos y de alcanzar la gloria eterna, y todo esto lo tenemos mediante esa pobreza. Por el contrario, de los que no la tienen no hallamos escrito que el Señor les haya prometido el cielo.

2. «Pertenece al amor filial, — nos dice Santo Tomás, — manifestar á Dios la reverencia que le debemos y estar sujetos á su divina

¹ Matth., V.

Majestad. Siguese de tal sujeción que el hombre no se engrandezca ni glorifique en sí mismo, ni en las otras criaturas, sino solamente en Dios. Gloriase malamente en sí mismo mediante la soberbia, y en las otras criaturas poniendo su corazón en ellas y en las riquezas. Mas la pobreza de espíritu, por la cual puede entenderse la humillación del espíritu soberbio ó la renuncia de los bienes temporales, impide ambas cosas, las cuales son los grandes obstáculos que tenemos para conseguir la vida eterna. Si, pues, la pobreza espiritual los aparta de nosotros, claro es que necesitamos de ella para salvarnos.

3. El Señor nos manda que le amemos con todo nuestro corazón; ¿y cómo podremos cumplir este divino precepto si amando la honra y las riquezas negamos á Dios el cariño que ponemos en el mundo y en sus bienes? Mas la pobreza espiritual rompe todos esos lazos, y elevando al cielo nuestros ojos nos descubre dónde está el verdadero y riquísimo tesoro que debemos codiciar sobre todas las cosas, el objeto amable sobre todo amor que ha de llevar en pos de sí todo nuestro afecto.

4. El Señor no nos ha mandado que dejemos realmente los bienes que hemos recibido de su mano; pero sí nos prohíbe que pongamos en ellos nuestro afecto. « Si tenéis grandes riquezas, — nos dijo en otro tiempo por

boca de David, — no pongáis en ellas vuestro corazón ¹. » Y si bien es cierto que podemos ser santos aun en medio de la opulencia, como lo fueron Job, San Luis, rey de Francia, San Fernando y otros muchos, con todo eso, jamás llegaremos á la santidad si no imitamos el desprendimiento de esos mismos santos, que realmente fueron pobres en medio de sus riquezas. Mas si nosotros las amamos serán un lazo de perdición y muerte para nuestras almas. « Vendrá la avaricia con todos sus horrores; porque no hay cosa más detestable que un avaro, ni hay cosa más inicua que el que codicia el dinero; que éste á su misma alma la pone en venta, y aun viviendo se arranca sus propias entrañas; — nos dijo el Espiritu Santo ². » Y en efecto, el avaro no tiene compasión de nadie, no sabe socorrer al desgraciado, y es duro y cruel aun consigo mismo. ¿ A qué excesos no arrastra la avaricia, ni qué es lo que llega á respetar? Porque los que pretenden enriquecerse caen en tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que hunden á los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición; porque la raíz de todos los males es la avaricia, arrastrados de la cual algunos se desviaron de la fe y sesujetaron á muchas pe-

1 Psalm. LXI, 11.

2 Eccli., X, 9-10.

nas ¹. Para evitar semejantes desgracias, que trae consigo el amor de las riquezas, San Pablo decía á Timoteo : « Manda á los ricos de este siglo que no sean altivos, ni pongan su confianza en las vanas riquezas, sino sólo en Dios vivo, que nos provee de todo. Exhórtales á obrar bien, á enriquecerse con buenas obras, á repartir liberalmente, á comunicar sus bienes, á atesorar un buen fondo para lo venidero, á fin de alcanzar la verdadera vida ². »

§ II

5. Grandes son los bienes de la pobreza espiritual; mas por ahora sólo mencionaremos la paz y la verdadera libertad de nuestras almas. « Es la paz, — nos dice San Agustín, — la serenidad de la mente, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, la unión de la caridad. » El verdadero pobre de espíritu conserva una serenidad admirable y una tranquilidad que nada turba ni aun en medio de los mayores infortunios y desastres; porque ¿qué es en realidad lo que inquieta y turba nuestras almas, sino el temor de perder lo que amamos ó el ver desvanecidas nuestras espe-

1 1 Tim., VI, 9-10.

2 Ibid., XVII, 19.

ranzas? Mas la pobreza espiritual destruye los temores de que hablamos al desprendernos de los bienes de este mundo, y sólo nos deja una esperanza que nunca nos confunde porque está fundada en Dios; tal esperanza es la de alcanzar la vida eterna, pues el Señor nos ha dicho: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. »

6. La santa pobreza de que hablamos nos da también la libertad de espíritu. ¡ Oh, cuántas son las cadenas que rompe, y cuán pesada es la carga que nos quita de encima! Las riquezas no se adquieren sin trabajo, ni se conservan sin amor, ni se pierden sin alguna pena; mas la pobreza espiritual nos libra de todos estos males, haciendo que en todo trabajemos por la vida eterna, santificando y volviendo provechoso el trabajo, poniendo nuestro cuidado en no quebrantar la santa ley de Dios y trayéndonos siempre á la memoria estas palabras del divino Maestro: « Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura ¹. » Finalmente, en la pérdida de los bienes temporales la pobreza nos consuela, haciéndonos saber que el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros á fin de enriquecernos con su santísima pobreza ².

1 Matth., VI.

2 II Cor., VIII.

7. ¿ Con qué podrá turbarse la santa y dulce paz de que disfruta el verdadero pobre de espíritu, que nada espera ni desea de los bienes de este mundo, ni á nadie teme sino á Dios, á quien es gloria el temer ? ¿ Quién podrá impedir la libertad que trae consigo la verdadera pobreza de espíritu si ésta nos da sus benditas alas para remontarnos más allá de las nubes, desde donde contemplamos la miseria y nada de los bienes de este mundo, y la preciosidad y belleza de aquellos que el Señor tiene reservados para los pobres de espíritu ?

8. Grandes son los bienes que se siguen de la pobreza espiritual, ya en nosotros mismos, ya en nuestros semejantes. « En nosotros es ella como la madre y origen de las virtudes, según nos dice San Ambrosio. » Y con respecto á nuestros semejantes, la pobreza nos inclina á las obras de beneficencia y caridad, tanto por el desprendimiento de los bienes temporales que nos infunde, el cual nos hace fácil la liberalidad y franqueza para con los pobres, como porque nos hace ver que esto es lo mejor en que podemos emplear nuestras riquezas, no dejando que se nos olviden jamás estas preciosas palabras : « No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban ; atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla

que los consuman, ni ladrones que los desentierren y los roben. Porque donde está vuestro tesoro allí está vuestro corazón¹. »

CAPITULO II

Medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual.

§ I

AUNQUE hay muchos medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual, nosotros indicaremos solamente los siguientes:

2. Primero: la oración. Bien sabemos que toda dádiva preciosa y todo don perfecto vienen de arriba, descienden del Padre de las luces²; pues siendo la pobreza espiritual una margarita de inestimable valor, un verdadero tesoro de bienes celestiales, un precioso regalo de la bondad de nuestro Dios, no podremos hallarla en la tierra, sino tiene que bajar de lo alto, y para esto es indispensable pedirsela al Señor. ¿Ni cómo hemos de poder adquirir por nosotros mismos el espíritu de la santa pobreza, cuando para esto nos es indispensable estar íntimamen-

1 Luc., XII, 33-34.

2 Jac., 1.

te penetrados de la vanidad de los bienes de este mundo, y tener una fuerza de voluntad á toda prueba con que resistir las tendencias de nuestro corazón, que continuamente nos está inclinando á la comodidad, al regalo, al descanso y á procurar los honores y atenciones de los hombres, que tan fácilmente conseguimos mediante las riquezas? Debemos, pues, pedir á Dios nuestro Señor que nos dé su luz y un profundo conocimiento de la nada de todos los bienes de este mundo, y que nos llene de fortaleza para despreciarlos y poner nuestro amor solamente en los bienes invisibles, que nunca se han de acabar.

3. El segundo medio para adquirir la pobreza espiritual es la frecuente meditación sobre su importancia y necesidad, sobre los males y los inútiles cuidados que trae consigo el deseo de las riquezas, sobre los peligros é inconstancia de éstas, y sobre la paz é inefable dicha que gozan, aun en este mundo, los verdaderos pobres de espíritu. De los ricos está escrito que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que no que un rico éntre en el reino de los cielos ¹; mas á los pobres de espíritu está prometido este reino.

4. «El desvelo por las riquezas, — nos dice el Espiritu Santo, — consume las carnes, y sus

¹ Matth., XIX.

cuidados quitan el sueño... No será justo aquel que es amante del oro. Muchos han caído en el precipicio á causa del oro, cuyo resplandor fué su perdición. Leño de tropiezo es el oro para los que idolatran en él... ¡Ay de aquellos que se van tras el oro! Por su causa perecerá todo imprudente ¹.»

5. «Estad alerta, — nos dijo el Señor, — y guardaos de toda avaricia; que no depende la vida del hombre de la abundancia de bienes que posee. — Un rico tuvo una vez una abundante cosecha de frutos, y discurría consigo mismo diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Derribaré mis graneros y construiré otros mayores, y diré á mi alma: Ya tienes muchos bienes para muchos años. Descansa, come, bebe y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! Esta misma noche te han de exigir tu alma. ¿De quién será cuanto has reunido? Esto es lo que sucede al que atesora para sí y no es rico en los ojos de Dios ².»

6. «En la heredad de Dios tendrán lugar los que pertenecen á su grey, — dijo David; — á ninguno faltará el sustento; pero el Señor lo tiene preparado muy suave y lleno de dulzura para los pobres ³.» Isaias dijo también que re-

1 Eccli., XXXI.

2 Luc., XII.

3 Psalm. LXVII, 11.

posarían con seguridad los pobres que tienen su esperanza en el Señor; y el Señor tiene sobre ellos sus ojos llenos de misericordia ¹, porque El mismo los eligió para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino celestial ². Todo lo cual causa en los verdaderos pobres de espíritu inmenso júbilo y paz dulcísima que el mundo no conoce ni puede dar las riquezas.

7. Estas grandes verdades, meditadas con detenimiento y frecuencia, nos darán, con el auxilio de la divina gracia, los más favorables resultados: veremos en la pobreza espiritual una bendición de Dios, reservada para escogidos, y no pondremos nuestro corazón en las riquezas.

8. El tercer medio para adquirir la pobreza de espíritu es la caridad y misericordia para con los necesitados. «Da limosna de tus bienes, — dijo al joven Tobías su padre, — porque así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su rostro. Usa de misericordia según pudieres. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena voluntad aun de lo poco que pudieres, pues de esta manera atesoras un gran premio para el día de la necesidad ³.»

9. El ejercicio de la caridad en el socorro de los pobres nos hace generosos y desprendidos y nos enseña cuál es el uso que debemos hacer

1 Isai., XIV.

2 Jac., II, 5.

3 Tob., IV, 7.

de las riquezas, dispone nuestro corazón para recibir el espíritu de la verdadera pobreza, que no tardará el Señor en comunicarnos, premian- do con este riquísimo tesoro el bien que hace- mos á los pobres.

10. «Dichoso el rico que es hallado sin cul- pa, — nos dijo el Señor, — y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste y lo alabaremos? Porque él ha hecho cosas admirables en su vida. Fué probado por medio del oro y hallado per- fecto, por lo cual alcanzará la gloria eterna. Pudo pecar y no pecó; hacer el mal y no lo hizo; por esto sus bienes están asegurados en el Señor, y toda la congregación de los santos celebrará sus limosnas ¹ ». En cuanto á los po- bres de espíritu, ya el Señor nos dijo: « Son dichosos porque de ellos es el reino de los cielos. »

¹ Eccli., XXXI.

TRATADO XV

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Medios para conservarla. — Remedios contra las tentaciones deshonestas.

§ I

ESTA es la voluntad de Dios, — dice San Pablo, — vuestra santificación: que os abstengáis de la deshonestidad; que sepa cada uno de vosotros guardar su cuerpo santa y honestamente... Porque no nos ha llamado Dios á la inmundicia, sino á la santidad ¹. » Si San Pablo llama santidad á la pureza, nuestro Señor la llama virtud celestial y de ángeles; y en realidad, ninguna otra nos hace tan parecidos á los ángeles como ella, haciéndonos vivir en la carne como si no lauviésemos.

2. Agrada á Dios tanto esta virtud, que al

¹ 1 Thes., IV, 7.

hacerse hombre quiso nacer de una virgen consagrada con voto de castidad. Además, San Juan Evangelista fué preferido á los demás Apóstoles en el amor porque fué virgen, y este mismo Santo vió en el cielo á los que guardaron virginitad en compañía del Cordero, al cual seguían adondequiera que iba, y cantaban un cántico nuevo que nadie podía entonar sin ellos¹. El mismo San Juan descansó en el pecho del Señor en la noche de la última cena, y á él le encomendó Jesús, antes de morir, su santísima Madre.

3. «Siete son, — dice Casiano², — los grados de esta virtud, por los cuales podemos subir hasta llegar á su perfección. El primero es que el hombre, estando despierto, no se deje vencer de ningún pensamiento ó movimiento deshonesto. El segundo, que no se detenga en tales pensamientos, sino que luego los deseche. El tercero, que no se mueva ó se altere, ni mucho ni poco, con la vista de personas de otro sexo. El cuarto, que no permita en sí mismo ni un simple movimiento de la carne. El quinto, que cuando tenga que tratar ó estudiar acerca del vicio deshonesto, lo haga con ánimo quieto y no tenga más movimiento con el recuerdo de estas cosas que si tratara de edificar, sembrar,

1 Apoc., XII.

2 Collat., XII.

ó cosa semejante. El sexto, que ni aun durmiendo tenga ilusiones ni representaciones deshonestas. El séptimo, que ni velando ni en el sueño sienta ya ningunos movimientos que suelen venir por causas naturales. »

4. Los medios para guardar la castidad son los siguientes: Primero, mortificar nuestros sentidos, y especialmente la vista. «¿ Quiénes son éstos que vuelan como nubes,—decía un Profeta, — y como palomas se recogen á sus ventanas ¹ »? «Son los justos,—dice San Gregorio,— que se levantan de las cosas de la tierra, y como palomas se recogen, sin asomarse por las ventanas de sus sentidos para no ver lo que pasa en el mundo. » David se olvidó alguna vez de este recogimiento, detuvo sus miradas en una mujer, y la muerte penetró en su alma. — El santo Job, por el contrario, para evitar semejante desgracia, nos dice que hizo pacto con sus ojos de no ponerlos en objetos peligrosos. No nos dice que hiciese tal pacto con su entendimiento, porque bien sabía que por los ojos vienen los malos pensamientos, y que, teniendo guardados sus sentidos, también tendría guardado el corazón. Y este santo, que peleaba á brazo partido con el demonio, quedando vencedor en todos sus combates, no se atrevía á ver á una doncella; para que entenda-

1 Isa., LX, 8.

mos cuán necesaria nos es la modestia por más virtuosos que seamos.

5. «Mucho nos ayudan para ser castos la templanza, el silencio y la guarda de los ojos; mas aunque observemos las dos primeras, si no guardamos los ojos no será firme nuestra virtud, — dice San Efrén; — porque así como cuando se rompen los acueductos se derrama y pierde el agua que va por ellos, así cuando no recogemos la vista se pierde la castidad. »

§ II

6. El segundo medio para conservar esta virtud es hacer mucho caso de cosas pequeñas, pues quien las menosprecia poco á poco viene á caer en las grandes. — Es la castidad una virtud muy hermosa, no hay ninguna otra más tierna y delicada que ella; y así como un espejo muy brillante se empaña con el más ligero soplo, así aquella santa virtud pierde su hermosura y resplendor por cosas muy pequeñas. Por esto debemos huir de ellas con sumo cuidado; porque así como la llama deja rastro de sí en dondequiera que toca, y cuando no quema á lo menos tizna y empaña, así también las más ligeras faltas contra la pureza, pues que despiertan imaginaciones, pensamientos ó movimientos desarreglados. Además es necesario no

olvidar que quien se echa por una pendiente resbaladiza, aunque piense no pasar de un punto señalado, con todo eso, el peso de su cuerpo y lo resbaladizo del terreno lo llevan más adelante; esto mismo sucede en lo que vamos diciendo. — Llevamos este preciosísimo tesoro de la castidad en un vaso de tierra, que con casi nada puede romperse; y así, es indispensable andar con mucho cuidado y diligencia para evitar nuestra ruina.

7. Los atletas que corrian en los juegos olímpicos, para no disminuir sus fuerzas se abstendian de comidas dañosas, se guardaban de la ociosidad y hacían frecuentes ejercicios corporales para conservarse con vigor, y esto para alcanzar un premio temporal y una corona corruptible; ¿ pues qué será razón que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y la eterna corona de la gloria ?

8. El tercer medio para conservar la castidad es que manifestemos en la confesión las faltas más pequeñas contra la misma virtud; pues la vergüenza y humillación que por esto sentimos nos serán muy saludables, las amonestaciones y consejos del padre espiritual nos descubrirán los peligros que acaso no hemos advertido, despertarán en nosotros un saludable temor, y la gracia del Sacramento nos dará nuevas fuerzas.

9. El cuarto medio es evitar con mucho cui-

dado la pasión del amor, apartando todas las ocasiones que lo puedan excitar en nuestras almas, y esto aunque sea muy bueno y con personas de mucha virtud y santidad, y aunque el trato y la conversación sean de cosas espirituales y nos parezca que aprovechamos en el camino de Dios. Tengamos, pues, mucha cautela y recato, porque el amor espiritual fácilmente degenera y se convierte en carnal; pues el demonio hace en esto lo que dijo el maestra sala de las bodas de Caná, que algunos ponen primero el buen vino y luego el peor; así, aquel enemigo de nuestra salud hácenos creer al principio que todo es devoción y espíritu, y cuando nos tiene ya rendidos descubre su ponzoña y nos prende en sus redes.

10. He aquí los principales remedios que podemos usar contra las tentaciones deshonestas: primero, la oración, pues nuestro Señor nos ha dicho: «Velad y orad para que no caigáis en la tentación¹.» Y así como los ladrones huyen en oyendo voces, y todos se levantan y vienen á socorrernos, así el clamor de la oración espanta al demonio y llama á los ángeles para que nos auxilién. «Especialmente el pensamiento de la Pasión del Señor y el escondernos en sus llagas es el remedio más poderoso y eficaz contra estas tentaciones», nos

1 Matth., XXVI.

dice San Agustín, Digamos, pues, cuando seamos tentados: Mi Dios pende de un madero, donde sufre cruelísimos tormentos; ¿y habré yo de entregarme á los deleites de la carne?

11. Podemos pensar también en la eternidad de las penas del infierno, en aquel para siempre jamás, durante el cual los reprobos serán atormentados por sucios deleites, que pasaron como sombra que se desvanece. De la misma manera pensemos en la amargura de la muerte, en el trémendo y espantoso juicio que tendrán los pecadores, ó bien consideremos cuán insensatos seríamos prefiriendo á las eternas delicias de la gloria unos plácemes tan breves y tan vergonzosos como son los de la carne.

12. Para vencer las tentaciones de que hablamos mucho nos ayudará hacer la señal de la cruz en la frente y en el corazón, alabar los dulces nombres de Jesús, María y José, tener muy especial devoción á la santísima Virgen María, Reina de toda castidad y Madre de toda pureza, rezarle diariamente algunas oraciones y llamarla con humildad y fervor en la hora del peligro. Así también es muy bueno visitar muchas veces al santísimo Sacramento del altar, pidiéndole el auxilio de su gracia y, sobre todo, debemos recibirlo con frecuencia, porque él es el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes.

13. Otro remedio contra estas tentaciones es la mortificación de la carne, sujetándola con

ayunos, cilicios, disciplinas y otras austeridades. Una persona pidió á Fray Gil, compañero del gran Patriarca de Asís, un remedio contra las tentaciones deshonestas, y el siervo de Dios le dijo: « ¿Qué harías tú á un perro que viniese á morderte? — Tomaría una piedra ó un palo, y lo golpearía hasta lograr ahuyentarlo, — le contestó. — Pues hazlo así con tu carne, que te quiere morder, — repitió Fray Gil, — y huirá de ti la tentación. »

14. En lo que vamos diciendo sólo tenemos que advertir que en el uso de las penitencias corporales debemos ser prudentes y discretos, pero no melindrosos ni delicados; y para evitar que el amor propio nos engañe, consultemos con nuestro director y sigamos su parecer.

15. Algunas veces las tentaciones deshonestas que padecemos y los desórdenes de la sensualidad que experimentamos suelen ser reliquias de la mala vida pasada y castigo de nuestras culpas; en tal caso el remedio consiste en llorar nuestros pecados, reconociendo que bien merecemos aquel castigo, sufriendolo con paciencia y humillándonos bajo la mano del Señor, que nos castiga con mucha misericordia.

16. Recurramos á Dios nuestro Señor, desconfiando enteramente de nosotros mismos y poniendo toda nuestra confianza en la bondad divina, y así venceremos nuestras tentaciones.

San Antonio Abad vió en espíritu que todo el mundo estaba lleno de lazos, y muy afligido preguntó al Señor quién se libraría de caer en ellos, y el Señor le contestó: « El humilde. » Pues seamos humildes y el Señor nos sacará victoriosos de todos los combates. Los altos montes son combatidos de las tempestades, los grandes árboles son los que arranca el viento; pero las débiles cañas, los mimbres y las humildes plantas, que se abaten é inclinan á una y otra parte, quedan en pie después del huracán.

17. Saquemos de estas tentaciones gran conocimiento de nuestra indecible miseria, humillándonos profundamente al ver que tales cosas pasan por nosotros, y digamos al Señor: « Ved, Señor, quién soy yo; ¿qué puede dar de sí mi carne corrompida sino esta fetidez intolerable? Y esta tierra, ¿qué otra cosa puede producir sino zarzas y espinas? » Decía el santo Fray Gil que nuestra carne es como el animal inmundo, que corre ansioso á hundirse en el lodo, y como el escarabajo, que pasa la vida revolcándose en el estiércol.

CAPÍTULO II

Nuevos remedios contra las tentaciones. — Ventajas del santo temor de Dios.

§ I

LUEGO que sintamos que la tentación impura nos asalta, procuremos desviar la atención de aquello á que nos incita, sin examinar lo que nos dice, sino volviendo prontamente las espaldas y ocupándonos en otra cosa, y cuanto más pronto seamos en adoptar este medio, más pronta y completa será la victoria.

2. Podemos también afrentar al demonio, que nos sugiere tales tentaciones; pues siendo él tan soberbio como es, no puede sufrir que le humillen y desprecien. Un día se arrojó á los pies de San Antonio Abad un muchacho negro, sucio y asqueroso; lamentándose de que el Santo le hubiese escarnecido. Preguntóle San Antonio quién era, y él contestó: « Soy el espíritu de la impureza. — De aquí en adelante, — replicó el Santo, — ningún caso haré de ti, pues eres cosa tan vil y desechada. » Y desapareció luego la visión.

3. Una de las cosas que más nos ayudará para ser castos y conservarnos en gracia de Dios

será el andar siempre con temor y recato, desconfiando de nosotros mismos y poniendo en el Señor toda nuestra confianza; « porque aquel hombre es dichoso, — nos dice la Sagrada Escritura, — que anda siempre con este santo temor. Y, por el contrario, lo que ha hecho dar grandes caídas aun á los santos ha sido fiar de sí y andar con poco temor y cautela, porque el necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sabio anda con temor, y así se libra del mal ¹. »

4. Muchas personas fueron castas en su juventud, á pesar de las grandes tentaciones que tuvieron, porque vivían en gran temor y humildad, acudían á Dios, y su divina Majestad las defendía; pero después, con la larga posesión de la castidad, confiaron en sí mismas y cayeron luego miserablemente. ¿ A quién no atemoriza la caída de Jacobo el ermitaño, el cual, después de cuarenta años de rigurosa penitencia, siendo ya viejo y teniendo el don de milagros, ofendió al Señor por haber confiado de sí mismo? Le llevaron una joven, de la cual arrojó él al demonio, y después de esto consintió en que se quedase en su compañía; fué tentado de impureza y sucumbió á la tentación, y después dió muerte á la joven y la arrojó en un río, y desesperando de la misericordia de Dios

1 Prov., XIV.

determinó entregarse á toda suerte de vicios y pecados, aunque, á pesar de esto, aquella divina y adorable misericordia no le faltó al fin de su vida.

5. Temamos, pues, de nosotros mismos, porque escrito está que la soberbia precede á la caída, y antes de la ruina se levanta el espíritu ¹. ¡ Ay de aquel que no ande siempre con este temor! Bien podemos llorar por él, que pronto caerá, pues el Espíritu Santo nos ha dicho: « Si no te mantienes siempre firme en el temor del Señor huyendo el peligro, guardándote de la ocasión, desechando luego el mal pensamiento y previniéndote para el combate, se arruinará tu casa ². » Y no nos engañemos diciendo que ni sentimos tentaciones ni tenemos peligro en tratar y ver con libertad, pues quiere el demonio que nos creamos seguros para después atacarnos de frente y vencernos con más facilidad. Y mientras mayores mercedes hubiésemos recibido del Señor con mayor cuidado debemos proceder, no olvidando que en esta vida no hay seguridad, que navegamos en un mar tempestuoso, que por todas partes nos cercan muchos enemigos y, por lo mismo, que aunque estemos en pie tenemos siempre que velar y estar sobre aviso para no perecer.

1 Prov., XVIII.

2 Eccli., XXXII.

6. Felipe II, rey de España, dijo al Padre Araos, jesuíta : « Me han dicho que los de la Compañía traen consigo una planta que tiene virtud para conservar la castidad ; decidme, ¿ qué planta es ésta ? » « Asi es, señor, en verdad, — contestó aquel Padre; — esa planta es el temor de Dios, que hace huir á los demonios, como el pez de Tobías puesto sobre las brasas. » Tengamos, pues, este santo temor, porque al que teme á Dios, el Señor le conserva en medio de la tentación y le libra del mal, y su santo temor echa fuera el pecado ; por esto su divina Majestad nos dice que lo guardemos *hasta el fin de la vida* ¹:

§ II

7. He aqui algunos bienes del temor de Dios. Este temor no causa desconfianza, ni desmayo, ni hace á los hombres cobardes ó pusilánimes, sino fuertes y muy confiados y animosos, porque toda su fuerza está en el Señor, y quien teme á Dios de nada temblará, pues El es su esperanza, y fuera de Dios nadie puede dañarle, ni el mundo, ni el demonio, ni el infierno, que nada puede hacer sin la licencia de

¹ Eccli., II.

aquel Altísimo Dios, que es firme apoyo de los que le temen ¹.

8. El temor de Dios no causa congoja ni amargura de corazón, ni pena alguna ó fatiga; antes es dulcísimo y alegre, regala el alma, enternece el corazón, derrite las entrañas porque nos hace andar continuamente en actos de amor de Dios; es gloria y justo motivo de gloriarse; es alegría y corona de triunfo; nos da contento y gozo y larga vida, y al que teme al Señor, le irá felizmente en sus postrimerias y Dios le bendicirá en el día de su muerte ². Este temor no nos hace temblar como á esclavos por miedo del tormento, pues nace del amor de Dios, y cuanto es mayor este amor tanto más tememos ofenderle y nos esforzamos á no causarle enojo.

9. Finalmente, todas las prerrogativas y excelencias que se dicen de la humildad y de la sabiduría las hallamos aplicadas al temor de Dios, al cual llaman los Padres áncora del corazón y guarda de las virtudes. La Santa Escritura se expresa en estos términos: « Oh, cuán grande es el hombre que ha adquirido la sabiduría y posee la ciencia ! Pero nadie supera á aquel que teme á Dios. El temor de Dios se sobrepone á todas las cosas. Bienaventurado el hombre á quien ha sido concedido el don del

1 Psalm. XXIV, 14.

2 Ecclí., 1.

temor de Dios. ¿ Con quién compararemos al que lo posee ? »

10. San Juan Climaco refiere de un joven, que llegó á tan alto grado de virtud que mandaba á las fieras y las obligaba á servir en el monasterio. Este joven, á quien San Antonio comparó con un navío cargado de ricas mercancías en medio del mar, y cuyo fin se ignoraba, cayó miserablemente ; mas arrepentido después y estando llorando su pecado, mandó decir á San Antonio que rogara por él al Señor, y el Santo, sabiendo su caída, exclamó : « Una gran columna de la Iglesia ha caído hoy. » Pues si las columnas de la Iglesia llegan á caer, y aun los santos alguna vez se olvidan de la virtud, ¿ no tendremos por ventura nosotros sobrado motivo para temer por nosotros mismos, que ni somos santos ni columnas de la Iglesia? Nunca, pues, olvidemos el temor de Dios y que este temor nos salvará.

1 Eccli., XXV, 13.

TRATADO XVI

DE LA OBEDIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Su materia.
A quíenes tenemos que obedecer.

§ 1

Dios prohibió al hombre comer del árbol de la ciencia del bien y del mal,—dice San Agustín,—para mostrar cuán grandes son la excelencia y el valor de la obediencia y qué mal tan grande la desobediencia. » Si no hubiera comido de aquel árbol, el hombre habría permanecido en la inocencia y justicia original, y se habrían evitado los infinitos males que sobre él y sus hijos vinieron en castigo de su crimen.

2. El hombre debía reconocer el supremo dominio del Señor, y con este intento le fué impuesta aquella prohibición, cuya obediencia era indispensable para confirmarle en los bienes que se le habían prometido. Mas el hom-

bre no, quiso obedecer, y por su culpa todos sus hijos fueron constituidos en pecadores. Empero Dios, que no quería que el linaje humano pereciera, descendió del cielo para enseñarnos con su ejemplo que la obediencia abriría las puertas del paraíso que había cerrado la desobediencia, y nos había de obtener la gloria; «pues Jesucristo,—dijo San Pablo,—obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillasen el cielo, la tierra y los infiernos.»

3. La obediencia es el origen y madre de las virtudes, dicen los santos: las introduce en el alma, y después de introducidas las conserva y defiende. Seamos, pues, obedientes y seremos castos, humildes, pacientes, mortificados; tendremos todas las virtudes, pues la obediencia hace que nos ejercitemos en todas ellas, y nos enseña á vencernos á nosotros mismos, haciendo que sigamos solamente el camino de Dios.

§ II

4. La obediencia tiene tres grados. El primero consistió en cumplir exteriormente lo que se nos manda. ¿Con cuánto cuidado y diligencia debemos habernos para obedecer con per-

fección? Con aquel, con que acudimos á las cosas necesarias para conservar la vida, como acude á comer el que tiene hambre, y aun con mayor diligencia, ya que la vida eterna que se merece con la obediencia es más noble y excelente que la temporal. « El verdadero obediente, —dice San Bernardo, —no conoce la tardanza ni espera el día de mañana, sino luego cumple lo que el superior le manda; y en oyendo su voz le obedece como si oyera al mismo Jesucristo, porque no ignora que dijo el Señor: «El que os oye á vosotros, á Mí me oyé.» Asimismo, quien sabe obedecer perfectamente no espera el expreso mandato de su superior; bástale saber su voluntad para tratar luego de cumplirla. »

5. La prontitud que pide de nosotros la perfección de la obediencia nos está indicada en la conducta de Abraham; á quien Dios mandó sacrificar á su hijo Isaac; no esperó á la mañana, sino de noche se levantó para cumplir las órdenes del cielo. Lo mismo hizo el ilustre Patriarca San José cuando el ángel le mandó que huyera á Egipto, llevando consigo al Niño y á su Madre.

6. El segundo grado de la obediencia consiste en conformar en todo nuestra voluntad con la del superior, sin querer otra cosa que lo que éste quiere, aunque sea muy difícil y repugnante lo que se nos manda; aun entonces

conviene que mostremos mayor prontitud, para que no se nos hagan mayores las repugnancias y dificultades que sentimos y para que sea mayor el sacrificio que ofrezcamos al Señor.

7. No procuremos que se nos mande lo que nos agrada, pues en tal caso no haríamos la voluntad del superior, sino antes él se conformaría con la nuestra. Hemos ayunado y humillado nuestras almas, deberíamos entonces decir, y todo ha sido en vano. ¿Queréis saber la causa de esto? Pues la causa es porque en todo eso habríais hecho vuestra voluntad *.

8. Grande mal es, pues, la propia voluntad, porque hace que las buenas obras que hacemos no sean buenas para nosotros.

9. El tercer grado de la obediencia que quiere ser perfecta consiste en conformar nuestro entendimiento con el del superior, teniendo su mismo sentir, sujetando al suyo nuestro juicio en todo y por todo. La obediencia es como un holocausto perfectísimo en que nada se reserva, sino todo se ofrece al Señor. Esta era la diferencia que había en la ley antigua entre el sacrificio y el holocausto: que en aquél se quemaba una parte de la víctima en honra de Dios, y lo demás se dejaba para el sustento de los sacerdotes, mientras en el holocausto toda ella era consumida con el fuego. — Nosotros,

1 Isa., LXVIII.

pues, ofrezcamos á Dios al obedecerno solamente el sacrificio, sino también el holocausto; para que nuestra obediencia sea perfecta y muy agradable á su divina Majestad.

10. «La obediencia puede ser imperfecta, —dice San Ignacio,—y ésta tiene ojos; mas para su mal; la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría: la una tiene juicio en lo que se le manda, la otra no. Aquella se inclina más á una parte que á otra, ésta se halla igualmente dispuesta para todo lo que le mandaren; la primera obedece con la obra negándose á ella el corazón, y así no merece el nombre de verdadera y perfecta obediencia; la segunda hace lo que se le manda, y sujeta su juicio y voluntad á la voluntad y juicio de los superiores, teniendo por bueno lo que se le ordena, sin buscar otras razones sino esta solamente: Dios lo manda. »

11. He aquí un admirable ejemplo de obediencia: Dios había prometido al patriarca Abraham que en su hijo Isaac se multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar, y con todo eso, le manda sacrificar á este mismo hijo, y Abraham se pone en camino para cumplir las órdenes del cielo y espera contra toda esperanza que vendría á ser padre de muchas naciones, según se le había dicho; no dudó ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, plenamente persua-

dido de que Dios es poderoso para cumplir todo lo que tiene prometido.

12. Para mejor obedecer tengámonos como muertos; pues así como el muerto no ve, ni responde, ni siente, ni se queja, así nosotros no hemos de tener ojos para ver ni juzgar cosa alguna contra lo que nos está mandado. — Un bastón se toma en la mano cuando se quiere, y lo llevamos sin dificultad y lo ponemos donde nos agrada, y sólo se mueve según el impulso que le damos. Seamos también así nosotros al obedecer á nuestros superiores.

13. La sujeción de nuestro juicio y voluntad á las órdenes del superior debe extenderse, no sólo á lo que es conforme á nuestra carne y sangre, sino también a las cosas que le son contrarias, y á las muy espirituales y santas, pues seguir nuestro propio dictamen en cualesquiera de éstas contra la obediencia nos es muy nocivo y desagrada al Señor. Obedezcamos, pues, en la frecuencia de la Comunión, en el ejercicio de la penitencia, etc.

14. La materia de nuestra obediencia son los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia, las particulares obligaciones de nuestro estado y los mandatos de nuestros superiores.

15. ¿A quiénes tenemos que obedecer? El criado á su amo, el hijo á su padre, la esposa á su esposo, el religioso á su Prelado, el sacerdote á su Obispo y todos los fieles al Romano Pon-

tífice, Vicario de Cristo en la tierra. — Pero no todos están igualmente obligados á la obediencia, ahora se atiende á la extensión de sus deberes, ahora á las razones por las cuales deben cumplirlos. Mas nosotros, si deseamos alcanzar la perfección cristiana, tenemos que poner la mira en un punto muy elevado de virtud, aspirando á lo más santo y perfecto en todas nuestras obras. — No olvidemos esto, así en orden á lo que hemos dicho como á lo que diremos todavía en este tratado.

CAPÍTULO II

Razones y medios para obedecer. — Castigos de la desobediencia.

OBEDECED á vuestros superiores, — nos dijo San Pablo, — y estadles sujetos, ya que ellos velan, como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras almas ¹. » He aquí una razón para obedecer y uno de los mayores consuelos que tenemos en la obediencia: Dios manda que obedezcamos, y en obedecer estamos seguros de agradar á su divina Majestad. El superior podrá errar cuando nos mande, pero nosotros no erra-

¹ Hebr., XIII, 17.

mos al obedecerle. Dios nos pedirá cuenta solamente del cumplimiento de la obediencia; lo demás corresponde al superior. ¿Por qué, pues, no habremos de cumplir en todo lo que se nos manda? « La obediencia es excusa delante de Dios, — dice San Juan Climaco; — por esto, si me preguntan por qué hice esto ó lo otro, contestaré porque así se me ordenó, y quedaré bien excusado. » — Es la obediencia navegación segura, camino que durmiendo se pasa; y así como el que navega va parado, sentado ó durmiendo, y va caminando sin tener cuidado del rumbo que lleva, porque este cuidado lo tiene el piloto, así también sucede al que obedece: corre á cargo de sus superiores, y éstos velan por él, y son como el Moisés que Dios ha puesto para que lo encamine á la patria del cielo.

2. « Obedeced á vuestros superiores, — añade San Pablo, — para que cumplan su oficio con alegría y no gimiendo. » Tengamos compasión de aquellos que nos mandan, y no hagamos enojosa y pesada la carga que llevan en no obedeciendo nosotros sus órdenes. Siendo como son nuestros padres, solícitos de nuestro bien, ¿ no ha de ser conveniente y muy justo que paguemos su solicitud con nuestra pronta y rendida obediencia? « Por lo demás, lo contrario no nos es provechoso, — dice también San Pablo, — pues los superiores, cansados de nosotros, dejarán que hagamos lo que nos agrade,

y que dejados de su mano sigamos, no la voluntad de Dios, sino la nuestra. »

3. Cuanto á los medios para obedecer con perfección, uno de los principales consiste en obedecer á los superiores como al mismo Jesucristo. Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, comoral mismo Cristo, no sirviéndoles solamente cuando os ven, como si no pensaseis sino en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios; y servidlos con amor, haciéndoos cargo de que servís al Señor y no á los hombres ¹. Y estad sumisos, no tan sólo á los superiores buenos y apacibles, sino también á los de condición recia ². Tal es la enseñanza de San Pedro y San Pablo; y la razón de lo que ellos nos dicen es manifiesta. Porque si Jesucristo en persona nos mandase alguna cosa, ¿con cuánta prontitud y alegría le obedeceríamos? Nuestra voluntad seria la suya y nuestro juicio le estaria rendido, sin juzgar ni dudar, y sin detenernos por ninguna excusa ni pretexto cumpliríamos sus órdenes. Dios lo manda, Dios lo quiere, nos diríamos á nosotros mismos, y nos tendríamos por dichosos en obedecerle: Pues no olvidemos que el Señor dijo á sus Após-

1 Ephes., VI.

2 1 Petr., II, 18.

toles, y en su persona también á nuestros superiores que le representan : « El que á vosotros oye, á Mí me oye. »

4. Así es que en la obediencia hemos de ver á Dios y su santa voluntad, ya sea que la declare por sí mismo ó por medio de los hombres, tomando de la misma manera lo uno que lo otro, pues siempre es Dios quien manda, y á Dios es á quien obedecemos.

5. Aunque tengamos; que obedecer á los hombres, no por eso somos de peor condición que aquellos á quien Dios habló por sí mismo; antes bien, así como en las cosas de la fe, que no vemos, tenemos más mérito que si las viésemos, de la misma manera en la obediencia que rendimos á los superiores, y no al mismo Jesucristo en persona, en cierto modo merecemos más, pues manifestamos que nuestra fe y el amor que tenemos al Señor se extienden aun á aquellos que le representan. — Obedeciendo al hombre por Dios se humilla más el corazón, se niega más la voluntad y hay mayor resignación á las órdenes del cielo, haciendo más por Dios, como hace más el que obedece á un criado por amor del Rey, que el que obedece al mismo Rey.

6. Si consideramos al superior como hombre solamente, y no como representante del Señor, no tendremos en la obediencia la paz de nuestra alma ni la perfección que conviene;

pues en tal caso habrá de ocurrirnos que, siendo el superior hombre, puede obrar por respetos humanos con injusticia ó aversión á nosotros, lo cual, ciertamente, no dejaría de turbarnos; pero viendo en el al mismo Cristo, no ha lugar á tales pensamientos y murmuraciones.

7. Tampoco debemos rendir nuestra obediencia al superior por la prudencia, bondad y demás cualidades que le adornen, pues en tal caso aquélla virtud perdería su fuerza y no sería acto de religión, ya que de esta manera se sigue el parecer de un hombre prudente, docto ó experimentado. Mas nuestra obediencia debe ser por Dios.

8. Obedeciendo al superior como al mismo Cristo tendremos gran confianza de poder hacer lo que se nos manda; pues Dios nunca nos manda sino lo que podemos, y nos da poder y fuerza para hacerlo. Cuando Dios mandó al profeta Abacuc que llevase la comida á Daniel, que estaba en Babilonia en el lago de los leones, Abacuc dijo al Señor: « No he visto á Babilonia ni conozco el lago. » Entonces un ángel le tomó de un cabello de la cabeza y le puso sobre el lago, para darnos á entender la facilidad y presteza con que Dios nos socorre en el cumplimiento de lo que nos manda.

9. Obedeciendo al superior como al mismo Cristo andaremos en un ejercicio continuo de cumplir la voluntad de Dios, pudiendo de esta

suerte estar continuamente abrasados en el amor divino; pues pensar que hacemos la santa voluntad de Dios y alegrarnos de ello es muy provechosa oración y ejercicio de su presencia; muy agradable á su divina Majestad.

10. Viendo á Dios en nuestros superiores gozaremos de muy grande paz, sin inquietarnos por nada, pudiendo entonces decir con David: «El Señor me gobierna y nada me faltará.»

§ II

11 Así como el Señor dijo á sus Apóstoles: «El que á vosotros oye, á Mí me oye», así dijo también: «El que á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.» Dios toma como suyos los desprecios que se hacen á los superiores, que le representan; por esto, cuando los israelitas murmuraron contra Moisés y Aarón, éstos dijeron al pueblo: «El Señor ha oído lo que habéis murmurado contra El; pues nosotros, ¿qué somos? No son contra nosotros esas murmuraciones, sino contra El ¹.» Y cuando los hijos de Israel desecharon a Samuel y pidieron Rey, dijo el Señor á Samuel: «No te han desechado á ti, sino á Mí ².»

1 Exodo, XVJ.

2 I Reg., II.

12. Otra vez murmuraron los hijos de Israel contra Moisés y Aarón, y Dios mandó contra aquéllos unas terribles serpientes que los castigaron; y á María, hermana de Moisés, por el mismo delito de murmuración, el Señor la cubrió de lepra, haciendo que permaneciese durante siete dias apartada del campamento de los israelitas.

13. Por lo dicho podemos comprender que los actos de los superiores, aunque alguna vez parezcan dignos de reprehensión, no se han de cortar, — dice un Santo, — con el cuchillo de la lengua, pues los superiores tienen el lugar de Dios. Añádase á esto el daño que hacemos al prójimo con tal murmuración; pues al disminuir la buena opinión que se tenia del superior se ocasiona tal vez en el súbdito que nos oye aversión ó desafecto para con él, y esto menoscaba la autoridad, quita su fuerza á la obediencia é impide que el súbdito aproveche como debiera, obedeciendo con sencillez y humildad.

14. La desobediencia se compara en la Sagrada Escritura al pecado de la idolatría y al de consultar á los demonios; porque así como estos pecados quitan el culto y obediencia que se debe á Dios, así también la desobediencia á los superiores quita á Dios la honra que se le debe, pues están en lugar de su divina Majestad. Y así como el idólatra, dejando al verdadero Dios, adora un ídolo, así el desobediente, dejando la ver-

dadera regla, que es Dios, sigue su propio juicio, y no el del Señor.

15. Esto manifiesta la gravedad de la desobediencia y cuánto debemos huirla para no desagradar á aquel Señor y Dios nuestro, que bajó del cielo por obedecer al Padre y fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

16. Para concluir el presente capítulo sólo advertiremos que, á pesar de la necesidad de la obediencia, si alguna vez no está en nuestra mano cumplirla ó tenemos motivos que nos excusen de ella, podemos lícitamente manifestarlo todo al superior; pero hemos de hacerlo de tal manera que, una vez indicadas nuestras razones y excusas, nos resignemos á lo que nos manden, sin perder la paz del corazón y sin procurar conseguir lo que deseamos, sino solamente, y siempre y en todo, el cumplimiento de la santa y adorable voluntad de nuestro Dios.

FIN

INDICE

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESSEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

	<u>Págs.</u>
<i>Capítulo primero.</i> —Preciosidad y belleza de los bienes espirituales.—Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos.....	1
<i>Cap. II.</i> —El no ir delante es volver atrás.—Medios para adquirir la perfección.....	9
<i>Cap. III.</i> —Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana	18

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

<i>Capítulo primero.</i> —Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—Medios para esto.—Males que deben evitarse.....	27
<i>Cap. II.</i> —Daños de la vanagloria y sus remedios.....	36

TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

<i>Capítulo primero.</i> —Excelencia y necesidad de esta virtud.—Cómo debe ser.—Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla.....	47
<i>Cap. II.</i> —Cómo nos hemos de haber en las diferencias que tengamos con el prójimo.—Gravedad de los juicios temerarios.—Sus causas y remedios	58
<i>Cap. III.</i> —De la corrección fraterna.—Es prueba de amor.—Bienes que trae consigo.—Por qué no se re-	

	<u>Págs.</u>
cibe como es conveniente. — Cómo la debemos recibir.—Ejemplos.—Avisos	64

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

<i>Capítulo primero.</i> —Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla.—De la meditación.—De los afectos de la voluntad	78
<i>Cap. II.</i> — Concluye el anterior.— Medios para tener buena oración. — De las distracciones y sus remedios.....	84
<i>Cap. III.</i> — Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año	98

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA CONCIENCIA

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios.—Grandes bienes de esta presencia, y en qué consiste.....	99
<i>Cap. II.</i> — Del examen de conciencia.— Su importancia.—Su materia y modo de hacerlo	104
<i>Cap. III.</i> — De la claridad de la conciencia que se ha de tener con el director espiritual.— Importancia y necesidad de esta claridad.— Grandes bienes que trae consigo.....	112
<i>Cap. IV.</i> — Dificultades que ofrece la claridad de la conciencia.—Su resolución.....	117

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

<i>Capítulo primero.</i> — Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto.— Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad.—Ejemplos.....	125
<i>Cap. II.</i> — De la confianza filial que debemos tener en	

	<u>Págs.</u>
la divina Providencia. — Conformidad con la voluntad del Señor. — Ejemplos.....	134
<i>Cap. III.</i> —De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades.—Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconuelos que tenemos en la oración.....	143
<i>Cap. IV.</i> —Concluye el anterior — Conformidad con la voluntad de Dios en las virtudes y dones sobrenaturales que hemos recibido de su mano.....	153

TRATADO VII

DE LA MORTIFICACIÓN

<i>Capítulo primero.</i> — Debemos unir la mortificación con la oración.....	163
<i>Cap. II.</i> —Importancia y práctica de la mortificación.....	174
<i>Cap. III.</i> —Medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación.....	182

TRATADO VIII

DE LA MODESTIA Y SILENCIO

<i>Capítulo primero.</i> — Necesidad de la modestia cristiana.....	189
<i>Cap. II.</i> —Del silencio y sus ventajas espirituales.— Reglas que debemos guardar en el hablar.....	192
<i>Cap. III.</i> —De la murmuración.....	198

TRATADO IX

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia y necesidad de la humildad. — Es el fundamento de las otras virtudes. — Sus grados. — El propio conocimiento. — Su práctica. — Falsa humildad. — Bienes del propio conocimiento. — Males que hay en no conocerlos. — Ejemplos de los santos. — Cómo debemos ocuparnos durante la	
--	--

	<u>Págs.</u>
oración en el propio conocimiento.—Á quiénes conviene.....	205
<i>Cap. II.</i> —Del segundo grado de la humildad y de la manera de adelantar en él.—Medios para alcanzar su perfección.—Motivos para ser humildes.—Sus ventajas.—Desgracias que suelen venir contra los soberbios.....	219
<i>Cap. III.</i> —Práctica de la humildad.....	232
<i>Cap. IV.</i> —Del tercer grado de humildad.—Su práctica.—Ejemplos de los santos.....	238
<i>Cap. V.</i> —Bienes de la humildad.—Favores que Dios hace á los humildes.—La humildad, tabla de salvación para los pecadores.....	248

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

<i>Capítulo primero.</i> —De las tentaciones en general.—Tiempos en que Dios las manda.—Bienes que hay en ellas.—Remedios contra las mismas.....	253
<i>Cap. II.</i> —Concluye el anterior.—Remedios contra las tentaciones.....	262
<i>Cap. III.</i> —Concluye la materia del anterior.—Avisos para el tiempo de la tentación.....	270

TRATADO XI

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

<i>Capítulo único.</i> —Daños que ocasiona la tristeza.—Sus raíces.—Sus remedios.—Tristeza buena y santa.—Bienes que produce la alegría en el servicio del Señor.....	277
---	-----

TRATADO XII

DE LAS RIQUEZAS Y TESOROS ENCERRADOS EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

<i>Capítulo único.</i> —De los grandes bienes y riquezas que tenemos en Jesucristo.—Es muy agradable al Señor meditar en su sagrada Pasión.—Modo de hacerlo provechosamente.....	283
--	-----

TRATADO XIII

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL SANTO SACRIFICIO
DE LA MISA

	<u>Págs.</u>
<i>Capítulo primero.</i> — Inestimable beneficio y grande amor que el Señor nos mostró al instituir el divino sacramento de la Eucaristía. — Enseñanza de la fe. — Disposiciones para recibir la sagrada Comunión.	299
<i>Cap. II.</i> — Concluye el anterior. — Del hacimiento de gracias. — Frutos de la sagrada comunión	307
<i>Cap. III.</i> — Del santo sacrificio de la Misa. — Su excelencia. — Cómo debemos oírla. — Ejemplos.	315

TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

<i>Capítulo primero.</i> — Necesidad de la pobreza espiritual. — Males que trae consigo la avaricia. — Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen.....	325
<i>Cap. II.</i> — Medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual.....	331

TRATADO XV

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Medios para conservarla. — Remedios contra las tentaciones deshonestas.....	337
<i>Cap. II.</i> — Nuevos remedios contra las tentaciones. — Ventajas del santo temor de Dios.....	346

TRATADO XVI

DE LA OBEDIENCIA

<i>Capítulo primero.</i> — Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Su materia. — Á quiénes tenemos que obedecer.....	353
<i>Cap. II.</i> — Razones y medios para obedecer. — Castigos de la desobediencia	359

